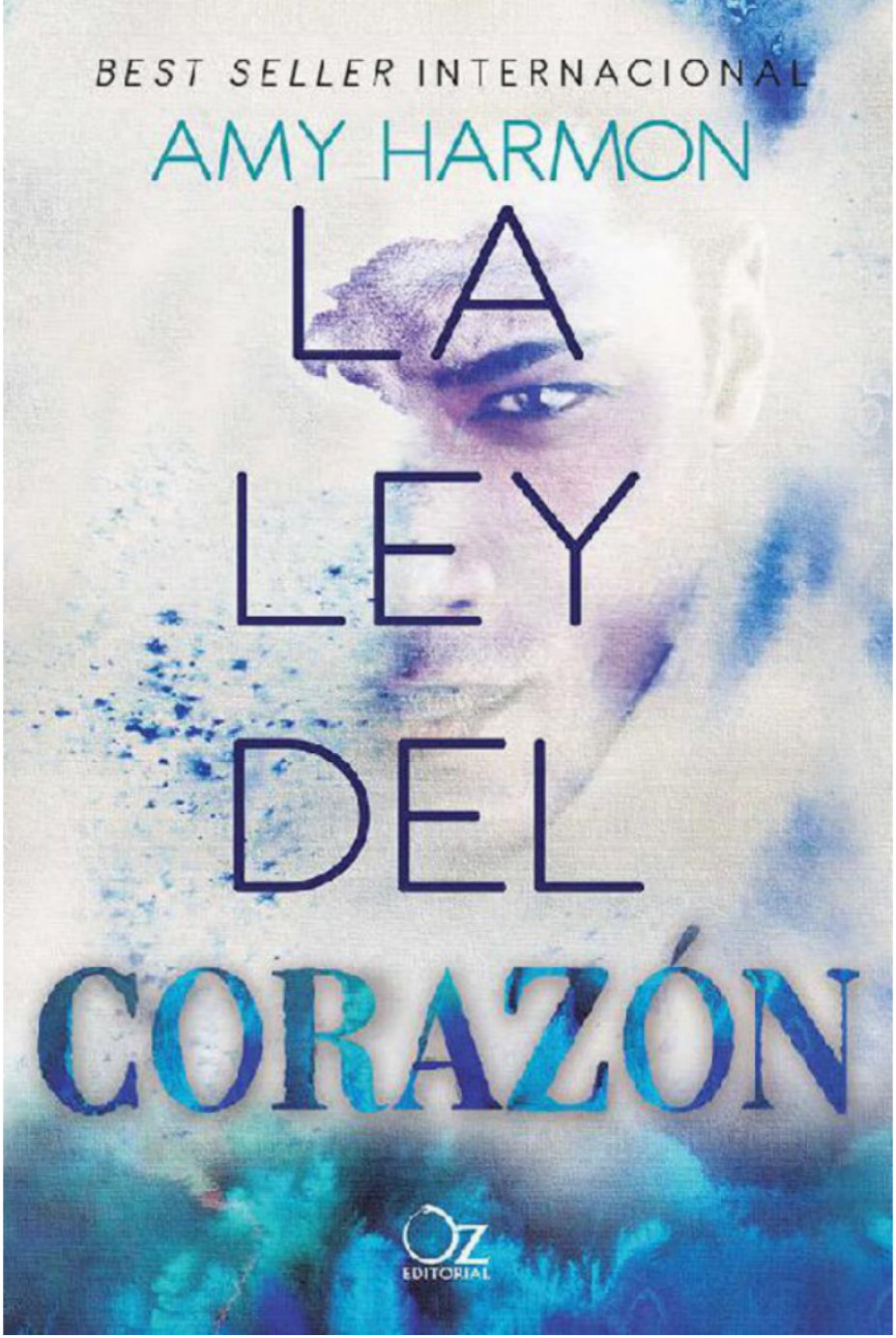
BEST SELLER INTERNACIONAL

AMY HARMON

LA LEY DEL CORAZÓN



OZ EDITORIAL

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Oz Editorial. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

LA LEY DEL CORAZÓN

AMY HARMON

Traducción de Cristina Ducrós

CONTENIDOS

Página de créditos
Sinopsis de La ley del corazón
Dedicatoria

Prólogo
Parte 1
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Parte 2
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Agradecimientos
Nota especial
Sobre la autora

LA LEY DEL CORAZÓN

V.1: junio, 2018

Título original: *The Law of Moses*
© Amy Harmon, 2014
© de la traducción, Cristina Ducrós, 2018
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Diseño de cubierta: By Hang Le
Imagen: CURAphotography / Shutterstock
Corrección: Anna Valor Blanquer y Miriam Lozano

Publicado por Oz Editorial
C/ Mallorca, 303, 2º 1ª
08037 Barcelona
info@ozeditorial.com
www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-17525-06-4
IBIC: YFM
Maquetación: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

La ley del corazón

Una preciosa historia sobre nuevos comienzos y un amor eterno

A Moses Wright lo abandonaron en un cesto de ropa en una lavandería cuando era un bebé recién nacido. Desde entonces, siempre ha creído que no merece ser amado ni que nadie se preocupe por él y vive aislado en su propio mundo. Pero entonces, Georgia, una joven decidida, terca y valiente, se propone conocerlo mejor.

Todos intentarán convencerla de que se mantenga alejada de Moses, un joven incomprendido y muy problemático, pero la atracción que siente por él hará que ignore estas advertencias y siga el dictado de su corazón.

Novela ganadora del Premio Goodreads Choice Awards

«Amy Harmon nos ofrece una vez más una historia inspiradora que nunca olvidaremos. Su pluma es tan elegante, y en ocasiones tan poética, que te llega directamente al corazón.»
Natasha Is a Book Junkie

«Amy Harmon ha escrito una historia profunda, emotiva y conmovedora que jamás olvidaré. No me cansaré de recomendarla. Sin duda, tenéis que leer este libro.»
The Hopeless Romantics Book Blog

A Mary Sutorius, mi yaya, a la que le habría encantado verme convertida en escritora.

Prólogo

Las primeras palabras de una historia son siempre las más difíciles de escribir. Es como si al sacarlas, al escribirlas sobre el papel, te obligaran a verlo todo de principio a fin. Como si, una vez que empiezas, estuvieras obligado a acabar. ¿Y cómo terminar algo cuando a veces hay cosas que no acaban nunca? Esta es la historia de un amor sin final… Aunque me llevó bastante llegar a esa conclusión.

Si ya desde el principio os cuento directamente que lo perdí, lo llevaréis mejor. Sabréis que va a pasar y que será doloroso, que os dolerá el pecho y se os encogerá el estómago, pero lo sabréis y podréis prepararos para ello. Este es el regalo que os hago; conmigo nadie tuvo esa cortesía y no estaba preparado.

¿Y después de que se fuera? Todo empeoró, nada fue a mejor. Los días se hicieron más difíciles, no más fáciles. El remordimiento era igual de intenso, la pena, igual de punzante y el sinfín de días que me esperaban, los días que no pasé con él, igual de duros. En verdad, ya que he decidido que la verdad es lo único que tengo, habría preferido pasar por cualquier otra cosa, pero eso era lo que me había tocado. Y no estaba preparado.

No os puedo contar cómo me sentí, cómo me siento todavía. No puedo. Las palabras parecen vacías y carentes de sentido y todo lo que digo, todo lo que siento, parece el texto de una novela romántica barata llena de frases con florituras, que solo busca la lágrima fácil y la respuesta inmediata. Una respuesta que no tiene nada que ver con la realidad, pero sí con una emoción sincera de la que te puedes olvidar cuando cierras el libro. Lloras por la emoción y tienes un hipo alegre. Sabes que solo es una historia. Y, lo mejor de todo, sabes que no es tu historia, pero en este caso no es así.

Porque es mi historia. Y yo no estaba preparado.

Primera parte

Antes

Capítulo 1

Georgia

Encontraron a Moses envuelto en una toalla en una cesta de la colada en una lavandería con apenas unas horas de vida y a punto de morir. Una mujer le oyó llorar, lo recogió, abrazándolo contra ella y lo envolvió en su abrigo esperando a que llegara la ayuda. No sabía quién era su madre o si acaso fuera a volver, lo único que sabía era que era un bebé no querido, que se estaba muriendo y que si no lo llevaba rápidamente al hospital sería demasiado tarde.

Dijeron que era el bebé de una madre adicta al *crack*. Mi madre me contó que esos niños nacen siendo adictos a la cocaína porque sus madres tomaban drogas cuando estaban embarazadas. Suelen ser más pequeños que el resto, porque la mayoría nacen demasiado pronto y de madres con problemas de salud. La cocaína altera la química cerebral y los niños sufren trastornos como el TDAH o tienen problemas para controlar sus impulsos. A veces sufren convulsiones y enfermedades mentales. A veces, alucinaciones o hipersensibilidad. Creían que Moses sufriría algunas de estas cosas o, incluso, todas ellas.

Contaron su historia en las noticias de las diez. Era una buena historia, de gran interés humano: un bebé al que habían abandonado en una cesta en una sucia lavandería de un barrio marginal de West Valley City. Mi madre dice que se acuerda bien de ella, de las imágenes patéticas del bebé, que se agarraba a la vida en el hospital, del tubo que tenía en el estómago para alimentarle y del gorrito azul

que le cubría la pequeña cabeza. Encontraron a la madre tres días después. No es que le quisieran devolver al bebé, pero ni siquiera hizo falta: estaba muerta. La mujer que había abandonado a su bebé en una lavandería fue declarada muerta, al parecer de sobredosis, en el mismo hospital en que el bebé luchaba por

sobrevivir. A ella también la habían encontrado, aunque no en la lavandería.

La compañera de piso, que esa misma tarde había sido arrestada por prostitución y posesión de drogas, contó a la policía lo que sabía de la mujer y del niño abandonado con la esperanza de obtener a cambio algo de indulgencia. La autopsia de la mujer sirvió para confirmar que, efectivamente, había dado a luz hacía muy poco y, más tarde, una prueba de ADN confirmó que el bebé era suyo. Qué bebé más afortunado.

En las noticias se lo conocía como «El bebé de la cesta» y el equipo del hospital lo llamó Moses. Sin embargo, a este pequeño Moisés no lo encontró la hija del faraón, como al de La Biblia, no se crio en un palacio, no tenía una hermana que lo vigilara desde los juncos para asegurarse de que alguien encontraba la cesta del Nilo. Aunque algo de familia, sí tenía: mi madre me dijo que la ciudad se revolucionó cuando se enteraron de que la madre fallecida del pequeño Moses era una chica que se llamaba Jennifer Wright y que había pasado los veranos en el pueblo, en casa de su abuela, que ya por entonces vivía en la misma calle que nosotros. La abuela todavía vivía en esa zona; los padres de Jennifer, en un pueblo vecino y, aunque ya no vivían por aquí, mucha gente también conocía a otros parientes. Así que, a pesar de todo, el pequeño Moses tenía algunos familiares. Sin embargo, ninguno de ellos quería un bebé enfermo con un gran riesgo de tener todo tipo de problemas. Jennifer Wright les había roto el corazón y había dejado a la familia destrozada y cansada. Mi madre me dijo que eso es lo que causan las drogas, así que el hecho de que les hubiera dejado con un bebé adicto al *crack* no parecía especialmente sorprendente. Mi madre contaba que había sido una chica normal cuando era más joven, una chica guapa, maja e incluso lista, pero no lo suficiente como para mantenerse lejos de las metanfetaminas, la cocaína y lo que fuera a lo que se hubiera enganchado. Yo me imaginaba al bebé del *crack*, a Moses, con una enorme grieta que le atravesaba el cuerpo; como si se hubiera roto al nacer. Sabía que no era eso lo que significaba el término, pero tenía grabada esa imagen en la cabeza. Quizás el hecho de que estuviera roto fuera lo que me atrajo de él desde el principio.

Mi madre me dijo que, cuando pasó todo esto, el pueblo entero estuvo pendiente de la historia del pequeño Moses Wright, siguiendo las noticias, haciendo como si tuvieran información de primera mano e inventándose lo que no sabían simplemente para darse importancia. Yo nunca conocí al pequeño Moses, porque

creció hasta convertirse simplemente en Moses. Vivió con diferentes miembros de la familia de Jennifer Wright, que se lo iban pasando cuando la situación los superaba. Iba de pariente en pariente, que se hacían cargo de él durante un tiempo hasta que conseguían que otro los relevara del turno poco después. Su historia ocurrió antes de que yo naciera y, para cuando le conocí, después de que mi madre me lo hubiera contado todo en un intento de ayudarme a entenderlo y ser amable con él, la historia era ya agua pasada y nadie quería saber nada de él. A la gente le gustan los bebés, incluso los bebés enfermos, incluso los bebés que nacen adictos al *crack*, pero los bebés crecen y se convierten en niños. A nadie le gustan los niños problemáticos.

Y Moses lo era.

Cuando lo conocí, ya sabía bastante acerca de niños problemáticos. Mis padres acogían a muchos niños así. Toda mi vida habían estado acogiendo a niños. Tengo dos hermanas mayores y un hermano mayor que ya se habían ido de casa cuando cumplí los seis años. Mi llegada al mundo había sido un pequeño descuido y, al final, acabé siendo educada junto con niños que no eran mis hermanos y que iban entrando y saliendo de mi vida revolviéndolo todo a su paso. Quizás fuera por eso por lo que Kathleen Wright, la abuela de Jennifer Wright y la bisabuela de Moses, se había sentado muchas veces con mis padres para hablar de él. Escuché muchas cosas que seguramente no me incumbían para nada, sobre todo aquel verano.

La anciana había decidido acoger definitivamente a Moses; iba a cumplir dieciocho años en un mes y todo el mundo estaba preparado para desentenderse de él. Desde que era pequeño, Moses había pasado todos los veranos con ella y estaba convencida de que juntos les iría bien si todo el mundo dejaba de entrometerse y la dejaban al mando. No parecía importarle el hecho de que el mes en el que Moses cumplía los dieciocho, ella cumpliría ochenta.

A pesar de que yo no había coincidido nunca con él, sabía quién era y me acordaba de haberlo visto en los veranos. Era un pueblo pequeño y los niños saben quién es quién. Kathleen Wright lo llevaba a la iglesia los pocos domingos que Moses estaba en el pueblo. Estaba en mi clase de catequesis y todos nos dedicábamos a mirarlo mientras la profesora intentaba hacer que participara. Nunca lo hizo. Simplemente se sentaba en su silla plegable de metal como si le pagaran por ello y movía los ojos, de un color peculiar, de un lado a otro mientras las manos se le revolvían sobre el regazo. Cuando se acababa la clase, corría hacia la puerta y, sin

esperar a su bisabuela, salía disparado a la luz del sol, rumbo a su casa. Intenté alcanzarle alguna vez, pero siempre se las apañaba para levantarse de su sitio y salir por la puerta más rápido que yo. Incluso entonces, ya iba detrás de él.

A veces, Moses y su abuela salían a dar una vuelta en bici o a pasear y ella lo llevaba a la piscina de Nephi prácticamente todos los días, lo que me daba mucha envidia. Yo tenía suerte si conseguía ir a la piscina de unas pocas veces en verano. Cuando necesitaba un chapuzón desesperadamente, cogía la bici hasta un hoyo pesquero en el cañón de Chicken Creek. Mis padres me habían prohibido nadar allí porque el agua estaba muy fría y era muy profundo y oscuro, incluso peligroso, pero la posibilidad de ahogarme era preferible a la de no bañarme y, de momento, me las había arreglado para que no me pasara nada.

Moses fue creciendo y dejó de pasar todos los veranos en Levan. Habían pasado dos años desde la última vez que había venido, a pesar de que Kathleen hacía mucho que insistía en que se mudara con ella de forma permanente. La familia le había dicho que iba a ser demasiado para ella, que Moses era demasiado emocional, explosivo y tenía mucho carácter, pero, al parecer, todos estaban muy cansados de la situación y tiraron la toalla. Así que Moses se mudó a Levan.

Íbamos a empezar los dos el último año de instituto, aunque yo era de las pequeñas de la clase y él era un año mayor. Los dos cumplíamos años en verano; Moses cumplió dieciocho el 2 de julio y yo diecisiete el 28 de agosto. Sin embargo, Moses no parecía tener dieciocho. En los dos años que había estado sin verle, había crecido muchísimo. Era alto y tenía la espalda ancha, con unos músculos fibrosos y definidos que recubrían su porte esbelto. Sus ojos claros y sus pómulos y mandíbula marcados le hacían parecer más que un pandillero, que era lo que siempre se había dicho de él, un príncipe de Egipto.

Le costaba hacer los deberes del instituto y tenía serias dificultades para concentrarse y estarse quieto. Su familia llegó a afirmar que tenía convulsiones y alucinaciones que intentaron controlar con diferentes tipos de medicación. Escuché a su abuela decir a mi madre que a veces estaba malhumorado e irritable, que tenía problemas para dormir y que muchas veces tenía los horarios cambiados. Dijo que era muy inteligente, incluso brillante, y que sabía pintar mejor que nadie que hubiera visto antes, pero toda la medicación que le hacían tomar para ayudarle a concentrarse y quedarse quieto en el instituto le dejaba atontado y lento y

convertía su arte en algo más oscuro e inquietante. Kathleen Wright le contó a mi madre que le estaba retirando las pastillas.

—Le están convirtiendo en un zombi —le oí decir—. Prefiero tener un chico que no puede quedarse quieto y que no puede parar de pintar. En mi época, eso no era algo malo.

Pensé que un zombi parecía menos peligroso. Su belleza daba miedo. Su perfilado cuerpo de piel morena y sus intensos ojos claros me recordaban a un gato salvaje: elegante, peligroso, sigiloso. Al menos un zombi se movía más despacio; los gatos salvajes atacaban. Estar cerca de Moses era como ganarse la amistad de una pantera y admiraba a la anciana por hacerse cargo de él. De hecho, me parecía más valiente que nadie que hubiera conocido antes.

El hecho de ser una de las tres chicas que había en todo el pueblo me hizo solitaria, más de lo que me hubiera gustado, sobre todo porque a ninguna de las otras chicas les gustaban los caballos y los rodeos tanto como a mí. Nos llevábamos bien como para saludarnos y sentarnos juntas en la iglesia, pero no lo suficiente como para quedar o pasar los aburridos días de verano en compañía de las demás.

Ese verano fue especialmente caluroso. Lo recuerdo perfectamente. Había sido la primavera más seca que se recordaba y eso ocasionó que, en verano, hubiera incendios forestales por todo el Oeste. Los granjeros rezaban para que lloviera y, entre que la gente estaba de los nervios y que las temperaturas no hacían más que subir, los ánimos estaban cada vez más crispados y a la gente le costaba controlarse. Además, había habido una serie de desapariciones por los condados del centro de Utah; habían desaparecido un par de chicas en dos de ellos, aunque se creía que una de ellas se había escapado con el novio y la otra tenía casi dieciocho años y las cosas le iban mal en casa. La gente dio por hecho que estaban bien, pero la verdad es que había habido unas cuantas desapariciones similares en los últimos diez o quince años que nunca se habían llegado a resolver, cosa que ponía nerviosos a los padres y, como consecuencia, se volvían más protectores; mis padres no fueron la excepción.

Me había convertido en una muchacha inquieta y resentida. Estaba ansiosa por acabar el instituto y vivir mi vida. Solía participar en los rodeos, en la modalidad de carrera de barriles y mi sueño era enganchar el remolque de caballos a mi camioneta y seguir el circuito. Perseguir la libertad solo con mis caballos, ganar los rodeos y vivir en la carretera era mi gran ilusión. Pero con

diecisiete años y con la desaparición de chicas a la orden del día, mis padres no iban a permitir que me fuera por ahí yo sola y tampoco podían llevarme ellos. Me prometieron que buscaríamos una solución cuando me graduara y cumpliera dieciocho, pero la graduación parecía muy lejana y el verano se extendía como un desierto vacío y seco. Tenía tantas ganas de algo diferente… Puede que fuera eso, puede que esa fuera la razón por la que me volqué tanto en él, la razón por la que se me metió en la cabeza de esa forma.

Fuera lo que fuera, cuando Moses llegó a Levan fue para mí como agua, agua fría, profunda, impredecible y, como la poza del cañón, peligrosa, porque nunca podías ver lo que había debajo de la superficie. Y, como había hecho toda mi vida, salté de cabeza, a pesar de que me lo habían prohibido y esta vez acabé ahogándome.

***

—¿Qué miras? —dije con brusquedad, prestándole, finalmente, la atención que imagino que quería. Todos los niños a los que mis padres acogían necesitaban atención como si de aire se tratara y tuvieran dificultades respiratorias. Lo aborrecía. No el hecho de que necesitaran la atención de mis padres, sino que también parecía que la necesitaran de mí. No había otra cosa que me gustara más que estar a solas con mis caballos. Los caballos no necesitaban atención, pero el resto del mundo sí y creía que iba a acabar volviéndome loca. Ahora Moses estaba allí, en el establo, mirándome, invadiendo mi espacio con *Sackett* y *Lucky,* mis caballos, aspirando todo el oxígeno de la habitación igual que los niños que acogíamos.

Kathleen Wright les había preguntado a mis padres si Moses podría liberar algo de esa nueva energía que tenía sin los medicamentos trabajando en nuestra pequeña granja. Dijo que limpiaría los establos, quitaría las malas hierbas del jardín, cortaría el césped, daría de comer a las gallinas o lo que fuera con tal de mantenerse ocupado ese verano e, incluso, durante el curso si todo iba bien. Esas eran mis tareas y estaba bien que me ayudara si eso significaba que no tendría que hacerlas yo, pero mi padre encontró otros quehaceres en los que Moses se empleó a fondo, tanto que mi padre no tenía nada más que mandarle. Iba a ser imposible mantenerlo ocupado durante todo el verano.

Al parecer, una de las tareas que mi padre le había mandado era limpiar el establo y Moses había estado apilando los sacos de heno,

barriendo, cavando y ordenando los arreos como un loco durante toda la mañana. No sabía bien si quería que estuviera allí o no. Sobre todo cuando, de repente, se paró en seco y se quedó quieto con las manos en jarras y la mirada fija. Pero no me miraba a mí; miraba por encima de mi hombro con sus feroces ojos amarillos verdosos bien abiertos. Estaba completamente quieto, cosa que no había visto ni siquiera una vez desde que había llegado. Moses no respondió a mi pregunta, pero movió los dedos doblándolos y cerrándolos como si quisiera mejorar la circulación. Era lo que hacía yo cuando se me olvidaban los guantes y tenía que esperar el autobús, pero era junio y las temperaturas eran más altas de lo normal, así que no creía que tuviera frío en los dedos.

—¡Moses! —grité en un intento de sacarlo de ese ensimismamiento. Pensé que, si no lo hacía, lo siguiente sería verlo retorcerse en el suelo con espasmos y tendría que hacerle el boca a boca. Me sentí extraña al imaginarme mis labios sobre los suyos. Me pregunté si sería capaz de poner mi boca sobre la suya aunque solo fuera para meterle aire. No era feo, sentí otra vez ese cosquilleo en la tripa, y no era del todo desagradable. Moses no era para nada feo. De hecho, tenía una belleza peculiar; un aspecto diferente, sobre todo con esos extraños ojos de lobo, y tuve que reconocer que esa peculiaridad le sentaba bien: lo hacía interesante. Qué pena que estuviera roto.

Mis padres usaban los caballos para hacer terapia con los niños de acogida. De hecho, era como una especie de programa conocido a nivel mundial, basado en la comunicación no verbal, ya sabéis, los caballos no hablan. Eso era lo que decían mis padres en sus discursos para hacer reír a la gente y ganarse su confianza. Los caballos no hablan, pero a veces los niños tampoco y mis padres se ganaban la vida haciendo terapia equina, un término sofisticado para referirse a una terapia basada en hacerse amigo de un caballo y resolver cada uno sus problemas observando al animal. Además de eso, mi padre era veterinario, que era lo que yo quería ser de mayor. Nuestros caballos estaban bien entrenados y acostumbrados a los niños. Sabían quedarse quietos cuando se acercaban. Eran muy pacientes en todo momento. Dejaban que un extraño les colocara la brida e incluso apartaban los labios para que les metieran la embocadura. Los niños respondían ante esta terapia de un modo que los adultos calificaban de milagroso y rompedor cuando, al acabar la terapia, volvían con sus padres o seguían su camino.

Moses se había pasado por allí las últimas dos semanas

trabajando, desmalezando, comiendo (¡cuánto comía!) y casi siempre me ponía de los nervios porque era muy inquietante. No es que hiciera nada mal, simplemente me ponía nerviosa. Nunca me hablaba, cosa que, según me dije a mi misma, era lo único que lo salvaba. Eso y sus increíbles ojos. Y sus músculos. Me estremecí, sintiendo cierto rechazo. Era un chico raro, ¿qué hacía pensado en él así?

—¿Has montado alguna vez a caballo? —le pregunté queriendo pensar en otra cosa.

Moses, que estaba quieto y mirando a la nada, salió de su ensimismamiento. Enfocó los ojos hacia mí un segundo, pero no hubo respuesta. Así que se lo repetí.

Negó con la cabeza.

—¿No? ¿Alguna vez has estado cerca de alguno?

Volvió a negar con la cabeza.

—Vamos, acércate —le dije, señalando con la cabeza al caballo. Estaba pensando en que quizás pudiera ayudar a Moses con algo de terapia equina como lo hacían mi madre y mi padre. Los había visto hacerlo y pensé que podía hacer lo mismo. Quizás pudiera arreglarle un poco el cerebro roto.

Moses dio un paso hacia atrás como si tuviera miedo. Durante las semanas que había estado trabajando en la granja nunca se había acercado a los animales. Nunca. Simplemente los miraba; nos miraba. Y nunca hablaba.

—Vamos, *Sackett* es el mejor caballo del mundo. Al menos acaríciale un poco.

—Lo voy a asustar —respondió Moses. Una vez más me volvió a inquietar. Era la primera vez que le oía hablar. Su voz no era como la de mi hermano de acogida Bobbie o como la de los otros chicos, que oscilaba por diferentes tonos hasta que llegaba finalmente al tono grave adecuado. La voz de Moses era profunda y cálida y tan suave que al escucharla me llegó al corazón.

—No lo harás. A *Sackett* no le altera ni le asusta nada, nunca se pone nervioso o nada por el estilo. Si quisieras abrazarlo se quedaría ahí todo el día; *Lucky* te mordería la mano y te patearía la cara, pero *Sackett* no.

Había querido tener a *Lucky* durante meses. Alguien se lo había dado a mi padre como pago por unos servicios que no se podía costear. Mi padre no tenía tiempo de educar a un caballo tan díscolo, así que me lo asignó a mí advirtiéndome de que tuviera cuidado.

Me reí; nunca había sido muy prudente.

Mi padre se rio también, pero me advirtió: «Lo digo en serio George, este caballo, se llama *Lucky*, afortunado, por algo. Considérate afortunada si alguna vez deja que lo montes».

—No le gusto a los animales.

La voz de Moses sonó tan débil que no estaba segura de si lo había escuchado bien. Dejé de pensar en lo que estaba pensando y acaricié a mi fiel compañero, el caballo que había sido mío desde el momento en el que fui capaz de montar.

—*Sackett* quiere a todo el mundo.

—A mí no. O puede que no se trate de mí, sino que no le gusten ellos.

Miré al rededor confundida. No había nadie en el establo aparte de *Sackett*, Moses y yo.

—¿Quiénes son ellos? —pregunté—. Estamos solos, tío.

Moses no respondió.

Así que me quedé mirándolo, esperando, y arqueé las cejas a modo de desafío. Acaricié la nariz de *Sackett* y la parte de atrás de su cuello; no movió ni un músculo.

—¿Ves? Es como una estatua. Solo absorbe el amor. Vamos.

Moses dio un paso adelante y levantó la mano titubeante, acercándola a *Sackett*, que relinchó nervioso.

Bajó la mano de inmediato y retrocedió.

—¿Qué pasa? —dije entre risas.

Quizás debí haberme creído que a los animales no les gustaba Moses, pero no lo hice. No le creí y no sería la última vez.

—No tendrás miedo ¿no? —le provoqué—. Tócale, no te va a hacer daño.

Moses dirigió sus ojos verdosos hacia mí, consideró lo que acababa de decir, y entonces volvió a intentarlo, dando un paso hacia adelante mientras levantaba los dedos.

Y, de repente, *Sackett* se puso sobre las patas traseras como si le hubiera parecido que Moses había estado cerca demasiado tiempo. No le había visto comportarse así en toda mi vida; en todos los años que lo había cuidado, nunca se había revuelto así. Ni siquiera me dio tiempo de gritar o de alcanzar el dogal; recibí una coz en la frente y caí al suelo como un saco de harina.

La sangre me escocía en los ojos cuando los abrí y miré las vigas del viejo establo. Estaba tumbada de espaldas y me dolía la cabeza como si un caballo me hubiera golpeado; y de repente me di cuenta de que eso era lo que había pasado: *Sackett* me había golpeado; el

asombro era mayor que el daño.

—¿Georgia?

Intenté fijar la vista en el rostro que tenía ante mí y que no me dejaba ver bien los destellos entrecruzados y las motas de polvo bailando en las rayas de luz de las grietas de las paredes.

Moses recostó mi cabeza en su regazo y me puso su camiseta en la frente. Incluso en ese estado de aturdimiento, me percaté de sus hombros y pecho desnudos y sentí la suavidad de la piel de su abdomen contra mis mejillas.

—Voy a buscar ayuda, ¿vale? —dijo apartándose y dejando mi cabeza en el suelo aún con la camiseta en la frente. Intenté no mirar la cantidad de sangre que había en esa camiseta.

—¡No! ¡Espera! ¿Dónde está *Sackett?* —contesté mientras intentaba levantarme. Moses volvió a tumbarme y miró hacia la puerta como si no tuviera ni idea de qué hacer.

—Ha huido… —respondió despacio.

Me acordé de que no estaba atado. Nunca había tenido que contenerlo. No podía imaginar qué había hecho que mi caballo se encabritase y huyese así del establo. Mis ojos se encontraron con los de Moses.

—¿Es muy grave? —intenté parecerme a Clint Eastwood o a alguien que pudiera soportar una herida grave en la cabeza y seguir manteniendo el tipo, pero me tembló un poco la voz.

Moses tragó saliva compasivamente, la nuez le subió y le bajó en la garganta oscura. Le temblaban también las manos. Estaba tan preocupado como yo, eso se veía claramente.

—No lo sé. No es muy profunda, pero está sangrando mucho.

—No le gustas mucho a los animales, ¿no? —susurré.

Moses no fingió sorpresa. Negó con la cabeza.

—Les pongo nerviosos. A todos, no solo a *Sackett*.

A mí también me ponía nerviosa, pero en el buen sentido. Nerviosa de un modo que me fascinaba y, aunque me doliera la cabeza y tuviera sangre en los ojos, quería que se quedara y que me contara todos sus secretos.

Como si se hubiera dado cuenta del cambio en mi interior y no le gustara, Moses se levantó y se fue corriendo dejándome con su camiseta en la cabeza y con un repentino e insaciable interés por el chico nuevo del pueblo. No pasó mucho tiempo hasta que volvió con mi madre y su abuela corriendo tras él. Traía cara de susto, igual que mi madre, lo que hizo que me preguntara si la herida sería peor de lo que pensaba. Experimenté por primera vez una

sensación de vanidad femenina. ¿Me quedaría una cicatriz en la frente? Hacía una semana hubiera pensado que me haría más interesante, pero, en ese momento, no quería una cicatriz; quería parecerle guapa a Moses.

Moses se quedó atrás, bastante atrás, dejando espacio libre a los adultos para que pulularan y se revolvieran. Cuando pareció que podría apañármelas sin tener que ir a urgencias y me pusieron un par de vendas para contener el corte, Moses desapareció. La terapia equina no iba a curar las grietas que tenía Moses Wright, pero me prometí a mí misma que conseguiría abrirme camino entre esas grietas y rincones, aunque fuera la última cosa que hiciera. De repente, el desierto del verano se había convertido en una selva tropical.

Capítulo 2

Georgia

Más o menos una semana después de que Moses asustara a mi caballo y yo recibiera el golpe en la cabeza, mi padre y yo descubrimos un mural en una de las paredes del establo. En algún momento de la noche, alguien había pintado una increíble representación del atardecer en las colinas del oeste de Levan. Delante del fondo rosado había un caballo que parecía *Sackett* con la cabeza ladeada y un jinete sentado cómodamente en la montura. El jinete estaba de perfil y los últimos rayos de sol solo dejaban vislumbrar su silueta, que, sin embargo, resultaba familiar. Mi padre se quedó mirando melancólicamente el retrato durante bastante tiempo. Creía que se enfadaría porque alguien había usado una pared del establo como lienzo, algo parecido a lo que imagino que hacen las bandas callejeras en las grandes ciudades, pero aquí no se trataba de símbolos geométricos de letras con forma de burbujas de colores chillones. Esto estaba guay; era algo por lo que se podría pagar, algo por lo que se podría pagar mucho.

—Se parece a mi padre —susurró mi padre.

—Se parece también a *Sackett* —añadí sin poder contener las lágrimas.

—Tu abuelo Shepherd tenía un caballo que se llamaba *Hondo;* el bisabuelo de *Sackett*. ¿Te acuerdas?

—No.

—Bueno, supongo que eras muy pequeña. *Hondo* era un buen caballo. El abuelo lo quería tanto como tú a *Sackett*.

—¿Le enseñaste una foto? —pregunté.

—¿A quién? —Se volvió hacia mí desconcertado.

—A Moses. ¿No lo ha hecho él? Escuché a la señora Wright decirle a mamá que había ido al reformatorio por vandalismo o

destrucción de la propiedad o algo así. Al parecer le gusta pintar cosas. La señora Wright dice que lo hace de forma compulsiva, aunque no sé a qué se refiere. Pensé que se lo habrías mandado tú.

—Eh… No, no le pedí que pintara el establo, pero me gusta.

—A mí también —reconocí.

—Si ha sido él, y no se me ocurre otra persona que pueda haberlo hecho, tiene un don. Aun así, Moses no puede ir por ahí pintando lo que le apetezca cuando le apetezca. Lo próximo será un mural de Elvis en el garaje.

—A mamá le encantaría.

Mi padre se rio ante el sarcasmo, pero no bromeaba con el tema. Esa tarde dijo que iba a ir a visitar a Moses y a Kathleen Wright y le pedí que me dejara acompañarle.

—Quiero hablar con Moses —le dije.

—No quiero hacerle pasar vergüenza, George, y seguramente eso es lo que pase si estás tú allí mientras hablo con él. No se necesita público para este tipo de conversación. Solo quiero decirle que no puede hacer este tipo de cosas, no importa lo bien que se le dé.

—Quiero que Moses pinte algo en la pared de mi habitación. Tengo algo de dinero ahorrado para pagarle. Así que tú le dices que no puede pintar lo que le dé la gana y luego yo le ofrezco un lugar en el que puede hacerlo. Eso estaría bien, ¿no?

—¿Qué quieres que te pinte?

—¿Te acuerdas de ese cuento que me solías contar cuando era pequeña? El del hombre ciego que se convertía en caballo cada vez que se hacía de noche y que volvía a convertirse en hombre cuando salía el sol.

—Sí, es una vieja historia que me contaba mi padre.

—No dejo de pensar en ella. Quiero el cuento en la pared de mi habitación o, al menos, al caballo blanco corriendo por las nubes.

—Pregúntale a tu madre; si a ella le parece bien, a mí también.

Suspiré; sería más difícil vendérselo a mi madre.

—Es solo un mural —refunfuñé.

Para mi sorpresa, a mi madre le pareció bien lo de la pintura, le preocupaba más el hecho de que Moses estuviera en mi habitación.

—Es muy intenso, Georgie. Me da un poco de miedo. No sé qué pensar de que seáis amigos, la verdad. Sé que no es muy amable por mi parte, pero eres mi hija y siempre te ha atraído el peligro, como a una polilla le atrae el fuego.

—Estará pintando, mamá, y no voy a estar en picardías

mientras lo hace. Creo que estaré bien. —Le guiñé el ojo.

Me pegó una palmadita en el culo y cedió con una risa. Sin embargo, había acertado aconsejándome que no me acercara a él. Tenía razón; me tenía totalmente fascinada y no creía que la fascinación fuera a desaparecer en un futuro cercano.

Mi padre y yo nos fuimos y llamamos a la puerta de Kathleen Wright poco después del atardecer. Moses estaba en la mesa de la cocina comiendo el mayor bol de cereales que jamás había visto antes y su bisabuela, sentada enfrente de él, pelaba una manzana, cuya piel serpenteaba como un solo lazo rojo sobre la mesa. En ese momento, me pregunté cuántas manzanas había tenido que pelar en su vida para perfeccionar tal habilidad.

—No volveré a pintar en tu propiedad —dijo Moses con sinceridad tras haberle dicho mi padre con delicadeza que no podía hacerlo. Kathleen parecía estar algo preocupada, pero mi padre la tranquilizó diciéndole que la pintura era preciosa y que no quería que Moses la borrara. Después de eso, se relajó y parecía que yo era la única que se había dado cuenta de que Moses no había prometido no pintar en la propiedad de otros, solo en la nuestra.

—Plasmaste muy bien la apariencia de mi padre

—añadió mi padre casi como si le acabara de venir la idea—. A él le habría gustado tu pintura.

—Trataba de pintarte a ti —dijo Moses evitando mirar a los ojos a mi padre.

De alguna forma, supe que estaba mintiendo, pero no entendí por qué. Tenía mucho más sentido que se hubiera inspirado en mi padre, porque si de algo estaba segura,es de que no había conocido a mi abuelo.

—Moses —me metí en la conversación—, me estaba preguntando, de hecho, si podrías pintar un mural en la pared de mi habitación. Te pagaría; probablemente no tanto como te mereces, pero algo es algo.

Me miró y luego torció la mirada.

—No sé si puedo.

Su abuela, mi padre y yo nos quedamos sorprendidos mirándole. La prueba de que sí que podía hacerlo había quedado plasmada en una de las paredes de nuestro establo.

—Necesito… estar inspirado —acabó de decir con voz débil y levantando las manos como si quisiera alejarme—. No es que pueda pintar cualquier cosa, no funciona así.

—A Moses le encantaría, Georgia —interrumpió

categóricamente Kathleen, y dirigió una mirada de advertencia a su bisnieto—. Se pasará mañana por la tarde para ver qué quieres que te pinte.

Él apartó el bol vacío y se levantó con brusquedad.

—No puedo hacerlo abuela. —Después se dirigió a mi padre—: No habrá más pintadas en su propiedad, se lo prometo.

Y salió de la habitación.

***

Pasaron dos semanas hasta que Moses y yo nos volvimos a encontrar, aunque las circunstancias fueron incluso menos agradables que la primera vez. La feria del condado de Juab es un acontecimiento más importante que las Navidades para casi todos los habitantes del condado. Tres días y tres noches de desfiles, atracciones de feria y, por supuesto, de rodeos. Todos los años llevaba la cuenta atrás; caía siempre en la segunda semana de julio y era el evento más destacado del verano. Para rematarlo, ese año iba a poder competir en la carrera de barriles. Mis padres me habían dicho que tenía que terminar el instituto para poder unirme al circuito de rodeos, pero que podía participar en todos los eventos para los que estuviera preparada dentro del estado. Había ganado la ronda de la noche del jueves, lo que me llevó al torneo de la noche del sábado, que también gané. Mi primera noche como vaquera profesional y había ganado todas las rondas.

Después de eso había decidido acercarme al desfile para celebrarlo, pero mi amiga Haylee, que vivía en Nephi, a unos quince minutos al norte de Levan, había venido con su novio Terrence, que no me caía demasiado bien. Siempre estaba haciendo bromas pesadas y, en vez de llevar un sombrero de vaquero, llevaba una de esas gorras que llevan los camioneros, sin calarla demasiado en la cabeza.

—Llevas así la gorra porque es la única forma de ser más alto que las chicas —le dije.

—Las chicas altas no me van —me contestó y me dio un empujón.

—Perfecto entonces; menos mal que soy una chica alta.

—Menos mal.

—De todas formas, no podría salir contigo, Terrence. Todo el mundo pensaría que eres mi hermano pequeño —me mofé. Luego, le tiré esa estúpida gorra a una papelera cercana y le di unos

golpecitos en la cabeza, sudorosa.

Después de eso, no dejó de hacerme comentarios desagradables y Haylee estaba deseando que paráramos de pelear. Me estaba aburriendo de todas maneras, así que me fui con la excusa de que tenía hambre y de que necesitaba ver a hombres altos. Me di cuenta de que me estaba alejando de la feria e iba hacia los estercoleros y los establos cercanos; allí estaban los animales durante los tres días que duraba el rodeo.

Estaba oscuro y no había nadie más por allí, pero quería ver bien a los toros. Siempre había querido montar uno y estaba segura de que sería capaz. Subí el primer peldaño de la valla aferrándome a ella una vez estuve lo suficientemente arriba como para mirar a los establos que separaban la bestia del hombre. El ruedo aún estaba iluminado y, aunque en los establos solo se veían sombras, se podía vislumbrar fácilmente la musculada espalda del toro que Cordell Meecham había montado hacía unas horas. Le habían dado noventa puntos. Aquella noche había ganado con una actuación perfecta: las rodillas en alto, los tacos en posición, la espalda inclinada y el brazo derecho apuntando hacia el cielo como si intentar alcanzar las estrellas lo convirtiese en una. Y, de hecho, así había sido. La multitud había gritado, yo había gritado. Y, cuando por fin el toro, llamado *Alias de Satán*, le lanzó por los aires, el timbre ya había sonado y había derrotado a la bestia. Sonreí al recordarlo y me imaginé que era yo.

La carrera de barriles era la única competición en la que podían participar las vaqueras y a mí me encantaba. Me encantaba ir a toda velocidad en la recta final, con la cabeza agachada y la crin de *Sackett* entre las manos, como si me arrastrara una ola hasta la orilla. Pero a veces me preguntaba cómo sería montar un terremoto en lugar de una ola.

Alias de Satán no tenía ningún interés en mí, ni ninguno de los toros que estaban ahí encerrados. Olía a abono fresco y a paja. Tomé aire; a mí no me importaba el olor que molestaba a otros cuando pasaban cerca del ganado y me quedé un rato más mirando a los animales antes de bajarme de la valla. Era tarde. Tenía que encontrar a Haylee e ir tirando para casa. Me molestaba tener que volver a la hora que me mandaban mis padres e inmediatamente me puse a pensar en un futuro en el que no tuviera que responder ante nadie más que yo misma.

Cuando de entre las sombras apareció una figura no me asusté. Para nada. Nunca he tenido motivos para temer a los vaqueros, eran las mejores personas del mundo. Si vais a cualquier rodeo, en

cualquier parte de Estados Unidos, os dará la sensación de que los hombres y mujeres que participan en él podrían salvar el mundo sin ayuda. No era porque fueran los más ricos, los más inteligentes o los más guapos, sino porque eran buenos y se querían los unos a los otros. Y amaban a su país y a sus familias; cantaban el himno y lo sentían de verdad, se quitaban los sombreros cuando alzaban la bandera. Vivían y amaban con devoción. Así que no, no me puse nerviosa. No me puse nerviosa hasta que me empujaron al barro, que por el paso de pezuñas y tacos de hombres y bestias estaba recién removido.

Me quedé aturdida un momento, lo suficiente para que me ataran las manos a la espalda como en un rodeo de terneros. El hombre sabía cómo atar y soltar. Me di la vuelta e intenté gritar, pero se me llenó la boca de estiércol y entonces me di cuenta de que estaba en la mierda. Me di cuenta del juego de palabras incluso cuando noté unas manos en el cinturón. Y ahí fue cuando me enfadé de verdad, el *shock* se convirtió en ira cuando sentí unas manos donde no debían estar. Me retorcí y le di en la cara con la parte de atrás de la cabeza. Maldijo y me volvió a hundir la nariz en el estiércol atándome las manos a los talones, como si fuera un cerdo, antes de darme la vuelta. Estaba en una posición imposible: tenía las piernas y los brazos atados por la espalda, sentía todo el peso en la cabeza y el cuello y me dolían los cuádriceps. Me tiró barro a los ojos y me apretó la mano con las manos, mientras mis ojos, cegados por la tierra, se movían como locos. Tenía la nariz llena de barro y, con sus manos en la boca, no podía respirar. Jadeé, me retorcí e intenté morderle los dedos. El dolor que sentía en los pulmones era peor que el miedo y pensé que iba a morir. Con un gruñido, me colocó sobre su espalda y se dio la vuelta como si fuera a salir corriendo. Entonces, se quedó paralizado, indeciso, cuando se oyó el ruido de una puerta de coche que se cerraba y alguien me llamó por mi nombre.

Me soltó, así como así, y se fue. Creo que lo escuché maldecir mientras corría y sus botas golpeaban el suelo. No reconocí la voz. Habían pasado unos sesenta segundos desde el momento en el que había salido de entre las sombras hasta que se había vuelto a perder en ellas; seguramente otro récord en el ruedo.

Aún tenía atadas las muñecas y los pies y, cuando me soltó, caí tan de golpe contra el suelo sin nada que amortiguara la caída que me quedé sin aire. Estaba jadeando, no podía respirar así que me coloqué de lado para escupir la porquería que tenía en la boca. Notaba la hebilla del cinturón clavada en la cadera. Había tirado de

mis vaqueros y el cinturón se había desabrochado. No podía tenerme en pie, ni siquiera podía limpiarme los ojos. Estaba tirada como un ternero en un rodeo, indefensa y atada de pies y manos. Traté de limpiarme la cara contra mis hombros para quitarme la arenilla de los ojos y por lo menos poder ver. Tenía que ver para poder reconocerle si volvía y, así, poder protegerme. Y atacarle. No sé cuánto tiempo estuve ahí tumbada; pudo ser una hora o diez minutos, pero me parecieron diez años.

Hubiera jurado que había oído a alguien llamarme. ¿No fue por eso por lo que salió corriendo? Y, entonces, como si le hubiera invocado, volvió. La adrenalina corrió de nuevo por mis venas y me revolví y sacudí intentando moverme centímetro a centímetro. Grité, pero solo conseguí toser desesperadamente escupiendo la arenilla que aún me quedaba en los pulmones. Se paró como si no se hubiera imaginado que aún estuviera ahí.

—¿Georgia?

No era él, no era el mismo tío.

Se acercó a mí rápidamente reduciendo las distancias. Apreté los párpados como un niño cuando trata de hacerse invisible cerrándolos. Oh, no, no, no, no. Conocía esa voz. Moses no. Moses no. ¿Por qué tenía que ser Moses?

—¿Llamo a alguien? ¿Llamo a la ambulancia?

Podía sentirle a mi lado. Me limpió la cara como para verme mejor. Sentí un tirón en las cuerdas que me ataban las muñecas y tobillos y, de repente, pude estirar las piernas. La sangre se precipitaba hacia los pies y empecé a llorar. Las lágrimas me hacían sentir bien y parpadeé todo el rato para aclararme la vista mientras Moses me quitaba la cuerda que me apretaba las muñecas. Al liberarme las manos, solté un quejido por el peso muerto de los brazos y el intenso dolor de los hombros.

—¿Quién ha sido? ¿Quién te ha atado?

Miré hacia todos lados excepto hacia él. Llevaba una camiseta negra metida dentro de unos pantalones piratas y unas botas militares que ningún vaquero que se precie llevaría al rodeo. Mi atacante llevaba ropa de vaquero: una camisa de botones con botones a presión. Había notado los botones contra la espalda. Empecé a temblar y sentí ganas de vomitar.

—Estoy bien —mentí carraspeando y deseando desesperadamente que Moses se diera la vuelta para no tener que vomitar enfrente de él. No estaba bien. Para nada. Me sequé las mejillas y escudriñé su rostro para ver si me creía o no y desvié la mirada rápidamente.

Me preguntó si podía mantenerme en pie y me ayudó a levantarme. Lo logré con su ayuda, pero tambaleándome como un potro recién nacido.

—Puedes irte. Estoy bien —volví a mentir desesperada, pero no se fue. Me di la vuelta, caminé unos cuantos pasos hasta la valla con las piernas temblando y vomité. Barro, estiércol y la hamburguesa de rodeo que había tomado me salieron en un chorro de caldo de Pepsi. Me cedieron las rodillas. Me agarré a la valla para no caerme mientras jadeaba y vomitaba, pero Moses no se movió. Los resoplidos y los pisoteos de los toros al otro lado de la valla me recordaron dónde estaba. *Alias de Satán* y sus secuaces estaban cerca y no me costaba nada creer que había caído por un agujero justo a las entrañas del infierno.

—Estás cubierta de barro y tienes el cinturón desatado.

La afirmación era clara, casi acusadora y yo sabía que Moses no se había creído que estuviera bien. Raro, ¿verdad? Seguí dándole la espalda, me abroché la brillante y gran hebilla con los dedos rígidos y estiré el cinturón hasta el último de los agujeros, obviando el hecho de que el botón se hubiera desatado y la cremallera estuviera bajada. Tenía la camiseta por fuera, así que puede que no se hubiera dado cuenta y yo no iba a atraer su atención hacia ello. El cinturón me mantendría los pantalones en su sitio. Me estremecí.

—Alguien te ha atado.

—Creo que me estaba gastando una broma —tartamudeé entre toses y jadeos por la irritación de la garganta—. Debió de ser Terrence; estaba cabreado conmigo y puede que creyera que me reiría o chillaría en lugar de luchar. Luché con fuerza. A lo mejor no tenía que haberme asustado, quizás simplemente quería atarme para que me encontraran después y que se rieran de mí mientras estaba atada… Estoy bien, de verdad.

No sabía si me creía algo de lo que acababa de decir, pero quería hacerlo.

Era raro que fuera Moses el que me había desatado. Irónico. Un vaquero me había hecho daño y el gamberro había venido a rescatarme. Mi madre pensaba que Moses era el que me haría daño, me lo había advertido, y resultó que me había salvado.

—Estoy bien —insistí y me recompuse aún secándome los ojos y con los labios temblando, humillada porque Moses me hubiera visto así y destrozada por lo que podía haber ocurrido, lo que casi ocurrió y, sobre todo, por lo que había pasado. Si realmente había sido una broma que se le había ido de las manos a alguien, se le

había ido de las manos completamente. Ahora Georgia Shepherd tenía miedo y no es que lo llevara muy bien. Quería irme a casa. No sabía dónde estaba Haylee, pero no quería ir a buscarla, sobre todo si estaba metida en lo que fuera que hubiese sido aquello.

—¿Puedes llevarme a casa por favor, Moses? —Mi voz sonó rara e hice una mueca al oír mi tono infantil.

—Alguien va a pagar por esto.

—¿Qué?

—Alguien tiene que pagar por esto, Georgia.

Era raro escucharle pronunciar mi nombre como si me conociera muy bien. No me conocía en absoluto. De repente, ni yo misma me conocía. Misma ciudad, misma calle, mismo mundo, pero no parecía que fuera el mismo mundo, ni yo la misma chica. Por un momento, me pregunté si estaba en *shock*, pero no había pasado nada. Estaba bien o, por lo menos, lo estaría; solo necesitaba irme a casa.

—Quiero irme a casa. Estoy bien —insistí—. Por favor.

Se había convertido en un ruego, casi en una súplica. Me caían lágrimas por las mejillas otra vez.

Echó un vistazo al rededor casi a la desesperada, como si estuviera pidiendo ayuda, como si necesitara consejo para lidiar con la situación y yo fuera la situación. Yo era con lo que no sabía lidiar. Llevarme a casa era la solución más fácil, pero, evidentemente, no pensaba que fuera suficiente.

—Por favor —le rogué.

Me limpié la cara con la manga de la camiseta y las lágrimas y la tierra me dejaron manchas alargadas en la camiseta nueva que me había comprado especialmente para esa noche. Siempre me compro algo nuevo para el rodeo; unos vaqueros, una camiseta e, incluso, a veces, unas botas. Trapitos nuevos para el gran evento.

Podía ver la noria a lo lejos, por encima de la hilera de casetas oscuras que separaban los animales y el ruedo del recinto ferial. Una brisa suave me apartó el pelo de las mejillas húmedas y, con ella, percibí el aroma de algodón de azúcar y palomitas de la feria, que perdió su dulzura al mezclarse con el del estiércol y vómito.

Me tambaleé un poco y noté cómo el horror de los últimos minutos empezaba a hundirme. A hundirme más, y más, y más. Necesitaba irme a casa.

Moses debió notar mi caída al abismo porque, sin decir palabra, alargó la mano y me cogió del brazo suavemente. En ese momento le quise muchísimo, más de lo que pensé que podría. Bastante más

de lo que cabría esperar por nuestros breves encuentros. El gamberro, el delincuente, el hijo de una adicta al *crack* era ahora mi héroe.

Caminaba a mi lado dejando que me apoyara en él y, cuando llegamos a su *jeep*, me quedé parada mirando inexpresivamente el coche que había visto día sí y día también desde que se había mudado a Levan seis semanas antes. Había tenido envidia de esas fantásticas ruedas porque yo tenía una vieja camioneta de granja que apenas podía ir a más de sesenta por hora. Antes había sentido envidia, pero en aquel momento me sentí tan agradecida de que lo tuviera que quería arrodillarme y dar gracias. Moses me colocó con suavidad en el asiento del copiloto y me abrochó el cinturón. Era como un arnés y agradecí esa relativa seguridad a pesar de que el *jeep* no tuviera ni techo ni puertas.

—Moses, *jeep*, cinturones, casa, Moses —enumeré, sin siquiera darme cuenta de que estaba hablando en voz alta y sin que me importara haber repetido «Moses» dos veces; se lo había ganado esa noche.

—¿Qué? —Moses se inclinó hacia mí y me cogió de la barbilla preocupado.

—Nada, es una costumbre. Cuando estoy… estresada, enumero las cosas por las que me siento agradecida.

No dijo nada, pero siguió mirándome al subir y arrancar el coche. Sentí que me miraba mientras maniobraba por la grava, alrededor de los establos y los remolques de caballos y por el aparcamiento hasta salir a la carretera.

El aire nos rugía en la cara, enredándome el pelo y empujándome el cuerpo mientras conducíamos por la carretera, dejando atrás la feria, la resplandeciente noria y los sonidos alegres que me habían procurado un sentimiento de falsa seguridad. Esos sonidos me habían atraído toda la vida y ahora me preguntaba cómo iba a ser capaz de volver a escucharlos.

Capítulo 3

Moses

Había ido al rodeo por Georgia, pero no porque hubiera tenido algún tipo de premonición de que me necesitara ni porque esperase que ella quisiera verme. Y, evidentemente, no porque esperara encontrármela atada, cubierta de barro y llorando porque alguien había tratado de hacerle daño o asustarla. O llevársela. Decía que seguramente había sido una broma y me pregunté qué tipo de amigos harían bromas así. No lo sabía, no tenía ninguno.

Mi abuela había llegado esa tarde con una entrada de más diciéndome: «Georgia compite en la carrera de barriles, no querrás perdértelo». De repente, me vino a la cabeza la imagen de Georgia encima de un barril balanceándose hasta hacerlo rodar, con los pies colgando y tratando desesperadamente de no caerse y llegar primera a la línea de meta.

Nunca había estado en un rodeo. No tenía ni idea de lo locos que estaban los blancos, pero, teniendo en cuenta que me había abandonado una madre blanca adicta al *crack*, debería habérmelo imaginado.

Aunque la verdad es que me lo pasé bien. Había algo bueno en todo aquello. Entre las numerosas familias, las banderas ondeando y la música, me arrepentí de no haberme puesto un sombrero de vaquero a pesar de lo estúpido que hubiera parecido llevándolo. Me comí unas seis hamburguesas que seguramente fueran las mejores que había comido en mi vida. Mi abuela estaba alegre como si le hubieran llamado de su programa de televisión favorito, taconeaba y, en general, actuaba como si tuviera dieciocho años en lugar de ochenta, lo cual me encantaba. Vi amarres, montas, toros que caracoleaban y caballos que se revolvían y lanzaban por los aires a los vaqueros como si fueran muñecas de trapo, chicas como Georgia montando como si hubieran nacido a lomos de un

caballo… Estaba bastante seguro de que ese había sido el caso de Georgia; la había visto montar muchas veces cuando creía que no la miraba.

Había evitado a Georgia desde el incidente en el establo. No sabía qué hacer con ella. Era como jugar una carta peligrosa. Era una chica de un pueblo pequeño con un modo de hablar y de pensar muy simple y un modo de ser muy honesto que me atraía y me disgustaba a partes iguales. Quería alejarme de ella, pero, al mismo tiempo, me pasaba todo el tiempo pensando en ella.

Observé a Georgia volar en el ruedo a lomos de su caballo blanco, el polvo arremolinándose, la melena al viento, acercándose a los barriles con una sonrisa tan grande que supe que disfrutaba al flirtear con la muerte. Sabía que los caballos significaban para ella lo mismo que para mí la pintura y, según la observaba cabalgar, me entraron unas ganas desesperadas de pintarla; así, llena de vida y emoción, completamente libre. Generalmente suelo pintar cuando las imágenes que tengo en la cabeza se vuelven demasiado difíciles de contener y las expulso como producto de mi frustración. Casi nunca había pintado cuadros solo porque me gustara o solo por el placer de pintar algo que me llamara la atención. Y Georgia, frente a una multitud vociferante, corriendo como un rayo por la arena polvorienta, se había convertido, de alguna manera, en algo que me llamaba la atención.

Me fui antes de que acabara; mi abuela me dijo que volvería a casa con los Stephenson y que no necesitaba que me quedara. Estuve caminando sin rumbo, sin querer toparme con nadie en la feria, montarme en la noria o ver a Georgia con sus amigos celebrando la victoria. Estaba seguro de que tenía amigos y de que yo no era como ellos.

Conduje y conduje y entonces lo sentí. Sentí la sensación de alerta en las venas y el calor en el cuello y las orejas. Encendí la radio para intentar acallar la visión con el sonido. No funcionó muy bien porque, en cuestión de segundos, vi a un hombre a un lado de la carretera. Estaba allí, mirándome. No debería haberlo visto porque iba por una oscura carretera secundaria que solo estaba iluminada por el reflejo de la luna y las luces del *jeep*, pero ahí estaba él, iluminado como si hubiera tomado prestada la luz de la luna y se hubiera envuelto en ella.

Lo reconocí casi de inmediato y las imágenes empezaron a inundarme la mente. Eran todas sobre Georgia: Georgia con el caballo, Georgia saltando vallas, Georgia cayéndose al suelo cuando asusté al caballo.

La imagen de Georgia cayendo se seguía repitiendo una y otra vez. No me asusté; la había visto caer, pero eso era cosa del pasado y ahora estaba bien. Entonces pensé que quizás no fuera así. Me pregunté si ese hombre, el hombre que estaba a un lado de la carretera, el mismo que había visto en el establo de Georgia cuando *Sackett* se encabritó y golpeó a Georgia, el hombre que había pintado en una de las paredes de ese mismo establo porque no dejaba de aparecer, estaba tratando de decirme algo. No sobre él, sino sobre Georgia.

Así que di media vuelta con el *jeep* y me dirigí a la feria. No lo dejé en el aparcamiento, sino que me metí por uno de los laterales, sorteando las casetas y los remolques de caballos como si tuviera alguna idea de adónde iba. Me pareció volver a ver al hombre de las sombras, o quizás fue un destello o un vaquero que necesitaba un cigarro. Llegué a un *stop,* salí del coche y llamé a Georgia. Me sentí ridículo y me quedé quieto durante un minuto, sin saber bien qué hacer, sin querer unirme a la multitud que se movía entre las luces de la feria unos cuantos cientos de metros más allá. Prefería quedarme en la oscuridad.

Alguien se chocó conmigo desde atrás, lanzándome hacia delante y haciéndome perder el equilibrio. Desapareció corriendo en la noche sin disculparse y sin darme siquiera la oportunidad de devolverle el empujón. Sería un vaquero borracho. Después de eso se hizo el silencio; solo se escuchaba el sonido de las pezuñas y los resoplidos de los animales que estaban encerrados por ahí cerca. No quería acercarme más a ellos; podía provocar una estampida yo solito.

Me dirigí hacia la feria y caminé por la zona, buscando a Georgia desde un lateral. Y entonces volví a ver al hombre, al abuelo de Georgia. Estaba delante de la oscura entrada del rodeo. No me llamó, nunca lo hacen, simplemente me llenan la cabeza de sus recuerdos, pero esta vez no me vinieron las imágenes. Simplemente estaba ahí, con un halo de luz de luna. Yo me aproximé a él hasta que llegué donde estaba antes. Había desaparecido al acercarme, pero algo destelló por mi izquierda y desapareció cerca del estercolero, al otro lado de las gradas, cerca de los animales, y ahí fue donde encontré a Georgia.

Georgia

Les conté a mis padres lo que había pasado en el rodeo. Tenía que hacerlo. También les dije que pensaba que el que me había atado había sido Terrence. Moses había entrado conmigo y esperaba ansioso en la puerta, sin mirar a los ojos a ninguno de los que estaban en la habitación; tenía los ojos clavados en el suelo. Mis padres insistieron en que se sentara, pero se negó y, al final, lo dejaron estar, ignorándolo de la misma manera que él hacía con ellos.

Lo que parecía que iba a ser una noche larga, resultó ser más larga todavía, pues la reacción de mis padres fue de alarma y preguntas infinitas. Acabaron llamando al *sheriff* que, por suerte, vivía a las afueras de Levan y no al otro lado del condado.

Mis padres llamaron a la abuela de Moses para decirle que este se tendría que quedar en mi casa para contarle al *sheriff* lo que había visto. Acabó por venir y quedarse en la puerta trasera hablando como si fueran las diez de la mañana en lugar de las dos. Le acarició la mejilla a Moses y le dio un apretón y, después, me envolvió con los brazos. Su cabeza solo me llegaba a los hombros y sus rizos grises me hacían cosquillas en la barbilla; inmediatamente me sentí segura. Mucho más segura. Se sentó a la mesa y yo me fui a quitarme el barro de la piel y del pelo mientras esperábamos a que el *sheriff* llegara. Estaba dolorida y llena de moretones. Tenía quemaduras de las cuerdas en las muñecas y un gran arañazo en la mejilla izquierda. Me dolía la parte de atrás de la cabeza e incluso sentía los labios sensibles en la zona de la cara que había estado contra el suelo, pero lo peor de todo era la sensación de miedo que tenía en el estómago y la certeza de que había escapado de algo verdaderamente terrible.

Cuando entré en la cocina con una toalla en la cabeza y un pijama de lunares, el *sheriff* Dawson ya estaba sentado a la mesa con una Pepsi y un trozo de empanada enfrente, cortesía de mi madre, la perfecta anfitriona. Estaba delgado y en forma y llevaba puesto su uniforme marrón. Llevaba bien peinada la raya del pelo, rubio, y sus ojos azules resaltaban en una tez morena que evidenciaba su inclinación por estar al aire libre. Tendría treinta años largos o cuarenta y pocos y acababa de ser reelegido. A la gente le gustaba él y a él le gustaban los caballos. Ese era currículum suficiente para la gente del condado. No lo veía perdiendo su puesto de trabajo en un futuro próximo. Mi padre y él hablaban de domar a *Lucky* cuando me senté a la mesa, al lado de la señora Wright. Moses estaba sentado enfrente del *sheriff* y este le

empezó a hacer preguntas. Moses estaba callado y se mostraba precavido y no dejaba de mirar a la puerta como si le faltara tiempo para salir de allí. Me recordó a los domingos en la catequesis y el recuerdo casi me hizo sonreír. El interrogatorio no duró demasiado; Moses contestó lo más brevemente posible.

Fue al rodeo con su abuela; su abuela asintió amablemente. Había ido para verme montar; la señora Wright volvió a asentir.

¿De verdad? El solo pensarlo me ruborizó y me reconfortó. Continuó en un tono pausado dando los detalles más importantes.

Había aparcado cerca de los establos y se había quedado al lado del *jeep* decidiendo si acercarse a la feria a por un par de perritos empanados y una manzana de caramelo o irse a casa. Alguien había aparecido detrás suyo, pero no vio quién había sido, creía que un vaquero. No es que eso ayudara demasiado, pensé, pero yo tampoco podía añadir mucho más a esa descripción. Creyó escuchar a alguien llamar, incluso gritar y entonces me había encontrado, me había desatado y me había llevado a casa. Fin.

Entonces Moses se quedó mirando al *sheriff* y repitió las mismas respuestas cuando este le presionó un poco más. El *sheriff* Dawson le preguntó por qué había aparcado en los establos en lugar de en el aparcamiento.

Moses le contestó que no quería andar.

También quería saber por qué no podía dar una descripción más detallada del hombre que había visto salir huyendo, del hombre que había corrido hacia él.

Moses dijo que estaba de espaldas y que estaba oscuro.

El *sheriff* parecía incómodo y desconfiaba demasiado, pero yo no. Moses no había sido quien me había atado; había sido el que me había liberado y eso era lo único que me importaba.

Luego me tocó a mí. Conté también mi historia con aquella pequeña audiencia pendiente de cada palabra. Le dije al *sheriff* que creía que podría haber sido Terrence Anderson, lo que no fue muy cómodo porque era su sobrino, pero hay que decir que ni siquiera se inmutó ni me lo discutió y prometió que lo investigaría. Anotó todo lo que dije e incluso tomó fotos de las quemaduras de las cuerdas de mis muñecas y los arañazos de la cara.

—¿Qué es esto? ¿Es algo que haya que anotar? —dijo el *sheriff* señalando el lugar donde me había golpeado *Sackett* en la frente. Era de hace tres semanas y ya casi estaba curado, pero, al haber tenido la cabeza contra el suelo y la grava, se me había irritado la cicatriz y se había enrojecido, por lo que parecía que me la acababa de hacer.

—*Sackett* se puso nervioso —contesté, y me encogí de hombros; no quería recordar el incidente. Sabía que el *sheriff* conocía a *Sackett*.

Sonrió y señaló un chichón que tenía en la frente.

—Me pregunto si *Tonga* se puso nerviosa por la misma razón. Me dio bien, la maldita yegua. Nunca te puedes relajar demasiado cerca de los animales. Justo cuando crees que los tienes controlados, hacen algo totalmente inesperado.

—Sí, las personas también son así —dije sin pensar.

Y era verdad, esa noche más que nunca. De repente sentí el sabor del miedo en la boca y me pregunté cómo demonios iba a conseguir dormir esa noche o… alguna noche. El *sheriff* asintió comprensivo y se dispuso a irse, pero se acercó y me dio una palmada en los hombros.

—Lo siento, Georgia, de verdad. Haya sido una broma o algo mucho peor me alegro de que estés bien. Investigaremos a Terrence Anderson y a Haylee Blevins para ver si saben algo al respecto. Tenemos tu declaración y las fotos y, por supuesto, la declaración del señor Wright.

El *sheriff* miró a Moses con nerviosismo y yo casi pongo los ojos en blanco. Todo el mundo tenía miedo de él y yo estaba segura de que si no hubiera estado totalmente convencida de que no había él quien me había atado, habría sido el sospechoso número uno. Parecía que estaba maldito.

El *sheriff* caminó hacia la puerta de la cocina.

—Me alegro de que sea la última noche del rodeo; la gente se vuelve un poco loca. Con suerte, el pueblo volverá a la normalidad y descubriremos qué ha pasado. Seguiremos en contacto.

Con eso, el *sheriff* Dawson se adentró en la oscuridad de la madrugada y todos nos quedamos sentados, mirando la mesa, ensimismados en nuestros propios pensamientos, demasiado cansados como para movernos todavía.

—Bueno —suspiró la señora Wright—, el *sheriff* Dawson es un buen chico.

Tenía casi cuarenta años, pero para alguien de ochenta era como un chaval.

—Moses, tu madre y él eran novios. Él estaba tan enamorado de ella… Creía que volvería a Levan y se casaría con él. Se lo propuso, lo intentó una y otra vez, bien lo sabe Dios, pero imagino que ella estaba demasiado perdida.

La señora Wright volvió a acariciarle la mejilla a Moses y se

levantó de la mesa. Él tenía la cara rígida al oír hablar de su madre y me pregunté con qué frecuencia se hablaría de ella. Tuve la sensación de que Moses nunca lo hacía.

Mis padres también se levantaron, pero para mi sorpresa Moses se me quedó mirando. Éramos los únicos que nos habíamos quedado sentados y, por un segundo, los adultos no nos observaban.

—Querías que te pintara la habitación. Ahora que estoy aquí, podría echarle un vistazo.

Mi madre se dio la vuelta de inmediato.

—Son casi las tres de la mañana —protestó.

Moses levantó la mirada hacia ella.

—A Georgia le va a ser difícil dormir esta noche.

Es todo lo que dijo y todo el mundo se quedó en silencio, pero mi corazón sonaba como un tambor. Me levanté y lo guie por el pasillo. Nadie puso ninguna objeción y escuché que la señora Wright se iba y que mis padres entraban en la habitación al otro lado del pasillo.

—Es verano, Mauna —escuché murmurar a mi padre—. No pasa nada, estamos justo al lado, a dos puertas. Déjalos.

Y lo hicieron, nos dejaron en paz.

—Cuéntame el cuento —me pidió Moses cuando le dije lo que quería que pintara en mi habitación.

Se quedó mirando la pared blanca y vacía que había limpiado hace dos semanas con la esperanza de que accediera a hacer el mural. Mis gustos eran sencillos, incluso básicos, y me enorgullecía no tener adornos y sí una hilera de libros en las estanterías. Casi todos ellos de historias del oeste menos *Donde crece el helecho rojo, El verano de los monos* y otra gran hilera llena de libros de Dean Koontz, que después de Louis L'Amour era mi escritor favorito.

—¿Te gusta leer? —pregunté mientras señalaba mi pequeña estantería.

Moses miró mis libros.

—Sí.

No sé si fue por su reputación de delincuente, pero me sorprendió que dijera que sí. Puede que fuera por su apariencia, pero no parecía el tipo de chico al que le gustara quedarse sentado leyendo un libro.

—¿Cuál es tu libro favorito? —Mi voz sonó como si no me lo creyera y entrecerró los ojos.

—Me gusta *El guardián entre el centeno, Rebeldes, 1984, De*

ratones y hombres, Dune, Tropas del espacio, El señor de los anillos, y cualquier cosa escrita por Tom Clancy o J. K. Rowling.

J. K. Rowling lo dijo deprisa como si no quisiera admitir que era fan de *Harry Potter,* pero a mí me había dejado sorprendida.

—¿De verdad has leído todos esos libros? —Yo me había leído *Rebeldes* y me había gustado, pero eso era todo. Me pregunté si me estaría mintiendo—. ¿Nada de Stephen King o Dean Koontz? —añadí tratando de encontrar algo en común.

—*El pasillo de la muerte* y *La chica que amaba a Tom Gordon,* pero nada más de Stephen King. Y Dean Koontz es demasiado.

—¿A qué te refieres?

Moses sacudió la cabeza sin explicarse.

—No te imagino quieto leyendo tanto tiempo.

—Puedo quedarme quieto cuando tengo la mente ocupada. La televisión me vuelve loco y, por lo general la música también, pero me gustan las historias. —Sus ojos se cruzaron con los míos—. Me ibas a contar una.

—Ah sí, el cuento. Es una historia que mi abuelo solía contar a mi padre cuando era un crío y luego mi padre me la contó a mí. No sé de dónde viene, la verdad, pero siempre me ha parecido muy real.

—¿Tu abuelo? ¿El que mencionó tu padre la otra noche? ¿El que pensaba que había pintado?

—Sí.

Moses parecía estar extrañamente aliviado. Me quedé mirándole durante unos segundos intentando descifrar su cara.

—Continúa —dijo.

—Un viejo ciego vivía en un pequeño pueblo del oeste. No había sido ciego toda su vida, sino que había sido una enfermedad la que le había dejado así cuando era pequeño. Con la vista perdió también su libertad. Si quería salir, necesitaba la ayuda de alguien, así como para cocinar y lavarse. Y lo peor de todo era que no podía ver a sus caballos o las colinas alrededor de su casa. Una noche tuvo un sueño en el que corría por las montañas. Cuando se detuvo para beber en un arroyo de agua fresca, vio su reflejo en el agua. Ya no era un hombre, sino un precioso caballo que podía correr durante millas sin cansarse. Cuando el hombre se despertó por la mañana, la mujer que iba a ayudarle todos los días se dio cuenta de que tenía las manos y los pies sucios, a pesar de que la noche anterior se había dado un baño.

»La noche siguiente tuvo el mismo sueño y, en el sueño, el

caballo se enganchó la pata en una rama al saltar un tronco. Solo era un rasguño en la pata del caballo, pero a la mañana siguiente, cuando se despertó, el hombre se dio cuenta de que tenía un gran arañazo exactamente donde el caballo se había lastimado en el sueño.

Las palabras me salían de corrido. Me habían contado la historia tantas veces cuando era niña que seguramente estaba usando las mismas palabras y las mismas descripciones que cuando me la contaban a mí.

—La gente empezó a ver al caballo blanco por las noches y, cuando los rumores llegaron al hombre ciego, este se dio cuenta de que no estaba soñando. Por la noche se convertía de verdad en caballo y corría, saltaba y veía todas esas cosas que había visto durante tanto tiempo, pero desde los ojos del precioso animal.

»No se atrevió a contárselo a nadie, porque sabía que parecía una locura, pero locura o no, era la verdad. Noche tras noche, se convertía en caballo y, noche tras noche, se dejaba ver, hasta que unos cuantos hombres del pueblo decidieron capturar al precioso caballo blanco.

»Los hombres llevaron a cabo lo que habían planeado y, entre los tres, arrinconaron al caballo, pero justo cuando pensaban que lo tenían, el caballo saltó el cerco, corrió hacia las nubes y desapareció para siempre.

»Al día siguiente, cuando la mujer fue a la casa del hombre ciego para hacerle el desayuno, no había nadie. Y nunca más volvió a casa. Nunca se supo lo que le había pasado, pero la mujer siempre sospechó la verdad porque las huellas humanas que había en el camino de la puerta principal se convertían en huellas de pezuña en el barro del patio.

Moses se había quedado mirándome a la cara mientras hablaba, pero sus ojos estaban idos y desenfocados como si, en realidad, no me estuviera mirando.

—¿Puedo usar más de una pared? —preguntó.

—Sí, claro.

Me puse de puntillas y empecé a quitar fotos y chinchetas. En poco tiempo, todos mis muebles estaban en el centro de la habitación y Moses estaba haciendo un esbozo con trazos rápidos con lo que me dijo que era un lápiz graso. Se sacó del bolsillo unos cuantos como si los llevara a todos lados.

Miré con fascinación cómo se perdía en la historia que le había contado. Rara vez se echaba para atrás para ver lo que había dibujado y era como si sus manos volaran. Usaba las dos manos

indistintamente y, al poco tiempo, tenía un lápiz agarrado en cada mano y dibujaba de manera frenética con las dos a la vez. Era digno de admirar. Yo casi ni podía escribir con la mano izquierda, así que no digo dibujar y mucho menos mientras la otra mano está haciendo otra cosa. Moses no se dirigió a mí y la única vez que le interrumpí, cuando estaba casi amaneciendo y se me cerraban los ojos, me miró inexpresivamente, como si no se acordara de que estaba ahí.

—Venga, paremos. No aguanto más despierta

—bostecé—. Y no me quiero perder nada. Eres un genio. Lo sabes, ¿no? Puede que algún día te hagas famoso y que mi habitación se convierta en el Museo Moses Wright.

Inmediatamente empezó a negar con la cabeza.

—No quiero parar. —Me suplicó con los ojos—. No puedo parar todavía. Si lo hago, quizás no pueda terminarlo.

—Vale —accedí rápidamente—, pero más te vale haberte ido antes de que mis padres se despierten. Puedes venir todos los días hasta que lo acabes. Solo prométeme que me dejaras mirar.

Luché contra el sueño todo lo que pude, desesperada por no perderme la magia, pero, a pesar de lo maravillosas que eran las imágenes de las paredes, lo que me dejaba embobada era el propio Moses y, cuando ya no pude enfocar más la vista y se me cerraron los parpados por última vez, era él quien bailaba en mis sueños, con los brazos en el aire, los ojos resplandecientes y colores y líneas curvas brotando de sus dedos.

No volví a abrir los ojos hasta bien pasado el mediodía y fue porque alguien hacía ruido debajo de la ventana de mi habitación.

—¿Qué haces? —pregunté, atónita, a Moses, saliendo a tropezones de la cama y desperezándome.

—Poniendo rejillas en las ventanas. Si voy a pintar, necesitamos ventilación y, sin las rejillas, los bichos van a venir a dar vueltas alrededor de la luz, a acribillarme y a pegarse en la pintura. Si no, acabaremos colocados por los gases y ya tengo la cabeza suficientemente revuelta.

—Rota —dije sin pensar y, para colmo, añadí la onomatopeya —: Crac.

—Exacto —dijo, y frunció el ceño.

—Bueno, te está viniendo bien que esté rota —Me volví y miré las paredes—. De hecho, si no la tuvieras rota, toda la genialidad no podría haber salido. ¿Te das cuenta?

Y era genial. Aún no había pintado nada, pero con un lápiz

graso y el cerebro agrietado, Moses había rellenado dos paredes con las primeras escenas del hombre ciego que recobra la vista y que se convierte en caballo todas las noches. Iba más allá de lo que jamás habría imaginado.

—¿Has dormido siquiera? —Me volví hacia él bostezando.

—No, pero ahora me iré a dormir un rato. Volveré después de cenar.

Quedaba mucho tiempo hasta la cena y tenía mucho tiempo que matar hasta entonces. Después de haberme ocupado de las gallinas, cortado el césped de la parte delantera y haber ayudado a mi madre durante una hora con los dos niños que habíamos acogido unos días, me refugié en el establo. Mis caballos se alegraron al verme y me sentí mal por haberles hecho esperar. El prado aún tenía hierba y les quedaba agua, así que tampoco es que se estuvieran muriendo de hambre, pero casi nunca dejaba pasar una mañana sin ir a verlos. Para compensar, me pasé lo que quedaba de la larga tarde con ellos tratando de caerle bien a *Lucky*.

Lucky era un caballo de pelo negro y crin aún más negra. Era el caballo más bonito que nunca hubiera visto, pero él lo sabía y tenía muy mal carácter. No quería que lo tocaran o que lo montaran o que le hicieran quedarse quieto. Quería que lo dejaran a solas. Mi padre tenía un cliente que no podía pagar las facturas por los servicios de veterinaria y llegaron a un acuerdo. No fue un gran acuerdo, porque mi padre necesitaba caballos que él y mi madre pudieran entrenar para estar con niños. Pero *Lucky* tenía un pedigrí que a mi padre le gustó y pensó que quizás podría sacarle algún dinero como semental.

Lucky me recordaba a Moses, poderoso y perfecto, con músculos bien definidos por debajo de la estilizada superficie y con la misma manera de levantar la cabeza e ignorarme. Pero entonces *Lucky* me miraba, y yo sabía que estaba perfectamente enterado de que estaba allí. No se había olvidado de mí ni en un momento y quería que le prestara atención. Llamadme loca, pero estaba bastante segura de que lo que funcionaba con el caballo podía servir con el chico.

Moses volvió esa noche y la noche siguiente y la siguiente. Lo miraba maravillada mientras añadía color a las líneas y daba una sensación onírica a la historia que me hacía sentir como si estuviera dentro de la cabeza del hombre ciego y lo viera todo a través de sus ojos; como si viera el mundo por primera vez.

Moses no se conformó con las paredes, en la tercera noche continuó por el techo y se las apañó para conseguir un andamio y

así poder pintar la Capilla Sixtina en el techo de mi habitación: tres metros por tres y medio. Tengo que admitir que no sabía qué era la Capilla Sixtina hasta que me habló de Miguel Ángel mientras montaba la plataforma donde quería tumbarse para pintar. Me dijo que algún día la vería en persona. Quería viajar por todo el mundo y ver el mejor arte; ese era su sueño. Mientras hablaba, yo me quedaba muy callada y solo contribuía cuando creía que se quedaba sin fuerzas y podía parar. Tenía que seguir hablando, yo quería saberlo todo de él. Y, poco a poco, sobre todo cuando estaba pintando, me iba regalando momentos breves con él que atesoraba como un niño atesora pequeñas conchas y piedras brillantes y, cuando no estaba con él, rememoraba esos momentos una y otra vez, analizándolos desde todas las perspectivas posibles, intentando conocerle.

Mis padres no sabían qué pensar de mi habitación, de hecho, nadie sabía qué pensar. Era demasiado para un sitio tan pequeño. Cuando te ponías en el centro y la historia te envolvía de color, era fácil que te marearas y te aturdieras con la magnitud de los detalles y la profundidad del trabajo, pero a mí me encantaba. Dejé los muebles en el centro de la habitación a modo de pequeñas islas para que nada tapara las paredes y puse lucecitas de un tono cálido en las esquinas para que, cuando apagara la lámpara de mi habitación, alumbraran el sueño del hombre ciego. Era mágico.

Me sentí como una idiota cuando le di a Moses cien dólares la noche que acabó. Estaba segura de que ni siquiera daba para la pintura ni el material, pero era todo lo que tenía y no tenía ni idea de lo que iba a acabar siendo cuando le pedí que pintara un mural en la pared.

Moses parecía satisfecho con el dinero, como si hubiera olvidado que alguien le hubiera pedido hacerlo, y me lo agradeció con sinceridad mientras guardaba los billetes en una cartera de piel que metió en el bolsillo del vaquero.

Capítulo 4

Georgia

Mi padre decía que los caballos reflejaban la energía de las personas que los rodeaban. Si tenías miedo, el caballo huiría de ti. Si dudabas, el caballo lo aprovecharía. Si no confiabas en ti mismo, el caballo tampoco. Eran detectores de mentiras. No es que fuera ciencia o vudú, pero por algún motivo se da rienda suelta a los caballos cuando nos hemos perdido: ellos siempre nos llevan a casa.

No se me había pasado por alto que los caballos le tenían miedo a Moses y, si la teoría de mi padre era cierta, era porque tenía miedo y los caballos simplemente reflejaban esa emoción tan intensa. Alguna gente teme a los caballos; son enormes y poderosos y, si hay que enfrentase a un caballo, tienes todas las de perder.

Pero no creía que Moses tuviera miedo a los caballos, no exactamente. Estaba bastante segura de que lo que le pasaba era que tenía miedo en general, casi de manera ansiosa, desesperada, maniaca. Fuera lo que fuera, los caballos lo percibían.

—¿Sabes por qué me golpeó *Sackett?* —le pregunté a mi padre una mañana mientras nos preparábamos para una sesión de terapia.

—Sí —gruñó.

—Fue porque estaba reflejando lo que sentía Moses, ¿no?

Mi padre levantó la mirada rápidamente, disgustado ante la posibilidad de que Moses quisiera golpearme en la cabeza.

—Moses tiene miedo, papá. Creo que pinta para liberarse de todos los nervios que tiene y estaba pensando que quizás podríamos hacer que estuviera con los caballos, quizás eso le ayudaría.

—Primera regla de terapia, George —dijo mi padre.

—¿Cuál?

—Puedes enseñar a un caballo el camino hasta el agua…

—… pero no puedes hacerle beber —suspiré, y acabé el viejo refrán.

—Tienes razón. Y acerca de Moses también. Estoy seguro de que podríamos ayudarle si quisiera. La terapia con caballos puede ser de ayuda para niños, parejas casadas, gente con adicciones, gente con depresión y, en general, para casi todo el mundo. No he conocido a nadie a quien no le haya hecho bien pasar algo de tiempo con un caballo, pero eso depende totalmente de Moses. Eres bastante testaruda, pero has encontrado a alguien a tu altura.

Estaba segura de que era cierto, había conocido a alguien a mi altura. Quizás el golpe en la cabeza o el suceso violento del rodeo me habían alterado de forma permanente, puede que fuera su papel de salvador o, simplemente, puede que me hubiera enamorado del artista que había dado vida al caballo blanco en las paredes de mi habitación, pero, fuera lo que fuera, no me podía sacar a Moses de la cabeza. Me pasaba el día buscándolo, desde que salía de la cama por las mañanas hasta que me daba por vencida y volvía por la tarde a casa. Su abuela pidió unos cuantos favores y, cuando Moses terminó de hacer algún que otro trabajillo para mi padre, empezó a reparar la valla de Gene Powell, cosa que teniendo en cuenta cuántas hectáreas tenía, seguramente le llevaría todo el verano. Además, le habían contratado para la demolición del viejo molino que había al oeste del pueblo y que llevaba cerrado desde hacía veinte años.

Me podía inventar excusas para acercarme a la valla con el caballo, pero ir al viejo molino era otro cantar. Consideré ir hasta el puente, pero ya era demasiado. No quería pensar mucho en que me había encaprichado porque, si lo hacía, tendría que admitirlo y no era el tipo de chica que se encaprichaba con alguien, que tenía flechazos o que se preocupaba por tener bien el pintalabios o se arreglara el pelo cuando había chicos cerca.

Y, sin embargo, lo estaba haciendo; me estaba desatando la trenza y pasándome las manos por el pelo según me iba acercando a trote a la propiedad de Gene Powell a finales de julio. Traía el almuerzo de Moses; me había asegurado de interceptar a Kathleen justo cuando salía de casa y le había dejado caer que *Sackett* y yo nos dirigíamos hacia allí. Me sonrió como haciéndome ver que no era tonta y me sentí bastante estúpida. Puede que Kathleen Wright tuviera ochenta años, pero no se le escapaba ni una, sobre todo porque me había presentado por casualidad por ahí tres días seguidos justo en el momento en el que ella le iba a llevar el almuerzo.

Cuando Moses me vio aparecer no pareció alegrarse mucho y me pregunté por enésima vez qué le habría hecho para irritarle.

—¿Dónde está B. A.? —preguntó.

—¿Quién es Bea?

—Mi abuela. En realidad, es mi bisabuela, de ahí lo de B. A.

—Me la había encontrado de camino y pensé que, como tenía que venir por aquí te podía traer el almuerzo.

—Querrás decir que te la has encontrado de camino, ¿no? —Me miró con cara de asco—. Es «me la he encontrado», no «me la había encontrado». Y es «tú encontraste» y no «tú encontrastes», que eso también lo dices mal.

A mí no me sonaba mal, pero tomé nota mentalmente, no quería que Moses pensara que era idiota.

—Todo el mundo en este pueblo lo dice mal, mi abuela también, y no lo soporto —gruñó Moses.

Hoy estaba un poco raro, pero no me importó que se estuviera quejando con tal de que me hablara.

—Vale, revisaré mis errores gramaticales. ¿Quieres decirme qué más no te gusta de mí? Porque me parece que esto no es todo —le dije.

Dio un suspiro e ignoró la pregunta con otra.

—¿Por qué has venido, Georgia? ¿Sabe tu padre que estás aquí?

—Pues para traerte el almuerzo, Einstein, y «no» a lo segundo. ¿Por qué debería saberlo? No le informo de cada vez que voy a montar.

—¿Sabe que vienes aquí a saltar vallas?

—No es para tanto, llevo montando desde que empecé a andar —dije encogiéndome de hombros.

Me dejó en paz, pero, tras un par de bocados al bocadillo, volvió a molestarme otra vez.

—Georgie Porgie es otro cantar. Besa a los chicos, los hace llorar. ¿Qué tipo de nombre es Georgia?

—Mi tatarabuela se llamaba Georgia, fue la primera Georgia Shepherd de la familia. Mi padre me llama George.

—Ya lo he oído. No me gusta.

Sentí cómo se me enrojecían las mejillas y quise escupirle desde arriba sentada en el caballo con vistas a su cabeza perfectamente rapada. Elevó la mirada hacia a mí con media sonrisa y eso me enfadó aún más.

—No me mires así. No estoy tratando de ser borde, pero George es un nombre horrible para una chica, vaya, y para cualquiera que

no sea el rey de Inglaterra.

—Pues yo creo que me pega —resoplé.

—¿Ah sí? George es nombre para un hombre con acento inglés cerrado o para uno que lleva peluquín blanco. Más vale que eso no te pegue.

—Bueno, no necesito un nombre *sexy*, ¿no? Nunca he sido una chica *sexy*.

Le di un buen golpe a *Sackett* en las ijadas y tiré de las riendas con fuerza, preparados para irnos. Me prometí a mí misma que no le volvería a traer el almuerzo. Era un idiota y ya estaba harta.

Pero cuando me estaba yendo le escuché gritar:

—Sigue repitiéndotelo a ti misma, Georgie Porgie, yo haré lo mismo.

Le volví a llevar el almuerzo al día siguiente.

Moses

—Le gustas. Lo sabes, ¿verdad? —me sonrió B. A., vacilándome.

Solté un gruñido.

—A Georgia le gustas, Moses, y es tan buena chica. Una buena chica y además guapa. ¿Por qué no le haces más caso? Es lo que quiere, ¿sabes?

Me guiñó el ojo y sentí el calor que creía, orgulloso, poder controlar esparcirse desde el pecho hasta el abdomen.

Puede que Georgia quisiera que le hiciera caso, pero eso no duraría mucho. Si le hacía caso, querría pasar más tiempo conmigo y, si pasaba más tiempo con ella, querría que fuésemos novios y, si era su novio, querría que fuera normal, porque ella era normal y ser normal está tan fuera de mi alcance que no sabría ni por dónde empezar.

Aun así…

Me acordé de cuando se quedó dormida la noche en que le pinté el techo de la habitación. La había mirado desde el andamio; estaba justo debajo de mí, abrazada a una almohada que había cogido de la cama. Era como si yo flotara sobre ella, tenía el cuerpo dos metros por encima del suyo. Por los hombros le caía el cabello del mismo color que el trigo de los campos del pequeño pueblo donde

vivíamos, pero no era ni áspero ni fino. Era sedoso y denso y estaba ondulado por la coleta que había llevado todo el día. Era alta, no tan alta como yo, pero alta y delgada, con una piel dorada y unos ojos marrones oscuros que contrastaban con el pelo rubio. Justo lo contrario que me pasaba a mí con los ojos claros y el pelo oscuro. Puede que, si nos pusieran juntos, nuestras rarezas físicas se compensaran. Solo de pensarlo se me tensó la tripa. Nadie querría juntarnos y mucho menos yo.

De repente, me di cuenta de que había dejado de pintar y me había quedado mirándola. El hombre que estaba en una esquina de la habitación, que había compartido sus pensamientos, la historia de Georgia en imágenes que me habían llenado la cabeza y me habían salido de las manos, había desaparecido. Me pregunté si podría volverlo a llamar; aún no había acabado.

Pero ni lo intenté. En lugar de eso, me quedé mirando a Georgia durante un largo tiempo, a la chica que había resultado ser tan persistente conmigo como los fantasmas de mi cabeza. Y, por una vez, tenía la cabeza llena de mis propias imágenes, de sueños que solo yo había creado y, por primera vez, me quedé dormido con Georgia debajo de mí y la paz en mi interior.

Georgia

Cuando *Lucky* llegó a nosotros, casi no se había relacionado con personas. Mi padre no tenía mucho tiempo para entrenarlo, al contrario de lo que me pasaba a mí que, otra cosa no, pero tiempo me sobraba. Tenía un don, todo el mundo lo decía, así que me pasaba un par de horas con él todas las mañanas para que se acostumbrara a mí, asegurándome de ser yo la que lo alimentara, a la que viera todos los días. Corría cuando me acercaba, daba pasos nerviosos cuando lo forzaba a cambiar de dirección y casi siempre se enfadaba conmigo. Había pasado un mes cuando por fin pude amarrarle una soga al cuello y dejó que le dirigiera. Me llevó dos semanas más ponerle la brida y hacer que dirigiera la cabeza hacia mí, que estaba a su lado.

—Eso es, pequeño. ¿Vas a confiar en mí? —sonreí mientras hablaba intentando no regodearme.

A un caballo se le entrena a base de presión, no de dolor. Presión. ¿Que un caballo no quiere meterse en el remolque? No le fuerces; le haces andar en círculos al rededor del remolque hasta que se canse y entonces vuelves a intentar que suba la rampa. ¿Que no quiere? Que siga dando vueltas al remolque. Al final se dará cuenta de que la presión se acabará cuando suba al remolque, donde podrá descansar, y, a partir de entonces, subirá la rampa siempre.

Me impacientaba un poco. Mi padre siempre decía que cuando trabajas tanto con personas como con animales, la impaciencia era el peor de los errores, pero yo me lo tenía un poco creído; me estaba empezando a ganar su confianza, pero la quería toda ya. Le agarré la crin con las manos y acerqué el cuerpo contra su costado. Se quedó quieto, temblando, y noté ese temblor en mi barriga, la anticipación me llenaba de energía los brazos y piernas y me sentí estúpida.

—Somos amigos, ¿no, *Lucky?* —susurré—. Vamos a dar una vueltecilla, una vueltecilla rápida.

No se apartó así que tomé la duda como consentimiento. Con un rápido movimiento me subí encima y, en cuanto puse el culo en su lomo, salimos disparados. Con un nudo en el estómago, me di cuenta de que aún no estaba preparado, pero era demasiado tarde; ya estaba en su lomo, con las manos en la crin. Hubiera estado bien si simplemente me hubiera tirado al suelo, sabía cómo caer, pero en lugar de eso salió corriendo por el campo y saltó la valla que separaba nuestra propiedad de la de Gene Powell. Hice lo que pude para no separar el cuerpo del suyo, pero resulta muy difícil mantenerse en un caballo sin silla de montar: son resbaladizos, escurridizos y muy potentes y estaba haciendo esfuerzos increíbles para mantener mis muslos contra el caballo. Saltamos otra valla y seguía sentada, pero me temblaban los brazos y tenía miedo de que *Lucky* se hiciera daño. Los caballos se podían romper las patas y no se trataba de un simple viaje a urgencias, una gran escayola y muletas. Se acabó. No me preocupaba por mí sino por el error que había cometido al haberlo juzgado mal, por haberle presionado demasiado y no saber cómo arreglarlo.

Cuando saltó la tercera valla, el caballo aterrizó muy fuerte y empecé a resbalarme por un lado. De mi boca salieron las peores palabrotas que había dicho en mi vida y con toda la fuerza que tenía intenté volver a colocarme bien, pero ya era demasiado tarde y me caí al suelo, sobre el hombro y la cadera, y me quedé boca arriba mirando al cielo, un cielo demasiado azul para morir.

Si no hubiera estado ocupada recuperando el aire y la movilidad en los brazos, quizás me habría dado cuenta del lugar en el que estaba, pero hasta que Moses se puso de cuclillas a mi lado y me miró a la cara no me percaté de dónde me había tirado *Lucky*.

No me preguntó si estaba bien, no dijo nada durante un segundo. Simplemente nos quedamos mirando el uno al otro y me di cuenta de que a él también le estaba costando respirar. Me gustaba que hubiera corrido para asegurarse de que no tenía heridas graves.

—Joder —suspiré, intentando sentarme.

Moses se sentó mientras miraba cómo me quitaba la tierra de la parte derecha y hacía muecas de dolor cuando me pasaba la mano por el hombro. Tenía un gran rasponazo que me llegaba casi hasta el codo, pero, aparte de eso, estaba bien. Al día siguiente me dolería muchísimo, pero no me había roto nada. Me puse de pie y, con la mirada fija en el horizonte, me quité la tierra de la parte de atrás sin que Moses me ofreciera ayuda.

—¿Has visto por dónde se ha ido? —pregunté, alzando la vista hacia el campo.

—No —contestó—. Estaba ocupado viendo cómo te caías.

—Llevaba tiempo cabalgando antes de eso —contesté a la defensiva—. Hemos saltado dos vallas.

—¿Lo haces a menudo?

—¿El qué?

—Montar sin silla a toda velocidad a lomos de un caballo que claramente no quiere que lo monten.

—Me ha ofrecido la cabeza… Pensaba que estaba preparado. Me equivoqué.

—¿Que te ha ofrecido la cabeza?

—Sí… Da igual, es jerga de jinetes. Cuando un caballo deja que le controles la cabeza, que se la gires para que mire hacia atrás y la muevas de un lado a otro, significa que tienes su confianza, pero nunca han montado a *Lucky;* tengo que cortejarlo un poco más.

Moses frunció los labios y levantó las cejas y, por un instante, me pareció que estaba a punto de reírse. Parecía ser que le provocaba ese efecto.

—Cállate.

Se echó a reír justo como había predicho.

—¡Si no he dicho nada!

—Pero lo estás pensando.

—¿Qué estoy pensando, a ver?

—Algo sucio, te lo puedo ver en la cara.

—No es suciedad, es que soy negro.

—Ja, ja.

—Nunca te habían tirado, ¿eh? —dijo, y se levantó.

—Me han tirado muchas veces —sentencié mientras me daba la vuelta.

Empecé a andar en la dirección por la que había venido; no tenía sentido que me pusiera a buscar a *Lucky* así. Iría a por el remolque y daría vueltas hasta que lo encontrara.

—Conque es eso lo que quieres hacer conmigo, ¿no? Quieres que te de mi cabeza como el caballo —gritó por detrás.

Me paré. Moses nunca me había seguido demasiado el juego. Le había estado apretando las tuercas día tras día, semana tras semana, desde que me había pintado la habitación, justo como había hecho con el caballo. *Lucky* se había acercado a mí, pero él no.

—No quiero nada de ti —mentí.

—Por eso me traes todos los días el almuerzo y me espías y te pasas por la casa de mi abuela todas las noches.

Me sentí como si me hubiera vuelto a caer y esta vez lo que me dolía no era el hombro. Me dolía el corazón, como si *Lucky* me hubiera golpeado con la pezuña en el pecho.

—No quiero tu cabeza, simplemente pensé que quizás necesitabas un amigo.

—No te daré mi cabeza, Georgia. No te gustaría saber lo que hay en ella.

—Vale, bien, entonces te ofrezco yo la mía —dije, dándome la vuelta.

No sé dónde tenía el orgullo, debería haberle escupido y haberle dicho que se fuera a la mierda. En lugar de eso me estaba postrando a sus pies.

—Estoy empezando a pensar que en esa cabeza tuya no hay nada. He visto cómo te golpeaban y cómo te caías e imagino que seguirás arriesgándote tan pronto como encuentres al caballo.

—Que te den, Moses.

—Es la primera cosa que dices que me gusta.

Solté un suspiro y se rio. Otra vez. Sabía que solo estaba intentando picarme y que me fuera llorando, pero yo no era de esas. Tenía razón en una cosa: me habían golpeado, me habían tirado, pero volvería a por más.

Así que hice algo que nunca había hecho antes. Me di la vuelta

y caminé hacía él, le cogí la cabeza entre las manos y lo besé con fuerza. Probablemente fuera el peor beso que se había dado en la historia de los besos furiosos. Nunca había besado a nadie, apreté los labios con fuerza, cerré los ojos y le agarré la cara como había agarrado antes las crines a *Lucky*.

Se echó para atrás, pero no demasiado, su respiración era rápida.

—Ten cuidado, Georgia, estás a punto de caerte.

—Hijo de…

Y entonces volví a sentir sus labios, me tragué el enfado y casi de inmediato olvidé lo idiota que era. No me besó de forma impaciente, agresiva o brusca, como lo había hecho yo, se tomó su tiempo y me enseñó a tomarme el mío. Con una mano me acariciaba la cabeza y, con la otra, me agarró por la cintura. Cuando traté de tomar el control, me mordió el labio.

—Para —susurró—. Deja que te guíe.

Y eso hice.

Y me besó una y otra vez hasta que me fallaron las piernas y puse los ojos en blanco. Me apoyaba contra él porque estaba tan nerviosa que me costaba mantenerme en pie.

Cuando levantó la cabeza y soltó una risita ahogada, luché para abrir los ojos y volver a la tierra.

—Mira, ¿qué te parece?

Me espabilé un poco y moví la cabeza hacia donde miraba Moses.

Lucky estaba paseando por el campo como si no se hubiera vuelto loco y hubiera echado a correr conmigo encima.

—¿Ves? En cuanto lo dejas de perseguir, vuelve a ti. Parece que está celoso, se siente remplazado.

Nuestras miradas se cruzaron y me despegué de él haciendo como si me hubieran besado cien chicos diferentes antes.

La mirada de Moses se desvió a mi boca y yo metí las manos en los bolsillos para no tener la tentación de volver a cogerle la cabeza y demostrarle que yo podía guiar tan bien como él.

Como si me hubiera leído la mente, señaló el caballo con la cabeza.

—Ve. Has aprendido la lección: no quiere que le monten.

Me di la vuelta y desaparecieron todas las ganas que tenia de volver a besarle. Apreté los dientes mientras volvía con mi caballo dando grandes zancadas y con las manos cerradas.

Lucky me observaba. Al acercarme no salió huyendo ni

retrocedió y, sin dudar ni un momento, le agarré de la crin y me subí a su lomo sin ensillar. Se echó para atrás una vez, se giró un poco, moviendo el cuerpo y brincando, pero yo ya estaba preparada para eso y resistí.

Y se rindió.

Mientras le indicaba el camino a casa, no pude evitar mirar hacia atrás. Moses se había quedado helado, con una cara de absoluta sorpresa. Ahora me tocaba reír a mí.

Capítulo 5

Moses

Dormía en el segundo piso, enfrente de la entrada de la habitación de B. A. No había aire acondicionado en esa vieja casa y, para el final del día, las habitaciones de arriba eran asfixiantes. A B. A. nunca parecía importarle, siempre estaba fresca, pero yo abría la ventana todas las noches, empapaba la camiseta con agua antes de ponérmela y colocaba el ventilador en la esquina a toda potencia para que me diera el aire directamente y así poder dormir sin ahogarme en una piscina de mi propio sudor.

Durante todo el verano en Utah habíamos vivido un calor sin precedentes, pero la primera semana de agosto fue insoportable. Era la cuarta noche seguida que me encontraba despierto a medianoche en la cama, tan abatido que estaba considerando darme otra ducha solo para refrescarme cuando escuché a alguien pronunciar mi nombre.

Me incorporé para escuchar mejor.

—¡Moses!

Apagué el ventilador y esperé.

—¡Moses!

Corrí a la ventana y vi a Georgia en pantalones cortos, con una camiseta sin mangas, una toalla en los hombros y una mochila a rayas a sus espaldas.

Me saludó con la mano felizmente como si tuviera sentido estar ahí en ropa de playa.

—Me iba a colar en tu casa y a subir las escaleras hasta tu habitación, pero luego pensé que quizás durmieses desnudo y que te daría vergüenza.

Me quedé mirándola estupefacto. Ni siquiera intentó susurrar o disimular la voz. Miré hacia la habitación de B. A. El pasillo que

conectaba nuestras habitaciones estaba oscuro y no se veía luz por debajo de su puerta. Aun así, me llevé el dedo a los labios y negué con la cabeza. No tenía ni idea de cómo sabía cuál era mi habitación.

—Voy a ir a la torre del agua. Ven conmigo. Con este maldito calor no se puede dormir —dijo sin bajar la voz.

—¡Calla! —susurré.

Georgia simplemente sonrió y sacudió la cabeza.

—Cuanto antes bajes aquí en pantalones cortos y con las llaves del *jeep*, antes nos iremos y antes me callaré. No podemos usar a *Myrtle*, despertaría a todo el vecindario.

Se me escapó una risa por la nariz en forma de un bufido poco atractivo y Georgia sonrió burlonamente sabiendo que si alguien podía despertar al vecindario o, al menos a mi abuela, era ella.

—Qué diablos, hace demasiado calor para dormir

—suspiré y su sonrisa se ensanchó.

—Te veo en la parte de delante —susurró.

Vaya, ahora sí que era silenciosa, cuando ya había conseguido lo que quería.

Nunca había estado en la torre del agua, pero Georgia me guio por una carretera asfaltada al sur del pueblo que serpenteaba entre los campos y cruzaba unas cuantas vías de tren hasta pasar un gran silo de metal con una escalera en uno de los lados. Había una señal que decía que se perseguiría a los intrusos y, más allá, una alambrada con una cerradura en la puerta que quitaba las ganas de hacer lo que estábamos a punto de hacer, pero Georgia no estaba preocupada.

—Es muy fácil trepar la valla, lo he hecho muchas veces. La torre del agua es mucho mejor que el estanque del cañón donde nado normalmente cuando estoy desesperada, pero por el día no puedo venir aquí porque me pillarían y recaería en mí todo el peso de la ley—Georgia se rio de la señal—, pero el verano pasado vine aquí una vez a la semana, casi siempre a estas horas, y nadie se enteró. Es como mi piscina privada.

Solo de pensar en Georgia viniendo a la torre del agua en la oscuridad de la noche, ella sola, sin que nadie lo supiera, se me puso la carne de gallina. Sacudí la cabeza y la seguí fuera del *jeep* pensando en que menos mal que había traído las zapatillas si iba a tener que trepar por la alambrada. Me pasó la mochila y subió por la puerta como si de verdad lo hubiera hecho cientos de veces. Me puse la mochila y salté la valla sin problemas. Sin pararse un

momento, subió por las escaleras del depósito con confianza, parloteando durante todo el trayecto y llenando la oscuridad con una alegre conversación.

Una pequeña puerta daba paso a una estrecha cornisa que rodeaba el interior de la torre. Georgia se deslizó dentro y la seguí dejando bien abierta la puerta de atrás. Ante la posibilidad de quedarnos encerrados en el agua durante días me aseguré de dejar abierta la puerta con mis zapatos y de comprobar el pomo varias veces.

—Se cierra desde fuera, tonto, y la cerradura está rota, por eso tenemos todo esto para nosotros.

Georgia sacó una gran linterna LED de la mochila de rayas que aún llevaba y la encendió, iluminando el interior de la torre del agua, que parecía una caverna con pozas ocultas.

—Ahora cierra la puerta no vaya a ser que alguien vea la luz.

Obedecí de inmediato.

—Mola, ¿eh?

Molaba bastante, tengo que admitirlo. La luz reflejaba nuestras sombras en la pared y Georgia se puso a bailar enfrente de la pared haciendo que nos riéramos los dos.

—Te vas a caer —le advertí mientras empezaba a bailar una parte de la coreografía de *Thriller* de Michael Jackson, esa que todo el mundo conoce con los brazos de zombi y levantando los pies hacia los lados. La repisa no era lo suficientemente ancha para bailar, pero parecía que Georgia no estaba de acuerdo. Me quité la camiseta dejándola donde las toallas y miré la superficie oscura y perfectamente lisa a la espera de más instrucciones; no iba a ser el primero en saltar.

Georgia se quitó la camiseta y lanzó los pantalones cortos a un lado dejando al descubierto todo su cuerpo menos el pequeño espacio que cubría el bikini azul claro. Me olvidé del agua, de que seguramente hubiera una criatura bajo la superficie a la que le gustara la carne. Georgia me salvaría. Dejaría con gusto que me salvara si llevaba ese atuendo. Tenía un cuerpo estilizado y esbelto y con unas sorprendentes curvas donde una chica debería tenerlas, pero la mejor parte era que ella parecía no ser consciente de ello, parecía que no le preocupaba, como si estuviera totalmente a gusto con su cuerpo y no necesitara contonearse o posar para buscar mi aprobación.

Buscó mi mano y yo la aparté enseguida; no quería que me tirara sin estar preparado.

—Nos tiramos juntos. El primer salto siempre es el mejor; ya

verás como el agua está buenísima.

No accedí, pero ella continuó esperando con la mano extendida.

—Vamos, Moses, tú me guías —dijo.

Su voz retumbaba suavemente en las paredes de metal. Un sonido más atractivo que el de cualquier cantante con un micrófono en cualquier sala de conciertos de todo el país. De repente, tuve que meterme al agua o iba a pasar vergüenza con mis pantalones apretados. Le cogí la mano y, sin avisarla, nos tiramos a la profunda oscuridad . El agua silenció el grito de Georgia y le solté la mano para subir a la superficie. Ambos salimos escupiendo agua, yo por el miedo y Georgia por la risa. No me costó nada dejar atrás el miedo y empezar a reírme con ella. Me picaba salpicándome y hablando y jugando con el parpadeo de las sombras que bailaban en las paredes. Nadamos durante bastante tiempo, sin preocuparnos por la hora o porque nos descubrieran, extrañamente a gusto el uno con el otro.

No me di cuenta hasta que me apoyé con los brazos en la cornisa, con los pies pataleando en el agua, descansando un rato, de que la luz que rebotaba en el agua daba a las paredes de enfrente un brillo tornasolado. Alargué la mano para tocarlo, siguiendo con el dedo el reflejo del agua y preguntándome cómo podría recrear el brillo con pintura. Georgia se movió hasta donde estaba yo, agarrándose a la cornisa y observando cómo pintaba líneas invisibles con el dedo.

—Cuando pintas… ¿Sabes de antemano lo que vas a pintar o simplemente te dejas guiar por tu corazón? —me preguntó suavemente.

Era una buena pregunta, una pregunta muy dulce, y esa dulzura liberó algo dentro de mí que había estado guardando casi todo el tiempo. Aun así, elegí con cuidado las palabras, ya que no quería que lo supiera todo de mí y para no arruinar el momento con la cruda verdad. Tampoco quería mentir y arruinar el recuerdo cuando hubiera pasado el momento.

—Hay muchas cosas que veo… que no quiero ver. Imágenes que me vienen a la cabeza en las que prefiero no pensar. Alucinaciones, visiones o fantasías demasiado intensas. Puede que tenga el cerebro roto, pero no es solo mi cerebro. El cielo también está roto y a veces puedo ver lo que hay al otro lado.

Le eché una mirada a Georgia preguntándome si le habría asustado con esta última confesión. Pero no lo parecía; parecía intrigada, fascinada, preciosa. Así que seguí hablando, alentado.

—Cuando era más pequeño siempre tenía miedo. Cuando iba a

ver a B. A., intentaba contarme historias para tranquilizarme: historias de la Biblia. Me contó la historia de Moisés: que alguien lo encontró en una cesta justo cómo pasó conmigo y que por eso me pusieron Moses, ya sabes.

Georgia asintió. Ya lo sabía. Como todo el mundo.

—B. A. me contaba esas historias para llenarme la cabeza con otras cosas, pero nada cambió hasta que empezó a enseñarme a pintar. Tenía un libro en el que había pinturas religiosas; alguien lo había donado a la iglesia y B. A. lo trajo a casa para que nadie viera todos esos dibujos de desnudos y se ofendiera. Pintó las partes desnudas con un rotulador permanente negro.

Georgia se rio y sentí cómo el aire se alojaba en mi garganta. Su risa era ronca y suave y el corazón se me hinchó como un globo en el pecho, cada vez más grande, y tuve que coger aire.

—¿Así que te gustaron los dibujos? —me picó Georgia después de que me quedara un rato callado y quieto.

—Sí. —Georgia volvió a reír—. No la gente desnuda. —Me sentí ridículo y sentí calor en las mejillas—. Me gustó la belleza, el color, la angustia…

—¿La angustia?

—Era una angustia que no tenía nada que ver conmigo; una angustia que podía ver todo el mundo, no solo yo. Y no tenía que hacerla desaparecer.

La mirada de Georgia me rozó la cara como un susurro y la apartó casi de inmediato atraída por mis dedos, que acariciaban la pared.

—¿Alguna vez has visto la cara de *La piedad?* —quería que me volviera a mirar otra vez y lo conseguí.

—¿Qué es *La piedad?* —preguntó.

—Es una escultura de Miguel Ángel. Una escultura en la que María sostiene en brazos a Jesús, su hijo, después de que muriera. —Me detuve pensando por qué le estaba contando eso y dudé si acaso le importaría, pero continué hablando de todas maneras—. Su cara, la cara de María… es preciosa. Está tan llena de paz… El resto de la escultura no me gusta tanto, pero la cara es espléndida. Cuando no puedo quitarme de la cabeza algo, pienso en su cara. También me lleno la cabeza con otras cosas, pienso en el color y la luz de un Manet, los detalles de un Vermeer… Vermeer incluye los detalles más pequeños en sus dibujos: pequeños agujeros en las paredes, una mancha en el cuello, una uña… Hay tanta belleza en esas cosas, en la perfecta ordinariez, que consigo sacar de la cabeza todo lo que no puedo controlar, las cosas que no quiero ver pero

que tengo que ver… constantemente.

Dejé de hablar. Estaba casi pintando. Sentía la boca rara, como adormecida, como si hubiera sobrepasado el límite diario de palabras y tuviera los labios y la lengua cansados de tanto usarlos. No recordaba la última vez que había estado tanto tiempo hablando.

—La perfección de lo ordinario… —Georgia respiró y levantó la mano siguiendo el trazo húmedo que habían dibujado mis dedos, como si ella también pudiera pintar. Después me miró muy seria—. Yo soy una chica muy normal. Lo sé y siempre lo seré. No sé pintar, no sé quién es Vermeer o Manet, pero, si crees que lo normal puede ser bonito, eso me da esperanzas y puede que alguna vez puedas pensar en mí cuando necesites escapar del dolor de tu cabeza.

Sus ojos marrones parecían negros en la oscuridad, el mismo color que el del agua en la que estábamos inmersos y busqué a tientas algo a lo que aferrarme para no ahogarme en ellos. Georgia aún tenía la mano derecha contra la pared al lado de la mía y de repente estaba trazando sus dedos, como cuando un niño dibuja su mano con un lápiz, hasta que me paré al llegar al pulgar. Luego continué como una ligera pluma por el brazo hasta llegar al hombro. Recorrí los huesos de su cuello hasta que mis dedos llegaron al otro lado y descendieron por el otro brazo. Cuando encontré sus dedos, los entrelacé con los míos con fuerza. Esperé a que ella se apoyara en mí, que me besara, que fuera ella la que guiara, pero se quedó quieta, sujetando mi mano debajo de la superficie del agua, mirándome, y no aguanté más.

Sentí sus labios húmedos y frescos e imaginé que los míos estarían igual, pero el calor que emanaba de su boca me recibió como un abrazo cálido y me entregué a la dulzura con un gemido del que me avergonzaría si ella no hubiera respondido con uno igual.

Georgia

Moses y yo observamos a mis padres llevar a cabo una sesión de terapia con un grupo de adictos de un centro de rehabilitación de Richfield, que estaba a una hora al sur de Levan. Cada dos semanas,

llegaba una furgoneta con chicos que tenían entre mi edad y veinte años y, durante dos horas, estaban en el establo y mis padres les instaban a interactuar con los caballos mediante una serie de actividades diseñadas para ayudarlos a establecer paralelismos con su propia vida.

Yo ayudaba cuando las sesiones eran con niños autistas o con niños que necesitaban rehabilitación de tipo física, pero cuando se trataba de gente de mi edad o mayores, a mis padres no les gustaba que me involucrara en la terapia, aunque solo tuviera que interactuar con los caballos. Así que me di un paseo hasta la casa de Kathleen, sabiendo que Moses habría acabado con el trabajo, y le convencí para ir al patio de atrás con un par de Coca-Colas y dos trozos de pastel de limón que Kathleen nos había dado muy contenta. Yo le gustaba y lo sabía y resultó ser de gran ayuda manejando a Moses cuando fingía que no quería mi compañía o el pastel de limón, cuando ambas sabíamos perfectamente que querías las dos cosas.

Desde donde estábamos sentados, no escuchábamos bien lo que decían, pero nos pusimos en la parte de atrás del jardín de Kathleen y teníamos una vista decente. Además, no estábamos lo suficientemente cerca para que mis padres se fijaran en nosotros a pesar de que nosotros sí podíamos observar bien la clase. Como era una cotilla, quería saber qué niños se quedaban y cuáles habían superado el programa de noventa días y podían irse. En mi mente creé un catálogo de aquellos niños que parecían tristes y de los que estaban haciendo progresos.

—¿Cómo los llamáis…, a los diferentes colores de los caballos? Hay nombres para los colores, ¿no? —preguntó de repente Moses con los ojos en los caballos que deambulaban por el establo. Sostenía un pincel en la mano como si fuera un hábito y le daba vueltas entre los dedos como lo haría el batería de una banda de *rock*.

—Hay muchos colores y diferentes tipos. Evidentemente, todos son caballos, pero hay nombres diferentes para cada combinación de colores. —Señalé a un caballo rojizo que estaba en una esquina —. Ese rojo de allí, *Merle*, es un caballo alazán. Y *Sackett*, un palomino. *Dolly* es un castaño y *Lucky* es negro.

—¿Negro?

—Sí, porque es todo negro —respondí tranquilamente.

—Ese nombre era fácil —Moses se rio un poco.

—Sí. Los hay grises, negros, marrones, blancos… *Reba* es una apalusa, el grisáceo con manchas en el trasero. Pero en la terapia

no nos gusta diferenciarlos por su pelaje y tampoco llamamos a los caballos por su raza. Ni siquiera les decimos a los pacientes si son hembras o machos.

—¿Por qué? ¿No es políticamente correcto? —se le ocurrió a Moses.

Volvió a reírse y le di un codazo. Me gustaba que pareciera interesado, casi relajado. Solo me faltaba conseguir que entrara en el establo.

—Porque queremos que el paciente se identifique con el caballo, que le ponga sus propias etiquetas. Si un caballo está manifestando cierto comportamiento con el que quieres que el paciente se identifique, no quieres que el paciente tenga ideas preconcebidas sobre quién o qué es ese caballo. Ese caballo tiene que ser lo que el paciente necesite —sonaba como si fuera mi madre y me sentí orgullosa por haber sabido explicar algo que había crecido escuchando, pero nunca había explicado.

—Eso no tiene sentido.

—Vale, a ver, supongamos que tú tienes problemas con tu madre.

Moses me lanzó una mirada que decía No te metas ahí y, claro, tuve que hacerlo.

—Supongamos que estás en una sesión de terapia en la que estás hablado sobre tu madre y el caballo empieza a reflejar ciertos comportamientos que de repente clarifican tu comportamiento… o el de tu madre. Si hubiéramos determinado antes a ese caballo como *Gordie*, un macho, quizás no podrías haber visto a tu madre reflejada en el caballo. En una sesión de terapia las únicas etiquetas que tiene el caballo son aquellas que le pone el paciente.

—¿Así que no quieres que me dé cuenta de que la palomina, la que tiene la melena blanca y el cuerpo moreno, se parece a ti porque está siempre dando la lata?

—*¿Sackett?* —Me indigné más por el caballo que por mí—. *¡Sackett* no es pesado! y además es un macho, lo que verifica mi teoría acerca de las ideas preconcebidas. Si hubieras sabido que era un macho y no una hembra, no lo habrías identificado conmigo ni habrías dicho cosas desagradables. *¡Sackett* es inteligente! Cuando las cosas se ponen feas, puedes contar con él para todo. —Noté la ofensa en mi voz y lo fulminé con la mirada durante un momento antes de soltarle mi pullita—. ¡Y *Lucky* es como tú!

Moses se quedó mirándome inexpresivo, pero estoy segura de que estaba disfrutando de la situación.

—¿Porque es negro?

—No, idiota. Porque está enamorado de mí y todos los días intenta fingir lo contrario como si no quisiera tener nada que ver conmigo —le respondí.

Moses se atragantó y le di un buen golpe en el estómago que le hizo resoplar y sujetarme las manos.

—Así que no queréis que los pacientes se fijen en el color de los caballos. Eso es imposible para la naturaleza humana.

Moses me sujetó las manos por encima de la cabeza y se quedó mirando mi cara sonrojada. Cuando vio que no iba a seguir pegándole me soltó, miró para atrás donde estaban los caballos y continuó hablando.

—Todo el mundo dice que no le importa el color de la piel y lo pillo, de verdad, pero en lugar de eso, quizá deberíamos celebrar el color en todas sus gamas. Me molesta un poco que tengamos que ignorar nuestras diferencias como si no las viéramos, cuando verlas no tendría por qué ser negativo.

Solo podía mirarle, no quería apartar la mirada de él. Era tan guapo y me encantaba cuando me hablaba, cuando se ponía así de filosófico. Me gustaba tanto que no quería decir nada que lo interrumpiera, solo quería esperar a ver si decía más cosas. Después de unos cuantos minutos más en silencio me miró y se dio cuenta de que me había quedado mirándolo.

—Me gusta tu piel, me gusta el color de tus ojos. ¿Se supone que tengo que ignorarlo? —susurró, y mi corazón salió galopando por el establo, saltó la valla y volvió a mí en un estado aturdido de deleite.

—¿Te gusta mi piel? —Respiré estupefacta.

—Sí, claro —admitió y volvió a mirar a los caballos. Era de lejos la cosa más bonita que me había dicho nunca y simplemente me quedé ahí feliz en silencio.

—Si tuvieras que pintarme, ¿qué colores usarías?

—quise saber.

—Marrón, blanco, dorado, rosa, melocotón —suspiró—. Tendría que experimentar.

—¿Me pintarás?

Era algo que deseaba desesperadamente.

—No —volvió a suspirar.

—¿Por? —Traté de no sonar dolida.

—Me es más fácil pintar las cosas que están en mi cabeza que las cosas que veo con los ojos.

—Pues… píntame de memoria. —Me levanté y le cubrí los ojos

con las manos—. Así, cierra los ojos, ahora píntame. Ahí, ¿me ves? Soy el potro palomino que siempre te está fastidiando.

Torció los labios y sabía que quería reírse, pero mantuve mis manos sobre sus ojos.

—Mantenlos cerrados. En tu mano tienes un pincel y aquí tienes el lienzo. —Le llevé la mano del pincel hasta mi cara—. Ahora pinta.

Volvió a poner la mano en su regazo, sujetando el pincel, dudando. Le quité las manos de los ojos, pero los mantuvo cerrados, luego levantó la mano una vez más y deslizó el pincel seco sobre mi cara.

—¿Qué ha sido eso?

—Mi frente.

—¿Qué parte?

—El lado izquierdo.

—¿Y esto?

—Mi mejilla.

—¿Y esto?

—Mi barbilla.

Me hacía cosquillas, pero no me moví. Moses recorrió la punta de la barbilla hacia abajo, dibujando una línea recta hasta mi cuello. Tragué saliva según el pincel me iba recorriendo la garganta hasta el cuello de la camiseta en forma de V. Se detuvo sosteniendo el pincel contra mi piel, justo sobre mi corazón, aún con los ojos cerrados.

—Si tuviera que pintarte, usaría todos los colores

—dijo de repente, casi melancólicamente, como si estuviera seguro de que no podría hacerlo aunque quisiera—. Te pintaría los labios carmín y la piel de color melocotón, los ojos de ébano con sombras moradas. El pelo con destellos de oro, blancos y azules, y la piel teñida con caramelo y nata, mezclado con rosa y sombreado con canela.

Mientras hablaba, movía el pincel como si de verdad estuviera pintando con los colores que tenía en la cabeza. Entonces paró y abrió los ojos. El aliento se me había parado en algún lugar entre el corazón y la cabeza y me concentré para dejarlo salir sin delatarme, pero se dio cuenta. Sabía perfectamente qué efecto provocaba en mí. Tiró el pincel y se levantó rompiendo el hechizo que había creado con suaves caricias y dulces palabras. Se dirigió hacia la casa y puedo jurar que, cuando me dejó ahí sentada en el jardín, le oí murmurar: «No puedo pintarte, Georgia, tú estás viva».

Capítulo 6

Moses

Georgia no iba a alejarse. Hice lo que pude para hacer que se alejara. No quería que me atara; quería irme tan pronto como pudiera y ella no formaba parte de mis planes. La trataba como una mierda la mayor parte del tiempo y ella simplemente no me hacía caso y me la devolvía, no le molestaba y, definitivamente, no hacía que quisiera alejarse de mí. El problema era que me gustaba besarla, me gustaba la sensación de su pelo en mis manos y la de su cuerpo cuando se acercaba a mí pidiendo una atención que conseguía cada maldita vez.

También me hacía reír y eso que yo no era de los que se reía mucho. Era más de maldecir. La vida no me parecía muy divertida, pero Georgia sí. Entre la risa y los besos, no se hace fácil convencer a alguien para que se aleje y ella no se iba a ir.

Pensé que, después de aquella noche en el rodeo, después de que alguien la atara y asustara, Georgia perdería algo de su gracia. A Terrence Anderson, que lo único que hacía era insultar a Georgia, se le había quitado la gracia cuando le acorralé unas noches después de la del rodeo para asegurarme de que supiera que los chicos a los que les gusta las sogas acaban probando el acero de los hombres a los que les gustan las navajas. La verdad es que era bueno con ellas; podía lanzar una navaja y dar en el blanco a veinte pasos de distancia. Me aseguré de que Terrence lo supiera. Le enseñé un cuchillo grande que había cogido de la cocina de B. A., le hice un pequeño corte en la mejilla y le dejé una marca justo en el mismo lugar por donde Georgia había sangrado.

Dijo que él no había sido, pero sus ojos se movieron como si tal vez lo hubiera hecho. Incluso si no había sido él, era un gilipollas, así que no me sentí mal por haberle hecho el corte. La único que me hizo sentir mal fue haber sentido la necesidad de hacerlo. Los

problemas de Georgia no eran los míos. Ella era mi problema. Como cuando se empeñó en ayudarme a arreglar la valla mientras me hablaba y me hacía reír y después me enfadaba por ello.

—Si estás por aquí no puedo hacer mi trabajo y va a llover y no lo voy a acabar. Me está costando mucho acabar este trozo de valla y no estás siendo de ayuda.

—Quejas, quejas y más quejas —suspiró Georgia—, ambos sabemos que se me da genial arreglar vallas.

Me reí.

—¡Se te da fatal arreglar vallas! Ni siquiera has traído guantes y te he tenido que dejar los míos y ahora tengo las manos como un puerco espín por las malditas astillas. No me estás ayudando.

—Venga, Moses, dime cinco cosas por las que te sientas agradecido —dijo Georgia como si un sargento me estuviera gritando que hiciera flexiones.

—¿Cinco cosas?

—Cinco cosas por las que te sientes agradecido hoy. Sobre la vida. Vamos.

Me quedé mirándola taciturno.

—Vale, lo haré yo primero, es fácil. Te diré cuáles son las cinco cosas por las que estoy agradecida: la panceta, las toallitas húmedas, Tim McGraw, el rímel y el romero —dijo.

—Es una selección bastante extraña —respondí.

—¿Qué es lo que me contaste sobre encontrar la belleza en las pequeñas cosas? ¿Cómo se llamaba el pintor? ¿Vermeer?

—Vermeer era un artista, no un pintor —objeté con el ceño fruncido.

—Un artista que pintaba uñas, manchas y agujeros en la pared, ¿no?

Me sorprendió que se acordara.

—El juego de decir las cinco cosas por las que me siento agradecida se parece a eso y la única regla es el agradecimiento. Mi padre y mi madre lo usan todo el rato, quejarse no está permitido en mi casa. Los niños de acogida lo aprenden bastante rápido. Siempre que empieces a sentir lástima de ti mismo o te dé una rabieta porque crees que la vida es una mierda, inmediatamente tienes que nombrar las cinco cosas.

—Puedo decir cinco cosas; cinco cosas que me sacan de quicio —sonreí con sarcasmo, orgulloso del cambio de sentido—. Y el que lleves mis guantes está al principio de la lista, seguido de tu dichosa lista y el hecho de que hayas llamado pintor a Vermeer.

—¡Tú me has dejado los guantes! Y sí, es molesto, pero tiene algo que hace que cambies tu punto de vista, aunque solo sea por un momento, y que se te pase la queja. Tenía una hermanita de acogida que siempre nombraba las mismas cinco cosas: papel higiénico, espaguetis, cordones de los zapatos, bombillas y los ronquidos de su madre. Cuando vino con nosotros, solo trajo un par de zapatillas de estar por casa y nada más. Las primeras zapatillas de deporte que le compramos tenían unos cordones verdes fosforitos con corazones rosas y andaba con la cabeza agachada, mirando los cordones.

—¿Los ronquidos de su madre?

—Para ella significaban que estaba viva.

Me sentí un poco mal. Niños de todas partes del mundo tienen que soportar cosas de adultos que no les corresponden y luego esos niños se convierten en adultos que terminan haciendo lo mismo. Seguramente yo haría lo mismo si tuviera hijos. Una razón más para no tenerlos. Georgia continuó hablando mientras yo pensaba en cuántas personas horribles había en el mundo.

—Mi madre les deja decir cinco cosas que les molesten y que necesiten decir. Las cuentan con los dedos de una mano. —Georgia me cogió de la mano y enumeró las cosas dedo a dedo—. Como: estoy cansado, echo de menos a mi madre, no quiero estar aquí, no quiero ir a la escuela, tengo miedo. Lo que sea. Entonces hacen un puño con los dedos con los que acaban de enumerar sus problemas y los tiran lejos. —Georgia lo ilustró con mi mano, cerrándome los dedos para que pudiera arrojar la bola imaginaria del montón de quejas—. Entonces, les hace enumerar cinco cosas por las que se sientan agradecidos. Les ayuda a centrarse y les recuerda que, hasta cuando las cosas van mal en la vida, siempre hay algo que no va tan mal.

Me miró, cogiéndome aún de la mano, esperando. Le devolví la mirada.

—Así que, venga, Moses, dime cinco cosas buenas.

—No puedo —dije de inmediato.

—Pues claro que puedes. Puedo decirlas por ti, pero no funciona así. La gratitud funciona mejor cuando es uno mismo el que la siente.

—Vale, pues hazlo tú, haz tú la lista de las cinco cosas por las que estoy agradecido —le contesté y aparté la mano—. ¿Crees que me conoces? —añadí sin alterarme, aunque sentía punzadas bajo la piel, una irritación que no podía apaciguar bien. Georgia pensaba que lo sabía todo, pero Georgia Shepherd no había sufrido lo

suficiente como para saber que la vida es una mierda.

Con tesón, Georgia me volvió a agarrar la mano y, levantándola, besó suavemente cada dedo por cada cosa de la lista:

—Los ojos de Georgia, el pelo de Georgia, la sonrisa de Georgia, la personalidad de Georgia, los besos de Georgia.

—Parpadeó—. ¿Ves? Cinco cosas por las que tiene que estar agradecido Moses.

No podía discutírselo, todas esas cosas estaban bastante bien.

—Te has quedado contenta, ¿eh? —respondí negando con la cabeza y sonriendo a pesar de que no quería hacerlo.

Sentía un cosquilleo en cada dedo que me había besado y quería que lo volviera a hacer. De alguna forma se dio cuenta y se volvió a llevar mi mano a la boca.

—Y estos son los míos… —Me besó el dedo meñique y dijo—: Los ojos de Moses. —Continuó en el dedo anular—. La sonrisa de Moses. —Otro beso en el dedo corazón—. La risa de Moses. —Tenía los labios tan suaves—. El arte de Moses. —Llegó hasta el pulgar y con suavidad puso la boca en la yema—. Los besos de Moses.

Y entonces movió la boca desde la yema de los dedos y hasta la palma de mi mano y la besó.

—Estas son las cinco cosas por las que Georgia está agradecida hoy. También lo fueron ayer y lo serán mañana, y al día siguiente, hasta que envejezca, me aburra de tus besos y entonces tenga que pensar en otra cosa.

Georgia

Todos nos quedamos mirando. A pesar de que solo era la segunda semana del nuevo curso escolar y de que era un nuevo estudiante, todo el mundo conocía a Moses o había oído hablar de él. Para empezar, no era blanco y, en un pequeño instituto donde casi todos éramos blancos, llamaba la atención. Además, era guapo. Pero eso no era por lo que nos habíamos quedado mirando. Moses estaba en mi clase de literatura pintando en la pizarra y ni siquiera estaba matriculado en esa asignatura. Nos lo habíamos encontrado ahí cuando volvimos del almuerzo y había llenado las dos pizarras con un dibujo que iba más allá de lo que cualquiera de los estudiantes

había visto nunca. Excepto yo, que sabía de lo que era capaz.

Moses se había detenido con brusquedad, como si dudase entre acabar su obra de arte o salir corriendo del aula, pero entonces apareció la señorita Murray y salir corriendo ya no era una opción. Tenía una mancha negra en su mejilla morena y también tenía manchados los lados de las manos como si las hubiera usado como herramientas para mezclar y crear la imagen erótica que tenía detrás de él. Cambiaba el peso de una pierna a la otra como si estuviera incómodo. Tenía los ojos inquietos y muy abiertos y el color dorado en ellos hacía que pareciera un animal acorralado, y es que lo estaba. La señorita Murray se quedó en la puerta del aula con los ojos fijos en la pizarra. Cuando la miré intentando averiguar si iba a gritarle, o peor, si iba a expulsarlo del instituto, me di cuenta de que estaba llorando y de que se había llevado las manos a la boca. Era una reacción un poco rara.

La señorita Murray no era una llorica, era bastante seria y severa. Era una buena profesora y no gritaba ni se ponía sentimental cuando los alumnos se revolucionaban o se portaban mal, algo que yo apreciaba de verdad. El instituto era ya una locura como para que los profesores se unieran al dramatismo. Cuando la señorita Murray no estaba contenta, te miraba fijamente y te mandaba un montón de deberes, pero no lloraba.

Aquello no pintaba bien y Moses también se dio cuenta, porque soltó el rotulador que tenía en la mano y dio un paso atrás mirando hacia los lados como si estuviera intentando escapar.

—Pero ¿qué es? —dijo en voz alta Charlie Morgan, que ni una vez podía quedarse callado o morderse la lengua. Normalmente me daba rabia que no pudiera hacerlo, pero esta vez no, esta vez lo agradecí. Lo agradecí porque también quería saberlo—. ¿Es una cascada?

Como Moses no respondió, Charlie continuó.

—Eso que hay detrás de la cascada son personas, ¿no?

—Charlie se rio—. ¡Se están enrollando! Y no parece que lleven puesto nada de ropa.

Unos cuantos de mi clase se rieron, pero todos nos quedamos mirando atraídos por la forma en la que el agua caía de los acantilados y rodeaba a las dos personas que estaban casi escondidas debajo de la cascada. Si entrecerraba los ojos, difuminando la realidad de las líneas negras más allá del poco romanticismo que puede reflejar una pizarra blanca, casi podía imaginar que la imagen era real, que las personas de detrás del agua estaban vivas y respirando, que se estaban besando de verdad,

que estábamos mirando, a través de la bruma, la intimidad de ese encuentro. Y definitivamente estaban desnudos. Sentí que se me ruborizaban las mejillas y desvié la mirada. Mirando lo que había dibujado Moses, la piel se me tensaba y el cuerpo me dolía por una necesidad que se había convertido ya en algo presente cuando estaba con Moses. Me hacía pensar en la noche de la torre del agua, en los besos que nos habíamos dado y el calor que había sentido en el vientre hasta mucho después de habernos separado.

—¿Has pintado tú esto? —preguntó una chica en voz alta detrás de mí. Su voz parecía la de Kirsten, pero no me giré para averiguarlo—. Es genial, eres un artista increíble.

—¡Chicos! —La señorita Murray había recuperado la voz, aunque le temblaba como si aún estuviera llorando—. Quiero que os vayáis a las zonas comunes, coged las cosas y aprovechad el tiempo para trabajar en la redacción que tenéis que entregar el viernes. Moses, tú quédate por favor.

Trabajar en la redacción no sonaba ni la mitad de interesante que ver a la señorita Murray llorar delante de una pizarra en la que había gente desnuda, producto del mismísimo Moses Wright, mi Moses, que resultaba ser la persona más rara que había conocido nunca. Pero tener tiempo libre era mejor que dar clase y no tenía otra opción, así que, de mala gana, nos levantamos todos y salimos por la puerta. Fui la última en salir y me encontré con la mirada de Moses cuando cerré la puerta. Me miró como si quisiera llamarme, como si quisiera explicarse, pero la puerta se cerró y yo me quedé en el otro lado. Aun así, creo que escuché a la señorita Murray preguntar a Moses la más rara de las preguntas:

—¿Cómo lo sabes? —preguntó—. ¿Cómo sabes lo de Ray?

Georgia

Expulsaron temporalmente a Moses. Al parecer, a la señorita Murray no le gustaba que dibujara gente desnuda besándose debajo de una cascada en su pizarra. La verdad es que me sorprendió bastante. No lo había hecho con malicia, pero supongo que era demasiado erótico para el instituto. Sentí calor otra vez y me pregunté en qué había pensado Moses, qué lo habría llevado a hacer

algo tan estúpido. ¿Querría atención? Estábamos empezando el curso, quedaba mucho para mayo y con lo que le había sacado a un Moses reacio, no podía permitirse perder días de clase. Estaba en último curso, pero no tendría los créditos suficientes para graduarse a no ser que espabilara. Que le hubieran expulsado no le hacía ningún favor.

Yo sabía que su abuela podría hacer algo de presión y suavizar las cosas para que pudiera volver al instituto, pero durante los dos meses siguientes era una cosa tras otra: Moses no podía evitar meterse en problemas. Pintó en otro granero del pueblo trazos de negro, plata y oro con una intensidad tan vívida que parecía como si un agujero negro se hubiera tragado toda la cara norte y hubiera dejado una gran tormenta a punto de estallar. No me enteré hasta después de que hace treinta años un rayo había echado abajo el granero y había matado a un hombre. El hombre había intentado sacar a sus caballos y acabó engullido por las llamas. La pintura no resultaba tan bonita después de saber la historia que había detrás.

Con el tiempo, se había vuelto a reconstruir el granero y su mujer se había vuelto a casar, pero Charlotte Butters, la viuda, no se quedó demasiado impresionada por la habilidad artística de Moses y se aseguró de que todo el pueblo supiera que le había parecido una broma muy cruel, aunque yo dudaba de que fuera algo más que una coincidencia. Era una pena tapar una obra tan impresionante, pero Charlotte Butters echaba humo y la abuela de Moses la había calmado un poco prometiéndole que Moses lo arreglaría y que pintaría el resto del granero para compensar. Esta vez sin remolinos de color ni la Capilla Sixtina. Solo tenía que pasar largas horas subido a una escalera y pintar todo el granero de rojo. Yo, por supuesto, le hacía compañía a pesar de que Moses intentara convencerme de que me fuese. Como siempre.

Era octubre y, a pesar de que había hecho algo de frío y de que la luz bañaba la tierra con su calidez desde otro ángulo, hacía unos días de calor que no correspondían con la época del año. El calor hacía que pintar el granero después del instituto fuera algo más apetecible, sobre todo si significaba que podía ver a Moses… quisiera él verme o no. Teníamos la más extraña de las relaciones: tan pronto me pedía que me fuera como me besaba como si no fuera a dejarme ir nunca.

Decir que estaba nerviosa y confundida se queda corto. Cuando aparecí un día con unos vaqueros usados y una camiseta sin mangas que había lavado mil veces y me ofrecí a ayudarle, me echó una mirada y empezó a enumerar una lista de lo que podía lo que

no podía hacer un poquito exagerada, teniendo en cuenta que solo estábamos pintando un granero. Cuando hubo terminado de recitar la exhaustiva lista de instrucciones y parámetros, respiré profundamente y tomé la brocha. Me estuvo mirando de forma crítica durante unos minutos y me quitó la brocha de la mano y la volvió a pasar por lo que yo acababa de pintar.

Cuando protesté, me interrumpió:

—Mi lugar de trabajo, mis reglas.

—¿Así que estás son tus reglas, tus leyes?

—Sí, la Ley de Moses —sonrió burlonamente.

—¿Como los Diez Mandamientos de Moisés?

—No sé si tengo tantos.

—Bueno, esto es el estado de Georgia y en Georgia tenemos unas reglas diferentes. Así que, cuando entres en el estado de Georgia…

—Cuando entre en el estado de Georgia, ¿qué? —preguntó tan bajo que casi no le oigo.

Me sonrojé al darme cuenta de que había connotaciones sexuales en lo que acababa de decir, pero nunca hay que echarse para atrás así que bramé:

—Sí, sí, ¡ya te gustaría!

Intenté continuar pintando, pero me separó de la lata de pintura.

—Vienes conmigo solo porque te gusta romper las normas y no creas que no sé que tus padres te han puesto normas en lo que se refiere a nosotros. Que estés conmigo les vuelve locos. Sobre todo, a tu madre, me tiene miedo.

Bueno, eso era verdad. No era estúpido y eso formaba parte de su atractivo, pero cuando se perdía en sí mismo, cuando pintaba como un demonio cosas increíbles que venían de algún lugar más allá de esos ojos verdes y ámbar, no podía llegar a él. Y quería que me pintara, quería ponerme frente a él y que me cubriera de color, que me dejara ser una de sus creaciones. Quería formar parte de su mundo, quería encajar en él. Resultaba irónico, pero, por primera vez en mi vida, si encajar significaba que me absorbieran sus pensamientos, que me metiera en su cabeza, entonces quería encajar. Quizás fuera porque tenía diecisiete años o porque era mi primer amor o la primera vez que sentía ese deseo por alguien. Puede que solo fuera el calor, pero lo deseaba con una desesperación que me consumía. Nunca había querido tanto algo y no podía imaginarme desear algo con tanta fuerza nunca más.

—¿Por qué te gusto, Moses? —resoplé con las manos en la cintura. Estaba cansada de ir de un lado para otro sin saber lo que realmente quería él.

—¿Quién dice que me gustes? —contestó tranquilamente, pero me miró y sus ojos me dieron esperanza tras oír unas palabras que me hubieran destrozado; con la mirada decía que sí.

—¿Es esa una de tus leyes? No te gustará Georgia.

—No, es más bien: No te dejarás colgar.

Sus palabras me pusieron enferma.

—¿Colgar? ¿Como en un linchamiento? Eso es muy desagradable, Moses. Puede que suene como una pardilla, puede que diga «había visto» cuando debería decir «vi», puede que diga «encontrastes» cuando debería decir «encontraste». Puede que seamos gente de pueblo con formas de vivir muy simples, pero que seas negro, o el color del que quiera que seas, no le importa a nadie. No estamos en los sesenta y ten claro que esto no es el Sur profundo.

—Pero estamos en Georgia —dijo tranquilamente, haciendo un juego de palabras como el que había hecho yo antes—. Y tú eres un dulce melocotón de Georgia con una piel rosada y aterciopelada y no voy a morderte.

Me encogí de hombros, pero sí que me estaba mordiendo y ese era el problema. Con sus palabras me estaban dando ganas de inclinarme y clavarle los dientes en su musculado hombro izquierdo. Quería morderle con fuerza para expresar mi frustración, pero también con dulzura, para que me dejara hacerlo otra vez.

—¿Y qué más? ¿Cuáles son tus otras leyes?

—Pintarás.

—Muy bien, parece que estás obedeciendo esa. ¿Qué más?

—Te mantendrás alejado de las rubias.

Siempre estaba tratando de picarme, de meterse conmigo.

—¿No solo Georgia sino todas las rubias? ¿Por qué?

—No me gustan las rubias, mi madre era rubia.

—¿Y tu padre era negro?

—Supongo, las rubias no pueden tener hijos negros por sí mismas.

Puse los ojos en blanco.

—Y dices que nosotros tenemos prejuicios.

—Indudablemente A ver, yo tengo mis prejuicios, pero tengo motivos. Nunca he conocido a una rubia que me gustara.

—Bueno, entonces me teñiré de rojo.

La boca de Moses dibujó una sonrisa tan grande que pensé que la cara se le partiría en dos. Tanto a mí como a él nos sorprendió, porque se dobló colocando las manos sobre las rodillas y riéndose como si nunca se hubiera reído. Agarré la brocha que me había cogido antes y me di una larga pincelada roja por la trenza. Jadeó, riéndose incluso más fuerte que antes, pero diciendo que no con la cabeza. Alzó los brazos y me pidió la brocha.

—No hagas eso, Georgia —balbuceó, y rio tan fuerte que se le saltaron las lágrimas.

Yo seguí pintando y Moses arremetió contra mí intentando conseguir la brocha, pero le di la espalda, creando una barrera entre la brocha y él. La sujeté todo lo lejos que pude, pero él era más alto y tenía los brazos más largos. Me rodeó con ellos y me quitó la brocha de las manos. Ahora tenía pintura en los dedos y me di la vuelta y se los restregué por la cara, haciendo que pareciera un guerrero apache. Aulló y, de inmediato, usó la brocha que tenía en la mano para hacer lo mismo en mi cara. Me agaché y encontré la lata de pintura, sumergí los dedos en el suave líquido rojo y me volví hacia él con una sonrisa burlona.

—Solo estoy intentando obedecer la ley, Moses. ¿Cómo era? ¿Pintarás? —Una sonrisa diabólica se dibujó en mi cara y Moses me agarró de la muñeca. Moví los dedos y salieron volando unas gotitas que cubrieron su camiseta de pequeños lunares rojos.

—Más vale que corras, Georgia. —Moses aún sonreía, pero había un brillo en sus ojos que hizo que me temblaran las piernas. Le sonreí con dulzura.

—¿Por qué iba a hacerlo, Moses, cuando lo que quiero es que me pilles?

Su sonrisa se enfrió, pero se le encendió la mirada. Y, entonces, aún sujetándome la muñeca con una mano, me agarró con la otra de la trenza manchada de pintura y me acercó a él.

Y esta vez dejó que fuera yo la que le guiara.

Sus labios eran suaves y esperaban a que yo marcara el paso. Lo besé con fuerza y tiré de su camiseta, deseando que no hubiera ninguna ley, ninguna regla, y así poder hacer lo que quisiera. Podría tumbarme entre las sombras del interior del granero y arrastrarle conmigo. Podría hacer las cosas que mi cuerpo quería hacer. Podría pintar su cuerpo de rojo y que él pintara con su cuerpo el mío, hasta que no hubiera diferencia, ni blanco ni negro, ni ahora ni entonces, ni crimen ni castigo. Solo un rojo intenso como el deseo que sentía.

Pero había leyes. Había normas. Leyes de la naturaleza y leyes

de la vida. Leyes del amor y de la muerte. Y, cuando las rompes, hay consecuencias. Y Moses y yo, al igual que los amantes fatales antes que nosotros y los que vendrían después, estábamos sujetos a esas leyes, tanto si las respetábamos como si no.

Capítulo 7

Moses

Incluso el olor era embriagador. Me mareaba y acentuaba el palpitar que tenía en la cabeza y el peso que sentía en el pecho. Pintaba líneas rojas y amarillas, remolinos de plata y trazos negros. Mis brazos volaban, disparando pintura y moviéndose, trepando y mezclando. Estaba demasiado oscuro como para ver si lo que había creado era lo que tenía en la cabeza, pero no importaba, a mí no. En todo caso le importaría a la chica. Necesitaba que alguien la viera, así que la pinté para que el mundo conociera su cara. De esta forma quizás se fuera.

La había estado viendo una y otra vez desde mediados de verano, desde la noche del rodeo cuando encontré a Georgia atada y la llevé a casa. Fue entonces cuando había empezado a ver a Molly. Había escrito su nombre en letras gruesas haciendo una curva con la Y. Había visto el nombre en un examen de matemáticas. De entre todas las cosas que me podía haber mostrado, me había enseñado un examen de matemáticas. Arriba del todo había una A y supuse que estaba orgullosa de haber sacado la máxima nota. O lo había estado. Alguna vez. En el pasado.

Molly se parecía un poco a Georgia, con el pelo rubio y ojos alegres. Me mostró cosas y lugares que no significaban nada para mí, como el examen de matemáticas, girasoles a los lados de carreteras que nunca había recorrido, un cielo revuelto, gotas de lluvia contra una ventana enmarcada por cortinas a rayas amarillas, las manos de una mujer y una perfecta tarta de manzana cubierta con tiras de masa expertamente entretejidas y perfectamente doradas.

Entonces, el mural recibió la luz de dos focos que iluminaron el paso inferior. Tiré la lata y me deslicé por el muro inclinado de

hormigón. Al correr, las latas de espray que llevaba en el cinturón de trabajo que había improvisado me golpeaban las piernas y se chocaban entre ellas haciendo un ruido de cadenas.

Pero las luces me siguieron, atrapándome entre los rayos de luz. Me tropecé y me quedé despatarrado y dolorido, y las latas se me clavaron en el abdomen y la cintura, y la piel de las manos se me llenó de gravilla. El coche dio un volantazo y frenó y, durante un momento, me liberé de los focos, que iluminaban por encima de mi cabeza. Me volví a levantar inmediatamente, pero algo le pasaba a mi pierna derecha y me volví a caer, gritando ahora que el dolor se abría paso entre la adrenalina.

—¿Moses?

No era la policía, tampoco el asesino de la chica. Estaba bastante seguro de que la habían asesinado. Había cierta solemnidad y frescura en sus colores, algo que solo veía cuando la muerte había sido violenta e inesperada. Cuando la muerte era reciente.

—¿Moses?

Ahí estaba de nuevo. Me di la vuelta, levantando el brazo para tapar la luz de una linterna con la que me estaban enfocando y encontrar la voz que venía del otro lado.

—¿Georgia?

¿Qué hacía por ahí a la una de la madrugada un día entre semana? El monólogo en mi interior sonaba a padre, así que lo detuve de inmediato. No era de mi incumbencia lo que estaba haciendo al igual que no era de su incumbencia lo que estaba haciendo yo. Pareció que lo hubiera dicho en alto, porque inmediatamente preguntó:

—¿Qué estás haciendo? —El tono de voz de Georgia también sonaba paternal y, para variar, no le contesté.

Luché por ponerme en pie, con una mueca de dolor, y me di cuenta de que tenía algo clavado en la pierna: cristal. Tenía un gran trozo clavado en la rodilla donde me había dado con el hormigón.

—¿Por qué haces esto? —Su voz sonaba triste, no acusatoria, ni alterada, ni recelosa. Simplemente triste, como si no me entendiera y quisiera hacerlo—. ¿Por qué pintas en las propiedades de los demás?

—Es propiedad pública, a nadie le importa —lo que había dicho era algo estúpido, pero no podía decirle otra cosa, ni a ella ni a nadie, así que no lo haría.

—A Charlotte Butters sí. Y a la señorita Murray te aseguro que

también.

—¿Así que sales por la noche para proteger a la sociedad de las pintadas? —le pregunté.

Alrededor del paso inferior solo había grandes campos de trigo dorado… o lo que fuera que plantaran en Utah. Había un pequeño polígono industrial que se apiñaba en una salida cercana de la carretera, pero tan solo era una pequeña isla en medio de un mar dorado.

—No. Te vi salir en dirección a Nephi.

Me quedé mirándola inexpresivo.

—Vi la luz de tus faros delanteros por la ventana, aún estaba despierta.

No tenía sentido, llevaba pintando una hora por lo menos.

—He estado conduciendo por ahí hasta que te he encontrado. Vi el *jeep* aparcado en la carretera —acabó en voz baja.

Su honestidad me asombraba. No tenía trampa. Cuando trataba de disimular sus sentimientos, podía verlos a través de ella. Era como el cristal: pura, clara y lisa. Y, como el cristal, su honestidad me cortaba.

Tiré del vidrio roto que tenía en la rodilla y solté un taco. La táctica de distracción funcionó, porque los ojos de Georgia se centraron en la herida. Enfocó con la linterna para ver mejor y maldijo cuando vio, a la luz de la luna, que los pantalones se ponían negros por la sangre.

—No es para tanto. —Me encogí de hombros, pero, en realidad, me dolía.

—Vamos, tengo un botiquín debajo del asiento —dijo haciéndome señas con la linterna. Dibujó un círculo con la luz al volverse esperando a que le siguiera y eso fue lo que hice.

Abrió la puerta de un tirón, sacó una caja de plástico naranja de debajo del asiento del copiloto y dio unos golpecitos en el asiento, expectante.

—¿Puedes subir?

—Solo es un corte, no me vas a tener que amputar una pierna ni nada por el estilo —gruñí.

—Bueno, no deja de sangrar.

Me remangué el pantalón y le dejé jugar a los médicos. Me quedé mirando su pelo rubio preguntándome por enésima vez por qué demonios seguía queriendo estar conmigo. ¿Qué sería lo que veía en mí? Le encantaban los retos; eso estaba claro. La había visto encima de ese caballo negro saltar vallas y atravesar campos,

volando como si fuera un ser celestial. La había visto convencer y adular al semental hasta enamorarlo y, ahora, cuando lo llamaba, la obedecía. Pero yo no era un animal y no quería convertirme en su siguiente conquista, aunque así era, precisamente, como me sentía.

Solo el pensarlo me cabreaba y, en cuanto hubo acabado, me bajé la pernera del pantalón, salí del coche y me dirigí hacia el *jeep* sin pronunciar palabra. Corrió detrás de mí.

—Vete a casa, Georgia. Estás rompiendo otra de mis reglas: no me seguirás.

—Esas son tus reglas, Moses, yo no accedí a ninguna de ellas.

La escuché tropezarse detrás de mí y, aunque no quería, me detuve. Había cristales rotos y latas de cerveza por todos lados. En ese pasadizo se hacía botellón todos los fines de semana. Por el número de latas y botellas vacías que había, allí se emborrachaban chavales de instituto más que en ninguna otra parte del pueblo. Retrocedí hasta ella, la cogí de la mano y la acompañé hasta la furgoneta.

—Vete a casa, Georgia —repetí, aunque esta vez intenté decirlo más suavemente. Abrí la puerta del conductor del oxidado cacharro al que había llamado *Myrtle* porque había tenido una tortuga que se llamaba así e iba a la misma velocidad.

—¿Por qué has pintado a esa chica, la del paso? ¿Por qué lo has hecho? ¿Qué significa? —Parecía triste, como si la hubiera engañado. «¿Engañado con qué?», me pregunté.

—Vi su foto, así que la pinté —contesté con facilidad. Era casi la verdad. En realidad, no había visto su foto, no en el sentido que daba a entender. Por lo menos no en ningún panfleto, aunque había una en el tablero del boletín de la oficina de correos. En realidad, la había visto en mi cabeza.

—¿Es que te gusta cómo es?

Me encogí de hombros con desdén.

—Es guapa. Lo que le pasó es triste. Me gusta pintar.

Todo era verdad: era guapa, aquello era triste y me gustaba pintar.

—¿La conocías?

—No, solo sé que está muerta.

Georgia parecía estar horrorizada. Incluso en la penumbra de la luz de la luna podía ver en su cara lo decepcionada que estaba. Creo que quería decepcionarla; quería asustarla.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la gente que sale en los panfletos generalmente suele estarlo. Ella es de por aquí, ¿no?

—En realidad no, es de Sanpete, pero es un pueblo pequeño como este y es raro que haya desaparecido. Es la segunda en el último año. Es… raro. Da miedo, ¿sabes?

Asentí. El nombre de la chica era Molly y definitivamente estaba muerta. No hacía más que mostrarme cosas, no de su muerte, sino de su vida. Esperaba que me dejara en paz de una vez. Ya había pasado mucho tiempo y no tenía ni idea de por qué recurría a mí. Casi siempre tenía alguna conexión, pero yo nunca había conocido a Molly. Esperaba que se fuera. Los pintaba y se iban, así era cómo funcionaba y, por lo general, era suficiente.

—O sea que has estado aquí pintándola toda la noche… Eso también es raro —dijo valientemente Georgia, sosteniéndome la mirada.

Volví a asentir.

—¿Tienes miedo, Georgia?

Me miró intentando meterse en mi cabeza. La pequeña cortejadora de caballos estaba intentándolo conmigo. Sacudí la cabeza en un intento de despejarme. Ella no era mi domadora, no era nada mío.

—Sí, tengo miedo por ti, Moses, porque todo el mundo lo verá. Lo verá la policía y la gente pensará que le has hecho algo a esta chica.

—Es lo que piensa todo el mundo a donde quiera que vaya, Georgia. Estoy acostumbrado.

—¿Siempre pintas personas muertas?

Aquella pregunta fue como un latigazo y sentí cómo la verdad me cortaba la cara con las heridas y el dolor que conllevan los secretos.

Di un paso atrás, pasmado con la facilidad con la que había destapado esa parte de mí. Caminé hacia el *jeep* con el único deseo de correr, correr y seguir corriendo. ¿Por qué no podía seguir corriendo? Me quedaban aún siete meses para que se acabara el instituto, pero yo ya me estaba preparando para los exámenes finales y ahorrando algo de dinero. Siete meses. Y, después, por mucho que quisiera a B. A., por mucho que me doliera no volver a ver a Georgia, dejaría ese pueblo de pacotilla y a toda su gente entrometida, de mente recelosa, mangoneadora y charlatana. Me iría y seguiría pintando. No sé cómo sobreviviría, pero lo haría y sería libre. Libre como nunca lo había sido.

Georgia corrió detrás de mí.

—Pintaste un retrato de mi abuelo en una pared del establo. Lleva muerto doce años, yo tenía cinco cuando murió. También pintaste un incendio en el granero de Charlotte Butters y así fue como murió su marido. Pintaste a un hombre llamado Ray en la pizarra de la señorita Murray y averigüé que el prometido de la señorita Murray se llamaba Ray y que se había muerto en un accidente dos semanas antes de casarse con ella. Has estado pintando en las paredes del viejo molino, también lo he visto. No reconozco las caras que pintaste, pero son de gente muerta, ¿verdad?

No había manera de contestar sin contarle toda la verdad. Quería hacerlo, pero sabía que no hacerlo era lo mejor. Así que seguí andando.

—¡Moses! ¡Espera! Por favor, por favor, por favor, ¡no sigas huyendo de mí! —gritó con frustración, tan al borde de las lágrimas que casi oí cómo se agolpaban en sus ojos. Me dolió el corazón y se me quebró la voluntad, así que hice lo que sabía que la haría olvidarse de las preguntas, de las dudas que tenía sobre mí, que los dos olvidáramos.

Dejé que me alcanzara.

Y, cuando lo hizo, me di la vuelta y la envolví en mis brazos con tanta fuerza que nuestros corazones se sincronizaron en un mismo latido. El mío latía contra sus pechos y el suyo me devolvía los latidos del mío, retándome como hacía siempre. La besé una y otra vez dejando que el color de sus labios inundara mi perturbada mente, ahogando las imágenes en mi cabeza hasta que solo quedó Georgia, solo besos de color rosa bajo la luz de la luna, solo calor. Le acaricié el cuerpo y calenté mis manos contra su piel hasta que sus preguntas se las llevó el viento. La chica que había pintado en el paso inferior de hormigón apartó la mirada hacia el cielo y nos dejó a solas.

Georgia

Me fui del instituto antes de que se acabaran las clases. Cogí a *Myrtle* y me acerqué al paso para mirar el dibujo de Moses a la luz

del día antes de que le hicieran cubrirlo.

Era una maravilla. La chica reía ante un admirador desconocido, tenía la cara inclinada como si mirara el sol y le caía el cabello por los hombros. Casi me hizo sentir celosa y me avergoncé de mis complejos. ¿Cómo era posible que Moses la hubiera visto de esta forma? Él había sido el artista y ella la musa, aunque hubiera sido por poco tiempo. Y eso no me gustaba. Quería ser su única musa, quería que fuera mi cara la que tuviera en la cabeza.

Me senté mirando a la chica risueña, a la que habían dado vida, en un pasadizo solitario, un espray y el genio de un Miguel Ángel o un Van Gogh moderno. ¿No era Van Gogh el que estaba loco? La chica que había pintado Moses estaba tan llena de vida que no me podía creer que estuviera muerta. Pero él pensaba que sí lo estaba. Al pensar en ello, se me contrajo el estómago y las piernas me fallaron. No porque estuviera muerta, que eso ya era horrible, sino porque parecía que Moses lo sabía. Nadie que observara el dibujo podría pensar que Moses se estaba riendo de la pena de alguien o que su arte fuera violento, pero era raro y la gente no sabía cómo afrontar eso. Él nunca lo había negado, ni tampoco había intentado defenderse.

Y la noche anterior… Yo estaba asustada, enfadada y confundida. Moses estaba tan frío, tan frustrantemente distante, que cuando de repente se dio la vuelta y me besó, sujetándome tan fuerte que no había ningún tipo de distancia entre nosotros, algo cedió dentro de mí. Y, cuando se quitó el abrigo y nos tumbamos en el suelo, nos besamos y nos acariciamos y nos quitamos la ropa engorrosa para que no nos separara nada… no opuse ninguna resistencia y él no se detuvo.

Había crecido en una granja con caballos, tenía un conocimiento muy claro y gráfico de en qué consistía la mecánica del acto. Sin embargo, nada me había preparado para los sentimientos, la necesidad, la intensa sensación, el poder, la dulce agonía. Ocupamos un espacio tan primario y tan acorde con el momento que nuestros corazones se convirtieron en un metrónomo ensordecedor que marcaba el tiempo, el momento. Sentía tanta dicha que no podía apartar la mirada, ni siquiera podía cerrar los ojos.

—Moses, Moses, Moses. —Me palpitaba el corazón y mi boca repetía su nombre.

Tenía los ojos tan abiertos como los debía tener yo, la respiración entrecortada y cuando no tenía los labios contra los

míos, los tenía abiertos, jadeando mientras nos agarrábamos el uno al otro, con las manos entrelazadas y los ojos fijos en el otro. Los cuerpos se movían a un ritmo tan antiguo como el suelo sobre el que estábamos tumbados.

Me conocía lo bastante como para saber que más tarde no me sentiría orgullosa de mi falta de contención. No me gustaba la basura esparcida en la estructura de hormigón de al lado y las malezas que tenía debajo de la espalda. Sabía que no podría mirar a los ojos a mis padres durante un tiempo, pero también sabía que ese momento había sido inevitable; me había precipitado hacia aquello desde el día en que me fijé en Moses. Mis padres eran gente religiosa, espiritual y creía que yo también lo era. Me habían criado yendo a la iglesia semana tras semana y hablado sobre los pecados de la carne, pero nadie me había contado qué sentiría. Nadie me había dicho que resistirme a ello me parecería como tratar de respirar por una pajita: inútil, imposible, irreal.

Así que quité la pajita y me llené los pulmones de aire, de Moses, acercándolo a mí a grandes bocanadas, incapaz de reducir la velocidad o concentrarme en nada que no fuera el siguiente aliento.

Quizás hubiera podido mantenerme alejada de él. Quizás era lo que debería haber hecho, pero esa noche no pude. No lo hice. Sin embargo, ante la mirada de la chica a la que había pintado mi amor, el chico que me poseía en cuerpo y alma, y sentada bajo la luz de los últimos rayos de sol de un atardecer de octubre, deseé haberlo hecho.

Capítulo 8

Moses

La policía me interrogó. No era la primera vez que me interrogaban por una de mis pintadas. No les di nada, no dije mucho. No tenía mucho que decir y ellos tampoco tenían nada contra mí. La verdad era que no sabía nada, solo que no estaba viva. La gente que estaba viva no venía a visitarme a horas extrañas y a invadir mis pensamientos. Simplemente les dije que había escuchado que Molly había desaparecido y quería pintar algo para ella. Era la verdad, más o menos. La verdad no era algo que la gente quisiera escuchar. A la gente le gustaba la religión, pero no le gustaba probar su fe. La religión era reconfortante con todas sus leyes y reglas, hacía que la gente se sintiera a salvo, pero la fe no. La fe era algo duro, incómodo y obligaba a la gente a caminar por un limbo. Al menos eso era lo que B. A. decía y yo la creía.

Mi abuela vino corriendo a la comisaría con los rizos canosos al aire y con una expresión de cabreo en la cara. Por suerte, no estaba cabreada conmigo, sino con el policía por no haberla llamado cuando me estaban interrogando. Tenía dieciocho años, no tenían por qué hacerlo, pero, ante su ira, se achantaron muy rápido y me soltaron en menos de una hora, después de que accediera a cubrir el dibujo. Con suerte, Molly no volvería. Cuando llegamos a casa, B. A. explotó:

—¿Por qué sigues haciéndolo, pintando paredes y graneros y pizarras? Has hecho llorar a la señorita Murray, te han detenido… ¿Y ahora esto? ¡Para ya! ¡O pide permiso primero, por el amor de Dios!

—Ya sabes por qué, B. A.

Y lo sabía bien. Era el oscuro y pequeño secreto en mi familia: las alucinaciones, las visiones. Las medicinas que me había estado tomando casi toda la vida lo hacían cien veces peor. Eran

medicamentos que se habían hecho para personas con problemas totalmente diferentes y, cuando un medicamento no funcionaba, probaban con otro nuevo. Me había pasado toda la vida yendo a médicos: los guardianes y enemigos del estado a la vez. No me había ayudado ninguno de los medicamentos y, hasta que no me había ido a vivir con B. A.:, no había dejado de tomarlos. Nunca nadie consideró la posibilidad de que quizás no fuesen alucinaciones. Nadie creyó que, quizás, eran exactamente lo que yo decía que eran.

—No puedo pedir permiso, porque tendría que dar explicaciones y la gente me diría que no, ¿y qué sería de mí entonces? —era mí me parecía un argumento legítimo—. El perdón es casi siempre más fácil de pedir que el permiso.

—¡Solo si tienes cinco años! No si tienes dieciocho y antecedentes penales. Vas a acabar en la cárcel, Moses.

Mi abuela estaba disgustada y eso me hacía sentir como una mierda. Me encogí de hombros con impotencia. La amenaza de ir a la cárcel no era algo nuevo y no es que me asustara especialmente. No creía que fuera a ser peor que vivir como hasta ese momento. En la cárcel había un montón de paredes de hormigón que pintar, o eso había escuchado, pero ni B. A. ni Georgia estarían allí. No podría volver a ver a Georgia. Aunque ella pensaba que estaba loco, así que no sabía por qué me preocupaba.

Pero lo hacía.

—Sería un desperdicio, Moses. ¡Un gran desperdicio! Tu arte es impresionante, es maravilloso. Te podrías ganar bien la vida con este don. ¡Limítate a pintar cuadros! ¡Solo se trata de pintar tranquilamente en una esquina! Eso sería estupendo. ¿Por qué tienes que pintar graneros y puentes y paredes y las puertas de la gente? —B. A. levantó las manos y deseé poderme explicar.

—No puedo. No puedo parar. Es la única cosa que lo hace soportable.

—¿El qué hace soportable?

—La locura… La locura que tengo en la cabeza.

—Moisés era un profeta —empezó.

—¡No soy un profeta! Y ya me has contado esa historia antes —la interrumpí.

—Es que no creo que la entiendas, Moses —insistió.

Me quedé mirando a mi abuela, su cara redonda, su adorable sonrisa, sus ojos cándidos. Había sido la única persona que nunca me había hecho sentir como si fuera un lastre o un psicópata. Si

quería volver a contarme lo del pequeño Moses, la escucharía.

—Moisés era un profeta, pero no empezó siéndolo. Primero fue un bebé, un bebé abandonado en una cesta —volvió a empezar.

Suspiré. Me asqueaba la historia de por qué me habían puesto ese nombre. Era una historia horrible, ni bonita ni tierna. No se trataba de una historia bíblica, ni siquiera de Hollywood, pero B. A. quería contarla, así que me quedé en silencio y la dejé seguir.

—Estaban matando a todos los niños hebreos que nacían. Eran esclavos y al Faraón le preocupaba que, si la nación hebrea crecía demasiado, se rebelarían y se volverían contra él. La madre de Moisés no podía soportar la idea de que mataran a su bebé y, para salvarlo, tenía que dejarlo ir. Lo metió en una cesta y lo dejó ir —repitió, con más énfasis de lo normal.

Esperé. No era el momento en el que solía parar.

—Justo como tú, cariño.

—¿Qué? ¿Te refieres a que me abandonaron en una cesta? Sí, lo sé.

—No, no me refiero a eso. Tú madre era un caso perdido. Se echó a perder. Estaba tan acabada y tan enferma que no tenía forma de cuidar de ti, así que te dejó ir.

—Me dejó en una lavandería.

—Te salvó de sí misma.

Volví a suspirar. B. A.. había querido a mi madre, lo que la hacía más indulgente y comprensiva. Yo no la quería, por lo que no era ni una cosa ni la otra.

—No eches a perder tu vida, Moses. Tendrás que encontrar un modo de salvarte de ti mismo. Nadie puede hacerlo por ti.

—No puedo controlarlo, abuela. Lo dices como si pudiera.

Al hablar, me subieron los calores a la mejilla y sentí como si estuviera presionando las puntas de los dedos contra un vaso lleno de hielo. Era una sensación que conocía muy bien y lo que venía después iba a pasar quisiera o no.

—No me dejarán en paz. Y me va a volver a loco. Ya me está volviendo loco. No puedo vivir así.

B. A. se puso de pie y me acercó la cabeza a su pecho con los brazos como si pudiera interponerse entre yo y todo lo que me pasaba por la cabeza. Me quedé apoyado en su pecho, con los ojos bien cerrados, intentando pensar en Georgia, en lo que había pasado la noche anterior, en cómo Georgia se había negado a apartar la mirada y en que mi corazón había estado a punto de explotar cuando ella perdió el control, pero ni siquiera Georgia era

suficiente. Molly había vuelto y quería enseñarme imágenes.

—Moisés dividió el mar Rojo en dos. Conoces esa historia también, ¿no? —dijo mi abuela inmediatamente al ver, de alguna manera, que yo estaba luchando contra algo que ella no veía—. ¿Sabes que dividió el mar en dos para que la gente pudiera cruzarlo?

Gruñí como respuesta mientras una ráfaga de imágenes me abordaba la cabeza, como si la chica que estaba a mi lado hubiera abierto un libro de mil páginas en mi cerebro y estuviera pasando las páginas a una velocidad vertiginosa. Solté un gemido y B. A. continuó con más persistencia.

—¡Moses! Tienes que volver a cerrar las aguas, como hizo Moisés en la Biblia. Moisés abrió las aguas de la misma manera que lo puedes hacer tú. Tú abres las aguas y la gente las cruza, pero no puedes dejar que pase todo el mundo cuando le dé la gana, tienes que volver a cerrar las aguas. ¡Cierras otra vez las aguas y así borrarás las imágenes!

—¿Cómo? —gemí, ya ni siquiera luchando.

—¿De qué color es el mar? —insistió.

Intenté imaginarme de qué color sería tanta agua agolpada en paredes enormes retenida por una mano invisible. De inmediato, las malditas imágenes que Molly me estaba metiendo en el cerebro se fueron ralentizando.

—Las aguas son de color blanco —mascullé—. Las aguas son de color blanco cuando están bravas.

De repente estaba tan enfadado que me palpitaban las sienes y me temblaban las manos. Estaba harto de no tener nunca un minuto de paz.

—¿Qué más? Las aguas no siempre están bravas—insistió ella—. ¿Qué más colores?

—El agua es de color blanco cuando el mar está revuelto, de color rojo cuando el sol se pone, azul cuando está en calma, negro cuando es de noche y transparente cuando cae —estaba farfullando sin mucho sentido, pero me sentía bien. Estaba contraatacando y estaba aclarándome la cabeza. Justo como las aguas.

—Pues deja que el agua caiga. Déjala que se estampe, que fluya por tu cabeza y que te salga por los ojos. El agua es transparente cuando se lleva el dolor, cuando purifica. El agua no tiene color, deja que se lleve los colores.

Casi podía sentirlo: las paredes desplomándose, dando vueltas sobre sí mismas, igual que había dado vueltas la vez que fui a hacer

surf al mar. Las olas me habían golpeado, pero no había imágenes dentro de las olas, ni gente, solo había agua, la sensación de no poder respirar y la fuerza de la naturaleza en estado puro. Me encantó.

—¿Cómo suena, Moses? ¿Cómo suena el agua?

Al Niágara. A las cataratas del Niágara. Había escuchado el sonido de la catarata que caía sobre la señorita Murray y el hombre que amaba, Ray. Ray me había enseñado el interior de la catarata. Era tan fuerte el ruido que no se escuchaba nada más que el agua cayendo. Entonces había retumbado en mi cabeza y ahora lo hacía de nuevo.

—Suena como un león, como una tormenta.

—Pues deja que el muro de sonido caiga —B. A. me estaba hablando directamente al oído y, aun así, casi no la oía, como si nosotros también estuviéramos dentro de una cascada en la que había tanto ruido que cualquier otro sonido desaparecía.

Me perdí en el sonido. Perdido en el buen sentido, libre de mí mismo, de mi cabeza, de las imágenes.

Vi las altísimas murallas de piedra sostenidas por la mano de un Dios todopoderoso, un Dios que había hecho lo que le había pedido Moisés, mucho antes de que yo viviera. Pedí a Dios que liberara las aguas y Molly desapareció por completo.

Georgia

Moses dejó de ir al instituto definitivamente después de que los policías lo sacaran de clase por el dibujo que había pintado debajo del paso inferior. Me mantuve alejada de él durante cuatro semanas, mantuve las distancias durante casi un mes entero y nunca vino a buscarme. No sé por qué pensaba que lo haría, pero había ciertas reglas para este tipo de cosas, ¿no? No te acuestas con alguien y luego nunca llamas o pasas a ver qué tal. No le quitas a alguien su virginidad de la forma más épica e increíble para luego seguir a lo tuyo. Pero puede que él sí.

Pero sabía que había sentido lo mismo que yo esa noche. Estaba segura, no podía haber sido yo la única y esas emociones me hacían venirme a bajo. El deseo, la apabullante necesidad de volverlo a

hacer, de dejarle envolverme y hacer todas las cosas que había jurado no volver a hacer, todo aquello me superaba. Me sentía devastada y la víspera de Acción de Gracias no pude soportarlo más. Conduje hasta el viejo molino y me encontré con su *jeep* aparcado cerca de la vieja puerta trasera. Estaría a punto de acabar lo que le habían mandado limpiar, pero estaba allí, así que le escribí una nota en la parte de atrás de una hoja de revisión de vehículos que encontré en la guantera de *Myrtle*:

Moses:
Cuando acabes, ven a buscarme al establo.
Georgia

No quería escribir mi nombre, pero ni siquiera tenía la seguridad de que supiera que era yo si no la firmaba. Puse la nota debajo del parabrisas con la parte escrita bocabajo para que si no la veía cuando se acercara al coche, lo hiciera cuando se sentara en él.

Entonces, me fui corriendo a mi casa y me aseguré de que olía a rosas, de que tenía el aliento fresco y una muda limpia e intenté no pensar en lo patética que era y en lo decepcionada que estaba conmigo misma mientras me ponía rímel en las pestañas evitando mirarme.

Esperé en el establo una hora. Mi padre vino una vez y casi me delaté cuando me di la vuelta con una gran sonrisa

y me encontré con él en lugar de Moses. Enseguida me invadió el pánico por si mi padre sospechaba algo y la decepción porque Moses aún no había aparecido. Se acercaba una tormenta y, cuando refrescaba, solíamos meter a los caballos en el establo por las noches. *Lucky* y *Sackett* junto con *Dolly, Reba* y *Merle*, los caballos que usaban mis padres exclusivamente para la terapia, tenían sus propios pesebres donde estaban calentitos, bien cepillados y mejor cuidados que nunca. Los caballos me dieron la coartada perfecta y mi padre se la creyó. Me sentí como una ramera cuando mi padre volvió a casa sin una sola preocupación en su cabeza canosa, seguro de que el chicazo que era su hija estaba a salvo del vecino. Por desgracia, seguramente lo estaba, pero él no estaba a salvo de mí. A pesar de todo, no tenía la suficiente vergüenza para irme del establo.

No vino. Esperé hasta medianoche y, al final, me envolví en una de las mantas que había esparcido por la paja sobre las que pensaba que podríamos tumbarnos mientras hablábamos. Me quedé

dormida sola en el establo.

Me desperté con el sonido de la lluvia repiqueteando en el techo de estaño, caliente, reconfortada por la agitación de los caballos y el olor a la paja fresca sobre la cual estaba tumbada, y que se había esparcido mientras dormía. No hacía mucho frío. El establo estaba caliente, era una construcción solida y había encendido el calefactor antes de quedarme dormida. Encima de la puerta había una simple bombilla que lanzaba una luz suave al suelo. Abrí los pesados párpados y consideré si ir hacia la casa y arrastrarme hasta la cama o quedarme allí. Ya había dormido en el establo muchas veces, pero entonces había traído una almohada y mi pijama no consistía, entre otras cosas, en un sujetador que me apretaba por los lados y unos vaqueros bastante ajustados.

Cuando me levanté sacudiéndome la paja del pelo vi a Moses en la esquina más alejada sentado en un taburete que mi padre usaba para poner las herraduras a los caballos. Estaba lo más lejos posible de los caballos y, por suerte, ninguno de ellos parecía haberse alarmado ante su presencia, pero yo sí, solo por un momento, y solté un graznido de sorpresa.

No se disculpó ni se rio ni quiso hablar, simplemente me miró con recelo, como si mirarme dormir fuera para lo que lo había invitada a venir.

—¿Qué hora es? —susurré con la voz áspera y el corazón triste. Me hacía sentir muy triste.

—Las dos.

—¿Acabas ahora de trabajar?

—No. Fui a casa, me duché, me metí en la cama.

—¿Entonces eres sonámbulo? —mantuve la voz baja, suave.

—¿Qué quieres, Georgia? Pensaba que ya habías acabado conmigo.

Ahí estaba, un destello de enfado, silencioso, breve, pero ahí estaba y lo disfruté. Mi madre siempre decía que la atención, aunque fuera negativa, siempre era mejor que la indiferencia. Casi siempre solía referirse a los niños de acogida que montaban escenitas, pero, al parecer también se podía aplicar a chicas de diecisiete años que estaban enamoradas de chavales que no lo estaban de ellas. Eso me hizo enfadar.

—¿Me quieres, Moses?

—No. —Su respuesta fue inmediata. Desafiante. Pero se puso de pie y avanzó hacia mí de todas formas. Y lo vi venir, comiéndolo con los ojos y con un nudo enorme en el corazón.

No se lo discutí porque sabía lo que iba a decir y ya había decidido que no lo iba a creer.

Se agachó al lado de las balas cuadradas con las que había formado un nidito de amor, pero había dicho que no me quería, así que quizás mi cama necesitaba otro nombre. Me tumbé y me tapé con la manta, helada y muy cansada de repente, pero él me siguió, cerniéndose sobre mí con un brazo a cada lado de mi cabeza mientras miraba cómo lo miraba. Entonces acortó las distancias y me besó en la boca castamente. Una vez, dos. Y luego otra vez, no tan castamente, con más presión y más intensidad.

Respiré profundamente y envolví mis manos alrededor de su cuello atrayéndolo hacia mí. Me hundí en su esencia, una mezcla de olor fuerte a pintura, jabón y caramelos de menta de rayas rojas que su abuela tenía en un bol en la mesa de la cocina. Y de algo más. Algo para lo que no tenía nombre. Era esa parte misteriosa de él la que más necesitaba. Lo besé hasta que pude saborearlo y, cuando eso no fue suficiente, lo arrastré hacia mí con las manos y rocé mi piel contra la suya mientras él llevaba su boca a mi cuello y me susurraba al oído:

—No estoy seguro de qué es lo que quieres de mí, Georgia, pero si es esto, estoy dispuesto a dártelo.

Georgia

Cuando se empezaron a vislumbrar rayos rosados de sol en la ventana del pequeño establo que daba al este, Moses se apartó de mí y comenzó a ponerse la ropa con los ojos fijos en la ventana y en el amanecer. Era noviembre y amanecía sin fuerza. Debían de ser más de las seis; hora de marcharse. Mis padres se levantarían pronto, de hecho, mi madre seguramente ya lo habría hecho. La cena de Acción de Gracias suponía mucho trabajo. Moses y yo no hablamos mucho en el tiempo que estuvimos juntos. Me sorprendió que se quedara incluso a dormir unas cuantas horas antes de volverme a despertar con besos y manos cálidas, lo que me convenció de que no había manera de que pudiera vivir sin él. Había estado en silencio durante toda la noche y ahora su silencio me sobrepasaba. Me pregunté cómo había aprendido a deshacerse

de las palabras, a ahogarlas, a no sentirlas en la cabeza y en el corazón deseando ser liberadas. Me dije a mí misma que podía hacer lo mismo, podía ser tan callada como él, por lo menos hasta que se fuera del establo, pero, según se dirigía a la puerta, las palabras se liberaron:

—Creo que sí que me quieres, Moses. Y yo a ti también, a pesar de que sería más fácil no hacerlo —dije rápidamente.

—¿Por qué sería más fácil? —soltó en voz baja, como si no me hubiera dicho sin dudar que no me quería. Podía decirme que no me quería, pero no le gustaba que le dijeran que era difícil quererle.

—Porque crees que no me quieres. Por eso.

—Esa es una de mis leyes, Georgia: no amarás.

—Esa no es una ley en Georgia.

—Otra vez lo mismo no —suspiró.

—¿Qué necesitas para quererme, Moses? ¿Qué te haría mudarte a Georgia? —Moví las cejas como si se tratara de una broma—. Te dije que me teñiría de pelirroja, que te dejaría entrar en mi cabeza y te he ofrecido todo lo que tenía.

Ante esas palabras, sentí cómo mi voz se derrumbaba de repente en un mar de lágrimas de la misma forma en la que lo hubiera hecho un embalse al quebrarse. Me di la vuelta rápidamente y me puse a doblar la manta que ahora olía a él. La doblé y la alisé y después me puse las botas, todo esto con Moses a dos metros. Por lo menos no se había ido, aunque una parte de mí deseó que así fuera.

—Estás disgustada.

—Supongo.

—Por eso tengo esa ley —suspiró, casi con suavidad—. Si no amas, nadie sale herido. Es fácil irse, es fácil perder, es fácil dejarlo ir.

—Entonces quizás deberías haber tenido unas cuantas leyes más, Moses.

Giré la cabeza y le sonreí con fuerza, sin estar segura de si iba a colar. Me picaba la nariz y suponía que me brillaban demasiado los ojos, pero seguí charlando con una alegría fingida.

—No besarás. No tocarás. No te acostarás con nadie.

—Pero no dije «acostarse», lo llamé por su nombre, por mucho que lo sintiera como ácido en la lengua. Para mí no era solo eso; era amor, no sexo. O quizás fuera ambas cosas, pero al menos también era lo primero.

—Tú me encontraste, Georgia. Me perseguiste y me quisiste. No al revés —dijo Moses sin levantar la voz. Ni siquiera parecía disgustado—. No rompí ninguna de mis reglas. Tú rompiste las tuyas y ahora estás enfadada conmigo por eso.

Tenía razón, toda la razón, y yo estaba equivocada.

—Te veo luego, ¿vale? —dije en voz baja sin atreverme a mirarlo—. Kathleen y tú venís por Acción de Gracias, ¿no? Empezamos a comer temprano para poder estar comiendo todo el día.

Estaba orgullosa de mi compostura, pero me odié a mí misma por no cantarle las cuarenta.

—Sí. A las once, ¿no?

Nunca fue tan falsa una charla. Asentí y esperó, mirándome. Empezó a decir mi nombre y luego suspiró y se dio la vuelta. Sin decir más, se fue del establo.

—El amanecer, el olor de la paja, la cena de Acción de Gracias, una ducha caliente, un nuevo día… —susurré mis cinco cosas intentando contener las lágrimas y no pensar en lo que venía a continuación y en cómo iba a pasar las próximas horas.

Capítulo 9

Moses

—¡Abuela! —No se movió—. ¡B. A.!

La sacudí y le acaricié la mejilla, pero solo conseguí que se le cayera la cabeza a un lado; los ojos siguieron cerrados. Estaba tumbada en el suelo de la cocina, un cuerpo frágil envuelto en su bata acolchada. A su lado había un vaso roto en tres grandes trozos, islas puntiagudas en un gran charco de agua teñido de sangre. No había mucha. Era como si en el momento de caer al suelo ya estuviera muerta, la sangre que se había derramado parecía ser insuficiente. Para morirse debería haber más sangre.

La noche anterior, cuando había llegado a casa, había ido directamente al baño y, de ahí, a mi habitación. Me había tumbado en la cama intentando no ir a casa de Georgia. ¿Había desaparecido casi durante un mes y ahora quería verme? Me enfurecía, pero aun así quería verla, desesperadamente. Al final desistí, me puse los vaqueros y una camiseta y me escabullí de la casa intentando no despertar a Bisa.

¿Habría estado ahí tirada toda la noche?

Coloqué la cabeza contra su pecho y esperé, deseando que su corazón volviera a latir contra mi oreja, pero estaba helada y su corazón no se movía. Estaba helada. Sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, corrí a por una manta y la arropé cuidadosamente.

—¡B. A.!

Cerré los ojos deseando que me dijera qué hacer. Podía ver a gente que estaba muerta. Los veía todo el rato. Necesitaba ver a B. A., necesitaba que me contara qué había pasado, necesitaba que me llevara con ella.

Cogí mis pinceles, reuní mis pinturas, me senté junto a ella y

esperé a que volviera a mí y, cuando lo hiciera, llenaría las paredes con todos sus recuerdos. Pintaría cada día de su vida hasta ese último, ese horrible último día, y me diría qué demonios se supone que tenía que hacer ahora. Me abrí totalmente como un enorme desfiladero con bordes puntiagudos y empinados acantilados. Abrí las aguas y, al concentrarme, los muros de agua se elevaron tan alto que no podía ver hasta dónde llegaban; el que quisiera podría cruzar. Cualquiera con tal de que trajera a B. A. de vuelta.

Pero no la sentí, no la vi. Vi a mi madre, al abuelo de Georgia, a la chica llamada Molly y al hombre llamado Mel Butters, que murió dentro de su establo; tenía consigo sus caballos y estaba feliz. Su felicidad era una mofa y me enfurecí con él al ver los recuerdos de largos paseos y de atardeceres de verano. Desapareció inmediatamente. Sentí a Ray, el hombre que amaba la señorita Murray. Estaba preocupado por ella y esa preocupación se manifestó en forma de olas grises. Ella no estaba bien y la pintura que le hicimos no la reconfortó.

Sentí todas sus vidas y memorias y las aparté a un lado, intentando encontrar a mi abuela. Había también otras personas: gente que había sentido, imágenes que había visto antes, recuerdos que no eran míos. Era gente que había venido a mí a lo largo de los años. Gente de todas las edades, de todos los colores. Había también unos hermanos polinesios que habían sido miembros de una banda callejera, Teo y Kalia, y que habían muerto en una disputa con la banda en la que había estado metido yo durante casi un año antes de irme a vivir con B. A. Me molestó perder la sensación de encajar en algún sitio, incluso aunque hubiera sido una farsa. Me molestó como siempre que me tenía que ir de algún sitio donde había echado raíces. Los hermanos intentaron retenerme para compartir conmigo imágenes de un hermano más pequeño que habían dejado atrás, pero seguí corriendo, buscándola a ella.

Como siempre, estaban los acechadores: las manchas negras y granulosas que veía por el rabillo del ojo siempre que me adentraba demasiado en mis visiones. Nunca me acercaba demasiado ni los miraba directamente. Se quedaban lejos de la transparencia que rodeaba a la gente que me enseñaba sus vidas. No estaba seguro, pero creía que los acechadores eran los muertos que no podían avanzar, los muertos que no creían en una vida más allá y que rechazaban ver la vida que había después, a pesar de que brillaba como un mar de velas y los llamaba con dulzura. Quizás no pudieran verlo.

El sexo, la violencia, y la desesperación de los chicos de la banda que habían abandonado toda luz eran unas cloacas fastuosas para los acechadores. Eran como un enjambre alrededor de aquellos chicos. Cuanto más tiempo pasaba en la banda, mejor los podía ver, pero, desde que había ido a Levan, se habían mantenido alejados.

Y luego estaba la gente que no conocía, gente a la que nunca había tocado ni ellos a mí. Había generaciones y generaciones, de pie, espalda contra espalda, en una fila interminable, sonriéndome como si fueran mi familia, pero no encontraba a B. A. y ella era mi única familia.

—¡B. A.! —grité.

Tenía la garganta seca e irritada así que dejé de correr por aquel mundo que nadie más parecía poder ver. La cabeza dejó de darme vueltas, pero estaba cubierto de pintura. Había estado pintando todo el tiempo. Las paredes estaban cubiertas de imágenes que se transformaban unas en otras sin seguir un ritmo o lógica. Había pintado al hombre que estaba seguro de que había sido mi bisabuelo, el marido de B. A., un hombre al que nunca había conocido. Lo había visto aquellos últimos días, justo al lado del hombro derecho de B. A., brillando, como si estuviera esperando que se fuera con él. Ahora su cara estaba ahí con las demás.

Y había muchas más: había pintado acechadores pululando por las cuatro esquinas de la habitación, con las cuencas de los ojos vacías y caras apenadas. Y, entre las caras que reconocía y las que no, había manos que agarraban, establos en llamas, olas que se rompían y rayos. La cara de mi madre también estaba allí, llevaba una cesta como si creyera que necesitaba identificarse, como si yo no lo supiera. La había visto mil veces en mi cabeza. También había símbolos de una banda callejera en las paredes, como si Teo y Kalia me estuvieran avisando. El rojo se arremolinaba hasta convertirse en negro, el negro en gris, el gris en blanco hasta que dejó de haber imágenes en el lugar en el que me había detenido.

—¡Moses! ¡Moses! ¿Dónde estás?

Georgia. Georgia estaba en la casa, en la cocina. Escuché la ráfaga de palabras que, entre jadeos, primero me llamaron mí y después dijeron, a quien fuera con quien estuviera hablando Georgia por teléfono, que Kathleen Wright estaba tirada en el suelo de la cocina.

—Creo que está muerta. Creo que lleva muerta bastante tiempo. No sé qué le ha pasado, pero está muy, muy fría —gritó.

Me pregunté cómo podría ser, si la acababa de cubrir con la

manta. Quería ir con Georgia, estaba asustada, no había visto antes la muerte, no como yo. Pero yo estaba extrañamente paralizado y la cabeza me daba vueltas vertiginosamente, aún a medio camino entre el suelo donde estaba sentado y el mar Rojo de mi cabeza.

Y entonces ella vino a mí, como siempre. Me encontró, me envolvió con sus brazos y empezó a llorar. Apretó la cabeza contra mi pecho ignorando los manchurrones rojos, morados y negros que tenía en la camiseta y que le manchaban las mejillas.

—Moses, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha pasado aquí?

Pero no podía llorar con ella, no podía moverme. Tenía que cerrar las aguas y no podía quedarme más tiempo, no en ese lado de la orilla donde solo había colores y preguntas.

Georgia se apartó de mí, tenía la cara manchada de pintura y confusión.

—¿Qué pasa, Moses? Has estado pintando. ¿Por qué? ¿Por qué, Moses? Estás muy frío. ¿Cómo puedes estar tan frío? —Le castañeteaban los dientes como si realmente la helara mi presencia.

Me reí con impotencia. No estaba frío, estaba ardiendo. Me pregunté si Georgia había sentido el frío en mis manos, porque era la única parte de mi cuerpo que estaba fría. Tenía calor, estaba ardiendo. Me quemaban el cuello y las orejas y mi cabeza era un infierno. Me concentré en las paredes de agua, en los enormes lados del canal que había en mi mente, el canal que tenía que cerrar. No le respondí a Georgia, no podía. La alejé de mí, bloqueándola como intentaba hacer con el resto.

—El agua es de color blanco cuando el mar está revuelto, de color rojo cuando el sol se pone, azul cuando está en calma, negro cuando es de noche y transparente cuando cae. Transparente cuando se lleva todo lo que tengo en la cabeza y sale por la punta de los dedos. El agua es transparente y se lleva todos los colores, todas las imágenes.

No me di cuenta de que estaba hablando hasta que Georgia me tocó. La aparté, necesitaba concentrarme, estaba derribando los muros. Los muros estaban empezando a caer, solo necesitaba concentrarme un poquito más. Entonces comencé a sentir el frío extendiéndose desde mis manos, por los brazos hasta la espalda, enfriándome el cuello y calmando mi aliento, me envolvía. El alivio era tan grande que me temblaban las piernas y, por fin, busqué a Georgia. Ahora la podía tocar, ahora no quería otra cosa que un abrazo suyo, pero, como las imágenes en mi cabeza, Georgia había desaparecido.

Georgia

Cuando entré por la puerta de la cocina y la mosquitera dio un golpe, mi madre se dio la vuelta como si fuera a echarme la bronca, pero debió de ver algo en mi cara y dejó el bol de patatas de golpe.

—¡Martin! —llamó a mi padre mientras yo avanzaba tambaleándome hacia ella.

Había tratado de mantener la comida caliente en el horno y, cuando Moses y Kathleen no habían aparecido a las once, se extrañó un poco: Kathleen Wright no era de las que llegaban tarde. A las once y cuarto mi madre la llamó a casa, pero el teléfono sonaba y sonaba sin respuesta y mi madre empezó a inquietarse por si el pavo y el puré de patatas se enfriaban, así que me ofrecí para pasar a ver si la señora Wright necesitaba ayuda con algo y, de paso, meterles prisa a ella y a Moses. Había insistido en traer las tartas para el postre a pesar de que mi madre se había resistido; eran nuestros invitados.

Yo no quería ir. Me sentía mal y cansada y no quería ver a Moses antes de lo necesario. Aún no sabía cómo nos íbamos a sentar uno enfrente del otro sin que se notara lo que estaba pasando. Moses lo llevaría mejor, simplemente no diría nada mientras que yo me pondría a sudar, estaría incómoda y no sería capaz de saborear nada de lo que comiera. Eso me enfureció y me dio coraje cuando salí por la puerta y sentí crujir la nieve que había caído la noche anterior debajo de las botas. Llevaba unos vaqueros limpios y ajustados, mi mejor blusa planchada y el pelo con unas ondas perfectas. Incluso me maquillé. Todo por Acción de Gracias y todo para que nadie me viera. Era de mala educación llegar tarde este día, pero intenté calmarme mientras me acercaba a la pequeña casa de ladrillo gris de Kathleen y subía las escaleras de la parte delantera.

Llamé a la puerta muchas veces y entré llamándoles.

—¿Señora Wright? Soy Georgia.

Lo primero en lo que reparé fue en el olor. Olía a aguarrás. Pintura. Olía a pintura y no a tarta. Debería haber olido a tarta.

Me detuve de inmediato. Había un pequeño recibidor tras pasar

la puerta delantera, en el que justo cabía un perchero, un banco pequeño y un tramo de escaleras. A la izquierda había una pequeña sala de estar, a la derecha estaba el salón que daba a la cocina. En la parte de atrás de la casa había un gran cuarto de estar que había añadido el marido de Kathleen Wright hacía cuarenta años. Se accedía a él a través de la cocina o a través de la pequeña sala de estar. Las habitaciones del primer piso formaban un círculo deforme alrededor del pequeño recibidor con escaleras que subían al baño y a las tres habitaciones del segundo piso. Miré hacia las escaleras preguntándome si debía subir. La casa estaba totalmente en silencio.

Entonces escuché un sonido bajo y sibilante. Frufrú, frufrú, frufrú. Y luego una pisada y otra más. Reconocí el sonido casi al instante, lo había escuchado durante muchas noches seguidas cuando Moses pintó mi habitación.

—¿Moses?

Lo llamé y entré por la puerta a la pequeña sala de estar. Di tres pasos y la vi. Kathleen Wright estaba tirada en el suelo de la cocina cubierta con una colcha con puntilla que parecía pertenecer a su cama.

—¿Kathleen? —chillé con la pregunta.

Quizás debería haber corrido a su lado, pero era todo tan raro que supongo que no sabía lo que estaba viendo, así que me acerqué de puntillas, como si en realidad estuviera durmiendo y yo fuera a interrumpir su pequeña y extraña siesta.

Me arrodillé a su lado y retiré un poco la colcha. Podía ver sus rizos canosos por encima de la esquina de la colcha, pero no le vi la cara.

—¿Señora Wright? —volví a decir, pero entonces me di cuenta. No estaba durmiendo y aquello no era real. Sería yo la que estaba durmiendo—. ¿Kathleen? —grité mientras perdía el equilibrio. Puse las manos delante por instinto para no desplomarme, pero sentí un corte afilado y retiré la mano, revolviéndome y gritando como si la muerte me estuviera mordiendo y me fuera a llevar a mí también. Me había sentado sobre un charco de agua y se me habían mojado los vaqueros recién lavados. Había un vaso en el suelo. Era solo un vaso, no la muerte, pero Kathleen Wright estaba muerta y alguien que era consciente de ello la había cubierto.

Tiré de un trapo que había en la encimera y me di cuenta de que había destapado las tartas, las preciosas tartas. Cuatro. Faltaba un trozo de la de manzana y me lo quedé mirando preguntándome durante un segundo si Kathleen habría probado su postre antes de

morir. De repente todo se me hizo más real y trágico; me di la vuelta, me envolví la mano que sangraba con el trapo e intenté alcanzar el viejo teléfono que Kathleen tenía en la pared. Tuve que pasar por encima de ella para alcanzarlo y entonces fue cuando empecé a temblar.

Llamé al teléfono de emergencias, como nos enseñan que hay que hacer en esos casos. No dio demasiados tonos hasta que me contestó una operadora, una mujer que sonaba eficiente y que me preguntó todo tipo de cosas. Le recité de un tirón las respuestas mientras mi mente procesaba el horror al que aún no me había enfrentado. ¿Dónde estaba Moses? Podía oler la pintura. Podía oler la pintura y había oído a alguien. La pintura significaba que Moses estaba ahí. Colgué el teléfono con la operadora aún hablando y preguntándome algo a lo que ya había respondido. Luego, con las piernas rígidas, la parte de atrás del pantalón mojada, la mano sangrándome y el corazón paralizado, pasé por la puertecita que llevaba a la sala de estar.

Estaba cubierto de pintura. Tenía la cabeza, los brazos y la ropa manchados de azul y amarillo, empapados de rojo y naranja y salpicados de morado y negro. Aún llevaba la ropa con la que se había ido aquella mañana, pero ya nada era igual. Curiosamente, la parte de atrás de la camiseta era lo único que quedaba sin manchar, pero eso no era ni de lejos lo más extraño: las paredes estaban llenas de dibujos y no había ningún salpicón ni nada fortuito.

Era maniaco y fascinante a partes iguales; era como un caos controlado y una demencia detallada. Moses también había pintado sobre los cuadros y las ventanas. Las cortinas estaban manchadas de pintura como si no hubiera podido dejar de pintar para apartarlas. Teniendo en cuenta la cantidad de espacio que había cubierto, debía haber estado horas pintando. Había grafitis, caballos, gente a la que nunca había visto antes. Había pasillos, senderos, puertas y puentes como si Moses estuviera corriendo de un lado a otro pintando cada cosa inexplicable que había visto. Encima de una cesta de lavandería había una cara de mujer. Su pelo largo y rubio la envolvía y la cesta estaba llena de bebés. Era precioso y raro a la vez. Una imagen se convertía en otra y en otra, ininterrumpidamente y sin lógica. Y allí estaba Moses, con las manos a los costados, mirando el muro que tenía enfrente en una zona en blanco que aún quedaba por rellenar.

Entonces me miró con ojos vacíos y unas ojeras tan oscuras que, en comparación, su piel morena parecía pálida. Las rayas de

pintura en la cara le hacían parecer un soldado devastado que volvía de la batalla solo para encontrarse con la desolación en la puerta de su casa.

Y corrí hacia él.

He pensado en ese momento una y otra vez desde que pasó. Recreándolo en bucle. La forma en la que corrí hacía él, la forma en la que lo rodeé con mis brazos, llenos de compasión, sin ningún miedo, cómo le sostuve mientras estaba ahí temblando, murmurando algo para sí mismo. Creo que le pedí que me contara qué había pasado. No lo recuerdo bien, solo recuerdo que tenía escalofríos, que estaba helado y le pregunté si tenía frío y soltó una risa, una breve risa de incredulidad. Luego me empujó tan fuerte que me volví a caer hacia atrás y dejé en la pálida alfombra un rastro de sangre de la mano en la que me había hecho daño. Había rastros de pintura por todas partes y la huella de mi mano ensangrentada parecía no salirse del guión.

Moses se agarró la cabeza con los brazos protegiéndose los ojos y repetía algo sobre las aguas una y otra vez. Sus labios era la única parte de su cara que podía ver y se movían mientras pronunciaba las palabras:

—El agua es de color blanco cuando el mar está revuelto, de color rojo cuando el sol se pone, azul cuando está en calma, negro cuando es de noche y transparente cuando cae. Transparente cuando se lleva todo lo que tengo en la cabeza y sale por la punta de los dedos. El agua es transparente y se lleva todos los colores, todas las imágenes.

No pude soportarlo más. La mujer de emergencias me había dicho que esperara, pero no podía esperar. No podía quedarme en esa casa ni un segundo más y, por primera vez en mi vida, hui de él.

Capítulo 10

Moses

Me desperté en una habitación acolchada. No era una celda, era una habitación, pero podría haberlo sido perfectamente. Cuando llegué se llevaron mi ropa, anotaron todas las marcas o heridas que tenía en la piel y me dieron un pijama de color amarillo claro y unos calcetines. Me dijeron que recuperaría la ropa si seguía las reglas. Varias personas vinieron a verme: médicos, psicólogos y psiquiatras, con sus historiales médicos. Todos intentaron hablar conmigo, pero yo estaba demasiado paralizado para eso y, al final, todos acabaron marchándose.

Me dejaron solo tres días, me traían la comida y tenía algunos lapiceros y un cuaderno. Nadie quería que pintara. Querían que hablara, que escribiera en el cuaderno, que escribiera sin parar. Cuanto más escribía, más contentos se ponían, hasta que leían lo que había escrito y pensaban que no estaba cooperando. Las palabras se me hacían difíciles, si me dejaran pintar podría expresarme mejor. Me habían mandado escribir un diario sobre mis sentimientos. Me habían pedido que explicara qué había pasado en casa de mi abuela el Día de Acción de Gracias. ¿No había una canción sobre Acción de Gracias y la abuela? Estaba seguro de que sí y la escribí un par de veces en el cuaderno que me habían dado.

Al otro lado del río y del bosque, la abuela cayó.
Llegó la policía —¡nuestros salvadores!—
y de aquel pueblo de blancos se me llevó.

Escribir eso sobre mi abuela me hacía parecer cruel pero no tenían derecho a saber cosas sobre ella , así que me reservé lo que sabía para mí. Si tenía que ser un gilipollas para mantenerlos

alejados, lo sería.

Mi abuela había sido la única persona que no me había fallado en toda mi vida. La única. Y ahora ya no estaba y no podía encontrarla. No estaba con los otros que esperaban al otro lado a que les dejara pasar y no sabía qué pensar al respecto. Por primera vez, me había abandonado.

Los lapiceros con los que se suponía que tenía que escribir no tenían más de cinco centímetros de largo, (casi no podía cogerlos entre el dedo anular y el pulgar), seguramente para evitar que los usara como armas contra mí mismo o contra otra persona. Y no tenían punta. Después de mi intento de sorprenderlos con mi frivolidad, no escribí más, pero al tercer día acabé pintando en las paredes. Cuando acabé con los lapiceros y no tenía nada más, me senté en el colchón de la esquina y esperé.

Se acercaba la hora de cenar. Un hombre negro, grande y meticuloso con acento jamaicano llamado Chaz era el que me solía traer la cena. Suponía que me lo habían asignado porque era más grande y más negro que yo. Siempre es más seguro asignar el hombre negro al hombre negro. Típica mentalidad blanca. Especialmente en Utah, donde la proporción de blancos con respecto a los negros era de mil a uno, o algo así. En realidad, no tenía ni idea de cuanta gente negra vivía en Utah, solo sabía que no eran muchos.

Chaz se detuvo asombrado y la bandeja de la cena se estampó contra el suelo.

Georgia

Llevaron a Moses a un hospital que estaba muy lejos. Había dos horas en coche de Levan a Salt Lake. Se llevaron a Moses y a su abuela en la misma ambulancia. Me horroricé por él, pero luego me di cuenta de que no estaba consciente. Dijeron que se había resistido, que habían necesitado a tres hombres para reducirlo y que le metieron un tranquilizante. Escuché palabras como «loco», «psicópata» y «asesino». Sí, esa también. Y se lo llevaron.

Todo el mundo decía que había matado a su abuela, se había comido un trozo de tarta de Acción de Gracias y luego había

pintado la casa. Sin embargo, a pesar de tener miedo, miedo de lo que había visto y lo que no había entendido, yo no me creía nada de eso.

Llevaron a cabo una investigación completa sobre su muerte, pero nadie me dijo nada.

Moses no pudo asistir al funeral de su abuela. El resto de su familia sí que lo hizo y todos lloraron como si la hubieran matado ellos mismos. Se sentaron en los bancos de la capilla de Levan y no hubo ceremonia, ni una celebración de su bien vivida vida a pesar de que Kathleen Wright se mereciera eso. Había sobrevivido a muchos de sus amigos, pero no a todos. Todo el pueblo asistió, aunque yo creía, seguramente porque estaba enfadada, que muchos de ellos solo querían presenciar en primera fila el drama que era la vida de Moses Wright. Madre e hijo, como dos gotas de agua. Moses habría odiado la comparación.

La única cosa de la que me acuerdo bien fue de que Josie Jensen tocó el piano. Un *Ave María* que había pedido Kathleen. Josie, por el talento musical que tenía, era un poco como una celebridad en el pueblo. Era tan solo tres años mayor que yo. La observé; era todo lo que yo no era: tranquila, amable, femenina, con dotes musicales. Sin embargo, ahora teníamos algo en común; ambas habíamos querido y perdido a alguien, aunque de esa similitud solo era consciente yo. Me habían visto con Moses, pero nadie sabía cómo me sentía.

La gente también seguía hablando sobre Josie, sin embargo, lo hacían sacudiendo la cabeza y con ojos tristes. Josie Jensen había perdido a su prometido en un accidente de coche hacía dieciocho meses. Algo parecido a lo que le pasó a la señorita Murray, pero Josie estaba prometida con un chico del pueblo y solo tenía dieciocho años cuando pasó. El pueblo se volvió loco durante un tiempo. Algunos decían que era Josie la que se había vuelto loca, aunque la palabra «loca» es subjetiva. Puedes estar loca de dolor y no estar loca para nada.

Mi madre me había apuntado a las clases de piano que daba Josie cuando tenía trece años. Lo intenté, pero pronto llegué a la conclusión de que no todos nacemos con los mismos dones y tocar el piano nunca iba a ser el mío. Me pregunté si Moses habría pintado la cara del prometido de Josie en algún lugar del pueblo. Me puse mala solo de pensarlo.

Una semana después del funeral, el *sheriff* Dawson se pasó por casa para decirme oficialmente que no tenían ni idea de quién me había atado la última noche del rodeo. No fue una sorpresa, pero sí

que lo fue que se pasara a decírnoslo. Habían pasado meses y, como no tenían pruebas contra Terrence Anderson, ya no era sospechoso. Sin embargo, aunque el *sheriff* no pudiera demostrarlo, estaba seguro de que había sido una broma pesada que se había ido de las manos.

No tenía fuerzas para preocuparme por si había sido eso o no. En ese momento había otra tragedia en mi vida y esa noche del rodeo resultaba insignificante en comparación con lo que había pasado con Moses: se lo había llevado y lo tenían sedado. Era insignificante en comparación con la visión de Kathleen Wright, cubierta con una colcha con puntilla, sin vida, en el suelo de la cocina y con los inocentes pasteles de Acción de Gracias en la encimera. No era nada en comparación con la crisis en la que me encontraba en ese momento.

Fue entonces, con el *sheriff* Dawson sentado en nuestra cocina como la noche del rodeo, cuando me enteré de que la abuela de Moses había muerto por un derrame cerebral. No había sido un asesinato, sino un derrame. Mis padres se sentaron en sus sillas aliviados, sin ni siquiera mirarme y sin tener ni idea de lo que esas palabras significaban para mí. Causas naturales. Moses no le había hecho daño, simplemente se la había encontrado, como lo había hecho yo, y había reaccionado de la forma en la que reacciona ante la muerte: pintándola.

—¿Le dejarán salir ahora? —pregunté. Mis padres y el *sheriff* Dawson me miraron sorprendidos como si hubieran olvidado que estaba allí.

—No lo sé —contestó evasivamente el *sheriff*.

—Moses es amigo mío y puede que yo sea la única amiga que tenga. No mató a Kathleen así que, ¿por qué no puede volver a casa? —La emoción se filtraba por mis palabras y mis padres confundieron esa emoción con estrés postraumático. Después de todo, había presenciado de cerca la muerte.

—No es que realmente tenga un sitio al que volver, aunque he oído que Kathleen le ha dejado la casa y todo lo que hay en ella. Ya tiene dieciocho años y, hasta donde yo sé, puede apañárselas solo.

—Ya no está en el hospital, no estaba herido, así que, ¿dónde está? —exigí.

—No lo sé exactamente…

—Claro que lo sabe, *sheriff*. Venga, ¿dónde está? —insistí.

—¡Georgia! —Mi madre me tocó el brazo y me dijo que me relajara.

El *sheriff* se puso el sombrero de vaquero y luego se lo volvió a

quitar. Parecía que estaba angustiado y que no quería decírmelo.

—¿Está en la cárcel?

—No, no, no está en la cárcel. Se lo han llevado a otro centro en Salt Lake City. Está en la planta de psiquiatría.

Me quedé con la mirada fija sin entenderlo bien.

—En un hospital para enfermos mentales, Georgia —me dijo mi madre con suavidad.

Mi mirada de estupefacción se topó con la cara serena de mis padres y el *sheriff* se levantó de golpe, incómodo, como si no le pagaran para estas cosas. Yo me levanté también, con las piernas temblando y nauseas en el estómago. Me las arreglé para llegar al baño sin correr e incluso fui capaz de echar el pestillo antes de vomitar el trozo de tarta que mi madre me había obligado a comer cuando le había ofrecido un plato al *sheriff* Dawson. El pastel me recordaba a Kathleen Wright y a los sedantes.

Moses

—¿Me puedes decir qué significa esta obra de arte?

Suspiré con brusquedad. La doctora asiática con una americana color *camel* y gafas de engreída que seguramente ni necesitaba, me observó por encima de las monturas y con el bolígrafo preparado para tomar notas sobre mi deterioro mental.

—Tienes que hablar conmigo, Moses. Todo esto será mucho más fácil para ambos.

—Quería que le contara lo que había pasado en casa de mi abuela y esto es lo que pasó —señalé la pared con la mano.

—¿Está muerta? —me preguntó la doctora mirando la escena de la muerte de mi abuela.

—Sí.

—¿Cómo murió?

—No lo sé. Estaba en el suelo de la cocina cuando llegué a casa esa mañana.

Debería haber sabido que iba a morir. Había visto las señales. Las noches anteriores a su muerte lo había visto a él, al hombre muerto que se parecía al de las fotos de su boda , rondándola. Mi bisabuelo. Lo había visto dos veces: una vez por encima de su

hombro derecho mientras ella dormía en la silla y otra vez detrás de ella mientras aplanaba la masa de las tartas con el rodillo la tarde del miércoles cuando me iba al viejo molino para acabar la demolición. La había estado esperando.

Pero eso no se lo conté a la doctora, aunque quizás debería hacerlo y así podría decirle que también había alguien detrás de ella, esperando a que muriera. Quizás la asustara tanto que me dejara en paz. Pero en realidad no había nadie, así que me mordí la lengua mientras ella esperaba a que hablara.

Estuvo escribiendo durante un minuto en su cuaderno.

—¿Cómo te sentiste al respecto?

Quería echarme a reír. ¿En serio? ¿Cómo quería que me sintiera?

—Triste —dije frunciendo el ceño tristemente y parpadeando ante su estúpida pregunta cliché.

—Triste —repitió secamente.

—Muy triste —añadí con el mismo tono.

—¿Qué te pasó por la mente cuando la viste?

Me levanté de la silla y caminé hacia la pared inclinándome sobre ella, protegiendo a mi abuela de su mirada clínica. Cerré los ojos durante un minuto abriéndome un poquito, abriendo las aguas solo un resquicio. Me concentré en la cabeza negra brillante de la mujer que tenía el pelo recogido en una coleta perfecta.

Me hizo muchas preguntas más, pero yo estaba concentrado en abrir las aguas. Quería encontrar algo que le hiciera salir huyendo, gritando, algo de verdad.

—¿Tenía una hermana gemela? —le pregunté de repente al venirme a la cabeza una imagen de dos pequeñas asiáticas vestidas igual y con trenza.

—¿Qué? —inquirió, aturdida.

—O quizás una prima de la misma edad. No, no, era su hermana. Murió, ¿verdad?

Abrí los brazos y esperé, dejando que aparecieran las imágenes.

La doctora se quitó las gafas y me retó con la mirada. No se ponía nerviosa con facilidad, tenía que admitirlo.

—Hoy has tenido visita, su nombre era Georgia Shepherd, no está en tu lista. ¿Prefieres hablar de Georgia? —se defendió intentando provocarme.

Cuando escuché su nombre se me estremeció el corazón, pero lo aparté de la cabeza y volví a la carga.

—¿Cómo te sentiste al perder a tu hermana de esa forma? —

pregunté sin apartar la mirada—. ¿Estaba loca como yo? ¿Por eso querías trabajar con locos?

La miré con los ojos desorbitados y una sonrisa como la de Jack Nicholson en *El resplandor*. Se levantó bruscamente y se excusó.

Era la primera vez que hacía algo así. Era raro y a la vez extrañamente maravilloso. Había dejado de preocuparme por si me creían o no y por si nunca salía de la planta de psiquiatría; me daba igual. Al menos allí estaba a salvo. Sin B. A., sin Georgia; ya me había encargado de que no se acercara, era lo único que podía hacer por ella. Los había visto meterme en la ambulancia, yo me había resistido y, mientras todo daba vueltas ante mí, vi su cara horrorizada y manchada de sangre. Estaba llorando y eso fue lo último que vi antes de que el mundo se volviera negro.

Ahora estaba allí y ya no me importaba. Todo salía por las grietas. Georgia bromeaba diciendo que estaba roto y tenía esas grietas para que la genialidad pudiera salir y, ahora estaba saliendo todo, lo genial y lo brutal.

Continué así las siguientes semanas. La parte más difícil era cuando el psicólogo o el médico no habían perdido a nadie. Había gente así y yo no tenía a nadie en el otro lado que usar contra ellos. Decir que tenía a toda la planta agitada sería quedarme corto. Intentaron tapar las grietas con medicación, igual que habían hecho toda mi vida, pero la medicación solo consiguió ensancharlas y, a pesar de que me hacían entrar en un estado de estupor, nada de lo que intentaron sirvió para que dejara de ver las cosas que podía ver. Les empecé a contar exactamente todo lo que veía. No lo hice por amor o por compasión, sino porque me importaba todo una mierda. No llevaba ningún cuidado, les decía las cosas sin filtro, al más puro estilo Georgia. A la cara, las cosas como son.

Georgia

Mi madre encontró a Moses a través de los contactos que tenía en el sistema de acogida. No creo que quisiera hacerlo, pero, por la razón que fuera, quizás una vida de compasión por los niños problemáticos o por respeto a Kathleen Wright, lo localizó. Teníamos que estar en una lista si queríamos verle. En la lista

estaban los médicos, la familia directa y la gente que Moses quisiera añadir.

La primera vez vino mi madre conmigo y esperamos fuera de la zona vigilada mientras facilitaban nuestros nombres a otra recepción. Era un edificio de varias plantas, códigos de pase y paneles de control, y la zona en la que nos encontrábamos fue lo más lejos que íbamos a llegar. No éramos familiares y Moses no había añadido ningún nombre a la lista. Me pregunté si alguien de su familia habría venido a verle, lo dudé. Mi madre me acarició la mano y me dijo que seguramente era mejor así. Asentí, pero sabía que no era lo mejor para Moses. Seguiría intentándolo sin ella.

Me salté las clases y conduje a *Myrtle* hasta Salt Lake. Si Moses me dejara, la siguiente vez que intentara entrar o salir de aquel lugar, me lo llevaría lejos. Me llevó tres horas llegar allí en la maldita camioneta. Tuve que conducir por el carril lento, pisando el acelerador a fondo con *Myrtle* temblando más que yo. Le hablé, acariciando el salpicadero y diciéndole que no había nada que temer, que nos lo tomaríamos con calma. Los coches y los camiones me pasaban volando entre una multitud de bocinas y puños en alto, pero lo conseguí. Volví otra vez la semana siguiente y la siguiente, y así durante un mes. Semana tras semana *Myrtle* no superaba sus nervios y Moses nunca me dejó entrar.

Al final, después de siete semanas seguidas, una mujer vino a la zona de recepción y me acompañó a una sala de reuniones privada, donde me había fijado que llevaban a las familias. Se me aceleró el pulso y me empezaron a sudar las manos. Me había hecho ilusiones con que finalmente podría ver a Moses. Necesitaba verle, tenía que hablar con él.

—¿Georgia? —La mujer miró su carpeta y me sonrió, aunque se le notaba que quería que aquello pasara rápido; si era psicóloga, tenía que ensayar más su cara de póker. Se la veía impaciente y tenía una pequeña arruga de irritación entre las cejas, puede que fuera porque yo iba con vaqueros, botas de vaquero y el pelo recogido en una larga trenza que se balanceaba. Supongo que tenía pinta de ser alguien de quien sería fácil deshacerse.

—¿Sí? —respondí.

—No estás en la lista de Moses.

—Ya, señora, es lo que me han dicho.

—¿Entonces por qué sigues viniendo? —Volvió a sonreírme, pero también se miró el reloj.

—Porque Moses es mi amigo.

—Parece ser que él no opina lo mismo.

Ese dolor que ya era un compañero constante creció un poquito más dentro de mi pecho. La miré durante un segundo, tan estirada en su bata blanca, apuesto a que le gustaba llevarla, seguro que la hacía sentir más poderosa. Me pregunté si quería hacerme daño o simplemente era del tipo de médico que no se sentía incómodo dando malas noticias.

—¿Georgia? —Supongo que quería que contestara a su afirmación. Luché contra la necesidad de restregarme las manos contra los vaqueros, un hábito nervioso. La textura del vaquero me tranquilizaba.

—Es verdad, siempre me ha querido alejar, pero no tiene a nadie más. —Mi voz no sonaba demasiado fuerte y parece que eso le agradaba.

—Nos tiene a nosotros. Le estamos cuidando muy bien, está progresando mucho.

Eso estaba bien, que progresara mucho estaba bien. El dolor que tenía en el pecho se redujo un poco.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hará después?

—Eso depende de él.

Maravillosamente imprecisa.

—¿Podría escribirle una carta? ¿Podría darle una carta de mi parte? ¿Le parecería bien?

—No, Georgia. Le han dado permiso para llamar por teléfono. Te podría haber llamado. No lo ha hecho, ¿verdad?

Negué con la cabeza. No, no lo había hecho.

—Es terco. No quiere ni verte ni comunicarse contigo y nosotros respetamos sus deseos siempre que podemos. Tiene control sobre muy pocas cosas y esto es lo que quiere.

No lloraría delante de esa mujer, no. Saqué la carta que le había escrito a Moses del bolso y la tiré en la mesa, delante de ella. Se la podía dar, la podía tirar a la basura o leérsela a los monstruos de sus hijos a la hora de acostarse. Se podían reír de mi dolor, incluido Moses. Decidiera lo que decidiera, estaba en su mano, yo había hecho todo lo que había podido. Me dirigí hacia la puerta.

—Georgia —me llamó.

Caminé más despacio, pero no me di la vuelta.

—Él sabe dónde encontrarte, ¿no?

Abrí la puerta.

—Puede que vuelva a ti. Puede que cuando lo dejen salir vuelva a ti.

Pero no lo hizo. Ni entonces ni durante mucho, mucho tiempo.

Capítulo 11

Moses

Me metieron en una habitación diferente que no estaba acolchada. Estaba bien porque así no tendría que pintar en el espacio que había encima de los protectores. Me pidieron que dejara de pintar, pero, a no ser que me ataran las manos a la espalda, lo que al parecer no estaba bien visto porque no era un paciente violento, no iba a parar. Empezaron a traerme papel en blanco y a dejarme pintar en lugar de escribir, con la condición de que hablara sobre lo que pintaba y de que dejara las paredes en paz. No me gustaba interpretar mis dibujos, pero pintar las historias era mejor que escribirlas.

Con el tiempo, me dejaron asistir a terapia grupal y fue en mi segunda o tercera sesión cuando Molly decidió volver. De repente, volvía a estar ahí, pululando por la periferia de mi visión, alguien que creía que no volvería. No la había echado de menos y me hacía recordar a Georgia. Me ponía de mal humor, más de lo habitual. Empecé a buscar algún modo de que me mandaran de vuelta a mi habitación.

La sesión grupal estaba llena de gente vulnerable a la que podría aterrorizar; adultos de todas las edades con todo tipo de problemas mentales. Ante mis ojos su dolor y desesperación aparecían como una mancha de un negro intenso y palpitante que no daba lugar a ningún otro color o luz que creara esperanza o escapatoria. Tenía dieciocho años y, al parecer, dependiendo de la opinión del médico, a algunos con esa edad se les trataba aún como menores. Pero a mí me metieron con los adultos. Al parecer, los niños estaban en una planta más abajo y agradecí que no me metieran en ese grupo. Me resulta más difícil ser cruel con los niños.

El doctor Noah Andelin, un psicólogo con una cuidada barba,

que llevaba casi seguro para parecer mayor, era el encargado de dirigir la sesión. Se acariciaba la barba cuando estaba pensando, lo que le daba un aire permanente de melancolía. Era demasiado joven para ser un médico y demasiado joven para ser tan serio y estar tan triste. Tenía los ojos más tristes que nunca hubiera visto. Me incomodaba, se me hacía difícil ser cruel con él, pero tenía que ser cruel para que me dejaran en paz. Cuando podía, me metía con los psicólogos y los técnicos y, cuando no podía, me metía con los pacientes que se metían con los demás. Por desgracia, eran aquellos que más habían perdido y generalmente me acababa mordiendo la lengua y alejando a sus muertos. Era un gilipollas, pero no un abusón.

Me senté ahí, con el canal de mi cabeza bien abierto y preparado para coger munición y apareció revoloteando y bailando enfrente de mis ojos, con el pelo rubio al aire, mostrándome las mismas cosas de siempre. Casi me quejé en voz alta. Aquello no era lo que yo pretendía. Entonces empezó a rondar los bordes del círculo, de pie entre dos hombres que había justo enfrente de mí y mirándome de forma expectante.

—¿Quién conoce a una chica que se llama Molly? —solté sin pensar.

El doctor Andelin se paró en medio de una frase.

—¿Moses? ¿Tienes algo que decir?

Su voz era suave, como siempre. Tan suave y amable que me entraban ganas de cogerlo por la solapa y estamparlo contra la pared. Tenía la sensación de que en alguna parte dentro de él había un fuego contenido. Intentaba esconder su complexión detrás de esa ridícula chaqueta de lana con coderas como la de un profesor de universidad de los años cuarenta. Lo único que le faltaba era una pipa, pero no era un enclenque. Me había fijado en él para medir sus fuerzas, era algo que me salía solo: ¿Quién me puede hacer daño? ¿Quién puede ser una amenaza física? Y Noah Andelin, con sus ojos tristes y su barba bien cuidada, lo era, estaba convencido.

En cuanto lo dije, me sentí estúpido. Molly no tenía nada que ver con nadie de allí. Estaba allí por mí… aunque no tenía ni idea de por qué.

—¿Qué has dicho?

La pregunta provenía del chico que estaba a la izquierda de Molly, un chico que parecía de mi edad, justo lo suficientemente mayor para estar en la planta de los adultos. Sus ojos verdes resultaban feroces, aunque su postura era relajada y tenía las

manos apoyadas en el regazo. Podía ver una cicatriz irregular que iba desde la palma de su mano hasta la mitad del antebrazo. Por la pinta que tenía la herida, no parecía que tuviera muchas ganas de vivir.

—Molly, ¿conoces a una chica que se llama Molly? ¿Una chica muerta que se llama Molly?

Debería haber usado algo de la amabilidad y suavidad del doctor Andelin, pero simplemente lancé la pregunta.

El chico se levantó de la silla y cruzó volando el círculo hasta donde yo estaba sentado. Me cogió tan por sorpresa que no me dio tiempo a prepararme antes de que sus manos me agarraran de la camiseta y me levantaran. Me encontré nariz con nariz con un monstruo de ojos verdes y aliento de fuego.

—¡Hijo de puta! —me escupió en la cara—. ¡Más vale que me cuentes cómo cojones conoces a mi hermana!

¿Su hermana? ¿Molly era su hermana? Me daba vueltas la cabeza mientras me volvía a zarandear, pero en realidad no quería respuestas, solo quería tirarme al suelo y ambos caímos sobre mi espalda volcando mi silla. Me olvidé de Molly y disfruté de la sensación de dejarme llevar. Caímos al suelo dando puñetazos y la gente gritando a nuestro alrededor.

Casi me pongo a reír en voz alta cuando le di en el estómago, pero me la devolvió de inmediato, justo en la boca, cortándome la sonrisa y dejando sangre a su paso. Me había olvidado de cuánto me gustaba pelearme. Al parecer, al hermano de Molly también le gustaba porque tuvieron que venir Chaz y tres hombres más para parar la pelea. Me di cuenta de que Noah Andelin no había dudado en meterse en ella y estaba sentado en mi espalda poniéndome la cara contra el suelo para sujetarme. La sala era un caos, pero entre las sillas caídas y la carrera de piernas del personal tratando de sacar a los otros pacientes de la sala, pude ver al hermano de Molly en la misma posición en la que estaba yo, con la cabeza hacía mí y las mejillas contra el suelo gris con motas de linóleo.

—¿Cómo lo sabes? —dijo con los ojos puestos en los míos ahora que el estrépito de alrededor se había calmado un poco—. ¿Cómo sabes lo de mi hermana?

—¡Tag, ya basta! —ladró el doctor Andelin, ya sin un ápice de dulzura.

¿Tag? ¿Qué tipo de nombre era ese?

—Mi hermana lleva desaparecida casi un año y este hijo de puta actúa como si supiera algo. —Tag ignoró al doctor Andelin y continuó, enojado—. ¿Cree que me voy a callar? ¡Pues no, doctor!

Nos pusieron de pie y el doctor Andelin mandó a Chaz y a otro enfermero que no reconocí que se quedaran y al resto que se fueran. Una psicóloga morena y regordeta llamada Sally también se quedó, como si fuera a documentar la reunión, y el doctor Andelin colocó tres sillas en el centro de la sala y nos mandó sentarnos. Noah Andelin se sentó a una distancia equidistante de los dos, con las mangas de la camisa remangadas y un poco de sangre en el labio, parecía ser que lo había golpeado sin querer. Chaz le acercó un pañuelo y el doctor Andelin lo cogió, se secó el labio y nos miró a los dos mientras se acomodaba en la silla.

—Moses, ¿quieres explicar a Tag qué querías decir cuando preguntaste si alguien conocía a una chica llamada Molly?

—Una chica muerta que se llamaba Molly —siseó Tag. Chaz le puso la mano sobre el hombro, un recordatorio para que se calmara, y Tag maldijo violentamente.

—No sé si es su hermana, no lo conozco, pero he estado viendo a una chica llamada Molly durante casi cinco meses.

Todos se me quedaron mirando.

—¿Viendo? ¿Quieres decir que tenías una relación con Molly? —preguntó el doctor Andelin.

—Lo que quiero decir es que está muerta y lo sé porque durante estos cinco meses he podido verla —repetí cansinamente.

La furia que reflejaba la cara de Tag casi la hacía cómica.

—Verla, ¿cómo? —La voz del doctor Andelin era solemne y fría.

Le correspondí el tono y le dirigí una mirada igual de solemne.

—De la misma forma que puedo ver a su esposa muerta, doctor. No deja de mostrarme el parasol del coche, la nieve y las piedrecitas al final de un río. No sé por qué, pero usted seguramente lo sepa.

La mandíbula del doctor se desencajó y se puso pálido.

—¿De qué estás hablando? —carraspeó.

Había estado esperando para usar esa información y aquella era una oportunidad tan buena como cualquier otra. Quizás así su mujer se iría y yo podría concentrarme en deshacerme de Molly de una vez por todas.

—Lo sigue por este antro. La echa mucho de menos y ella está preocupada por usted. Ella está bien… pero usted no. Sé que es su mujer porque me enseña imágenes en las que la espera en el altar, el día de su boda. Las mangas del esmoquin le quedan un poco cortas.

Estaba intentando ser frívolo y forzarle así a dejar el papel de

psicólogo. Estaba indagando en su vida para evitar que él lo hiciera en mi cabeza, pero la feroz mueca de duelo que apareció en su cara me hizo recular y bajar la voz. No podía sostener mi actitud contra su dolor. Por un segundo me sentí culpable y bajé la mirada hacia las manos. Durante unos cuantos latidos, hubo más silencio en la sala que en una morgue; muy apropiado, los muertos estaban por todos lados. Entonces habló el doctor Andelin:

—Mi mujer, Cora, iba conduciendo a casa desde el trabajo. Creen que el reflejo del sol en la nieve la cegó durante unos instantes. A veces pasa en esta zona. Se chocó con el guardarraíl, el coche cayó bocabajo en un arroyó y… murió ahogada.

Nos contó la historia tal cual, pero le temblaban las manos mientras se acariciaba la barba.

En algún momento mientras el doctor Andelin contaba la historia, Tag había dejado de estar furioso. Nos miraba primero a él y luego a mí, confundido y lleno de compasión, pero Cora Andelin no había acabado, era como si supiera que tenía la atención del doctor y no quería perder más tiempo.

—Mantequilla de cacahuete, suavizante marca Downey, música de Harry Connick Junior, paraguas… —Me detuve ahí porque la siguiente imagen era demasiado íntima, aunque luego se la conté igualmente—. Su barba… a ella le encantaba sentirla cuando…

Tuve que parar. Estaban haciendo el amor y no quería ver a la mujer de aquel hombre desnuda. Tampoco quería verlo desnudo a él y podía verlo a través de los ojos de ella. Me sentía muy incómodo y necesitaba moverme desesperadamente. Demasiada información, Cora Andelin, demasiada.

Los enfermeros se pusieron nerviosos y, con las manos sobre mis hombros, me obligaron a volverme a sentar. Consideré volver a meterme con él y suspiré. El momento había pasado y nadie quería pelear más. Ni siquiera Tag, al que parecía que le habían lavado el cerebro y me estaba mirando ahora con cara aturdida.

Pero el doctor Andelin estaba ensimismado y en sus ojos de un azul intenso se podían ver un montón de recuerdos y algo más. Gratitud. Sus ojos estaban llenos de gratitud.

—Esas eran algunas de sus cosas favoritas. Cuando caminó hacia el altar sonaba una canción de Harry Connick y sí, el traje me quedaba muy corto, siempre se reía de eso y decía que era algo muy mío y la colección de paraguas que tenía se le había ido de las manos… —se le rompió la voz y se miró las manos.

La sala estaba tan cargada de compasión y de intimidad que, si los otros cinco que estaban presentes pudieran ver lo que estaba

viendo yo, habrían mirado hacia otro sitio para dejarles a los amantes un momento de intimidad. Pero yo era el único que podía presenciar cómo la mujer de Noah Andelin se acercaba y acariciaba la cabeza inclinada de su marido antes de que las débiles líneas de su inconsistente forma se esfumaran y se mezclaran con la luz del atardecer. Las ventanas de la sala daban al oeste y, aunque tenía muchas quejas sobre Utah, los atardeceres no eran una de ellas. Cora Andelin se convirtió en parte del atardecer. No creía que volviera a verla y ni siquiera había necesitado pintar.

—Si sabes todo eso, lo de la mujer del doctor Andelin, entonces quiero que me cuentes lo de Molly —susurró Tag enderezándose en la silla y mirándonos al doctor Andelin y luego a mí.

Noah Andelin se levantó. No lo miré a la cara, no quería ver si le había hecho polvo. Me decepcioné un poco a mí mismo. ¿Dónde estaba el chico malo que había decidido ser?

—Tag, te prometo que volveremos a esto, pero ahora no, ahora no.

Y con un gesto de la cabeza indicó a los enfermeros, que parecían estar tan conmovidos como nosotros, que nos llevaran a todos fuera de la sala.

Georgia

Era raro, echaba de menos ciertas cosas. Echaba de menos su boca y sus ojos verdes y su forma de ser dulce sin siquiera saberlo. Echaba de menos la suavidad de su largo cuello, el lugar donde apoyaba la nariz cuando estaba cerca de él. Echaba de menos el pincel dando vueltas entre sus dedos y la forma en que, al sonreír, se le curvaba más uno de los lados de la boca. El destello de sus dientes blancos y la chispa de diablillo en sus ojos. Así lo había llamado su abuela y tenía razón. Cuando estaba relajado, riendo o burlándose de mí le salía un brillo travieso en el ojo. Echaba de menos esas cosas desesperadamente.

La peor parte era que no podía llorar por él. Tenía que esconder mis sentimientos y eso nunca se me había dado bien. Mi familia tenía un dicho: «Si Georgia no es feliz, entonces nadie lo es». Y no era feliz, estaba destrozada. Todo el pueblo estaba aún

conmocionado por la muerte de Kathleen Wright y aunque Moses no la hubiera asfixiado mientras dormía, ni le hubiera cortado el cuello, todo el pueblo actuaba como si lo hubiera hecho. Mis padres no lo hacían mucho mejor; Moses se había comportado de forma rara y eso era sospechoso. Lo raro daba miedo y no se perdonaba, pero me di cuenta de que también echaba de menos eso; era raro y maravilloso y totalmente diferente de cualquier otra persona que hubiera conocido, de cualquier persona que nunca conocería. Y ya no estaba.

El baile de graduación era el último sábado de enero y de todas las personas posibles Terrence Anderson me pidió que fuera con él. Imagino que le gustaban las chicas altas después de todo. O quizás simplemente quisiera poner celosa a Haylee, ya que habían roto justo al empezar el curso. Me planteé decirle que no, Dios sabía la de excusas que podía darle, pero mi madre me dijo que era de mala educación y que tenía que estar agradecida de que después de todo lo que había pasado la gente siguiera adelante. Me había puesto a reír histéricamente y mi madre me había mandado a la habitación, convencida de que estaba enferma. Lloré hasta quedarme dormida y no me sentí mejor al día siguiente.

Acepté la invitación de Terrence, pero me puse un vestido negro porque estaba de luto y los tacones más altos que pude encontrar, solo para hacerle sentir mal. Si quería usarme, me daba igual, pero no se lo iba a poner fácil. Y, esa noche, sentada en las gradas del gimnasio viendo a las parejas bailar junto a un Terrence furioso, eché de menos a Moses más que nunca. No era difícil imaginar cómo le quedaría un esmoquin o un bonito traje. Podía haber llevado tacones de diez centímetros y él aún sería más alto que yo y tenía la sensación de que a él le hubiera gustado mi vestido negro y la forma en la que me estaba cambiando el cuerpo.

Terrence se había quedado mirándome el pecho con sorna y me di cuenta de que mi plan había fracasado un poco. Con los tacones me quedaban los pechos a la altura de sus ojos. Acabé quitándomelos y resignándome a bailar descalza y a imaginarme que Terrence Anderson era Kenny Chesney, un chico bajito conocido por ser un famoso cantante de country que estaba muy bueno. Por desgracia, me percaté de que mis gustos habían cambiado bastante y de que ahora los cantantes de country y los *cowboys,* aunque me seguía pareciendo que estaban buenos, habían pasado a un segundo plano a favor de artistas excéntricos en hospitales para enfermos mentales.

Capítulo 12

Moses

No volvimos a tratar el tema de inmediato. Al menos no con el doctor Andelin. A Tag y a mí nos pusieron en aislamiento durante tres días por la fiesta de los puños. Ninguno de los dos podía salir de la habitación y yo estaba rellenando un diario con imágenes para explicar mis pensamientos y sentimientos a través de las pinturas. El doctor Andelin me trajo un montón de cuadernos de dibujo; unos buenos, no papel de imprimir. Y también me trajo lápices de grasa. No creo que pidiera permiso para ello, creo que quería darme las gracias y me gustaba ese tipo de agradecimiento no verbal mucho más que cualquier cosa que pudiera haberme dicho. Sobre todo porque no lo había hecho para hacerle feliz, pero me aseguré de mostrarle mi gratitud a mi manera.

Estuve dibujando hasta que me entraron calambres en los dedos y empezó a nublárseme la vista. Cuando hube acabado, tenía láminas y láminas llenas de dibujos de naturaleza muerta y retratos. Paraguas y piedrecitas en un arroyo y Noah Andelin con su barbita bien cuidada riendo y mirando hacia la parte de arriba de la página a una mujer que ya no estaba, pero que estaba presente. Cuando en su siguiente visita le enseñé los dibujos al doctor los cogió con veneración y se pasó toda la sesión hojeándolos, sin hablar para nada. Fue la mejor sesión de todas.

Al tercer día de aislamiento, Tag corrió hasta mi habitación y cerró la puerta.

Lo miré de manera amenazante. Creía que la puerta estaba cerrada con llave, pero ni siquiera lo había comprobado y me sentí estúpido por haber estado sentado en una habitación con una puerta que no estaba cerrada durante tres días.

—Dan una vuelta por el pasillo cada pocos minutos, pero eso es todo. Ha sido ridículamente fácil, debí haber venido antes —dijo

sentándose en mi cama—. Soy David Taggert, por cierto, pero me puedes llamar Tag.

No parecía que quisiera pelea, lo que resultaba un poco decepcionante.

Si no quería pelear, yo quería que se fuera. De inmediato, volví al dibujo en el que estaba trabajando. Sentí ahí a Molly, justo detrás de las aguas, su imagen parpadeando entre las cataratas y respiré profundamente. Estaba cansado de Molly y más aún de su hermano. Ambos eran increíblemente cabezotas y odiosos.

—Eres un loco hijo de puta —dijo sin ningún preámbulo.

Ni siquiera levanté la cabeza del dibujo en el que trabajaba con un trozo de lapicero graso. Intentaba que los suministros me duraran, se me estaban acabando demasiado rápido.

—Eso es lo que dice la gente, ¿no? Que estás loco, pero no me lo creo, tío. Ya no. Tienes habilidades geniales, habilidades que son una locura.

—¿Qué más da? ¿No significa lo mismo? —murmuré. La locura y la genialidad estaban muy relacionadas. Me pregunté de qué habilidades hablaba, no me había visto pintar.

—No, tío, no. Las personas que están locas tienen que estar en lugares como este, pero tú no lo estás. Este no es tu sitio.

—Yo creo que sí.

—¿Crees que estás loco? —se rio bastante sorprendido.

—Creo que estoy roto. —Eso es lo que decía Georgia, pero a ella no parecía importarle, no hasta que las grietas se hicieron tan grandes que se cayó en una de ellas y se hizo daño.

Tag ladeó la cabeza de manera burlona, pero cuando vio que no seguía hablando, asintió con la cabeza.

—Vale, quizás estemos todos rotos o estropeados. Te aseguro que yo lo estoy.

—¿Por qué? —me sorprendí preguntándole. Molly estaba merodeando otra vez y dibujé deprisa llenando una lámina con su cara.

—Mi hermana está desaparecida y es culpa mía. Hasta que no sepa qué le ha pasado no podré estar bien. Siempre estaré estropeado —habló tan bajito que no estaba seguro de que las últimas palabras estuvieran destinadas a que yo las oyera.

—¿Es esta tu hermana? —le pregunté de mala gana. Sostuve el cuaderno y Tag se quedó mirando. Se puso de pie y luego se volvió a sentar y después asintió con la cabeza.

—Sí —se atragantó—, es esa.

Y me lo contó todo.

Resultaba que el padre de David Taggert era un petrolero de Texas que siempre había querido ser ranchero. Cuando Tag empezó a meterse en problemas y a emborracharse todos los fines de semana, su padre ya se había jubilado, había vendido por unos cuantos millones algunas de sus participaciones y, entre otras cosas, había comprado un rancho de veinte mil hectáreas en el condado de Sanpete, de donde era la madre de Tag, y se había mudado allí con toda la familia. Estaba convencido de que, si alejaba a Tag y a su hermana mayor, Molly, del ambiente en el que estaban, podría ayudarlos a dejar de beber. El padre de Tag creyó que sería bueno para toda la familia: estar al aire libre, con un montón de trabajo que les mantendría ocupados y buena gente a su alrededor. Además de mucho dinero para facilitar las cosas.

Pero los chicos no habían mejorado, se habían rebelado. La hermana mayor de Tag, Molly, huyó y nunca más se volvió a saber de ella. Las hermanas más pequeñas, las gemelas, se fueron con su madre a Dallas cuando esta pidió el divorcio. Al final, resultó que le gustaba más Dallas y además culpaba a su marido de la desaparición de su hija. Entonces se quedaron solo Tag y su padre y un montón de dinero, espacio y ganado. Tag se esforzó por mantenerse sobrio, pero, cuando no bebía se ahogaba en la culpa, y al final intentó suicidarse. Muchas veces. Eso lo llevó a acabar en la planta psiquiátrica conmigo.

—Se largó. No sabemos realmente por qué, pero ella estaba mejor que ninguno. Creo que tomaba algo de mi mierda. No solo bebía, ya sabes. Tenía pastillas guardadas por todos lados. No entiendo por qué se largó. Quizás su problema era más grave de lo que pensaba, quizás se largó para que no me enterara.

Esperé y le dejé hablar. No tenía más idea que él de cómo había muerto. No era lo que la muerta quería compartir. Me enseñaban sus vidas, pero no sus muertes, eso nunca.

—Está muerta, ¿no? Si la puedes ver es que está muerta.

Asentí.

—Necesito que me digas dónde está, Moses, necesito que lo averigües.

—No funciona así. No lo veo todo, solo veo pedazos. A veces ni siquiera sé con quién está relacionada la persona. Si estoy en un grupo, podría ser cualquiera. No hablan en absoluto. Y, si lo hacen, no puedo escucharlos. Me enseñan cosas y no siempre sé lo que significan. De hecho, nunca lo sé. Solo pinto.

—¡Sabías lo del doctor Andelin!

—¡Su mujer muerta lo seguía durante la sesión! Y ella me enseñó imágenes de ellos acostándose, ¿vale? ¡No me costó demasiado descifrar con quién estaba relacionada! —Me estaba alterando y Tag se estaba acercando a mí como si se estuviera preparando para luchar.

—Me enseñan trozos, recuerdos y no siempre los interpreto correctamente. Ni siquiera intento interpretarlos, ¿sabes? No soy Sherlock Holmes.

Me dio un empujón y me contuve para no devolvérselo.

—¿Me estás diciendo que has visto a mi hermana antes y no tenías ni idea de que era mi hermana?

—Vi a Molly mucho antes de conocerte a ti.

La realidad de la frase de repente me puso en mi sitio.

Había visto a Molly mucho antes de conocer a David Taggert.

Y eso no tenía ningún sentido, nunca pasaba así. Los muertos que se me aparecían lo hacían porque tenía contacto con alguien cercano a ellos.

—Se había ido. Pinté su cara en el pasadizo y se fue. —La había visto la noche en la que murió B. A., pero eso no contaba, esa noche vi todas las caras que me habían perseguido toda mi vida desde el principio, a la única que no vi fue a B. A.

—¿Y ha vuelto?

—Sí, pero creo que eso es por ti.

—¿Y qué hace?

Tag ahora estaba gritando, frustrado, con las manos agarrándose el pelo negro y le brillaban los ojos verdes. Sabía que quería empezar a moverse. No porque realmente estuviera enfadado conmigo, sino porque no sabía qué hacer con sus emociones. Y eso lo entendía.

—Me enseña cosas, todos lo hacen —bajé la voz y mantuve la mirada. Me sentía un poco raro contándoselo a alguien.

—Por favor, por favor, Moses. —De repente Tag estaba conteniendo las lágrimas y yo me resistí a la necesidad de empezar una pelea, tirarle al suelo y golpearle para recuperar al Tag que quería pegarme y me había llamado «loco hijo de puta».

Me di la vuelta, me puse de cuclillas y me rodeé las rodillas con los brazos de cara a la pared, pero mis ojos se posaron en la imagen de Molly que me miraba desde el cuaderno que había tirado al suelo. Me sonrió, una desgarradora ilusión de un final feliz. No había final feliz. Cerré los ojos y me llevé las manos a la cabeza, bloqueando la imagen de Tag y la cara sonriente de su hermana

muerta. Abrí las aguas.

Me concentré en Molly Taggert, que tenía un pelo rubio ondeante como el de Georgia. Inmediatamente perdí toda la concentración y sentí el mismo y viejo nudo en la garganta que sentía cada vez que me permitía recordarla. Pero con el recuerdo de Georgia, me vino a la cabeza el pasadizo que pinté, el lugar donde Georgia había perdido la virginidad y yo una parte de mí mismo para siempre.

De repente, necesitaba pintar, solté un taco con rabia y le grité a Tag que me tirara el cuaderno y un lapicero. No era lo mismo, pero tenía que tener algo. Las manos se me pusieron heladas y el cuello me quemaba de calor y, en mi mente, vi cómo la franja de tierra se quedaba vacía y llana mientras las aguas se abrían en dos enormes muros sin dejar ni una sola gota en el suelo.

Me concentré en la imagen de Molly del pasadizo. El departamento del *sheriff* me había dado cinco litros de pintura gris para encubrir la triste verdad de que los niños desaparecían y que el mundo era un lugar peligroso. Mientras miraba, la imagen se fue descubriendo poco a poco como si unas manos imaginarias la estuvieran destapando, revelando una vez más a Molly en unas líneas revueltas con unos ojos centelleantes y una sonrisa que ahora podía ver claramente que era idéntica a la de Tag. Nunca vemos lo obvio hasta que nos explota en la cara.

Y entonces las imágenes me inundaron la mente, las mismas imágenes que Molly siempre me enseñaba.

—¡Siempre me enseña ese maldito examen de matemáticas!

Mis brazos volaban y dibujé el examen con el nombre de Molly con una fluida letra en la parte de arriba.

El examen de matemáticas se alejó volando como si Molly me lo hubiera quitado de las manos. No le había dado la atención que se merecía a la letra A en rojo con un círculo alrededor en la parte de arriba. Al parecer Tag no era el único con temperamento en la familia. La A dentro del círculo se convirtió en una estrella, en una simple estrella que se convirtió a su vez en un cielo de noche con estrellas fugaces que explotaban, como si estuviera viendo un espectáculo de luces, tan maravilloso y lleno de color que maldije el lapicero que tenía en la mano y le pedí a Tag que me trajera algo más.

Luego Molly me enseñó campos, campos que parecían los que estaban alrededor del pasadizo e intenté no frustrarme. En su lugar, pinté las briznas de trigo de esos campos mezclándolos con el pelo de Molly mientras corría por mi mente hasta que el trigo se

convirtió en maleza que crecía contra el paso inferior.

—¡Para! ¡Moses! —Tag me estaba agarrando por los hombros y golpeándome en la cara—. ¿Qué cojones tío? ¡Estás pintando las paredes! —Tag bajó la voz—. En realidad, me importa una mierda si pintas las paredes.

Pero había perdido la conexión y estaba mareado. También estaba disgustado y me separé del cielo salvaje lleno de estrellas, pintado y lleno de sombras a medio acabar que tenía frente a mí.

Estaba respirando muy fuerte y Tag también, como si hubiera cruzado al otro lado conmigo y hubiera corrido persiguiendo a su hermana a través de los campos de trigo que no llevaban a ninguna parte y que para mí no tenían ningún sentido.

Miró las imágenes que había tirado alrededor de la habitación y empezó a recogerlas una por una.

—¿Un examen de matemáticas? ¿Con una A encima?

—En rojo. La nota y el círculo son rojos. —No había podido pintarlos con el lapicero.

—¿Y este paso está en Nephi?

Asentí.

—Nephi está solo a una hora de Sanpete, lo sabías, ¿no?

Volví a asentir. Nephi estaba a quince minutos del norte de Levan. Todos los niños del pueblo iban en bus a la escuela de Nephi. Eran prácticamente el mismo pueblo y no iba a acercarme a ninguno de los dos. Tag podría rogar y suplicar y podrían explotarle los ojos verdes de furia, pero yo no iba a volver.

—¿Qué me dices de los campos?

—Los campos rodean el paso inferior, también hay un área de servicio, un par de gasolineras, un motel barato y una hamburguesería algo más lejos de la salida de la carretera. Eso era todo. Había campos y una carretera y ya está.

—¿Y esto qué es? —Tag señaló la pared donde el lapicero había resultado ser frustrantemente insuficiente para cubrir todos los estallidos y trazos de color. Me encogí de hombros.

—¿Fuegos artificiales?

—Era el fin de semana del Cuatro de Julio —susurró Tag.

Me volví a encoger de hombros.

—No lo sé, Tag, no sé nada aparte de lo que ella me enseña.

—¿Por qué no te enseña directamente dónde está?

—Porque no funciona así.

—¿Por qué? —Tag se estaba frustrando otra vez.

—Eso es como preguntarme por qué no puedo vivir en el

océano o por qué no puedo pedir al banco mil libras o… por qué no puedo volar, joder. Simplemente es que no puedo. Y estudiarlo o prestar más atención a los detalles no va a hacerlo posible. ¡Es lo que hay!

Recogí el cuaderno y me di cuenta de que había arrancado todas las páginas incluidas las que no tenían nada que ver con Molly Taggert. Esas páginas también estaban tiradas por la habitación y ya no quedaban más páginas en blanco. Empecé a reunirlas desanimado, sabiendo que tendría que volver a pintar las paredes. Tag me siguió aferrándose aún a las páginas que iba recogiendo.

—Tiene que estar ahí —dijo suavemente. Paré de recoger y me volví para mirarlo. Tenía un brillo en la mirada y la postura decidida.

—Puede que sí. —Me encogí de hombros con un gesto de impotencia; no quería tener nada que ver con ello—. Pero ¿te puedes imaginar si la encuentran? ¿Sobre todo si les digo yo la dirección? Me meterían en la cárcel. ¿Lo entiendes? Pensarán que fui yo.

No utilicé el verbo matar, era demasiado duro decírselo a la cara, aunque los dos sabíamos de lo que estábamos hablando.

De repente la puerta de mi habitación se abrió y Chaz entró disparado con una expresión de alarma que había borrado la eterna sonrisa blanca de su amable cara. Rápidamente el alivio reemplazó la sensación de alarma cuando vio que no había sangre y que ninguno de los dos estábamos tirados en el suelo.

—Señor Taggert, no debería estar aquí —resopló. Después vio el dibujo y soltó un taco—. ¡Otra vez no, tío! ¡Lo estabas haciendo bien!

Me encogí de hombros.

—Me he quedado sin papel.

Chaz dirigió a Tag hacia fuera y él no se resistió, pero se paró en la puerta y me dijo:

—Gracias, Moses.

Chaz parecía sorprendido, pero tiró de Tag igualmente.

—Diré que la pintura de la pared ha sido culpa mía, estoy seguro de que todos me creerán. —Tag guiñó un ojo y Chaz y yo nos reímos a la vez.

Capítulo 13

Moses

Tag no fue el único que cogió la costumbre de colarse en mi habitación en busca de sesiones privadas. Se corrió el rumor de lo que podía hacer, lo que podía ver, lo que podía pintar.

Carol, una psiquiatra de unos cincuenta años a quien parecía que nada le impresionaba nunca y que estaba casada con su trabajo, había perdido un hermano que se había suicidado cuando ella tenía doce años. Eso era lo que la había llevado a trabajar con enfermos mentales. Ese mismo hermano empezó a mostrarme patines y un desaliñado conejo de peluche al que le faltaba una oreja, así que le conté lo que había visto. Al principio no me creyó, así que le dije que a su hermano le encantaba la ensalada de patata, el color morado, Johnny Carson y que solo podía tocar una canción con el ukelele, la que le cantaba todas las noches antes de que se fuera a dormir. La canción era *Somewhere over the Rainbow*. Al día siguiente me quitó los antipsicóticos.

Buffie Lucas era una técnico de psiquiatría sensata que debería estar en Broadway. Cantaba cuando trabajaba y podía hacer de Aretha Franklin mejor que Aretha Franklin haciendo de Aretha Franklin. Había perdido a sus dos padres en menos de tres meses. Cuando le pregunté si su madre le había dado una colcha hecha con todas sus camisetas de conciertos antes de morir, se detuvo en medio de una canción. Me abofeteó y me hizo prometer que se lo contaría todo.

La gente venía y me traía regalos: papel y lapiceros de grasa, acuarelas y tizas y, a los dos meses de estar allí, la doctora June me trajo una carta de Georgia. Había hecho algo que la había complacido e imagino que intentaba recompensarme. No lo había hecho por complacerla, no me caía demasiado bien, pero vio un dibujo que había hecho de B. A. y que había intentado esconder,

pero no había encontrado el momento. Era un dibujo con tiza, sencillo y bello, como era B. A. En el dibujo, estaba abrazada a un niño, que me convencí a mí mismo que no era yo. June se había quedado mirándolo y luego me miró a los ojos.

—Es precioso, conmovedor. Háblame del dibujo.

—No —y negué con la cabeza.

—Vale, te diré lo que me parece a mí —dijo la doctora June.

Me encogí de hombros.

—Veo a un niño y a una mujer que se quieren mucho.

Volví a encogerme de hombros.

—¿Este eres tú?

—¿Se parece a mí?

Miró el dibujo y luego me miró a mí.

—Parece un niño y tú fuiste un niño.

No le respondí, así que continuó.

—¿Es esta tu abuela? —preguntó.

—Supongo que podría ser ella —le concedí.

—¿La querías?

—Yo no quiero a nadie.

—¿La echas de menos?

Suspiré y le pregunté lo mismo:

—¿Echas de menos a tu hermana?

—Sí —asintió mientras hablaba—. Y creo que tú echas de menos a tu abuela.

Asentí.

—Vale, echo de menos a mi abuela.

—Esto está bien, Moses.

—Vale. —Genial, ya estaba curado, aleluya.

—¿Es a la única persona que echas de menos?

Me quedé en silencio, sin estar muy seguro de adónde quería llegar.

—Ella sigue viniendo, ¿sabes?

Esperé.

—Georgia. Viene todas las semanas. ¿Y tú no quieres verla?

—No. —De repente me sentí mareado.

—¿Me puedes decir por qué?

—Georgia cree que me quiere —me entristecí al reconocerlo en voz alta. A la doctora June se le abrieron un poco los ojos. Le estaba dando una jugosa cucharada de estofado psiquiátrico y se le hacía la boca agua.

—¿Y tú no la quieres? —dijo intentando no babear.

—Yo no quiero a nadie —respondí rápidamente. ¿No lo había dicho ya?

Respiré profundamente intentando mantenerme firme. Me gustaba y me disgustaba a partes iguales que Georgia hubiera sido tan persistente y me molestaba que me gustara. Me molestaba que se me hubiera acelerado el pulso y que las manos me hubieran empezado a sudar. Me molestaba que, al oír su nombre, hubiera sentido de inmediato ese calor debajo de los ojos, reminiscencia del caleidoscopio que los besos de Georgia habían creado en mi cabeza.

—Entiendo. ¿Por qué? —la doctora June preguntó.

—Es que no lo sé, imagino que estoy jodido.

Roto.

Asintió casi coincidiendo conmigo.

—¿Crees que podrás amar a alguien algún día?

—No es mi intención.

Volvió a asentir e insistió un poquito más, pero al final se le había acabado el tiempo y solo había conseguido esa cucharada, lo que me alegró bastante.

—Suficiente por hoy —dijo levantándose rápidamente con la carpeta en la mano. Del final del archivador sacó un sobre y lo colocó con cuidado en la mesa delante de mí.

—Georgia quería que te lo diera. Le dije que no lo haría y que, si hubieras querido ponerte en contacto con ella, ya lo habrías hecho. Creo que eso le dolió, pero es la verdad, ¿no?

Sentí un ramalazo de furia al saber que June había sido borde con Georgia y una vez más me molestó que me molestara.

—Pero he decidido dártela a ti y que decidas tú si la quieres leer. Tú decides.

Me quedé mirando la carta durante mucho tiempo después de acabar la sesión con la doctora June. Estaba seguro de que era lo que esperaba que hiciera, seguro que creía que me rendiría y la leería. Pero ella no entendía mis leyes.

Tiré la carta a la basura y recogí los dibujos que la doctora June había estado hojeando. El de B. A. estaba el primero y me detuve ante las figuras entrelazadas. Recogí la carta de Georgia de la basura, la abrí meticulosamente y saqué el único folio que había, obligándome a no fijarme en las letras curvadas y en la «G» de su nombre en la parte de abajo. Luego, con cuidado, doblé la imagen de B. A. de forma que en el dibujo se doblara sobre el chico. El niño no era yo, por lo menos ya no. Desde ese momento podía ser

Georgia y B. A. la cuidaría. Cogí el dibujo y lo metí dentro del sobre. Escribí la dirección de Georgia por fuera y cuando Chaz me trajo la cena esa noche, le pedí que se asegurara de que enviaban la carta.

Metí la carta de Georgia debajo del colchón donde no tendría que verla, donde no la sentiría, donde no tuviera que enfrentarme a ella.

Georgia

No venía su nombre, pero el sello era de Montlake y la letra, la que estaba en el sobre, era suya: Georgia Shepherd, Apdo. de correos 5, Levan (Utah), 84639. Moses y yo tuvimos una discusión sobre los apartados postales de Levan y, al parecer, no se le había olvidado. Los únicos buzones que existían en las casas en Levan eran del *Daily Herald,* un periódico al que estaba suscrito casi todo el pueblo, aunque solo fuera por los cómics del domingo y los cupones de descuento. Los chicos del periódico o las familias se encargaban de repartirlo puerta por puerta, pero la correspondencia de verdad iba a la pequeña oficina de correos de ladrillo y allí se distribuía entre las cajas de madera ornamentada, cerradas con llave. Mi familia tenía uno de los primeros porque habíamos heredado nuestro buzón de la familia Shepherd.

«Así que tú familia pertenece a la realeza de Levan ¿eh?», me había dicho Moses para picarme.

«Sí, los Shepherd gobernamos este pueblo», contesté.

«¿Quién tiene el buzón número 1?», me preguntó rápidamente.

«Dios», dije sin perder el ritmo.

«¿Y el número 2?», preguntó entre risas.

«Pam Jackman».

«¿La de nuestra calle?».

«Sí, es como de la familia Kennedy».

«Es la conductora del bus, ¿no?».

«Sí. Ser conductor de autobuses es un puesto muy aplaudido en nuestra comunidad». Ni siquiera dibujé una sonrisita.

«¿Y el 3 y el 4?».

«Están vacíos. Están esperando a que los herederos lleguen a la mayoría de edad para que se hagan cargo de los buzones. Mi hijo algún día heredará el buzón número 5. Será un día de mucho orgullo para todos los Shepherd».

«¿Tu hijo? ¿Qué pasa si tienes una hija?». Se veía en sus ojos esa mirada de hierro que me sacudía el estómago. Al hablar de tener hijos me estaban entrando ganas de tener hijos… con Moses.

«Será la primera mujer que gane el título nacional de monta de toros y no vivirá en Levan. Serán sus hermanos los que tengan que cuidar del apellido familiar y de la línea de sucesión… de nuestro buzón», dije intentando no pensar en lo que me gustaría jugar a crear pequeños vaqueros con Moses.

Cuando mi madre vio la carta, se le endureció la mirada y estoy segura de que le hubiera gustado tirarla y mantener alejado a Moses por el bien de todos. Pero no lo hizo, me la trajo a la habitación, la dejó suavemente en el tocador y se fue sin decir nada. La mejor parte de abrir una carta muy esperada es el momento en el que todavía no sabes qué es. O lo que dice. Y yo había estado esperando algo de Moses durante meses, rezando para que pasara algo. Sabía que, en cuanto la abriera, me llenaría de esperanza o me desmoronaría sin consuelo alguno. Y, en ese momento, estaba ya muy cansada para cualquiera de las dos cosas.

Acabé dando una vuelta con el caballo, llevando conmigo la carta metida dentro del abrigo para que no se arrugase. Era febrero y, por fin, tras un par de meses muy fríos pero muy secos, había habido una gran tormenta de nieve. Había rumores que decían que habían encontrado los restos de Molly Taggert cerca del paso inferior donde Moses la había pintado. La gente había vuelto a hablar y a mirarme, aunque lo negaban. La falta de nieve había facilitado el trabajo de los perros para que la encontraran, pero yo me alegraba de que se hubiera acabado la sequía por fin.

Me alegraba de poder cabalgar por aquel mundo blanco y vacío y, cuando *Sackett* y yo estuvimos bien alejados de todo y de todo el mundo, saqué la carta y la abrí con cuidado como si pudiera tirar algo que pasara inadvertido sin querer. Quizás la sequía en la que estaba sumida también se rompería finalmente. Saqué un trozo de papel grueso, doblado, que desdoblé con cuidado, y metí el sobre de nuevo en la chaqueta. Con las manos temblando, analicé la imagen. No sabía qué hacer con el dibujo.

Era precioso, pero más abstracto de lo que había esperado. Quería algo concreto, quería palabras. Quería que me dijera que

iba a volver a por mí, que no podía estar sin mí, pero no recibí nada concreto; recibí un dibujo. Típico de Moses…

Era una mujer, pero podía ser cualquier mujer, y había también un niño que podía ser cualquier niño. La mujer estaba hecha de espirales y sugestiones; el pecho, las caderas, unos brazos acogedores y las piernas dobladas rodeaban a un niño pequeño de pelo negro. Miré el dibujo durante un largo rato sin saber qué hacer con él.

¿Era algo simbólico? ¿Era intencionado? ¿Quería decir algo sobre la muerte de su abuela? ¿Estaba intentando decirme que entendía por lo que estaba pasando? No sabía cómo podía ser. Me quedé mirando a la bonita y confusa carta del chico que me había tenido intrigada desde el principio. Al cabo de un rato, las manos se me habían quedado heladas y *Sackett* empezó a inquietarse, así que volví a casa.

Enmarqué el dibujo y lo puse en la pared. Estaba decidida a darle sentido, a dar sentido al hecho de que Moses no había pensado en mí para nada, pero, sobre todo, estaba asustada y poco preparada para enfrentarme a los días que vendrían, sin poder todavía olvidar a Moses Wright. Mi madre le echó un vistazo al dibujo y se marchó y mi padre simplemente negó con la cabeza y suspiró. Yo me sumí en una larga espera.

Moses

Hallaron los restos de Molly Taggert en una tumba poco profunda, cubierta de rocas y escombros a cincuenta metros de donde había pintado su cara sonriente. Tag me dijo que el área de servicio que había cerca del paso se llamaba Círculo A. Las luces de neón que señalaban el establecimiento formaban una A de color rojo dentro de un círculo, justo como la que había en el examen de matemáticas de Molly. En todos mis viajes de idas y venidas entre Levan y Nephi nunca me había fijado en eso. Había pasado por esa área de servicio cientos de veces y nunca la había relacionado con Molly. Estaba demasiado perdido dentro de mi propia cabeza; desde luego no era Sherlock Holmes. La parte de atrás del área de servicio daba a unos campos que llevaban a unas pequeñas colinas y estas se fundían con

la cordillera de montañas que se extendía por la parte este del pueblo y continuaban cientos de kilómetros hacia el sur. Había un campo de golf entre las colinas y todos los años el Cuatro de Julio los fuegos artificiales se tiraban desde el primer hoyo del campo. La letra A en rojo y los fuegos artificiales eran muy visibles desde el paso inferior donde había pintado a Molly, señalando dónde estaban sus restos sin que yo lo supiera.

Cuando me lo contó, Tag había llorado de una forma tan desgarradora, con los hombros temblando, que se me encogió el estómago tan fuerte como la vez en la que Georgia me dijo que me quería. «Creo que tú también me quieres, Moses», había dicho con la voz casi rota por las lágrimas. «Y yo también te quiero». No se me daban bien las lágrimas, yo no lloraba, así que no entendía por qué lo hacía la gente. Tag lloraba por su hermana de la misma forma en la que imaginé que debería haberlo hecho yo por B. A. Pero no lloré. Me limité a esperar a que la tormenta pasara y Tag se secó las lágrimas y las mejillas y acabó contándome el resto.

Tag le había hablado a su padre de mí y, por alguna razón: desesperación, abatimiento, o simplemente por apaciguar a su tozudo hijo, David Taggert padre contrató a un hombre y a sus perros para que cubrieran el área que había descrito Tag. Los perros captaron el olor muy rápido y encontraron sus restos. Así, sin más. Llamaron a la policía y, poco después, la policía apareció en el hospital psiquiátrico buscándome. Ya me habían interrogado sobre Molly Taggert antes, pero ahora tenían un cuerpo que habían descubierto misteriosamente cerca de mi dramática exhibición.

Vino el *sheriff* Dawson con otro hombre de cara redonda y pálida, un ayudante pelirrojo que no sería mucho mayor que yo. El joven me miraba con desdén, haciendo el papel de poli malo que había aprendido en su serie de policías favorita. Con esa complexión paliducha y el pelo de ese rojo encendido me recordó a un dónut de mermelada ceñudo.

El *sheriff* Dawson me hizo las mismas preguntas que ya me había hecho y alguna que otra nueva. Sabía que David Taggert era un paciente de la institución donde estaba yo. También sabía lo que Tag le había dicho a su padre y lo que su padre había dicho al equipo de búsqueda y sabía que todo aquello había empezado por mí. Pero, al fin y al cabo, Molly Taggert estaba desaparecida desde el 5 de julio de 2005 y, en esa fecha, yo vivía en California con mi tío, su infeliz esposa y sus mimados hijos. Estuve todo el mes internado en un reformatorio para menores por actividades relacionadas con las bandas callejeras. Y eso era indiscutible. De

entre todas las coartadas posibles, la mía era bastante buena. El *sheriff* lo sabía desde nuestra conversación de octubre, cuando pinté a Molly al lado de la carretera y me encerraron para interrogarme. Sabía que eso no impediría que él y otros policías creyeran que yo era culpable. Ya se lo había dicho a Tag.

—¿Has tenido más contacto con Georgia Shepherd? —preguntó el *sheriff* mientras cerraba el archivo y se preparaba para irse.

La preguntaba resultaba un poco rara como cierre del interrogatorio sobre Molly Taggert.

—No —le contesté.

No me miraba a los ojos, pero continuó pasando páginas enfrente de él. Tenía la cabeza inclinada y se había quitado el sombrero, así que podía ver su cabeza rosada a través de su pelo claro.

—Si no recuerdo mal, erais amigos. —Mantuvo la cabeza agachada y pasó otra página.

—En realidad no.

—¿No? —levantó la mirada.

—No.

Lanzó una mirada al ayudante gordinflón y este hizo una mueca. Me empezaron a entrar los calores, quería reventarle esa cara rechoncha. No entendí qué significaba esa miradita, pero había algo desagradable en ella.

—Pero tú estuviste allí la noche en que la atacaron ¿no? La llevaste a casa y te aseguraste de que estuviera bien.

Esperé. Notaba como el calor se extendía hasta las orejas. Él ya sabía todo eso.

—Nunca averiguamos qué paso esa noche. —Paró de hablar y, de un golpe, cerró el archivador—. ¿Así que no has tenido ninguna visión de lo que pudo haber pasado esa noche? Quizás hayas pintado una foto policial o una huella en algún granero. Ya sabes, algo que podamos usar para cazar al hijo de puta. No nos gusta que la gente vaya por ahí haciendo daño a nuestras chicas así que estaría muy bien que hiciéramos justicia con el que intentó hacer daño a Georgia.

No dije nada. Había hecho daño a Georgia, estaba seguro de que era ahí donde quería llegar. Al fin y al cabo, ella había sido quien había llamado a la policía la mañana en que murió B. A. Ella fue la que se quedó fuera y esperó a la ambulancia. Ella fue la que averiguó adónde me habían mandado e hizo esfuerzos en vano para intentar verme. Pero no creo que fuera eso a lo que se refería el

sheriff. Seguramente creyera que fui yo el que la había atado, claro, era un loco.

Pero no la había atado y no había tenido ninguna visión sobre quién lo había hecho. Así que me quedé en silencio y sentado mientras él y su ayudante, el dónut de mermelada, se levantaban y se dirigían hacia la puerta.

—Moses. —El chico joven había salido, pero el *sheriff* Dawson se detuvo con la mano en el pomo, volviéndose a poner el sombrero de vaquero sobre su escaso pelo—. Me han dicho que te van a soltar en unos días.

Asentí levemente, haciéndome a la idea de que así era. Asintió también, frunciendo los labios mientras me evaluaba.

—Bueno, bien, está bien. Todo el mundo se merece un nuevo comienzo, pero no creo que debas volver a Levan, Moses —dijo mientras se dirigía al vestíbulo—. Nosotros nos hemos cansado de los nuevos comienzos y las segundas oportunidades.

Dejó que la puerta que había entre los dos se cerrara y se fue.

Capítulo 14

Moses

Nos sacaron a ambos de aislamiento y, para mi sorpresa, Tag y yo nos hicimos algo así como amigos. Puede que fuera por Molly o porque estábamos los dos en un psiquiátrico o porque ninguno de los dos teníamos un interés especial por salir de allí. Como decía Tag: «Tenemos los pies en la tierra y ningún deseo de escalar más alto». O quizás fuera porque Tag, con su deje, su humor, y sus formas de vaquero, me recordaba un poco a Georgia. No se parecía en nada a mí. Estoy seguro de que se hubieran llevado bien. Por extraño que parezca, me puse celoso solo de pensarlo y me sorprendí de que me hubiera deseado. Tan rápido como podía estar sonriendo, Tag podía enfadarse, perdonar o apretar el gatillo. No hacía nada a medias y alguna vez me pregunté si el psiquiátrico no sería el mejor lugar para él, para contenerlo. Pero también tenía un lado sensible. Una noche, cuando apagaron las luces, se deslizó cuidadosamente por el vestíbulo sin que nadie lo viera, como siempre hacía, en busca de respuestas que nadie más en aquel hospital podía darle, respuestas que pensaba que yo tenía.

Tag decía que yo había nacido para ello.

—¿Moisés no era un profeta o algo así?

Puse los ojos en blanco. Al menos no estábamos hablando de que me encontraron en una cesta.

—¡Moisés! —Tag lo pronunció con una voz profunda y sonora, como la que tenía Dios en la vieja película de Charlton Heston, *Los Diez Mandamientos*.

A B. A. le encantaba Charlton Heston. Cuando tenía doce años pasé la Semana Santa con ella e hicimos un maratón de Charlton Heston. Me habían entrado ganas de pintar de rojo las puertas de todo el mundo y quemar todos los arbustos de Levan. Al final, había pintado por todo el pueblo. Todo era culpa de Charlton

Heston.

Tag se echó a reír cuando se lo conté. La risa se disipó y se tiró encima de la cama, mirando al techo. Luego me miró, analizándome.

—Si me muero, ¿qué me pasará?

—¿Por qué crees que vas a morir? —pregunté con el tono del doctor Andelin.

—Estoy aquí porque he intentado suicidarme muchas veces, Moses.

—Ya lo sé. —Señalé la gran cicatriz que tenía en el brazo—. Y yo estoy aquí porque pinto a gente muerta y asusto a cualquier persona viva que tenga algo que ver conmigo.

—Ya lo sé —contestó sonriendo, pero su sonrisa desapareció inmediatamente—. Cuando no bebo, la vida se me echa encima hasta tal punto que no veo con claridad. No ha sido siempre así, pero ahora sí. La vida es una mierda, Moses.

Asentí, pero no pude evitar sonreír al recordar cómo Georgia me echaba la charlita cada vez que yo decía algo parecido.

—La risa de Georgia, el pelo de Georgia, los besos de Georgia, el ingenio de Georgia, las piernas larguísimas de Georgia —murmuré. Había cogido confianza con Tag y, para mi bochorno, había dicho la lista en voz alta.

—¿Qué?

Me sentí estúpido, pero le dije la verdad.

—Es una lista de cinco cosas por las que estoy agradecido. Es algo que hacía alguien cuando me quejaba de la vida.

—¿Georgia?

—Sí.

—¿Es tu chica?

—Es lo que ella quería —admití sin reconocer que yo también.

—¿Y tú no querías? ¿Ni siquiera con su pelo, sus besos y sus piernas larguísimas? —sonrió. Me caía bien, pero no dije nada más de Georgia.

—¿Todavía te quieres morir? —pregunté, cambiando de tema.

—Depende. ¿Qué viene después?

—Más —respondí con simpleza—. Hay más, es todo lo que puedo decirte, no es el final.

—¿Y puedes ver lo que viene después?

—¿A qué te refieres? —No podía ver el futuro, si se refería a eso.

—¿Puedes ver lo que hay al otro lado?

—No, solo puedo ver lo que me muestran —dije.

—¿Quiénes?

Quien sea que se me aparezca—dije con indiferencia.

—¿Te susurran? ¿Hablan? —Tag estaba susurrando también, como si el asunto fuera sagrado.

—No, nunca dicen nada, simplemente me muestran cosas.

Tag se estremeció y se frotó la parte de atrás del cuello para que se le fuera la carne de gallina que le había producido el escalofrío.

—Y, entonces, ¿cómo sabes qué quieren?

—Todos quieren lo mismo.

Por raro que pareciera, así era.

—¿El qué? ¿Qué es lo que quieren?

—Quieren hablar, quieren que alguien los escuche. —Nunca lo había expresado en palabras, pero la respuesta era esa.

—O sea que no hablan, pero quieren hacerlo.

Asentí una vez, confirmando que Tag estaba en lo cierto.

—¿Por qué quieren hablar?

—Porque es lo que hacían… —dudé.

—¿Es lo que hacían cuando estaban vivos? —Tag acabó la frase por mí.

—¿Entonces cómo se comunican?

—Los pensamientos no requieren ni carne ni huesos.

—¿Escuchas sus pensamientos? —preguntó con incredulidad.

—No, veo sus recuerdos en mi mente. —Imagino que eso era todavía más raro, pero era la verdad.

—¿Ves sus recuerdos? ¿Todos? ¿Lo ves todo? ¿Toda su vida?

—A veces lo parece. A veces me viene como una riada de color y recuerdos tan rápida que solo puedo acceder a algunas de las cosas y realmente solo puedo ver lo que puedo entender. Estoy seguro de que querrían que viera más cosas, pero no es tan fácil. Es subjetivo. Suelo ver algunos trozos, nunca el conjunto. Sin embargo, he ido mejorando a la hora de filtrar y ahora se trata más bien de recordar las cosas que me muestran que de ser poseído por los recuerdos. —Sonreí, a mi pesar, y Tag sacudió la cabeza, asombrado.

—¿Hay gente muerta ahora mismo aquí? —Tag se giró mirando a izquierda y derecha como si realmente hubiera alguien. Si lo hacía rápido podría pillar desprevenido a algún fantasma.

—Por supuesto —mentí. No había nadie cerca, nada que arruinara la tranquilidad ni el espacio, a excepción de la rama que daba contra la ventana y el chirrido de la suela de los zapatos de

goma contra el linóleo que sonó al pasar alguien por mi puerta.

Tag levantó las cejas y esperó a que le dijera algo más.

—Marilyn Monroe cree que estás bueno. Te está soplando en la oreja ahora mismo.

Rápidamente, Tag se llevó el dedo al orificio de la oreja como si se le hubiera metido un bicho y le estuviera zumbando dentro intentando salir.

Para mi sorpresa y la de Tag, me eché a reír. Por lo general, el bromista era él y no yo.

—Me estás vacilando, ¿no? —Tag se rio—. Joder, no me importaría que Marilyn quisiera pasar un rato conmigo.

—Ya, pero no funciona así. Solo veo a gente que tiene alguna conexión con alguien que conozco o he conocido. No veo muertos así al azar.

—Entonces, cuando le dijiste a Chaz que su abuelo le había dejado algo, ¿fue su abuelo el que te enseñó el testamento?

—Me mostró un reflejo suyo entrando al banco, me enseñó lo que vio cuando se acercó a la puerta. Luego me enseñó la caja fuerte.

Chaz me caía bien. Era un pilar importante allí. Siempre de buen humor, siempre cantando y siempre cumplidor. Trabajaba con gente muy violenta día tras día y nunca parecía perder la buena voluntad y el talante.

Cuando su abuelo intentó cruzar, yo me resistí. Me caía bien y no quería tener munición contra él, no quería hacerle daño. Desde que entré al hospital, había mejorado a la hora de mantener los muros de agua a mi alrededor. No tenía otra cosa que hacer más que practicar e ir a sesiones de terapia infinitas, que no me ayudaban demasiado, pero, sorprendentemente, tampoco me venían mal. Sin embargo, el constante contacto que tenía con Chaz pareció reforzar mi conexión con su abuelo y lo empecé a sentir en el otro lado, esperando para cruzar. Lo dejé pasar, solo a él, separando las aguas justo lo necesario.

El abuelo de Chaz lo había querido, así que le conté a Chaz lo que había visto, lo que me mostraba su abuelo y Chaz me había escuchado con los ojos bien abiertos en su cara negra. Al día siguiente, no vino a trabajar, pero vino a verme dos días después y, mientras lloraba, me dio las gracias. Era un hombre negro enorme, como una montaña, mucho más grande que yo, mucho más fuerte, y ahí estaba, llorando como un niño, y me abrazó tan fuerte que me dejó sin respiración. Me di cuenta de que mi don no siempre tenía que ser un arma, que lo que hacía no tenía porqué hacer daño a la

gente.

—Moses. —Tag me sacó de mis pensamientos.

—¿Sí?

—No te lo tomes a mal, pero si ya sabes que hay algo más y no es malo, no es aterrador, no es el Apocalipsis zombi, no se trata de fuego y azufre o, por lo menos, hasta donde puedes contarme, ¿por qué te quedas aquí? —Su voz sonaba tan baja y llena de emoción que no estaba seguro de que nada de lo que le dijera lo ayudaría. Y, profeta o no, no estaba seguro de saber la respuesta. Estuve pensándolo durante un minuto y, al final, di con una respuesta que me pareció cierta.

—Porque seguiría siendo yo —contesté— y tú seguirías siendo tú.

—¿Qué quieres decir?

—Que no podemos escapar de nosotros mismos, Tag. Aquí, allí, en medio de ninguna parte o en un psiquiátrico de Salt Lake City. Yo soy Moses y tú eres Tag, y eso nunca cambia. Así que, no importa si es aquí o allí donde no nos aclaramos; siempre tendremos que lidiar con ello. Eso no lo cambia la muerte.

Moses

Los restos de Molly Taggert se trasladaron a Dallas para el entierro y David Taggert padre decidió poner a la venta el rancho. A Tag y a mí nos iban a dar el alta del hospital psiquiátrico Montlake. Tenía algo de dinero y ropa, aunque no lo había necesitado durante la estancia. Me habían mandado a Montlake cajas con mi ropa cuando habían dividido las posesiones de mi abuela entre sus hijos o, al menos, las posesiones que no me había dejado a mí.

Dos semanas después de haber entrado en el psiquiátrico, dejaron pasar a verme a un abogado. Me contó lo de mi abuela, que había muerto por causas naturales, de un derrame. Luego me dijo que me había dejado cuatro hectáreas en el linde norte de la ciudad, su casa, su coche y todo lo que tenía en la cuenta bancaria, que no era mucho. No quería su casa si no estaba ella. B. A. ya se imaginaría que no iba a volver. El *sheriff* me había dejado claro que nadie quería que volviera. Le pregunté al abogado si podía

venderla.

El abogado no creía que nadie fuera a comprarla. El terreno sí; de hecho, ya tenía un comprador, pero nadie compraría la casa. Es lo que solía pasar en un pueblo pequeño cuando había una tragedia. Le pedí que la cerrara bien. Cuando se quedó todo dicho y hecho, la casa cerrada, el funeral pagado, las facturas médicas que no cubría el estado pagadas, la tierra, el *jeep* y el viejo coche de B. A. vendidos, el abogado me trajo las llaves de la casa y un cheque de cinco mil dólares. Era más dinero del que esperaba, más dinero del que nunca había tenido y, aun así, no iba a llevarme muy lejos.

Me imaginé que ahora toda mi familia me querría menos aún que antes y que no sería bien recibido en ninguna de sus casas, lo cual no me importaba en absoluto. La verdad es que no querría ir a ninguna de esas casas, pero tampoco sabía dónde ir, así que cuando Tag sacó el tema la última noche antes de salir no tenía mucho que decir.

—Cuando salgas, ¿adónde vas a ir? —me preguntó Tag durante la cena con los ojos puestos en la comida.

Comía casi tanto como yo, estoy seguro de que el personal de la cocina de Montlake agradecería un poco de descanso cuando nos fuéramos.

No quería hablar de eso con Tag, en realidad con nadie, así que miré hacia su izquierda, a la ventana, haciéndole saber que quería que la conversación se terminara, pero Tag insistió.

—Ya tienes dieciocho años, estás oficialmente fuera del sistema, así que, ¿adónde vas a ir, Mo?

No tenía ni idea de por qué creía que podía llamarme Mo. No le había dado permiso, pero él era así, invadía mi espacio, casi de la misma forma en la que lo hacía Georgia.

Mis ojos se movieron rápido hacia Tag y luego me encogí de hombros como si no fuera algo importante.

Había estado allí unos cuantos meses; había pasado las navidades, el año nuevo y febrero. Tres meses en un hospital para enfermos mentales y deseaba quedarme más.

—Ven conmigo —dijo Tag mientras dejaba la servilleta y apartaba la bandeja.

Me eché para atrás, estupefacto. Recordé el sonido de Tag al llorar, los gemidos que resonaron por todo el pasillo la noche que lo trajeron a la planta psiquiátrica. Había llegado casi un mes después que yo. Me había tumbado en la cama escuchando los intentos de contenerlo. En ese momento, no sabía que era él, solo me di cuenta de eso más tarde, cuando me contó por qué lo habían

traído a Montlake. Pensé en cómo había venido hacia mí con los puños en alto, la furia en sus ojos, casi fuera de sí por el dolor durante la sesión con el doctor Andelin. Tag interrumpió mi hilo de pensamientos al seguir hablando.

—Otra cosa no, pero mi familia tiene dinero, mucho dinero y tú no tienes una mierda.

Me mantuve rígido, esperando, pero era verdad. No tenía una mierda. Tag era mi amigo, el primer amigo que tenía de verdad, aparte de Georgia. Pero no quería la mierda de Tag, ni la buena ni la mala. Y Tag tenía bastante de ambas.

—Necesito a alguien que se asegure de que no me suicido. Necesito a alguien que sea lo suficientemente grande para contenerme en caso de que decida emborracharme. Te contrataré para que pases todos los minutos en los que esté despierto conmigo, hasta que averigüe la manera de mantenerme sobrio sin querer cortarme las venas.

Incliné la cabeza hacia un lado, confuso.

—¿Quieres que yo te contenga?

Tag se rio.

—Sí. Pegarme en la cara, tirarme al suelo, darme una paliza… Lo que quieras con tal de que esté sobrio y vivo.

Durante un segundo me pregunté si podría hacerle eso a Tag. Pegarle, tirarle al suelo, contenerle hasta que se le pasara la necesidad de beber o de matarse. Yo era grande, fuerte, pero Tag no era precisamente pequeño. Sorprendentemente, la idea ya no me atraía tanto. Se me debió notar en la cara, porque Tag se puso a hablar de nuevo.

—Tú necesitas a alguien que crea en ti y yo lo hago. Tiene que ser agotador estar siempre rodeado de gente que cree que estás loco. Yo sé que no lo estás. Tú necesitas un lugar al que ir y yo necesito a alguien que esté conmigo. No es un mal trato. Tú quieres viajar y yo no tengo nada mejor que hacer. La única cosa en la que soy bueno es peleándome y me puedo pelear en cualquier sitio —sonrió y se encogió de hombros—. De verdad, aún no me fío de mí mismo para estar solo. Y si vuelvo a Dallas beberé o me mataré. Te necesito.

Lo dijo con tanta facilidad: «Te necesito». Me pregunté cómo era posible que un chico duro como Tag, alguien que se peleaba solo porque le parecía divertido, pudiera decir eso a alguien. O creerlo. Yo nunca he necesitado a nadie, no realmente. Nunca he dicho esas palabras a nadie. «Te necesito» se parecía mucho a «Te quiero» y eso me daba miedo. Era como romper una de mis leyes. Pero en ese

momento, con la mañana siguiente acercándose inexorablemente, cuando casi podía tocar la libertad con la punta de los dedos, tenía que admitir que probablemente yo también necesitara a Tag.

Seríamos una pareja rara: un artista negro y un vaquero blanco. Parecía como el principio de uno de esos chistes en los que tres hombres entran en un bar, solo que solo éramos dos. Tag tenía razón, estábamos estancados, perdidos. Sin que nada nos retuviera y sin dirección. Yo solo quería mi libertad y Tag no quería estar solo. Yo necesitaba su dinero y él mi compañía, era triste.

—Simplemente iríamos de un lado para otro, Moses. ¿Qué me dices? Aquí, allí, al otro lado del mundo. No podemos escapar de nosotros mismos, así que permanezcamos juntos hasta que nos encontremos, ¿de acuerdo? Hasta que averigüemos cómo afrontar todo esto.

Georgia

No sabía cómo darles la noticia y tampoco sabía cómo admitir ante mis padres que tenían razón y que yo me había equivocado. No era una adulta, era una niña desamparada, algo que nunca había querido ser. Algo de lo que siempre me había reído. Había sido fuerte toda mi vida, había disfrutado siendo dura, siendo más fuerte que los chicos, pero no había sido tan fuerte. Había sido débil, tan débil…

Había sido débil y mi debilidad había creado un niño, un niño sin padre. Puede que Moses no me hubiera abandonado, ¿cómo abandonarme si nunca me perteneció? Aunque así era cómo me sentía. Abandonada y muy sola. En su defensa, puede que él se sintiera más solo aún, puede que fuera él el que realmente había sido abandonado, pero no podía pensar en él y, como no iba a volver, era más fácil estar enfadada.

Moses se convirtió para mí en un hombre sin rostro. Era la única manera de salir adelante. Borré su imagen de mi mente y me negué a pensar en él. Desafortunadamente, el hombre sin rostro y yo habíamos creado un niño sin rostro que crecería y crecería dentro de mí hasta que ya no fuera posible mantenerlo escondido. Rompí a llorar, algo que últimamente había hecho mucho y le

conté a mi madre lo que había pasado entre Moses y yo. Se sentó en la cama escuchándome hablar, viendo cómo la Georgia Shepherd que siempre había sido dura, decidida y obstinada, se convertía en una niñata temblorosa y llorona. Cuando terminé, mi madre se quedó muy quieta. Impactada. No me abrazó. Cuando me atreví a mirarla a la cara ella simplemente estaba ahí sentada, mirando la pared en la que Moses había pintado un hombre transformándose en un caballo blanco. Me pregunté si ante sus ojos ahora me había convertido en otra cosa.

Incluso a pesar del choque y de su fría acogida a mi confesión, fue un alivio. Tras haber lidiado a solas con mi secreto durante meses, los peores meses de mi vida, meses de miedo y desesperación, de preocupación por Moses, por mí misma y, más que nada por un niño al que me negaba a poner cara, lo puse todo a sus pies y, aunque fuera egoísta, no me importó si estaba poniendo su mundo patas arriba. Simplemente no podía más.

Cuando se lo contamos a mi padre, fue él el que apaciguó a mi madre. Se levantó y caminó hacia mí y me acogió entre sus brazos. Mi madre lloró. En ese momento fue cuando supe que todo iba a salir bien y cuando abandoné la idea de que Moses fuera a volver.

Segunda parte

Después

Capítulo 15

Georgia

Siete años más tarde…

Una multitud estaba reunida alrededor de una pared enfrente de los ascensores, lo que hacía difícil saber quién estaba en la cola para coger el ascensor y quién estaba mirando. Se estaba pintando un mural, no pude ver al artista trabajando, pero, por la cantidad de gente que había, supuse que sería algo digno de ver si hubiera tenido tiempo o ganas de quedarme en un hospital para ver cómo se secaba la pintura. Llegó el ascensor y la multitud que estaba esperando se desplazó un poquito, separándose de los que estaban mirando. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, esperé pacientemente a que se vaciara para poder entrar y subir en silencio con esa gente hasta la habitación de mi padre.

Le habían diagnosticado cáncer hacía una semana y sus médicos habían decidido hacer un tratamiento agresivo. Le habían quitado un tumor enorme del estómago el día anterior. Los médicos eran optimistas y le dijeron que había muchas probabilidades de que se curara. Le habían quitado casi todo el tumor, no se había extendido y habían empezado ya la quimio para que acabara con el resto. Sin embargo, todos estábamos asustados. Mi madre estaba sensible y yo había acabado pasando la noche con ellos a pesar de que debería haber estado en casa, asegurándome de que todo fuera bien y cuidando de los caballos. No era de demasiada ayuda en el hospital, eso estaba claro. Me había escabullido temprano y había vuelto a la habitación de hotel que al final no habíamos necesitado, ya que las dos habíamos pasado la noche dormitando en los sillones de la habitación de mi padre. Necesitaba una ducha, dormir un poco y espacio para respirar y, cuando hube hecho todo eso, estaba de vuelta, preparada para convencer a mi madre de que hiciera lo

mismo.

Los hospitales me mareaban y los ascensores también, así que me puse atrás del todo, le dije a qué planta iba a una chica que estaba dando a los botones amablemente y esperé en silencio a que se cerraran las puertas tras los ocupantes. Sonaba una versión instrumental de la canción *Friends in Low Places* de Garth Brook. En otro momento de mi vida me habría puesto a gritar y cantar en alto la letra de la canción delante de todos los ocupantes del ascensor como demostración de que una gran canción no se debía limitar solo a ser escuchada. Pero ese día simplemente me hizo suspirar y preguntarme dónde íbamos a parar.

Las puertas del ascensor se empezaron a cerrar y desvié la mirada hacia las luces que señalaban cada planta. De repente, apareció en el espacio que había entre las puertas una mano y las puertas del ascensor se abrieron de nuevo. Las botas que llevaba me hacían alta, más alta de lo que ya era, y estaba de pie justo en el centro del ascensor con la espalda contra la pared de espejo. La gente se apartó enseguida, haciendo hueco para uno más y no había nada en mi campo de visión cuando Moses Wright entró en el ascensor. Durante unos segundos, quizás más, estuvimos separados por un metro y medio, cara a cara. Las puertas se cerraron a su espalda, pero no desvió la mirada. Parecía estar estupefacto, incluso paralizado y me pregunté si en mi cara se vería reflejado lo mismo. Deseé que se diera la vuelta y mirara hacia la puerta, es lo que suele hacer la gente normal, pero él no era normal, nunca lo había sido, y se quedó ahí, inmóvil, mirándome hasta que rompí el contacto visual y fijé la mirada en la unión entre el techo y las paredes, en la esquina derecha, concentrándome en respirar para no empezar a gritar.

El ascensor rebotó un poco al llegar a la primera parada y las puertas se volvieron a abrir, permitiendo que la gente bajara y subiera. Como había más espacio, di un paso a la izquierda, alejándome de Moses lo máximo posible y poniendo entre nosotros a un hombre corpulento que llevaba gorra. Moses maniobró hasta ponerse en la esquina opuesta, pero me negué a darme la vuelta y ver si me estaba ignorando intencionadamente como lo estaba haciendo yo.

Planta tras planta, el revuelo y la reorganización continuaron según iba entrando y saliendo gente. Me pregunté a quién vendría a ver Moses mientras rezaba para que no nos bajáramos en la misma planta. Cuando llegamos a la última planta y Moses aún estaba en la esquina, solo quedaban con nosotros otros dos ocupantes. Los

seguí al salir con la espalda tan rígida que no sabía si sería capaz de andar. Creía que Moses saldría detrás de mí, pero no lo hizo.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron detrás de mí, eché un vistazo por encima del hombro derecho preguntándome si no me habría dado cuenta de que había salido, pero no había nadie a parte de mí. Se encendió la flecha del ascensor que señalaba hacia abajo y el ascensor zumbó y empezó a descender. Me pregunté si habría subido hasta el último piso solo para incomodarme.

Habían pasado casi siete años, una vida entera. O dos, o tres. Su vida, mi vida, nuestra vida. Las tres cosas se habían alterado hasta ser irreconocibles, pero él no había cambiado tanto. Aún seguía siendo Moses, aunque quizás era un poco más alto. Posiblemente más musculado. Parecía mayor, sin lugar a duda. Pero con veinticinco años describirlo así era pasarse. Aún llevaba el pelo rapado casi al cero, bien cortado y uniforme, que revelaba la forma perfecta de su cabeza. De su apariencia había cambiado muy poco; sus ojos, su amplia sonrisa, los ángulos de su cara y mandíbula, todo seguía exactamente como lo recordaba a pesar de que no me había permitido pensar mucho en él. Con el tiempo, tuve que dejarlo ir, tuve que borrarle el rostro para no reconocerle, igual que hice con las personas del dibujo que me envió, el dibujo de la mujer y el niño que se habían convertido en algo muy preciado para mí y, a la vez, en una mofa cada vez que los miraba.

Lo borré de la faz de la tierra, simplemente desapareció. Se lo llevaron rápidamente aquella terrible mañana de Acción de Gracias y, a parte de ese dibujo, nunca volví a verlo o saber de él. Simplemente se había ido. Y, por eso, porque había pasado tanto tiempo, quizás me tendría que haber llevado un minuto reconocerlo y reaccionar, pero no. Con solo una mirada, había sonado un gong ensordecedor en mi corazón que aún seguía sonando en mi cabeza, extendiéndose hasta los brazos, haciéndome vibrar y temblar tanto que tuve que buscar una silla. Pero no había nada a parte de los largos pasillos y las hileras de puertas y me dejé caer contra la pared hasta que llegué al suelo y recogí mis largas piernas contra el pecho para apoyar la cabeza. Moses Wright. Era como si hubiera visto un fantasma y yo no creía en los fantasmas.

Moses

La visita que tenía llevaba un pijama de Batman e iba descalzo. Era pequeño, pero no había pasado tanto tiempo con niños como para saber su edad. Tendría entre tres y cinco años, aunque me decantaba más por los tres años. Su pelo era una masa de rizos negros, sus ojos eran serios y un poco grandes para su carita. Simplemente se quedó ahí, a los pies de mi cama, mientras yo le observaba con cansancio. Inclinó la cabeza y me miró como si yo fuera la razón por la que estaba ahí. Siempre era la razón por la que venían. Me ardió el cuello e instintivamente moví los dedos, deseando tener un lapicero, algo de tiza, algo con lo que abordar aquello lo antes posible. Había pasado mucho tiempo. Casi había empezado a pensar que mis muros eran impenetrables a no ser que yo los bajara a propósito.

Me había ido a dormir pronto, reconfortado por el sonido de la lluvia que suavemente golpeaba contra el techo de metal y el del viento que hacía temblar los muros de la nave. Había encontrado aquel sitio hacía dos años y me gustaba. Estaba en el centro de Salt Lake City, al lado de la vieja estación central de trenes, en un barrio que estaba a camino entre la restauración y el deterioro. A la derecha había un refugio para gente sin hogar y a la izquierda, un lujoso *spa*. Dos bloques al norte había una hilera de mansiones construidas a principios del siglo XX y dos bloques al sur había un centro comercial. La zona era un conglomerado de todo, totalmente confusa y de ahí que me sintiera tan a gusto. Habían convertido una parte de la nave en una oficina, pero, como en la parte de atrás lindaba con una zona residencial, el propietario pudo hacer un apartamento en cada planta.

Me quedé el apartamento de arriba, que era muy espacioso. Llené las paredes y las vigas que quedaban a la vista de pinturas, que había descubierto que eran muy fáciles de vender, sobre todo cuando estaban personalizadas. La gente venía a verme de todas partes del mundo, yo me comunicaba con sus muertos, pintaba lo que veía y esa gente se volvía a casa con un Moses Wright original. Hice una fortuna con eso.

Me había forjado una reputación y tenía una lista de espera larguísima y un secretario a juego. Al principio, Tag había sido mi secretario; al fin y al acabo había sido idea suya. Habíamos estado viajando de mochileros por Europa, pero aconteció una desgracia: nos lo robaron todo una noche mientras dormíamos en un tren. Para cuando nos bajamos del tren en Florencia, ya había ganado mil euros y Tag había tenido un idilio con una chica que había

perdido a su madre el año anterior. La chica hablaba inglés fluido y me tiraba dinero literalmente mientras le recitaba una lista de cosas que era imposible saber a menos que su madre me las estuviera enseñando y eso era lo que estaba haciendo, en una gama de colores pastel muy parecidos al paisaje que se veía fuera del tren. La italiana estuvo llorando durante toda la sesión y me besó en las mejillas cuando hubimos acabado, pero, por supuesto, fue Tag quien ligó a pesar de que hice un rápido esbozo de ella bailando entre las olas; el mejor recuerdo que tenía su madre de ella.

Había tenido tanto miedo al principio, reacio a abrir las compuertas creativas, sobre todo cuando sentía que había encontrado un poco de espacio y control. Se lo conté a Tag.

—Por fin soy capaz de contenerlos fuera de mi cabeza. No todo el tiempo, pero, por primera vez en mi vida, no hay muertos por todas partes a las que miro. Puedo bloquear sus recuerdos, sus imágenes, sus deseos… He mejorado mucho en eso y siento que tengo el control por primera vez en mi vida.

—¿Pero?

—Pero se me hace más difícil pintar. Con el canal cerrado, la mente cerrada, no soy capaz de pintar. Verás, cuando bloqueo el muro, se apagan todos los colores, se los lleva el agua. Y necesito el color para pintar. Quiero pintar, necesito pintar, Tag. No sé qué hacer, es una espada de doble filo.

—Contrólalo, úsalo. Cuando hace calor enciendo el aire acondicionado, cuando hace frío lo apago. ¿No puede ser así? Deja entrar los colores cuando estés pintando y haz lo contrario cuando no —dijo Tag como si fuera la cosa más fácil del mundo. Me hizo reír, podía probarlo.

—Vale, vale, pero si empiezo a pintar dibujos de cosas que no debería y me detienen por asesinato o robo o me persigue algún tío porque he pintado un dibujo de su mujer muerta acostándose con otra persona, me pagarás la fianza de la cárcel… o del psiquiátrico.

—No sería la primera vez, ¿no? Violencia y arte: la combinación ganadora. —Tag se rio, pero pude ver como maniobraban las piezas de su cerebro. Poco después, teníamos trabajo por todos lados.

Pinté un mural en Bruselas, la puerta de una capilla en un pueblecito francés, un retrato en Viena, bastantes bodegones en España y, solo por los viejos tiempos, un granero en Ámsterdam. No todo fueron éxitos. Nos echaron de algunos sitios, pero Tag siempre encontraba a alguien que hablara inglés y que pudiera interpretarme, entonces yo pintaba y la gente se maravillaba y luego se lo contaba a sus amigos.

Así que acabé trabajando por toda Europa, me pagaban por crear arte, por abrirme a algo que siempre había considerado una maldición. Y lo más importante para mí: pude ver todo el arte que siempre había soñado ver. Me encantaba llenarme la cabeza de pinturas, pinturas que no tenían nada que ver conmigo o con la muerte, hasta que un día me di cuenta de que la vida imita a la muerte, sobre todo en el arte. El arte del pasado va todo sobre la muerte, los artistas mueren, pero sus trabajos permanecen, es un testamento para los vivos y los muertos. Esa fue una de las cosas más importantes que aprendí en el viaje. Ya no me sentía tan solo ni tan raro, e incluso me llegué a plantear, al contemplar cosas realmente impresionantes, si todos los artistas podrían comunicarse con espíritus.

Pasamos cuatro años viajando y Tag y yo nos dividíamos lo que yo ganaba. No hubiera podido hacerlo sin él. Gracias a su carisma y seguridad, la gente confiaba en nosotros en todas las situaciones. Si hubiera sido solo yo el que iba por ahí pintando muertos, no tengo ninguna duda de que yo solito habría hecho volver a la inquisición y me hubieran quemado como a una bruja o me habrían mandado a un manicomio. Cuando estuvimos en Inglaterra, las imágenes del hospital psiquiátrico de Bedlam bailaron en mi cabeza más de una vez.

El carisma de Tag atraía a la gente, pero tenía que pulir su capacidad de concentración. Solo sabía centrarse en el próximo trabajo, el siguiente bolo, el siguiente dólar. Cuando volvimos a los Estados Unidos, seguimos haciendo lo mismo que en Europa, gran ciudad tras gran ciudad, pintando para benefactores ricos, uno tras otro. Tag había sido un niño rico durante toda su vida. Un rico de Texas, que es diferente a ser un rico de Nueva York, pero un niño rico, al fin y al cabo. Y mientras él se sentía a gusto en cualquier sitio, yo no me encontraba a gusto en ninguno. A su favor diré que se esforzó por que me sintiera a gusto y, con su ayuda, acabé convirtiéndome en un niño rico también. Pasamos otro año visitando estado tras estado, monumento tras monumento, llorando la muerte de un ser querido tras otro, hasta que un día decidimos que era hora de que fuera la gente la que acudiera a nosotros.

Tag estaba cansado de ser el *manager* de Moses Wright y tenía sus propios sueños de sangre y gloria (literalmente). Yo estaba cansado de no tener casa. Toda mi vida había sido un vagabundo y me di cuenta de que estaba preparado para otra cosa. Volvimos a Salt Lake City, donde comenzó todo, y, por alguna razón, me sentí bien al volver. Había vuelto para hacerle un favor al doctor

Andelin, que había estado siguiendo nuestro viaje y había visto cómo nos las arreglábamos para sobrevivir y mantenernos más o menos alejados de los problemas. Había accedido a pintar un mural en Montlake, algo esperanzador y reconfortante que se pudiera señalar y decir: «¿Ves? El hijo de una adicta al *crack* pintó esto, ¡tú también puedes conseguirlo!».

Noah Andelin se puso muy contento al vernos. Su alegría era sincera ante nuestro éxito y ante nuestra amistad, pero, a la vez, también se preocupaba por nuestro bienestar. Al final de la semana cenamos juntos y nos habló de los apartamentos de la nave creyendo que podríamos estar interesados.

Me preocupaba que Tag se instalara en un sitio porque, de la misma forma que yo necesitaba pintar, Tag necesitaba moverse y, tras viajar tantos años juntos, ambos conocíamos las necesidades del otro y procurábamos mantenernos cuerdos. Tag alquiló el apartamento que estaba debajo del mío y, en lugar de un estudio de arte, lo convirtió en un gimnasio y se metió en el panorama local de la lucha: las artes marciales mixtas, el boxeo, la lucha libre… Las practicaba todas y la actividad lo mantenía ocupado y centrado. Al poco tiempo, ya estaba hablando de combates, de una línea de ropa para luchadores que se llamaría Tag Team y de conseguir patrocinadores para abrir otro local para que los luchadores de la ciudad se entrenaran para la UFC, la mayor competición de artes marciales mixtas del mundo. Mientras yo pintaba, él practicaba los golpes, mientras yo abría las aguas, él levantaba los brazos. Nos instalamos en nuestros respectivos pisos, manteniendo nuestros demonios a raya. Era lo más cerca que habíamos estado de encontrarnos a nosotros mismos y estábamos aprendiendo a lidiar con la vida.

Y, aquella noche, solo en mi cama, en mi propia casa, con mis cosas y mi propia vida, me había despertado un Batman a los pies de mi cama. El intruso me había irritado un poco. Me di la vuelta y me concentré en las aguas para cerrarlas sobre mí y que el chico, el pequeño visitante, se fuera. Evidentemente, me había encontrado con un rezagado en el hospital. Estrechar la mano, firmar autógrafos e intentar pintar mientras una multitud se juntaba alrededor de mí era lo que menos me gustaba de mi trabajo.

No me gustaba pintar en hospitales. Veía cosas que no quería ver y siempre sabía quién no iba a salir de allí con vida. No porque parecieran más enfermos que los demás o porque viera sus historiales o escuchara hablar a las enfermeras. Era fácil de saber porque sus muertos siempre andaban cerca. Sin excepción, los que

iban a morir tenían siempre compañía, como la tuvo B. A. cuando murió.

Había pintado un mural en la planta infantil de un hospital francés hacía algunos años. Un grupo de niños enfermos de cáncer me había mirado desde sus camas mientras yo pintaba un animado carnaval con osos que bailaban, payasos que daban volteretas laterales y elefantes con ropa de gala. Yo vi a los muertos al lado de tres de los niños. No estaban allí para llevarlos al infierno ni nada siniestro. No me daban miedo, entendía por qué estaban ahí. Cuando llegara el momento, que sería pronto, esos niños tendrían a alguien que los recibiera. Para cuando acabé el mural, los tres niños ya habían muerto. No me asustó, pero tampoco me agradaba y los hospitales estaban llenos de muertos y de gente muriendo.

El mural que había hecho para el doctor Andelin en el psiquiátrico Montlake me había traído más trabajos por todo el valle. Me llamaron del centro oncológico el mes anterior. Tras algo de presión por su parte, acabé accediendo a dedicar mi tiempo y talento a pintar otro mural feliz y esperanzador. Era buena publicidad, una publicidad que yo no necesitaba ni quería, pero Tag estaba buscando promotores para su club y, cuando me contó que uno de los mayores mecenas del hospital estaba en su lista, me aseguré de que el mecenas supiera que el precio por pintar el mural era una donación para el Tag Team. Pero aquel mural me estaba pasando factura.

Estaba cansado, increíblemente cansado. Y quizás el cansancio me hacía ser más vulnerable a los fantasmas de niños pequeños y a recuerdos que era mejor olvidar. Haber visto a Georgia me había dejado la cabeza hecha un lío y me había recordado el Moses sin esperanza que era antes. El Moses que no podía controlarse, que se perdía en la pintura. Nunca había querido volver a Levan, o a Georgia o al pasado. Nunca

había querido volver y a lo largo de los años había apilado piedras sobre el recuerdo de Georgia y la había enterrado en el fondo del mar. Y, sin embargo, cada vez que abría las aguas y dejaba cruzar a la gente, mis recuerdos con ella emergían a la superficie y pensaba en ella, me acordaba de ella. Me acordaba de cuánto la había querido conmigo y de cuánto la había odiado y había deseado que me dejara en paz y, a la vez, que nunca me dejara ir. Y la echaba de menos.

Y cuando la echaba de menos, hacía una lista con las cosas que odiaba. Cinco cosas que odiaba. Ella tenía sus cinco cosas por las que estar agradecida y yo tenía cinco cosas que odiaba. Odiaba su

inocencia y su vida fácil, odiaba su acento y sus creencias de pueblo y odiaba que ella creyera que me quería, eso era la peor parte.

Pero había cosas de ella que no odiaba; tantas cosas que era incapaz de odiar. Su fuego, su tozudez, la sensación de sus piernas rodeándome, sus ojos fijos en los míos exigiéndolo todo mientras yo intentaba tomarla sin enamorarme de ella. Quería todo; hasta la última pieza.

Y, aun así, seguía siendo preciosa.

Cogí la almohada que tenía bajo la cabeza y me la puse en la cara intentando ahogar el recuerdo de su rostro estupefacto y sus grandes ojos marrones fijos en los míos. Había crecido, tenía algo más de caderas y de pecho y la cara más delgada, lo que hacía que los pómulos fueran más prominentes, como si la carne de la juventud hubiera abandonado su rostro y hubiera buscado otros lugares mejores. Era una mujer, bien erguida y de mirada atenta. Incluso cuando me vio y se dio cuenta de quién era, no se había achicado ni se había ido.

Pero verme la había afectado, igual que a mí. Lo noté en la forma en que apretaba los labios y las manos. Lo noté porque que había levantado la barbilla y había brillo en sus ojos. Y luego había mirado para otro lado, ignorándome. Cuando el ascensor llegó a su planta y se abrieron las puertas, salió de allí sin volver a mirarme, con las piernas enfundadas en unos vaqueros y moviéndose de una manera que me resultaba dolorosamente familiar y, a la vez, totalmente nueva. Las puertas se cerraron sin que yo me bajara a pesar de que habíamos llegado a la última planta. Me había pasado la planta donde tenía que bajarme. No había querido salir del ascensor y alejarme, así que, en lugar de eso, dejé que fuera ella la que se alejara. No había estado muy bien por mi parte. No sabía por qué estaba allí ni qué estaba haciendo. No había sonreído ni me había dado un abrazo rápido como cuando dos viejos amigos se encuentran después de muchos años.

Eso me alegró. Su respuesta fue más reveladora y reflejaba la mía. Si hubiera sonreído y hubiéramos compartido una pequeña charla banal, habría tenido que ir a ver al doctor Andelin, varias veces. Quizás me hubiera destruido. Georgia me había perseguido durante más de seis años y, por la cara que puso cuando entré en el ascensor, ella tampoco se había librado de mi recuerdo. Era un consuelo. Un consuelo miserable, pero un consuelo.

Cogí la almohada y miré por debajo del brazo para ver si se había ido. Respiré agradecido: el pequeño murciélago ya no estaba.

Me puse la almohada debajo del cuello y me di la vuelta.

Maldije y me levanté de la cama tirando la almohada con brusquedad. No se había ido, solo se había movido. Se había acercado tanto que podía ver la largura de sus pestañas, la curvatura de su labio superior y la forma en que el velcro se enrollaba a los lados de la capa negra.

Sonrió, dejando a la vista una hilera de pequeños dientes blancos y un hoyuelo en la mejilla derecha. Inmediatamente me arrepentí de mi sarta de palabrotas y luego volví a jurar otra vez, con las mismas palabras al mismo volumen.

Sentí las alas de mariposa de un visitante haciéndome cosquillas en la parte interna de los ojos y levanté las manos a modo de rendición.

—Bien, muéstrame tus imágenes. Pintaré unas cuantas y las pegaré en el frigorífico. No sé quién eres, así que no puedo mandárselas a tus amigos, pero adelante, veámoslas.

Las cosquillas de la mariposa se convirtieron en unas alas enormes que se extendieron por mi mente y llenaron mi cabeza con una yegua blanca que tenía manchas negras y marrones en las patas traseras, como si un pintor hubiera empezado a rellenar el espacio en blanco, se hubiera distraído y hubiera dejado el trabajo sin acabar.

La yegua relinchaba y galopaba alrededor de un pequeño recinto y sentí el placer que sentía el niño al ver al caballo sacudir su crin blanca y dar pasos con sus preciosos cascos.

Cálico. Sentí su nombre cuando la llamó, la palabra envolvió el recuerdo de la única forma en que yo podía escucharla. El caballo trotaba alrededor del recinto y luego se acercó, tanto que su largo hocico se hacía cada vez más grande ante el ojo de mi mente. Sentí su aliento contra mi palma y me di cuenta de que no solo podía escuchar al pequeño hablar a la yegua, sino que también podía sentir la caricia en su mano, como si fueran la mía, mientras la pasaba desde el espacio que había entre los ojos hasta los humeantes orificios del hocico que me golpearon el pecho. No mi pecho, sino el suyo. Había compartido su recuerdo tan nítidamente, tan perfectamente, que era como si me hubiera sentado en la valla con él y oído y sentido lo mismo que él.

—El caballo más listo y rápido de todo el Cactus County.

De nuevo escuché su voz en mi mente. No había hablado, solo lo había escuchado, allí, entrelazado en el recuerdo como si no hubiera captado una imagen, sino un vídeo. El sonido se oía distorsionado y apagado, como en un vídeo casero con el volumen

demasiado bajo, pero ahí estaba, como parte de su recuerdo, una pequeña voz que narraba la escena.

Y, luego, el recuerdo revoloteó y se esfumó y mi mente se quedó vacía y en blanco como la pantalla rota de un televisor.

A veces, los muertos me enseñaban las cosas más raras, cosas que no tenían ningún sentido: mondas, plantas, o un bol de puré de patatas. Muy rara vez entendía lo que querían expresar, solo sabía que querían comunicar algo. Con el tiempo, llegué a la conclusión de que lo mundano no era mundano para ellos. Las cosas que me mostraban siempre representaban un recuerdo o un momento que, de alguna forma, tenía significado para ellos. No siempre sabía por qué, pero había quedado claro que las cosas más sencillas eran las más importantes y que las posesiones en sí no lo eran en absoluto. A los muertos no les importaban las tierras o el dinero o la reliquia familiar que había pasado de generación en generación, sino la gente que habían dejado atrás y era esa gente la que los llamaba. No los veía porque no se estuvieran adaptando, sino porque sus seres queridos no lo hacían. Los muertos no estaban enfadados ni perdidos, sabían exactamente lo que pasaba. Eran los vivos los que no tenían ni idea. La mayor parte del tiempo, yo tampoco lo sabía. Intentar averiguar qué querían los muertos de mí era agotador cuanto menos. Y no me gustaban los niños muertos.

El niño se me quedó mirando con ojos enternecedores y serios, esperando a que dijera algo.

—No, no quiero nada de esto. No quiero que estés aquí, vete.

Hablé con firmeza y, de inmediato, otra imagen apareció en mi mente, claramente una respuesta del niño ante mi rechazo. Esta vez, mantuve los ojos cerrados y retrocedí de forma violenta. Dejé que cayeran los muros de agua y cubrieran la tierra expuesta, la tierra seca, el canal que les permitía cruzar de un lado a otro. Tenía el poder de separar las aguas y tenía el poder de volverlas a juntar. Justo como me había dicho Bisa, igual que Moisés. Cuando abrí los ojos, el pequeño ya no estaba, lo había arrastrado el mar Rojo.

Capítulo 16

Moses

Pero, al parecer, Eli sabía nadar. Así era cómo se llamaba. Vi su nombre escrito con letras torcidas y mal hechas en una superficie de color claro: ELI.

A Eli no se lo llevaron las aguas cuando las cerré. Volvió a aparecer. Una y otra vez. Incluso intenté huir, como si eso alguna vez hubiera funcionado. Aquí, allí, en medio del mundo, no hay forma de escapar de uno mismo… ni de la muerte. Tag me lo recordó cuando me quejé y eché la bolsa de viaje en la parte de atrás de la camioneta. El camión era nuevo y olía a cuero y hacía que me apeteciera conducir sin parar. Conduje con las ventanas bajadas y la música a tope para reforzar los muros de agua cerrados. Mientras me dirigía al Salar de Bonneville, al oeste del valle, Eli apareció en medio de la carretera con su pequeña capa ondeando al viento como si de verdad estuviera ahí de pie, un pequeño niño murciélago abandonado en medio de una carretera vacía. Al verle, me di la vuelta y volví a casa, preguntándome cómo demonios conocía todas mis grietas.

Me enseñó un libro con una tapa raída y las esquinas dobladas. La voz borrosa y amortiguada de una mujer, le leía la historia mientras pasaba las páginas. Eli se sentaba en su regazo con la cabeza contra su pecho y yo podía sentir el abrazo con que lo rodeaba, como si yo también estuviera sentado en el pozo que formaban sus piernas cruzadas. Me enseñó el caballo, *Cálico*, y la imagen de unas piernas en vaqueros que pasaban por el lado de la mesa, como si él estuviera en su pequeño fuerte debajo de esta. Cosas aleatorias que no significaban nada para mí, pero para él eran todo su mundo.

Cuando me despertó a las tres de la mañana con imágenes de atardeceres de ensueño y paseos a caballo, sentado enfrente de una

mujer cuyo cabello le acariciaba las mejillas cuando volvía la cabeza, aparté las sábanas y me puse a pintar. Trabajé frenéticamente, desesperado por deshacerme del niño que no me dejaba en paz. La imagen que tenía en la cabeza era de cosecha propia. Eli no me había enseñado aquella perspectiva, pero podía imaginarme cómo sería: la madre blanca con su hijo moreno cuya cabeza estaba contra el pecho de ella sentados en el caballo. La pareja a caballo se alejaba, yendo hacia el atardecer, que se desparramaba sobre las colinas, colorido pero borroso. Recordaba a un Monet, una belleza vista a través de un vidrio ondulado, perceptible y elusiva al mismo tiempo. Era mi manera de mantener al espectador a distancia, dejándole que observara sin entrometerse, sin formar parte de la escena. Me recordaba a la forma en la que veía a los muertos y las imágenes que compartían conmigo. Era mi forma de sobrellevarlo, mi forma de mantener las distancias.

Cuando acabé, di un paso atrás y dejé caer las manos. Tenía la camiseta y los vaqueros manchados de pintura, los hombros rígidos y me dolían las manos. Cuando me di la vuelta, Eli estaba observando con la mirada fija en las pinceladas que, una a una, habían creado vida. Vida sin movimiento, pero vida, al fin y al cabo. Tenía que ser suficiente, siempre lo había sido.

Pero cuando Eli me volvió a mirar tenía el ceño fruncido y cara de preocupación y negó con la cabeza lentamente.

Me enseñó la tenue luz de una lámpara que parecía una bota de vaquero. Tenía los ojos fijos en la pared y pude ver la sombra de una mujer perfilada en la luz y vi cómo su sombra se inclinaba y le daba un beso de buenas noches al niño.

—¡Buenas noches, Stewy Stinker! —dijo acariciándole con la nariz la curva entre el hombro y el cuello.

—¡Buenas noches, Buzzard Bates! —respondió él alegremente.

—¡Buenas noches Shunk Skeeter! —dijo ella rápidamente.

—¡Buenas noches, Butch Bones! —contestó entre risitas.

No entendí los apodos, pero me hicieron sonreír. El afecto rebosaba del recuerdo como el agua que se sale de una cañería, pero aun así, lo aparté de mí, cerré las puertas de la conmovedora escena.

—No, Eli, no, no te puedo dar eso. Sé que quieres estar con tu madre, pero no puedo darte eso y tampoco a ella, pero le puedo dar esto. Ayúdame a encontrarla y se lo daré —le dije señalando la pintura que se estaba secando y que había hecho para el persistente niño—. Le puedo dar tu cuadro. Tú me has ayudado a hacerlo. Es

de tu parte y se lo puedo dar. Le puedes dar esto.

Eli se quedó mirando mi oferta durante unos cuantos latidos y sin avisar, se marchó.

Moses

—Es precioso —dijo Tag elevando la barbilla hacia el lienzo que estaba en el caballete—. Diferente a lo que sueles hacer.

—Sí, eso es porque no venía de su cabeza sino de la mía.

—¿De la del niño?

—Sí.

Me pasé las manos por el pelo corto, ansioso sin saber por qué. Eli no había vuelto, quizás, al final, pintar había funcionado.

Tag había subido sin avisar, sin que le hubiera invitado, como en los viejos tiempos, y yo había agradecido la intrusión. Tag solía subir cuando necesitaba un oponente con el que pelear, algo de la nevera o una pintura para ponerla temporalmente en algún lugar visible de la casa para impresionar a la chica con la que hubiera quedado esa tarde.

Pero, al parecer, ya había entrenado y parecía que aquel día no iba a desahogarme con él. Tenía el pelo húmedo, rizado y pegado al cuello y a la frente, y, de sudar durante el entrenamiento, tenía la camiseta mojada y pegada al pecho. Cuando tenía que hacer algún negocio, Tag se arreglaba bastante, se engominaba el pelo para atrás y se ponía un traje caro, pero siempre había sido algo desgreñado y de aspecto tosco, con una nariz que le habían roto demasiadas veces y un pelo que siempre llevaba demasiado largo. No sé cómo podía soportar el calor que le daba el pelo, yo nunca había sido capaz, me agobiaba. Puede que fuera porque cada vez que me encontraba con la muerte me ardía el cuello y me sudaba la cabeza y mi cuerpo quemaba energía como un calentador.

Se quitó la camiseta y se secó la cara mientras se ponía un bol de cereales y un gran vaso de zumo de naranja. Se sentó en la mesa de la cocina como si fuéramos una pareja de ancianos y analizamos sin más comentario la pintura en la que me había pasado media noche trabajando.

A Tag se le daba mejor eso de la amistad que a mí. Yo casi

nunca bajaba a verle, ni me comía su comida ni dejaba la ropa tirada en el suelo de su casa, pero agradecía que él lo hiciera. Agradecía que viniera a verme y no me importaba que cogiera comida, pinturas o dejara por ahí sus calcetines sucios. Si no fuera porque Tag había entrado a mi vida de esa forma, no seríamos amigos. Yo no hubiera sabido cómo hacerlo y él parecía entenderlo.

Me acabé mi bol de cereales, lo aparté y volví a mirar el lienzo.

—¿Por qué es rubia? —preguntó Tag.

Fruncí el ceño y me encogí de hombros.

—¿Por qué no?

—Bueno, el niño… es negro. Solo me preguntaba porque la habías hecho rubia —dijo Tag razonablemente, metiéndose una gran cucharada en la boca.

—Yo soy negro… y mi madre era rubia —dije con naturalidad.

Tag detuvo la cuchara en el aire. Vi cómo los cereales se precipitaban buscando desesperadamente la libertad y caían con un «plaf» en el bol, a salvo durante unos segundos más.

—Nunca me lo habías dicho.

—¿No?

—No, solo sabía que tu madre te había abandonado en una lavandería, que tu vida ha sido una mierda y que te fuiste a vivir con tu abuela antes de que muriera. Sé que su muerte te trastocó bastante y ahí fue cuando aparecí yo. —Me guiñó un ojo—. Sé que siempre has podido ver cosas que otra gente no y sé que se te da bien pintar.

Un resumen de mi vida.

Tag continuó:

—Pero no sabía que tu madre era rubia. No es que importe demasiado, pero tienes la piel tan oscura que di por sentado que…

—Ya.

— Entonces, ¿los del cuadro sois tú y tu madre? ¿No era una chica de pueblo?

—No, bueno… sí. Era una chica de pueblo. Era una chica de pueblo blanca —dije enfatizando lo de «blanca» para que quedara claro—. Pero no, la imagen es de Eli y su madre, pero creo que no es lo que él quería.

—Las colinas, el atardecer… me recuerdan un poco a Sanpete. Sanpete era precioso cuando no tenía resaca.

—Levan también.

Me quedé mirando el dibujo, el niño y la madre sobre una yegua llamada *Cálico*. La mujer en la silla era alta y delgada, su

pelo rubio era solo un destello pálido en comparación con los rosas y rojos más vívidos del atardecer.

—Se parece a Georgia —musité. Por detrás la mujer del cuadro se parecía a Georgia. De repente se me encogió el corazón y me levanté. Me acerqué a la pintura, una pintura que había creado en un estado de desesperación, en la que había dibujado un escenario y lo había llenado con personajes de mi cabeza, no de la de Eli. Aquello no tenía nada que ver con Georgia, pero el corazón me latía con fuerza y se me aceleró la respiración.

—Se parece a Georgia, Tag —dije otra vez, más alto, y escuché el pánico en mi voz.

—¿Georgia? ¿La chica que no has podido olvidar?

—¿Qué?

—¡Venga, tío! —gruñó Tag medio riéndose—. Te conozco desde hace mucho y durante ese tiempo nunca te ha interesado ni una chica. Ni una. Si no te conociera, hubiera pensado que estabas enamorado de mí.

—La vi el viernes pasado, en el hospital.

Ni siquiera podía discutir con él. Me encontraba mal y me temblaban las manos tanto que entrecrucé los dedos y puse las manos detrás de la cabeza para esconder los temblores.

Tag parecía estar igual de estupefacto que yo.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—La vi, ella me vio a mí. Y… y ahora estoy viendo a un niño.

Salí corriendo, rumbo a mi habitación, con Tag pisándome los talones y el miedo esparciéndose por mis venas como si me hubieran inyectado una toxina.

Saqué mi vieja mochila del armario y empecé a sacar cosas de ella. El pasaporte, lápices grasos, un cacahuete extraviado y un monedero con monedas de diferentes lugares que nunca había usado.

—¿Dónde está? —dije con rabia mientras bajaba la cremallera de los bolsillos y revolvía todos los compartimentos de la vieja mochila como un adicto buscando una pastilla.

—¿Qué buscas? —Tag estaba detrás de mí, mirando cómo ponía el armario patas arriba, fascinado y preocupado a la vez.

—La carta. ¡La carta! Georgia me escribió una carta cuando estaba en Montlake y nunca la abrí, pero la guardé. ¡Estaba aquí!

—La metiste en uno de los tubos en Venecia —contestó Tag tranquilamente y se sentó en mi cama abrazándose las rodillas y viendo cómo me volvía histérico.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque siempre lo llevabas encima. Tendrás suerte si aún sigue de una pieza.

Yo ya estaba buscando en el fondo del armario y sacando tubos para guardar cuadros enrollados que había ido adquiriendo en los viajes y a los que luego no había dedicado tiempo para enmarcarlos ni colgarlos. Habíamos ido mandándole cosas al padre de Tag desde muchas partes del mundo y él las había guardado en una habitación vacía. Cuando nos instalamos allí, nos lo devolvió todo. Cuatro años de viajes y adquisiciones; nuestro botín había llenado todo un remolque para caballos. Enseguida lo guardamos todo en un almacén, sin mucho interés en ponernos a hurgar en ello. Por suerte, el rollo al que se refería Tag debía de estar en mi armario, porque Tag tenía razón: había llevado la carta conmigo como si fuera una reliquia preciada, aunque ni si quiera la había abierto. Puede que fuera por eso por lo que nunca pude apartarla de mí.

—Estaba en uno pequeño… —empezó Tag.

—¿La leíste? —grité, buscando frenéticamente.

—No, pero quería hacerlo. Lo pensé.

Encontré el rollo en el que estaba seguro de que había metido la carta y quité la tapa con los dientes, arrodillándome y sacando el contenido como si fuera un niño en Navidad. Cuando me fui de Montlake había vuelto a meter la carta en un sobre para protegerla. Salió con facilidad y me cayó sobre el regazo. Me quedé mirándola, como ese niño en Navidad que acaba de abrir algo que aún no ha decidido si le gusta.

—Está como siempre. Igualito que las otras veces que te has sentado y te has quedado mirándola —apuntó Tag.

Asentí.

—¿Quieres que la lea yo? —dijo, un poco más amable.

—Soy un gilipollas, Tag, lo sabes, ¿no? Fui un gilipollas con Georgia y no he cambiado mucho.

—¿Te preocupa que yo deje de quererte si la leo? —Estaba sonriendo y eso me ayudó a tranquilizarme.

—Vale, léela tú porque yo no puedo.

Le di la carta y luché contra la necesidad de taparme los oídos.

Rasgó el sobre, desdobló el trozo de papel con las palabras de Georgia, la miró en silencio durante un momento y luego empezó a leerla:

Querido Moses:

No sé qué decir, no sé qué sentir. Lo único que sé es que tú estás ahí y yo estoy aquí y que nunca he tenido tanto miedo en toda mi vida. Sigo yendo a visitarte y sigo volviendo a mi casa sin verte. Estoy preocupada por ti. Estoy preocupada por mí.

¿Te volveré a ver algún día?

Tengo miedo de que la respuesta sea no y, si es así, entonces tienes que saber cómo me siento. Quizás algún día tú podrás hacer lo mismo. Me gustaría muchísimo saber cómo te sientes tú, Moses.

Así que ahí va: te quiero. Sí. Me das miedo y me fascinas a partes iguales y haces que quiera hacerte daño y curarte al mismo tiempo. ¿Es raro que quiera hacerte daño? Quiero hacerlo y, aun así, solo de pensar en hacerlo me duele. No tiene mucho sentido, ¿no?

Lo segundo: te echo de menos. Echo de menos verte. Podría mirarte todo el día. No solo porque seas precioso, que lo eres, no solo porque puedas crear cosas preciosas, que lo haces, sino porque hay algo dentro de ti que me atrae y me hace estar convencida de que, si confiaras en mí, si simplemente me quisieras, podríamos tener una vida maravillosa y de verdad que me encantaría que tuvieras una vida maravillosa, más que nada en el mundo. Ojalá la tengas.

No sé si llegarás a leer esto y, si lo haces, no sé si contestarás, pero necesitaba que supieras cómo me siento incluso a través de una carta cutre que huele a Myrtle *porque lleva en la guantera como un mes.*

Incluso si solo me escucharas y luego te fueras, espero que me dejes decírtelo en persona cuando salgas.

Por favor.

Georgia.

P. D.: ¿Mis cinco cosas? No han cambiado. A pesar de todo lo que ha pasado, sigo estando agradecida… Pensé que lo deberías saber.

Nos sentamos en silencio durante unos segundos que se hicieron largos. No podía hablar. En realidad, la carta no me había aclarado nada, pero Georgia estaba en la habitación con nosotros, su presencia era real y cercana como sus ojos marrones y sus besos

cálidos y rosados. Sus palabras salían de la carta y me devolvieron a la realidad como si un agujero de gusano me hubiera llevado al pasado y ella estuviera delante de mí esperando a que le diera una respuesta. Sorprendentemente, tras todos aquellos años, aún no tenía una respuesta.

—Tío, sí que eres gilipollas… —susurró Tag.

—Me voy a Levan —sentencié, para mi sorpresa, y Tag se echó para atrás sorprendido.

—¿Por? ¿Qué pasa, tío? ¿Me estoy perdiendo algo?

—No es nada. Quiero decir… He pensado que quizás…

—Me detuve. No sabía qué pensaba—. Olvídalo. —Me encogí de hombros.

Le cogí la carta a Tag y la doblé. La seguí doblando, cada vez más apretada, hasta que se quedó en un pequeño y grueso cuadrado. Luego la sostuve en la palma de la mano y cerré los dedos sobre ella como si pudiera tirarla, como si, simplemente, pudiera tirar todas las cosas que me molestaban muy lejos. Podía contarlas con los dedos de las manos, justo como la madre de Georgia solía hacer con los niños de acogida, y tirarlas lejos.

—Puede que no esté pensando con claridad. No he dormido bien estos últimos días y ver a Georgia… —mi voz se fue apagando.

—Pues te vas a Levan y yo voy contigo —dijo Tag como si ya estuviera decidido.

—Tag…

—Mo.

—No quiero que vengas.

—Es el pueblo al que aterrorizaste, ¿no?

—No aterroricé a nadie —sostuve.

—No sé por qué, me parece que no compartían tus gustos decorativos, Moses.

Me reí a mi pesar.

—Tengo que ir contigo para asegurarme de que no te persiguen con horcas.

—¿Y si no quiere hablar conmigo?

—Entonces tendrás que quedarte allí durante un tiempo y seguirla hasta que quiera. Ella fue bastante persistente contigo o eso parece. ¿Cuántas veces le dijiste que se fuera? ¿Cuántas veces volvió?

—Aún tengo la casa de mi abuela. No es como si no tuviera donde quedarme o ninguna razón para ir. He pagado los impuestos de propiedad durante todos estos años.

—Necesitas apoyo moral. Haré un Rocky Balboa y entrenaré con los neumáticos de tractores y con gallinas durante unos días. Si Levan se parece a Sanpete, seguro que hay de las dos cosas.

Capítulo 17

Moses

Salí de la interestatal y me metí en la vieja carretera que conectaba Nephi con Levan. La llamaban la Cresta. Era una vía rápida, pero solo tenía dos carriles y al rededor no había nada más que campos que se extendían por ambos lados. Pasamos la señal de la A roja con el círculo, colocada bien arriba para que se viera por encima del pasadizo y a un kilómetro de distancia cuando ibas por la carretera, indicando a los camioneros y a los conductores cansados que allí había un lugar para descansar.

—Vuelve, Moses.

Le lancé una mirada de desconcierto.

—Quiero verlo. Fue ahí, ¿no?

—¿Molly?

—Sí, Molly. Quiero ver el paso inferior.

No discutí, pero no sabía lo que quería ver allí. La pintura que había hecho hacía tiempo que ya no estaba, se había cubierto y olvidado, igual que Molly. Pero Tag no había olvidado.

Di la vuelta y encontré el camino de tierra que venía del campo, salía de debajo del pasadizo y continuaba hacia las colinas. Aún había botellas de cerveza rotas y envoltorios de comida basura. También vi un reproductor de CD roto con cables que sobresalían del altavoz que faltaba y que, por la marca y el modelo, seguramente llevaba allí mucho tiempo. No quería que se me clavara ningún cristal en los neumáticos, así que me alejé un poco y paré en la cuneta, justo como había hecho aquella noche hacía tanto tiempo. Era la misma época del año. Era el mismo tipo de octubre: atípicamente cálido y predeciblemente hermoso. Las hojas se agitaban acaloradamente en la parte de abajo de las colinas y el cielo estaba tan azul que quería alcanzarlo y capturar el color con

mi brocha. Pero aquella noche había sido oscura, la noche en la que Georgia me había seguido. La noche en la que había perdido la cabeza y quizás algo más.

Tag atravesó los escombros y caminó por los campos donde los perros debieron haber estado con las narices pegadas al suelo. Se paró una vez y miró al rededor, con la mirada fija en las colinas, midiendo la distancia hasta la carretera, midiendo la distancia entre el pasadizo y la parte de atrás de los negocios que se amontonaban alrededor de las entradas y salidas de la carretera, intentando darle sentido a algo que no lo tenía en absoluto.

Me di la vuelta y caminé hacia los muros de cemento que sostenían la carretera. Había dos lados, uno inclinado a la derecha y otro inclinado a la izquierda y me apoyé en el lado al que aún le daba el sol, cerré los ojos y sentí el calor filtrarse por mi piel.

—¡Espera! Por favor, por favor, por favor, ¡no sigas huyendo de mí! —gritó con frustración.

Podía escuchar las lágrimas en su voz y también el miedo. Me tenía miedo y, aun así, me buscaba. Aun así, me buscaba. Pensarlo me hacía caminar con dificultad y me detuve. Me di la vuelta y dejé que me alcanzara. Yo también la alcancé con un abrazo tan fuerte que el espacio entre nosotros se convirtió en espacio alrededor de nosotros, en espacio sobre nosotros. No sentíamos ese espacio en nuestro interior. Sentí el tamborileo, el martilleo bajo sus suaves pechos y se me aceleró el corazón a la misma velocidad. Abrí su boca con la mía, necesitaba ver los colores, lamerlos, sentirlos subir por mi garganta hasta detrás de mis ojos como si fueran llamas de una bengala. La besé una y otra vez hasta que no hubo secretos entre nosotros, ni suyos ni míos. Ni de Molly. Solo había calor, luz y color. No podía parar. No quería parar. Su piel era como la seda y su aliento, como el raso y no podía ignorar el placer que reflejaba su cara o la súplica en sus manos que me instaban a seguir.

El pelo de Georgia, la boca de Georgia, la piel de Georgia, los ojos de Georgia, las piernas larguísimas de Georgia.

El amor de Georgia, la confianza de Georgia, la fe de Georgia, el llanto de Georgia, la larguísima espera de Georgia.

Y, entonces, los gemidos de pasión se convirtieron en otra cosa. Se escuchaba tristeza en el sonido. Había también lágrimas. Georgia se había puesto de rodillas y su pelo caía alrededor de ella como el agua que caía de sus ojos y los lamentos que salían de su boca, y sus piernas larguísimas ya no estaban alrededor de mí sino

debajo de ella. Arrodillada, suplicando, había llorado y llorado y llorado…

Abrí los ojos y me senté derecho sin estar seguro de si eso habían sido recuerdos u otra cosa totalmente diferente. Me encontraba mal y estaba desorientado, casi como si hubiera dormitado durante demasiado tiempo y me hubiera dado un golpe de calor. Me restregué la nuca con las manos sudadas. No podía haber pasado demasiado tiempo, Tag aún estaba dando vueltas por el campo buscando una señal que le diera la absolución o un camino que lo condujera hasta el porqué. Hice un gesto de dolor ante la puesta de sol y me volví hacia el muro de hormigón para darle tiempo a que asimilara que no encontraría ni lo uno ni lo otro.

Eli estaba sentado en la otra pared, con el pijama de Batman. Tenía las pequeñas piernas contra el pecho como si llevara ahí esperando un rato largo. La capucha le cubría los rizos oscuros y los trocitos puntiagudos que hacían de orejas de murciélago le daban un aire diabólico que no pegaba nada con su cara de niño angelical.

Maldije en alto, más alto de lo que pretendía, y el sonido retumbó en los muros haciendo que Tag se diera la vuelta levantando las manos como preguntando qué pasaba.

—Es hora de irse, Tag, no puedo estar aquí más tiempo —le grité mientras me alejaba del pequeño que estaba ocupado compartiendo imágenes de la misma yegua blanca galopante con manchas en las patas traseras. Entones, apareció una cuerda gruesa dando vueltas en el aire creando un círculo perfecto al rededor del cuello de la yegua y una mano desconocida tiró fuerte. La yegua sacudió su pálida crin relinchando suavemente y trotando alrededor de mi cabeza con tristeza. No sabía cómo liberarla.

—Sigue enseñándome la yegua blanca —murmuré cuando Tag y yo subíamos a la camioneta y salimos a la carretera que nos llevaba de un corazón roto a otro. No quería estar allí e imaginaba que Tag tampoco—. Sigue mostrándome una yegua blanca con manchas de color en la parte de atrás. La misma yegua una y otra vez, como la que pinté en el cuadro.

—Es un pinto.

—¿Qué?

—A ese tipo de caballo se le llama pinto, hace referencia a su color.

—Un pinto —de repente me pregunté si la yegua quizás fuera

solo simbólica. Quizás el niño quería referirse a la pintura. Quizás no lo hubiera entendido bien.

Moses

Tag iba detrás de mí, siguiéndome por la puerta delantera que daba a una casa vacía. No había muebles, ni platos, ni alfombras en el suelo. No quedaba nada de mi abuela en aquella casa. No parecía que hubiera sido suya y, definitivamente, no olía a ella. Estaba húmeda y llena de polvo y necesitaba airearse. Solo era una casa vacía. Dudé en el recibidor, miré las escaleras, miré hacia la derecha y hacia la izquierda, poniendo a prueba las aguas. Al final pasé por el salón y me dirigí a la cocina donde, a excepción de las cortinas a rayas rojas de la ventana de encima del fregadero, no quedaba nada. Las cortinas del cuarto de estar también estaban, nadie las había querido tampoco, pero estaba pensando que habría tenido más que ver con que estaban manchadas de pintura que con su diseño pasado de moda.

Nadie había pintado las paredes.

Me detuve con brusquedad y sentí a mis espaldas a Tag. Escuché cómo contuvo la respiración y después la lenta exhalación cuando la dejó salir en forma de un flujo de palabrotas que ni siquiera yo hubiera dicho.

Había encontrado a mi abuela sobre las siete menos cuarto. Solo recordaba la hora porque tenía un reloj en la entrada del que salía un pájaro haciendo cucú a las horas en punto y cantaba a la media. Cuando eran y cuarto y menos cuarto, el pájaro sacaba la cabeza y piaba fuerte haciéndote saber que el tiempo pasaba, avisándote de que la hora se acercaba. Aquella mañana había entrado por la puerta de delante, medio aturdido, deseando llegar a la cama y apaciguar el deseo y el amor que rezumaba mi piel y ese pájaro había graznado como si me estuviera preguntando: «¿Dónde has estado?».

Me había sobresaltado y me había reído de mí mismo y después había entrado en la sala de estar y la había llamado.

—¡B. A.! —volví a decir escuchando el eco de mi voz en aquella casa vacía.

No quería decirlo en alto, pero Tag me apartó y se puso delante de mí, se dirigió hacia las paredes llenas de bucles de colores y tirabuzones. Era como estar en un tiovivo dentro de un circo y todo el mundo fuera un payaso. Los tonos eran estridentes y exagerados, los colores se mezclaban los unos con los otros, las caras se difuminaban en otras, como una fotografía tomada desde un coche en movimiento, sin captar nada correctamente, y como si todo estuviera distorsionado por la perspectiva. Había encontrado a mi abuela a las siete menos cuarto de la mañana y Georgia me había encontrado a mí a las once y media. Había estado pintando durante casi cinco horas seguidas, llenando las paredes de todo y de nada.

El reloj había sonado y cantado con dulzura mientras yo sacudía arriba y abajo mis brazos doloridos acabando con una cara que no tenía nada que ver con la que quería ver y entonces entró Georgia en la casa. Pobre Georgia.

—Esa es Molly —dijo Tag sin aliento, con la mano sobre la imagen de su hermana que miraba hacia atrás por encima del hombro haciéndome señas para que la siguiera. La pintura color oro de su pelo se extendía como un río convirtiéndose en el pelo de otras muchas chicas que corrían a su lado.

Solo podía asentir. Todo era como un borrón, no me acordaba de casi nada de lo que había pasado. No recordaba nada con nitidez, era como un sueño del que solo me acordaba de algunas partes.

—¿Quién es toda esta gente? —susurró Tag con los ojos yendo de un dibujo distorsionado a otro.

Me encogí de hombros.

—Conozco a algunos, recuerdo a otros, pero la mayoría no sé quiénes son.

—Te gustan las rubias.

—No, no me gustan. —Sacudí la cabeza despacio a modo de protesta.

Tag levantó las cejas y con la mirada señaló a las chicas que rodeaban a Molly y al dibujo de mi madre con la cesta llena de niños en sus brazos, que estaba un poco más lejos.

Me limité a negar con la cabeza. No podía explicar el otro lado, solo pintaba lo que veía.

—¿Mo?

—¿Sí?

—Esto es raro que te cagas.

Asentí.

—No me di cuenta, no entonces. Ni siquiera lo vi, simplemente lo viví, pero sí.

Nos quedamos mirando un rato más hasta que no pude aguantarlo.

—Entonces, ¿qué te parece que ponga un sofá rojo aquí? —dije—. Porque estoy dándole vueltas.

Tag se empezó a reír, un sonoro ladrido de alegría inesperada que sacudió las telarañas y la sensación permanente de horror en la habitación. Negó con la cabeza como si no tuviera remedio.

—Estás enfermo, tío, de verdad.

Yo también me reí, empujándole, necesitaba contacto. Me devolvió el empujón y me tambaleé hacia atrás, agarrándole mientras forcejeábamos para adoptar la mejor postura y conseguir hacer caer al otro. Rebotamos en las paredes y acabamos tirando de las cortinas llenas de pintura y dejando entrar así la luz del atardecer en la habitación teñida de color. Pero no solo tenían que desaparecer las cortinas, sino también las paredes. No iba a dormir en esa casa hasta que las paredes volvieran a ser blancas.

Georgia

Había una camioneta aparcada en la vieja casa de Kathleen Wright. Llevaba ahí dos días, la puerta delantera estaba abierta y en la puerta trasera había unas cuantas latas de pintura al lado de unas escaleras, sábanas blancas manchadas de pintura y un montón de cosas más. La camioneta era negra, brillante y nueva. Como la cotilla de pueblo que soy, miré por la ventana y pude ver los asientos de piel de color crema y un gorro de vaquero. El camión no parecía que fuera de Moses y sabía que él nunca llevaría ese sombrero.

Pero por lo que sabía, Moses aún era el propietario de la casa. Se me encogió el estómago, pero me negué a admitirlo. Seguramente había venido para limpiar la casa y luego se iría, seguramente la quisiera vender y punto. Pronto se iría y yo podría volver a mis cosas, pero mi estómago no me creía. Me pasé los días en un estado de frenesí e iba haciendo las cosas que tenía en mi lista de quehaceres sin ninguna sensación de satisfacción. Mi padre

había vuelto del hospital y, a pesar de algo de cansancio residual, estaba bien. Mi madre no hacía más que preocuparse por todo y eso irritaba a mi padre, así que yo intentaba estar fuera de casa.

Pero estar fuera de casa implicaba mirar la ventana trasera de la casa de Kathleen cada diez minutos. La mañana en la que saqué a *Lucky* para dar una vuelta por los prados del oeste que daban al patio trasero de la casa de Kathleen, me di cuenta de que las ventanas ya no tenían cortinas. Esas cortinas habían estado bien sujetas durante años y ahora ya no estaban y las ventanas estaban abiertas como si alguien hubiera estado aireando la casa. Se podía escuchar música y, a lo largo del día, vi atisbos de Moses y de otra persona trabajando. Estaba alterada y distraída y los caballos se dieron cuenta, eso nunca era bueno, sobre todo si tenía que trabajar con un caballo que se llamaba *Maldición*.

Estaba domando el caballo para Dale Garrett. *Maldición* era un caballo enorme de raza cuarto de milla con un temperamento aún mayor. El nombre que tenía reflejaba la opinión que su dueño tenía de él. Dale llamó a mi padre y él rápidamente me lo asignó a mí. Qué cosas. Los viejos del condado no querían llamar a una chica para que domara a sus caballos, les tocaba la masculinidad y no en el sentido que les gustaba. Todo el mundo sabía que cuando recurrías al doctor Shepherd, mi padre, para amaestrar a un caballo, en realidad estabas recurriendo a Georgia Shepherd, pero así el mal trago era más fácil de pasar. Al final los acabaría domando a todos, igual que al caballo. Me encantaba sacar de quicio a esa gente.

Estábamos en el picadero y yo estaba trabajando con *Maldición*, haciéndolo correr sin atarlo, solos él y yo acostumbrándonos el uno al otro. Yo estaba en el centro del corral con una cuerda en la mano que lanzaba a modo de látigo sin darle, simplemente para hacer que cambiara de dirección y respetara mi espacio. De vez en cuando, me ponía enfrente de él para que se diera la vuelta y tuviera que correr si quería escapar. Le metía presión, no era nada nuevo. Lo había hecho muchas veces aquella semana y ese día estaba preparada para dar el siguiente paso. Me dejó acercarme y enrollé la cuerda , hablando con él mientras me acercaba a su lomo. Hasta ahí todo bien.

Maldición respiraba fuerte y tenía los ojos fijos en mí, pero no se movió. Coloqué el final de la cuerda contra su cuello con suavidad y después se lo volví a quitar. Volví a hacer lo mismo un poco más fuerte y se estremeció un poco. Moví la cuerda hacia el otro lado acariciándole el cuello con ella para que se acostumbrara al tacto,

insensibilizándolo. Y luego, con cuidado, despacio, le lancé el lazo al rededor del cuello, dejando que le colgara holgadamente. Esperé, sujetando la cuerda entre las manos y esperando a que me dijera que no.

—Dentro de poco, rogará porque Georgia lo ate —dijo una voz desde algún lugar detrás de mí. *Maldición* se apartó y relinchó moviendo bruscamente la cabeza y llevándome con él. La cuerda me abrasó las manos antes de que la soltara para dejarla ir.

—Veo que algunas cosas no han cambiado. —Me sacudí las manos, que me escocían, y me volví hacía él. No me hacía falta verle la cara para saber quién era. Era casi un alivio pasar ya por aquello.

Moses se quedó fuera del corral con las manos en la tabla de arriba de la valla y los pies en la de abajo. Había un hombre con un mondadientes a su lado y en la misma postura que Moses, pero ahí se acababan las similitudes.

—Sigues sin gustarle a los animales, ¿no? —dije. Me enorgullecí de mi compostura.

—No solo a los animales. Moses tiene ese efecto en casi todo el mundo. —El desconocido sonrió y extendió la mano sobre la valla —. De hecho, creo que soy su único amigo.

Caminé hacía él, hacia Moses, y le estreché la mano.

—Hola Georgia, soy Tag. —Tenía acento de Texas y daba la sensación de que podría manejar a *Maldición* fácilmente si quisiera. Parecía un chico de campo corriente, pero con algo de pinta de exconvicto, como para que te anduvieras con ojo. De algún modo, resultaba atractivo, basto, incluso con aquella nariz que podía ser más recta y el pelo por cortar. Además, tenía una sonrisa deslumbrante y una forma de dar el apretón de manos decidida. Me pregunté cómo habría acabado con Moses.

Entonces me crucé con sus ojos, esas orbes de verde dorado que no le pegaban nada y, a la vez, quedaban tan maravillosas en su cara oscura. Y, igual que hacía una semana en ese ascensor abarrotado, la tierra bajo mis pies se movió, solo un poco, pero lo suficiente para que me preguntara si el suelo estaba inclinado o si mi perspectiva se había distorsionado. Seguramente me quedé mirándolo demasiado tiempo, pero él me sostuvo la mirada, inclinando la cabeza a un lado como si también necesitara readaptarse.

El hombre de al lado de Moses se aclaró la garganta algo incómodo y luego se rio un poco diciendo algo entre susurros que no conseguí escuchar.

—¿Qué está pasando en casa de Kathleen? ¿Vas a venderla? —pregunté, y di por terminado el enfrentamiento con Moses y me di la vuelta. *Maldición* todavía llevaba la cuerda al rededor del cuello, así que cogí otra del poste que Tag tenía al lado. *Maldición* estaba en el lado más alejado del picadero, como si estuviera en tiempo muerto.

—Puede. Ahora mismo solo la estamos limpiando —respondió con tranquilidad.

—¿Por qué? —lo reté—. ¿Por qué ahora? —Lo miré de nuevo sin sonreír, ya que no quería hacer de un tremendo error una charla banal. Eso es lo que era: un gran error. Quería saber por qué estaba allí y quería saber cuándo se iría. Di vueltas alrededor de *Maldición*, haciéndole estremecerse y relinchar. Quería correr, pero, al parecer, no hacia los desconocidos que había en la valla.

—Era el momento —simplificó Moses como si el tiempo tuviera más peso que yo.

—Estaría interesada en comprarla si decidieras venderla.

Tendría sentido. Había pensado sobre ello durante mucho tiempo, pero nunca había querido localizar a Moses para hacerle una oferta. Ahora estaba de vuelta y, si iba a vender la casa, tenía sentido que la comprara yo porque la de mis padres era colindante.

No respondió y me encogí de hombros como si me diera igual lo que hiciera con la casa. Me empecé a mover hacia *Maldición*, dejando que los dos visitantes indeseados hicieran lo que quisieran.

—Georgia —me estremecí cuando Moses pronunció mi nombre y entonces Tag maldijo con un largo y alargado «Jooodeeer», que no tenía ningún sentido.

—Georgia, ¿ese caballo es tuyo? —preguntó Moses bruscamente.

—¿Cuál? *¿Maldición?* No, solo lo estoy amaestrando. —No levanté la mirada y continué mi camino hacia el caballo.

—No, ese no. —La voz de Moses sonaba extraña y levanté la cabeza por encima del corral y de la arena hacia el prado donde pastaban los caballos.

Estaban bastante lejos. Eran doce caballos, entre los que estaban *Sackett* y *Lucky*, que usábamos exclusivamente para la terapia. Al final resultó que *Lucky* era el más cariñoso, el más blando de todos, completamente amansado.

—El pinto, ¿es tuyo? —preguntó Tag con una voz igualmente extraña.

—*¿Cálico?* Sí, es nuestra —asentí localizando a la preciosa

yegua de melena blanca y colores fuertes y sintiendo la familiar sacudida en el corazón que sentía siempre que la veía.

De repente, Moses empezó a dar zancadas, alejándose del corral y abarcando la distancia entre la parte de atrás de su casa y la mía sin mirar hacia atrás, ni un «hasta luego».

Tag y yo le vimos irse y me di la vuelta hacia su amigo desconcertada.

—Te preguntaría qué demonios le pasa, pero dejó de preocuparme hace tiempo.

Alcancé a *Maldición* y agarré la cuerda alrededor de su cuello un poco más bruscamente de lo que lo habría hecho en otras circunstancias. Se puso sobre las patas traseras y movió la cabeza haciendo que me arrepintiera de mis actos apresurados. Me las arreglé para liberar la cuerda de alrededor de su cuello no sin unas cuantas patadas e intentando evitar dientes y pezuñas.

—Por su bien espero que no sea cierto —contestó con franqueza Tag, desconcertándome aún más. Se bajó de la valla y siguió a Moses—. Ha sido un placer conocerte, Georgia. No eres como esperaba y me alegro.

No tuve más respuesta que verlo irse. Estaba a unos cuantos metros de mí cuando se volvió sobre el hombro y me dijo:

—Va a ser difícil de domar, no estoy seguro de que se vaya a dejar montar.

—Sí, sí, eso es lo que dicen todos hasta que los monto —le lancé.

Lo escuché reírse y volví a empezar con *Maldición*.

Capítulo 18

Moses

Podría creerse que, tras una vida entera viendo muertos, odiaría los cementerios. Pero no, me gustaban. Eran silenciosos y los muertos estaban en cuidadas y pequeñas hileras bajo tierra. Ordenados y cuidados, al menos sus cuerpos. Los muertos no vagaban por los cementerios, no era donde habían vivido, aunque les atraía la pena de las personas a las que querían, sus lamentos. Había visto muchas veces a los muertos siguiendo a una esposa, una hija, un hijo o un padre. Ese día, sin embargo, no había muertos en el cementerio de Levan.

Ese día solo vi a otra persona y, por un momento, el corazón me dio un vuelco al ver una cabeza rubia y un cuerpo delgado agachados sobre una tumba cercana. Luego me di cuenta de que no era Georgia, no podía serlo. Había visto la yegua y había oído a Georgia llamarla *Cálico*. Después de eso, había ido directamente allí. Además, la mujer era un poco más bajita que Georgia, quizás mayor, y llevaba un moño despeinado del que se salían algunos rizos rubios. Dejó un ramo en una lápida en la que ponía JANELLE PRUITT JENSEN en letras grandes y se dirigió hacia un hombre alto que la esperaba al final del cementerio. Cuando la mujer lo alcanzó, él se inclinó y la besó como para reconfortarla, e inmediatamente miré para otro lado. No quería quedarme mirando, pero eran una pareja llamativa; oscuridad y luz, debilidad y fortaleza. Podría pintarlos fácilmente.

La piel del hombre era tan oscura como la mía, pero no me parecía negro. Quizás fuera indígena, era alto y esbelto, con un aire que me recordaba a un militar. La mujer era delgada y femenina y llevaba una falda rosa palo, una blusa blanca y unas sandalias. Cuando se dieron la vuelta para salir y pude verla de perfil, me di cuenta de que la conocía.

Cuando era pequeño, siempre que venía a ver a B. A. me hacía ir a la iglesia. Un domingo, cuando yo tenía nueve años, una chica tocó el órgano. Ella solo tenía trece o catorce años, pero la forma en la que tocaba era increíble. Se llamaba Josie.

Recordé su nombre con la voz de mi abuela y sonreí un poco.

La música que tocaba era emotiva y preciosa y lo mejor de todo era que me hacía sentir a salvo y tranquilo. Rápidamente B. A. se dio cuenta de eso y empezamos a ir a la iglesia cuando Josie practicaba y nos quedábamos escuchando desde el fondo. A veces tocaba el piano, otras el órgano, pero tocara lo que tocara, yo estaba tranquilo. Recuerdo a B. A. suspirando y diciendo: «Esta Josie Jensen es una maravilla con la música».

Y luego me dijo que también yo era una maravilla. Me susurró al oído, con la música de fondo, que yo creaba música cuando pintaba de la misma manera que lo hacía Josie cuando tocaba. Ambos teníamos dones, especiales y preciados. Me había olvidado de todo eso hasta ese momento. El nombre de la mujer era Josie Jensen y la tumba a la que había visitado debía ser la de su madre.

Vi alejarse a la pareja, perdida en el recuerdo de su música, cuando en el último minuto Josie se paró y dio la vuelta. Le dijo algo al hombre con el que iba, quien me echó un vistazo y asintió.

Caminó hacia donde estaba yo pasando por las tumbas hasta que se paró a unos pasos enfrente de mí. Sonrió con dulzura y extendió la mano a modo de saludo. La tomé y la sujeté brevemente.

—Moses, ¿verdad?

—Sí. Y tú Josie Jensen, ¿no? —Sonrió, complacida de que yo también la hubiera reconocido.

—Ahora es Josie Yates. A mi marido, Samuel, no le gustan los cementerios, es cosa de navajos, viene conmigo, pero se queda esperando bajo los árboles.

Navajo, había acertado.

—Solo quería decirte cuánto quería a tu abuela. Bueno, en realidad, tu bisabuela, ¿no? —Asentí y continuó—. Kathleen tenía algo que te hacía creer que todo iba a salir bien. Después de que mi madre muriera cuando yo era pequeña, era una de las mujeres de la iglesia que más se preocupó por mi familia y por mí. Me enseñó cosas y dejaba que me pasara por su cocina cunado necesitaba saber cómo se hacía algo. Era maravillosa. —La voz de Josie sonaba sincera y yo asentí con la cabeza en acuerdo.

—Ella era así, a mí también me hacía sentir de esa manera. —Tragué saliva y miré hacia otro lado con nerviosismo al darme

cuenta de que estaba teniendo un momento íntimo con una extraña —. Gracias —le dije mirándola brevemente a los ojos—. Significa mucho para mí.

Asintió con la cabeza una vez, sonrió tristemente y se volvió a dar la vuelta.

—¿Moses?

—¿Sí?

—¿Sabes quién es Edgar Allan Poe?

Levanté las cejas perplejo. Lo conocía, pero era una pregunta rara. Asentí y continuó.

—Escribió algo que nunca olvidaré y me encantan las palabras. Puedes preguntar a mi marido, lo atosigué con literatura y música hasta que me suplicó clemencia y se casó conmigo.

—Me guiñó un ojo—. Edgar Allan Poe dijo muchas cosas preciosas y también muchas otras perturbadoras, pero generalmente suelen ir juntas, ya sabes.

Esperé preguntándome qué querría decirme aquella mujer.

—Poe dijo: «No hay belleza exquisita sin cierta rareza en la proporción». —Inclinó la cabeza hacia un lado y miró a su marido que seguía ahí sin moverse—. Creo que tu trabajo es extraño y precioso, Moses. Como una melodía discordante que se resuelve sola cuando la escuchas. Solo quería que lo supieras —murmuró después.

Me había quedado sin habla, preguntándome dónde y cuándo había visto mi trabajo, atónito porque me conociera y que aun así no hubiera tenido miedo de acercarse a mí. Bueno, su marido estaba a unos sesenta metros de allí y tenía serias dudas de que alguien se atreviera a molestar a Josie Jensen estando él de guardia.

Luego se fueron y no quedó nadie excepto yo. El cementerio de Levan parecía un cementerio de los primeros colonos del oeste bien mantenido. No era muy grande, pero era suficiente y se iba ampliando según iba creciendo el pueblo e iba enterrando a sus muertos. Daba al oeste y se elevaba por encima del resto del valle en una colina debajo de Tuckaway Hill, velando las tierras y los prados. Desde donde yo estaba se podía ver la vieja carretera, una franja plateada que atravesaba los campos hasta donde me llegaba la vista. Las vistas eran tranquilas y plácidas y me gustaba que los restos de B. A. descansaran allí.

Pasé por filas de lápidas, entre las que estaba la de la madre de Josie, hasta llegar a la larga línea de Wrights, generaciones de

ellos, al menos cuatro. Me paré un momento en la lápida de B. A., puse la mano sobre ella con respeto y luego continué buscando el motivo por el que había venido. Lápidas nuevas, lápidas viejas, lápidas lustrosas, lápidas sin nada… Flores, molinetes, coronas de flores y velas decoraban muchas tumbas y me pregunté por qué la gente hacía eso. Sus muertos no necesitaban esa mierda encima de sus nombres. Como todo, eran cosas para los vivos. Los vivos tenían que demostrarse a sí mismos y a los demás que no olvidaban. Y, en un pueblo pequeño como aquel, había una pequeña competición en ese aspecto. La idea era: «Yo he querido el que más, sufro el que más y voy a hacer un gran despliegue cada vez que venga para que todo el mundo lo sepa y sienta pena por mí». Sabía que estaba siendo cínico, definitivamente era un desgraciado, pero no me gustaba y realmente no creía que los muertos lo necesitaran.

Encontré una gran hilera de Shepherd y casi me eché a reír cuando vi el nombre de uno: Warlock Shepherd. ¿Qué nombre era ese? Warlock quiere decir «brujo». Quizás a mí me deberían haber llamado Warlock Wright, ya me habían acusado de brujería algunas veces. Analicé las lápidas y me di cuenta de que había cinco generaciones de Shepherd que también estaban ahí enterrados con sus mujeres al lado. Encontré la primera Georgia Shepherd y recordé el día que le vacilé a Georgia con su nombre. Georgie Porgie.

Y luego ahí estaba, otra generación, aunque se había saltado la que iba en medio. Al final de la fila había una lápida de medio metro de alto y medio metro de ancho, simple y bien cuidada y con dos zonas con hierba a los lados, como reservando ese espacio para los que vinieran después.

ELI MARTIN SHEPHERD. NACIÓ EL 27 DE JULIO DE 2007 Y MURIÓ EL 25 DE OCTUBRE DE 2011, era todo lo que se podía leer.

Había un caballo grabado en la lápida, un caballo que parecía tener lunares de color en las patas traseras. Un pinto. Al lado de la lápida había un ramo de flores silvestres en un jarrón de un amarillo brillante y tenía la canción que había cantado la mujer en el funeral de Eli, *«You are my sunshine…»,* metida en la cabeza y sin darme cuenta la estaba cantando. El nombre de Georgia no estaba en la lápida, pero sabía con una certeza enfermiza y conmovedora que era la madre de Eli. Tenía que serlo.

Eché la cuenta solo para asegurarme. Nueves meses antes de julio de 2007 era octubre de 2006.

Georgia era la madre de Eli y yo era su padre. Tenía que serlo.

Georgia

Había dado a luz a Eli en julio de 2007, justo un mes antes de cumplir dieciocho años. Nadie supo que estaba embarazada hasta los tres meses. Habría esperado más, pero los vaqueros ajustados que llevaba todos los días ya no me abrochaban y ya no tenía la tripa plana ni las caderas estrechas como para meterme en unos rígidos e implacables vaqueros. Lo peor de esa difícil situación no era el embarazo sino el hecho de que el padre era Moses y ese nombre se había convertido en un siseo y una palabra maldita por doquier.

Mis padres y yo hablamos de adopción, pero no podía hacerlo. No podía hacerle eso a Moses. Sería como si lo que hubiéramos tenido juntos hubiera sido insignificante y, por lo menos para mí, no lo había sido, ni lo sería nunca. Puede que Moses nunca llegara a saber nada acerca de su hijo y puede que fuera a estar siempre solo en el mundo, pero su hijo no lo estaría. Y, a pesar de que a veces lo odiaba, a pesar de que lo había convertido en un hombre sin cara, a pesar de que no sabía dónde estaba o qué estaba haciendo, no podía dar a su hijo. No podía.

Pero el día que nació Eli, ya no se trataba de mí ni de Moses ni de ser fuerte o ser débil. De repente, todo giraba en torno a él, un niño concebido en un momento de confusión, un niño que se parecía tanto a su padre que cuando miraba su pequeña carita lo quería con un fervor que hacía que el arrepentimiento por haberlo concebido se resquebrajara y se pulverizara, que no pudiera hacernos daño, como un papel ante las llamas de la devoción que amurallaban mi corazón y que al final terminó tallando en la piedra el rostro de mi precioso bebé, al que ya le ponía cara y al que ya no temía.

—¿Cómo lo vas a llamar, Georgia? —había susurrado mi madre con lágrimas en la cara al ver a su hija convertirse en madre. Había envejecido durante los meses que habían pasado desde que la había hecho partícipe de mi carga, pero, ante el milagro de una nueva vida que hacía de la habitación del hospital un lugar sagrado, parecía estar serena. Me pregunté si la misma serenidad se vería en mi rostro. Íbamos a estar bien, todo iba a salir bien.

—Eli.

Mi madre sonrió y negó con la cabeza.

—Georgia Marie —se echó a reír—, ¿como Eli Jackson, el vaquero?

—Sí, quiero que agarre la vida por los cuernos y que la viva como un rodeo. Y cuando se convierta en el mejor vaquero que haya existido, mejor que el que le ha dado nombre, todo el mundo coreara «Eli Shepherd» en su lugar.

Había pensado en la respuesta y sonaba muy bien porque era sincera, pero no había sido por el vaquero por lo que lo llamé Eli, eso había sido una afortunada coincidencia. Lo había llamado Eli por Moses. Nadie quería hablar de él, ni siquiera yo, pero mi hijo era su hijo y no podía actuar como si no lo fuera. No podía simplemente eliminarlo por completo.

Había pensado mucho sobre el nombre de mi bebé. A las veintiuna semanas me hicieron una ecografía y supe que era un niño. Había crecido leyendo a Louis L'Amour y estaba convencida de que había nacido en la época equivocada. Si el bebé hubiera sido una niña, la habría llamado Annie, como Annie Oakley, la famosa tiradora con escopeta, pero era un chico y no podía llamarlo Moses.

Investigué en la Biblia hasta que encontré los versos del Éxodo en los que Moisés hablaba de sus hijos y de sus nombres. El mayor se llamaba Gerson; hice una mueca. Puede que hubiera sido un nombre popular en la época de Moisés, como lo son ahora Tyler, Ryan o Michael, pero no podía hacerle eso a mi hijo. El nombre del segundo hijo era incluso peor: Eliezer. Moisés dijo en las escrituras que le puso el nombre de Eliezer porque «el Dios de mi padre es mi ayuda y me libró de la espada del Faraón».

El libro de nombres de bebé que compré y estudié decía que Eliezer significaba «Dios es mi ayuda». Eso me gustó. Moses se había salvado de la espada de Jennifer Wright, supongo. Puede que lo salvaran para que mi hijo viniera a este mundo. Era joven, ¿cómo lo iba a saber? El nombre parecía ser el apropiado, porque no tenía duda de que iba a necesitar toda la ayuda posible, de Dios y de quien fuera, así que lo llamé Eli.

Eli Martin Shepherd. Eli porque era el hijo de Moses, Martin por mi padre y Shepherd porque era mío.

Había acabado el último curso estando muy embarazada y me había graduado con los de mi clase. Nunca contesté a las preguntas y nunca hablé de Moses. Dejé que la gente hablara y que mi dedo corazón respondiera por mí cuando me preguntaban algo. Con el tiempo, la gente terminó olvidándose, pero todos lo sabían; solo

había que mirar a Eli para darse cuenta.

Tenía los ojos marrones, como los míos, y mi madre decía que tenía mi sonrisa, pero el resto era de Moses. Su pelo era una masa de rizos morenos y me pregunté si el pelo de Moses sería así si alguna vez se lo dejara crecer. Siempre se lo cortaba casi al cero. Me preguntaba qué pensaría si viera a Eli, si se vería a sí mismo en nuestro hijo y luego alejaba esos pensamientos y fingía que no me importaba, borrando la cara de Moses una vez más para no hacer comparaciones.

Pero Eli se parecía más a mí en otros sentidos. Estaba lleno de energía y a los diez meses ya sabía caminar. Estuve andando tras él los siguientes tres años y medio. Se reía y corría y nunca se quedaba quieto excepto cuando veía un caballo y se paraba en silencio, justo como le había enseñado que hiciera, y lo miraba como si no hubiera nada mejor en el mundo, nada más bello, ni ningún otro lugar en el que estar mejor, igual que su madre. A parte de algún que otro dibujo infantil y de cuando lo ensuciaba todo con la comida esparciéndola por todas partes, no mostró mayor inclinación por la pintura.

Sin embargo, no podía quedarme en casa cuidándolo todo el tiempo. Mi madre se encargaba de Eli tres días a la semana mientras yo conducía una hora hacia el norte para ir a la Universidad del Valle de Utah. Ese había sido mi plan incluso antes de que Eli cambiara mis prioridades. Tuve que dejar a un lado los sueños de seguir el circuito de rodeos y de convertirme en la mejor vaquera del mundo y decidí seguir los pasos de mis padres: caballos y terapia. Tenía sentido. Se me daban bien los animales, sobre todo los caballos. Haría lo que me gustaba y quizás, de paso, aprendiera algo que me ayudara a zanjar mi relación con Moses. Me había acostumbrado a mi vida en Levan y no tenía intención de irme. Era un buen lugar para criar a Eli, rodeado de personas que lo querían. Mis padres habían nacido allí, igual que sus padres, aunque una bisabuela había llegado al valle desde Fountain Green, al otro lado de la cordillera. Cinco generaciones de Shepherd descansaban al lado de sus mujeres, como las cinco cosas por la que estar agradecida, y estaba segura de que algún día yo también descansaría allí.

Pero Eli me ganó la carrera.

Capítulo 19

Moses

No me detuve a pensar. No volví a casa de B. A. para contarle a Tag lo que había descubierto en el cementerio. Sentía una furia enorme que usé para tapar el terrible y silencioso horror de la verdad. Conduje directamente a casa de Georgia y caminé a zancadas alrededor de la casa hacia los picaderos y las dependencias que había detrás. Ya no estaba en el picadero. El caballo al que había llamado *Maldición* estaba en el prado pastando cerca de la valla y sus orejas reaccionaron cuando me acerqué. Relinchó ferozmente y se puso sobre las patas traseras como si yo fuera un depredador. Encontré a Georgia rellenando el abrevadero y como *Maldición*, levantó la cabeza en señal de alarma, y se le tensó la espalda al verme venir con agitación.

—¿Qué quieres, Moses?

Empujó una bala de heno hacia la valla y alcanzó una horca para repartir el heno entre los caballos que me miraban con cautela, sin atreverse a acercarse incluso a pesar de que la cena estaba servida. Su voz sonaba dura y alta, pero, tras eso se podía percibir el pánico. La estaba asustando. Era grande y era un hombre, daba miedo, pero no era eso. Esa no era la razón por la que tenía miedo. Me tenía miedo porque se había convencido a sí misma de que nunca me había llegado a conocer, de que era un desconocido. Era el chico que pintaba imágenes mientras su abuela yacía muerta en el suelo de la cocina. Era el psicópata. Algunos incluso pensaban que había matado a mi abuela. Algunos pensaban que había matado a mucha gente. Realmente no sabía qué pensaba de mí Georgia y, en ese momento, me daba igual.

—¿Qué quieres? —repitió mientras le quitaba la horca de las manos y acababa el trabajo por ella. Necesitaba una distracción. Sus manos cayeron con impotencia a cada lado y dio un paso atrás,

claramente extrañada por la situación.

—Tuviste un hijo —continué pinchando por secciones el heno y echándolo con la horca por encima de la valla, sin mirarla. Nunca miraba a los miembros de la familia del muerto. Simplemente seguía hablando hasta que me interrumpían, me gritaban, lloraban o me rogaban que continuara. Generalmente eso era todo. Los muertos me dejaban en paz una vez había dado el mensaje y era libre hasta la siguiente vez que alguno de ellos venía a visitarme.

—Tuviste un hijo y no deja de mostrarme imágenes. Tu hijo… ¿Eli? No sé lo que quiere exactamente, pero no me deja en paz. Y por eso estoy aquí… Quizás esto sea suficiente para él.

No me había interrumpido. No me había gritado. No había corrido. Simplemente se había quedado quieta abrazándose a sí misma y con los ojos fijos en mí. Le sostuve la mirada un segundo y volví a mirar para otro lado, hacia un punto encima de su cabeza. Se había acabado la bala de heno, así que me apoyé sobre la horca y esperé.

—Mi hijo está muerto. —Su voz sonaba extraña, como si sus labios se hubieran convertido en piedra y le costara formar palabras. Mis ojos volvieron a mirarla una vez más. De hecho, se había convertido en piedra. Tenía la cara tan paralizada que se parecía a las esculturas de mis libros. A la tenue luz de la tarde dorada, su piel era lisa y pálida, como el mármol. Incluso su pelo parecía no tener color, abundante y de color blanco, caía sobre sus hombros en una trenza que me recordaba a la gran cuerda que Eli no dejaba de enseñarme, la cuerda que giraba en el aire y caía en un sinuoso círculo sobre la cabeza del caballo con manchas de colores en la parte de atrás.

—Ya lo sé —dije suavemente, pero la presión que tenía en la cabeza creció considerablemente. Las aguas se estaban levantando a buen ritmo y mis levas se estaban rompiendo.

—Entonces, ¿cómo puede estar mostrándote cosas? —preguntó Georgia desafiante.

Tragué saliva intentando contener las aguas y volví a cruzarme con su mirada.

—Ya lo sabes, Georgia.

Sacudió la cabeza con brusquedad, negando rotundamente que supiera tal cosa. Dio un paso atrás y sus ojos miraron hacia la izquierda como si se estuviera preparando para correr.

—Déjame sola.

Me tragué el enfado. Lo empujé lejos para no hacérselo a ella. Quería empujarla, borrarle de su preciosa cara el rechazo y ponerla

de cara al suelo hasta que se le llenara la boca de barro. Así podría decirme que me fuera, entonces me lo merecería. En lugar de eso, hice lo que me pidió, haciendo caso omiso del niño que trotaba a mi alrededor, mandándome desesperado imágenes de su madre al cerebro, intentando hacerme volver sin palabras.

—¿Qué aspecto tiene? —gritó detrás de mí. Se podía escuchar la desesperación en su voz, en desacuerdo con el rechazo anterior, y me paré—. Quiero decir, si puedes verle, ¿qué aspecto tiene?

De repente Eli estaba enfrente de mí, saltando arriba y abajo, sonriendo y señalando a Georgia. Me di la vuelta, aún enfadado, aún desafiante, pero deseando otro asalto, y Eli estaba otra vez enfrente de mí, de pie en el picadero. Lo miré y luego miré a Georgia.

—Es pequeño, tiene el pelo oscuro y rizado y los ojos marrones. Sus ojos son como los tuyos. —Hizo una mueca de dolor y se llevó las manos al pecho como para animar al corazón a que siguiera latiendo—. Lleva el pelo demasiado largo, los rizos le llegan a los ojos, necesita un corte de pelo.

El pequeño se apartó un rizo que le caía encima de los ojos como si entendiera lo que le estaba diciendo a su madre.

—No le gustaba cortarse el pelo —dijo despacio y rápidamente se le tensaron los labios como si deseara no haber contribuido a la conversación.

—Tenía miedo de las tijeras —añadí. El recuerdo de Eli del zumbido cerca de sus orejas hizo que mi propio corazón se acelerara por empatía. Los recuerdos de Eli estaban llenos de miedo y las tijeras eran el doble de grandes que su cabeza. Se parecían a los enormes dientes de un tiranosaurio rex, lo que demostraba que la memoria no siempre era precisa. Luego la imagen se convirtió en otra cosa, en un pastel de cumpleaños. Era de chocolate con un caballo de plástico sobre sus patas traseras en el centro y había cuatro velas alrededor.

—Tiene cuatro años —dije confiando en que era eso lo que Eli quería que dijera, aunque yo ya lo sabía, había visto las fechas en la lápida.

—Ahora tendría seis —negó con la cabeza desafiante. Esperé. El niño me miró con expectación y luego miró a su madre.

—Aún tiene cuatro —dije—, los niños esperan.

Le tembló el labio inferior y se lo mordió. Estaba empezando a creerme, eso o a odiarme. O quizás ya me odiaba.

—¿A qué esperan? —Su voz sonaba tan baja que casi no conseguí oír la pregunta.

—A que alguien los críe.

El dolor que se reflejaba en su cara era tan intenso que sentí un golpe de remordimiento por haberla acorralado de aquella forma. No estaba preparada, pero yo tampoco había estado preparado. Me parecía justo.

—Pues a ti te tendría que haber esperado mucho tiempo

—dijo despacio.

Dio un par de pasos hacia mí y luego se detuvo. Tenía una actitud agresiva y las manos apretadas. La madre de luto había desaparecido y ahora era la mujer abandonada. Y ante ella tenía al hombre que le había preñado y después se había ido del pueblo.

—¿Es así como quieres jugar? —carraspeé con voz ronca. Sentí que volvía todo mi enfado con toda su fuerza, estaba tan enfadado que quería empezar a romper los postes de la valla y a tirar los alambres de púas.

—¿Jugar a qué, Moses? —espetó enfadada, y yo también.

—Al hecho de que tú y yo tuvimos un hijo. ¡Tuve un hijo! Creamos un niño juntos y ahora está muerto y nunca lo conocí. ¡Nunca lo conocí, Georgia! Nunca supe una mísera cosa de él. ¿Y me sueltas esa mierda? ¿Cómo murió, Georgia? ¿Eh? ¡Dime!

Ya lo sabía, estaba casi seguro de que lo sabía. Eli no dejaba de mostrarme la camioneta, la vieja camioneta de Georgia. *Myrtle*. Algo le pasó en ella.

Rayos y chispas de colores reflejaban el enfado en mis ojos. Sentí que el agua empezaba a abrirse en dos, a separarse, y los colores del otro lado empezaron a filtrarse por el canal. Me llevé las manos a los ojos y quizás pareciera tan loco como me sentía, porque cuando me quité las manos, Georgia había saltado la valla y había echado a correr, las piernas acortando las distancias rápidamente, como si pensara que la iba a matar a ella también. En lugar de calmarme, su huida me enfadó incluso más. Me iba a responder, me lo iba a contar y lo iba a hacer ahora. Fui tras ella, salté la valla, mis brazos y piernas se movían. La rabia se centró en su espalda y en el pelo rubio que le salía de la trenza, huyendo de mí como si fuera un monstruo.

Cuando la tiré al suelo, me envolví alrededor de ella y me puse debajo. Nos golpeamos fuerte y su cabeza rebotó contra mi hombro, la mía contra el suelo, pero no aflojé para nada. Se resistió, dando golpes y arañándome como si fuera un animal salvaje y me puse encima de ella sujetándole los brazos entre nosotros y conteniéndole las piernas con las mías.

—¡Georgia! —grité, presionando mi frente contra la de ella y

controlando todo su cuerpo. Pude sentirla jadeando, llorando, resistiéndose a mí con todas sus fuerzas.

—¡Para! Vas a hablar conmigo, lo vas a hacer. Ahora mismo. ¿Qué le pasó?

Sentí el frío en las manos y el calor en la nuca y recordé que Eli estaba ahí. Sabía que nos estaba mirando, viendo cómo contenía a su madre y me sentí avergonzado: No quería que lo viera, pero no podía dejarla, necesitaba que me lo contara. Me levanté un poco para no aplastarla, pero no levanté la frente de la de ella, controlando su cabeza. «Cuando un caballo te ofrece la cabeza, significa que te lo has ganado», resonaron en mi cabeza las palabras de Georgia. No me la estaba ofreciendo, pero yo se la estaba cogiendo.

—Habla.

Georgia

—Mamá, ¡me voy! —gritó al pasar por la cocina a grandes zancadas.

Cogí las llaves de la parte de arriba del frigorífico.

—Yo también quiero ir —dijo Eli. Saltó desde el suelo donde estaba construyendo cuidadosamente un corral con los bloques de construcción y corrió hacia la puerta esparciendo los bloques en todas las direcciones. Ya lo había bañado y le había puesto su pijama favorito de Batman, incluso le había atado su pequeña capa para que pudiera salvar Gotham entre construcción y construcción. Lo cogí en brazos, colocó sus piernas alrededor de mi cintura y sus brazos alrededor de mi cuello y lo balanceé.

—No, cariño, esta vez no. Te vas a quedar aquí con la abuela y el abuelo, ¿vale? —Se le descompuso la cara y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Pero yo quiero ir! —protestó.

—Lo sé, pero no llegaré a casa hasta tarde y tú te vas a aburrir, colega.

—¡Será divertido! ¡Me gusta quedarme despierto hasta tarde! —Apretó las piernas y sus brazos eran como unos alicates alrededor de mi cuello.

—Eli, para —dije entre risas—. El abuelo dice que verá una de vaqueros de John Wayne contigo y te apuesto lo que quieras a que la abuela hace palomitas. ¿Vale?

Eli sacudió la cabeza con fuerza y sabía que no iba a cooperar. Últimamente lo había dejado solo demasiado.

—¡Mamá! ¡Ayúdame! —proyecté la voz de forma que me pudiera oír mi madre desde donde estuviera.

—¡Vete, George! Nos encargamos nosotros. —La voz de mi padre provenía de la parte de atrás de la casa y caminé con Eli en mis brazos hasta que llegué a la habitación de mis padres. Estaba tumbado en la cama con el mando de la televisión en la mano, se había quitado las botas y aún tenía el sombrero de vaquero en la cabeza. Nos saludó con una sonrisa y acarició la cama persuadiendo a Eli para que se le uniera—. Vamos, salvaje, siéntate con el abuelo. Vamos a ver si encontramos una buena peli de vaqueros.

Eli se soltó de mi cuello y se deslizo por mi cuerpo a regañadientes cayendo como una bolita solitaria en la cama. Agachó la cabeza para hacerme saber que no estaba contento, pero al menos lo estaba aceptando. Le di un beso rápido en la cabeza y me retiré de inmediato para que no pudiera volver a agarrarme; sus manos podían ser como tentáculos pegajosos.

—Estamos viendo cosas de vaqueros, mami, y aquí están prohibidas las mamis —dijo poniéndose de morros y excluyéndome como yo lo estaba haciendo con él. Luego se cruzó de brazos y echó un bufido y miré a mi padre suspirando.

—Gracias papá —dije en bajo y me guiñó un ojo.

—Ya lo has oído: están prohibidas las mamis. Sal de aquí, chica —repitió con una sonrisa.

Corrí por la casa y salí por la puerta de atrás esquivando a los pollos y las dos gallinas de Guinea de mi madre, *Dame* y *Edna*. Me aparté el pelo hacia atrás y abrí la puerta de *Myrtle* en cuestión de segundos. Cuando cerré la puerta, metí la llave y la vieja camioneta cobró vida al ritmo de *If you could read my mind,* de Gordon Lightfoot, que salía de los altavoces. Me encantaba esa canción y me paré durante un momento a escucharla. Esa emisora siempre ponía viejos éxitos del country. A veces sentía que yo misma era una vieja gloria del country. Tenía veintidós años, pero últimamente sentía que tenía cuarenta y cinco. Con un gran suspiro, me desplomé encima del volante y descansé ahí la cabeza dejando que la canción me invadiera, solo un minuto. Odiaba dejar a Eli, siempre era muy duro, pero en ese momento solo necesitaba

coger aire. En mi vida ya nunca había silencio. No tenía tiempo ni de respirar.

Aquella noche solo quería sentirme joven y guapa y quizás bailar con un par de chicos monos y fingir que solo me tenía que preocupar de mí misma e incluso fingir que estaba buscando un hombre como lo hacían las otras, aunque no fuera verdad. Eli era el único hombre en mi vida, pero aquella noche estaría bien fingir lo contrario. Incluso quizás la banda tocara esa canción, se la iba a pedir.

Gordon acabó la canción y la siguiente iba sobre madres que no querían que sus hijos fueran *cowboys*. Me reí un poco. Mi pequeño ya era un *cowboy*. Demasiado tarde.

Suspiré una vez más y levanté la cabeza del volante. Comprobé el espejo retrovisor, bajé el parasol y miré mi reflejo en el espejo. Finalmente, me pinté los labios y los apreté. Luego puse la marcha atrás y empecé a salir. Hora de irse. Las chicas ya estarían allí y yo, como siempre, iba a llegar tarde.

Fue como golpear un bordillo. Hubo un ruido sordo y un rebote. Ni siquiera el rebote fue muy grande, ni el ruido sordo muy estrepitoso, pero le había dado a algo. Maldije y volví a mirar el retrovisor para ver qué había golpeado.

Salí de la camioneta e inmediatamente me fijé en el neumático. Había un trozo negro de algo enrollado en él. ¿Una bolsa de basura? ¿Le había dado al cubo de la basura? Cerré de un golpe la puerta de la camioneta y di un paso, solo uno, y de repente supe lo que era. Era la capa de Eli. La capa de Batman de Eli estaba enganchada en el neumático.

La capa de Eli. La capa que Eli llevaba. Pero Eli estaba dentro, sentado con mi padre viendo a los vaqueros. Caí sobre mis rodillas, gateando, desesperada, sabiendo que tenía que mirar. No podía hacerlo, tenía que hacerlo…

Moses

Cuando acabó de contarlo, me quité de encima de ella y me senté. Estaba quieta con los brazos cruzados sobre el pecho, donde yo los había mantenido mientras hablaba, su voz era como un suspiro

áspero, se le había soltado completamente la trenza y llevaba el pelo totalmente despeinado. Parecía una pintura que me gustaba de Arthur Hughes, *La dama de Shalott.* Georgia se parecía a la dama de Shalott, con las manos dobladas, el cabello despeinado a su alrededor y los ojos inexpresivos.

Pero ya no tenía los ojos inexpresivos; los había cerrado y le caían lágrimas por las mejillas. El pecho se le hinchaba y deshinchaba como si acabara de correr una maratón. Me llevé la mano al corazón, que me retumbaba, y me di la vuelta, incapaz de ponerme de pie, incapaz de hacer nada excepto poner la cabeza en las rodillas.

Eli me enseñó el resto.

La cabeza de Georgia descansaba sobre el volante de una vieja camioneta y la música salía por las ventanas. La estaba mirando desde una perspectiva extraña como si estuviera sentado en el suelo debajo del parachoques oxidado. Georgia tenía el pelo liso y largo, brillante y limpio como si se lo hubiera secado para a ir a algún lugar especial. Abrió los ojos y bajó el parasol para pintarse los labios. Los apretó y volvió a colocar el parasol en su lugar. Mi perspectiva cambió como si los ojos a través de los que veía hubieran cambiado de posición. Estaba mirando la parte de atrás de la camioneta, el portón del maletero, que estaba abierto. Aún estaba muy alto. La imagen se tambaleó un poco como si estuviera tratando de subirme a la camioneta. Sonó el motor y la imagen volvió a cambiar, con brusquedad, de forma extraña. De repente: ruedas.

Y luego la cara de Georgia, mirando debajo de la camioneta, que se transformó de inmediato por el horror. Estaba horrible, boquiabierta y con ojos de loca. Parecía estar en otro mundo y gritaba: «Eli, Eli, Eli…».

Sentía sus gritos resonando dentro de mí y de repente se cortó la conexión y las imágenes que me habían llegado al cerebro se quedaron en negro. Pero Eli no se había ido, simplemente ladeó la cabeza y esperó. Me sonrió con ternura, con tristeza, como si supiera que lo que me había enseñado iba a hacerme daño.

Escondí la cara entre las manos y lloré.

Georgia

Era uno de los sonidos más terribles que nunca hubiera escuchado: Moses estaba llorando. Le temblaba la espalda como una parodia de una horrible risotada y tenía la cabeza entre las manos como si no pudiera creer lo que le había contado. Aunque parezca extraño, cuando se quitó de encima de mí, tenía la expresión vacía, congelada, como un muro de granito. Luego inclinó la cabeza ligeramente como si estuviera escuchando algo o pensando sobre algo y luego dejó salir un grito horrible y desgarrador, se cubrió los ojos con las manos y se perdió. Ni siquiera estaba segura de por qué lloraba. Yo no significaba nada para él, obviamente.

Siempre había sido tan distante e indiferente… Era capaz de alejarse sin el menor indicio de que le molestara la separación. No había conocido a Eli. Se lo había intentado decir, había visitado ese maldito centro semana tras semana hasta que me dijeron en términos muy claros que no era bien recibida. Le había escrito una carta que nadie le había entregado y luego desapareció durante casi siete años.

No había conocido a Eli, en eso tenía razón, pero eso le tendría que hacer más fácil las cosas y, por la manera en que lloraba con las manos en la cabeza, desolado, no lo parecía.

No me atreví a consolarlo. No querría que lo tocara. Yo era como su madre, no había cuidado a mi hijo, como ella con Moses. Me odié casi tanto como me odiaba Moses a mí y había sentido su odio hacía mí de forma muy intensa, pero eso no impidió que llorara con él.

Siempre me sorprendía de seguir teniendo lágrimas. Día tras día. Había un suministro ilimitado. Mi pena era un manantial profundo y subterráneo que no paraba de borbotear y salir a la superficie. Y lloré con Moses, mirando el cielo azul de octubre sobre mi cabeza. Se extendía sin final y desaparecía detrás de las montañas que rodeaban mi pueblo como si fueran centinelas silenciosos que no mantenían a nadie a salvo. Unas montañas preciosas e inútiles. Octubre siempre había sido mi mes favorito y luego octubre se llevó a Eli y lo detesté. Octubre me dio girasoles, supongo que a modo de ofrenda de paz. Los puse en su tumba y volví a odiarlo.

Los girasoles rodeaban el campo cubierto de hierba en el que estaba tumbada con mi antiguo amor, sin movernos, y con los ojos fijos en un azul vacío de otro día vacío. Moses se quedó doblado a mi lado, llorando a un hijo que nunca había conocido. Lloraba abiertamente, de forma desesperada, y nada que hubiera hecho me

habría sorprendido más. Su pena se colaba entre sus manos y caía al suelo y eso me ablandó el corazón. Al cabo de un rato, volvió a mi lado y a pesar de que le temblaban los labios y le costaba respirar, acalló sus gemidos y no cayeron más lágrimas.

—¿Por qué estás aquí, Moses? —susurré—. ¿Por qué has vuelto?

Movió la cara ligeramente hasta encontrarse con mis ojos. La ira había desaparecido. Hasta el odio había desaparecido, a pesar de que no estaba segura de si era algo temporal. Le mantuve la mirada firmemente y debió de ver lo mismo en mi cara. No había rabia. Desesperanza, aceptación y pena, sí, pero no ira.

—Él me ha hecho volver, Georgia.

Capítulo 20

Georgia

Me pasé la noche entera mirando el techo de mi antigua habitación, recordando la noche en la que Moses, tumbado sobre su espalda, había estado pintando hasta que me quedé dormida entre colores y con un caballo blanco corriendo por mis sueños.

«Tienes miedo de la verdad, Georgia, y la gente que tiene miedo de la verdad nunca la averigua.»

Eso es lo que había dicho Moses tumbado junto a mí, mirando hacia un cielo azul, que realmente no era azul. El color no es real. Tuve un profesor de ciencias que decía que el color es simplemente la forma en que nuestros ojos interpretaban las energías contenidas en un rayo de luz.

Entonces, ¿me estaba mintiendo el cielo azul haciéndome creer que era algo que no era? ¿Me estaba mintiendo Moses cuando me dijo que fue Eli quien lo había hecho volver? ¿Estaba intentando hacerme creer que era algo que no era? Tenía razón al decir que estaba asustada, pero no creía que lo que me daba miedo fuera la verdad. Tenía miedo de creer algo que me destruiría si al final resultaba ser una mentira.

Había tenido el mismo sueño un poco antes del amanecer, solo que esa vez, en lugar de ver al caballo blanco, vi al pinto de Eli, *Cálico*. Cuando miré al caballo a los ojos, pude ver a mi hijo, como si se hubiera transformado en un caballo que corría hacia las nubes, igual que el ciego de la historia; hacia un cielo azul que realmente no era azul, para no volver.

Esa mañana, sentada a la mesa durante el desayuno, les conté a mis padres que Moses había vuelto. Mi padre se puso pálido y la reacción de mi madre había sido como si le hubiera dicho que mi nuevo novio era la reencarnación de Ted Bundy, el asesino en serie. A pesar de mis protestas, llamó inmediatamente al *sheriff* Dawson

que le prometió que se pasaría por la casa de Kathleen Wright para hacer una visita amigable al nuevo propietario. Dudaba de que el *sheriff* le diera la bienvenida a la comunidad a Moses, aunque su visita fuera temporal, algo de lo que estaba segura.

—Oh, George —murmuró mi padre mientras mi madre hablaba nerviosamente con el *sheriff*—. Se lo vas a tener que contar, le vas a tener que contar lo de Eli.

La culpa y la vergüenza me embargaron y tragué mientras cortaba la tostada en trozos lo suficientemente pequeños como para repartir unas raciones escuetas entre un ejército de ratones.

—Se lo dije, ayer. —Reflexioné sobre la turbulenta conversación del día anterior y decidí dejarlo así.

Mi padre se me quedó mirando sorprendido e incrédulo. Se limpió la boca y yo partí otro trozo de tostada mientras escuchábamos a mi madre preocuparse por la vuelta de Moses Wright y el estrés que iba a suponer eso a la comunidad entera.

—¿Cómo? —protestó mi padre—. ¿Cómo se lo ha tomado? Pensaba que se había ido para siempre, ¿y de repente vuelve y ya se ha puesto al día con todo? —La voz de mi padre se había elevado y mi madre le lanzó una mirada penetrante.

—Martin, cálmate —lo tranquilizó dejando el teléfono cerca para no ahorrar al *sheriff* Dawson el drama.

—Mauna, me han quitado un tumor, no los huevos, ¡así que deja de tratarme como a un inválido tembloroso! —gritó mi padre y mi madre apretó los labios.

Mi padre me miró y suspiró.

—Sabía que este día llegaría. Lo sabía. Ojalá me hubieras dejado estar contigo cuando se lo contaste. Sería una conversación delicada. —Maldijo y luego se rio sin alegría—. Eres la chica más dura que conozco, George. La más dura que conozco, pero imagino que no debió ser fácil.

Su compasión hizo que me pusiera llorosa y alejé mi plato haciendo balancear y derrumbarse la torre de pan. No quería empezar a llorar tan pronto por la mañana. Si empezaba así desde tan temprano, seguiría igual hasta la tarde y no tenía tiempo para una resaca emocional.

—No lo fue, ni para él ni para mí.

Mi padre levantó una ceja irónicamente y se sentó en la silla para mirarme a los ojos.

—No estaba preocupado por Moses. En esa conversación la única que me preocupa eres tú.

Asentí y me dirigí hacia la puerta. Mi padre tenía derecho a enfadarse, supongo que todos lo teníamos. Empujé la mosquitera y me paré en el porche para apreciar el frío en el aire. Se me aclararon las ideas rápidamente.

—¿Cómo se lo tomó, George? —Mi padre me había seguido hasta la puerta y estaba de pie en el umbral—. Cuando se lo contaste, ¿cómo se lo tomó?

Podía ver que seguía enfadado y que no estaba preparado para dejar de echar leña al fuego. Estar enfadado era agotador y, tanto si yo tenía derecho como si no, tanto si mi padre lo tenía como si no, de repente no estaba tan segura de que fuera un derecho que quisiera seguir ejerciendo.

Me concentré en llenar los pulmones, una, dos veces, y otra vez más y le contesté.

—Lloró. —Me bajé del porche y me dirigí al granero—. Lloró.

Moses

—¿Te vas a ir sin más? —dijo Tag, levantando las manos.

—Ya hemos pintado, la moqueta está en camino e incluso tengo un comprador. No hay razón para quedarme. —Amontoné la pintura sin usar en el camión y volví dentro haciendo una lista mental de lo que aún faltaba por hacer antes de salir de una maldita vez de aquella pesadilla de *western*.

—Te enteras de que tuviste un hijo con una chica de la que decías que no estabas enamorado, pero que no puedes olvidar. Te enteras también de que tu hijo, su hijo, murió en un terrible accidente.

Ignoré a Tag mientras doblaba las sábanas que había usado para que no se mancharan de pintura los muebles. La moqueta llegaría en una hora y, una vez estuviera colocada, la mujer que había contratado para que limpiara la casa podría empezar. De hecho, debería llamarla y preguntarle si podría empezar por la cocina y los baños ese mismo día y así adelantar el proceso.

—Te enteras de todo eso ayer, hoy ya lo has superado y mañana te piras.

—Si pudiera, me iría hoy —contesté firmemente. No había visto

a Eli en veinticuatro horas, desde que me había mostrado cómo murió.

—¿Sabe Georgia que te vas?

—Me dijo que la dejara sola. Además, no me cree.

Eso calló a Tag e hizo tambalear su planteamiento. Se había pasado la noche anterior sonsacándome detalles, pero había una cosa que no le había contado. No le había contado que habíamos estado tumbados en el campo, ambos agotados emocionalmente, mirando el cielo porque no podíamos mirarnos el uno al otro. No le había contado a Tag lo que me había dicho Georgia cuando le expliqué que Eli me había hecho volver.

«La única cosa que evitó que me quebrara cuando Eli murió fue la verdad», había dicho.

Yo me había quedado en silencio, sin comprender, esperando a que me lo explicara.

«La gente dice cosas como “Está en un lugar mejor y lo volverás a ver. Está en el cielo” y esas cosas, pero eso solo me hace daño. Eso me hace sentir que no he sido lo bastante buena para él, como si estuviera mejor sin mí. Me recuerda a lo que siempre sospeché, que no era una buena madre para Eli. Era joven y estúpida y no tuve el suficiente cuidado con él, evidentemente».

Era tanto su dolor que se podía sentir en el ambiente que nos rodeaba y cuando intenté respirar, se me metió en los pulmones, se me cerró la garganta y los pulmones me pedían oxígeno. Pero ella no se detuvo:

«Después del accidente, la única verdad de la que estaba segura era de que Eli estaba muerto y de que yo lo había matado y era algo con lo que iba a tener que vivir».

Georgia me miró con ferocidad, había vuelto el antiguo fuego a sus ojos como si esperase que fuera a discutir con ella. Sin embargo, discutir era algo que hacía muy raramente. Hacía tiempo que había aprendido que la gente pensaría lo que quisiera, creería en lo que quisiera y discutírselo no iba a hacerles cambiar de parecer, así que le mantuve la mirada a Georgia y esperé.

«Está muerto, Moses, esa es la verdad. Yo estoy viva, esa también es la verdad. No quería matarlo, otra verdad. Le daría mi vida si pudiera. Si pudiera, le cambiaría el lugar. Haría cualquier cosa por traerle de vuelta. Daría cualquier cosa, sacrificaría cualquier cosa, a cualquiera… Esa también es la verdad».

Georgia se detuvo de repente y tomó aire profundamente. Respiraba entrecortadamente y poco a poco, como si tuviera la garganta demasiado rígida para coger aire de golpe. Rompió el

contacto visual, girando la cabeza como si el hecho de que aceptara sus verdades la desconcertara un poco.

«Así que, por favor te lo pido, no me mientas, Moses. Eso es todo lo que pido, que no me mientas y yo no te mentiré a ti. Te contaré todo lo que quieras saber, pero no me mientas».

Creía que le estaba mintiendo. Creía que me estaba haciendo el loco con ella, no creía que pudiera ver a Eli. Quería que le contara la verdad, pero cuando todo el mundo creía que tu verdad era una mentira, ¿entonces qué?

«Tienes miedo de la verdad, Georgia, y la gente que tiene miedo de la verdad nunca la averigua», le dije. Pero no me miró, estaba mirando el cielo otra vez, dando a entender que la conversación se había terminado. Esperé durante unos minutos y me levanté, dejándola ahí, la dama de Shalott, la mujer del lago, tumbada en un mar de hierba. Me temblaban las piernas y mientras me alejaba sentí el agotamiento hasta en los huesos.

—Hice lo que había venido a hacer —le dije a Tag. Aunque no tenía ni idea de si era la verdad, sonaba bien. Si eso era lo que Eli necesitaba que hiciera, que viera, entonces estaba hecho. Acabado. Todo lo que sabía era que me quería ir y cuanto antes mejor.

—Pero todavía no hemos acabado de pintar —Tag lo intentó de nuevo.

Continué recogiendo los materiales.

—Hay otro mural arriba, ¿o te has olvidado de ese? —preguntó.

—No pinté nada arriba. Estaba bastante ido, pero estoy seguro de que no pinté arriba. —Había bajado por esas escaleras, había salido de la casa y me había dirigido al granero donde encontré a Georgia y jamás había vuelto a subir las escaleras.

—Vamos, te lo enseñaré. —Tag subió las escaleras con impaciencia y yo lo seguí con bastante menos decisión. Estaba harto de ver mis pinturas. Desde que entré en la casa de B. A. había tenido el estómago hecho un nudo como los de la red de un pescador y aún no se había aflojado. Cuando abrió la puerta de mi antigua habitación y señaló la pared me di cuenta de que no era mi pintura de lo que me había olvidado por completo.

El mural de muñecos de palitos seguía ahí.

—Quizás me equivoque, pero creo que esto es una copia de un Moses Wright. El estilo es similar… pero no acaba de ser el mismo —dijo Tag entrecerrando los ojos y acariciándose la barbilla como si realmente estuviera estudiando una obra de arte.

—Es de Georgia.

—¿En serio? —dijo Tag con una muestra de sorpresa falsa.

Me eché a reír, a pesar de que el recuerdo me estaba ahogando.

El último sábado antes de que empezara el instituto, Georgia no apareció por la valla a la hora de comer como solía hacer todos los días. Para cuando recogí, me había convencido de que era mejor así. Era un alivio. Nunca me había gustado de todas formas. Subí a trompicones las escaleras, me duché con los dientes apretados y con el enfado saliéndome por las orejas. Fui a mi habitación solo con la toalla enrollada en la cintura y me detuve del asombro.

Georgia había pintado un mural en la pared de mi habitación.

Parecía una tira cómica para niños con figuras hechas de palitos y bocadillos de burbujas.

La figura de palos femenina tenía el pelo largo y rubio y botas de vaquera, y la figura masculina tenía los ojos verdes brillantes, un pincel y nada de pelo. En una viñeta, la extraña pareja se cogía de la mano, en la siguiente se besaba y en la viñeta final la figura de la chica, Georgia, le estaba golpeando la cabeza a la figura del chico, yo.

—Qué caray… —exhalé.

—¡Bonito atuendo! —trinó Georgia desde donde estaba sentada con las piernas cruzadas en medio de la cama.

Sacudí la cabeza con incredulidad y señalé la puerta.

—¡Fuera!

Se rio.

—Ya cierro los ojos.

Gruñí y me fui a la cómoda. Cogí con una mano algo de ropa y volví a salir a trompicones cerrando la puerta del baño con un golpe como si de verdad estuviera enfadado. No lo estaba, estaba encantado de verla.

Volví, vestido completamente con los brazos cruzados y me quedé en la puerta mirando el espantoso dibujo.

—¿Estás enfadado conmigo? —Tenía la frente arrugada, se le veía la preocupación en los ojos y ya no estaba sonriendo—. Pensé que te haría gracia. —Se encogió de hombros—. Le he dicho a Kathleen que te iba a dar una sorpresa y me ha dicho: «¡Adelante!», así que lo he hecho. He usado tus pinturas, pero lo dejaré todo como estaba.

—¿Por qué me estás pegando en la cabeza?

—Es nuestra historia. Nos conocemos, me salvas, nos besamos, me devuelves el beso, pero sigues actuando como si no te gustara a pesar de que yo sé que sí, así que te estoy inculcando algo de

sentido común y, madre mía, sienta de maravilla.

—Sonrió descaradamente. Volví a mirar su representación; eso sí que era un golpe en la cabeza.

—Es un mural horrible. —Era terrible y divertido y muy del estilo de Georgia.

—Bueno, no todos somos como Leonardo DiCaprio. Pintaste mis paredes, yo pinto las tuyas y no tienes ni que pagarme. Solo estoy intentando conectar contigo a través del arte.

—Quieres decir Leonardo da Vinci, ¿no?

—Ese también. —Volvió a sonreír y se tumbó en mi cama, dando unos golpecitos en el espacio que había a su lado.

—Por lo menos me podías haber puesto bíceps, no se parece nada a mí. Y ¿por qué estoy diciendo: «¡No me hagas daño, Georgia!»?

Me tiré en la cama y caí adrede encima de ella. Se movió respirando entrecortadamente, intentando librarse de mi apretón intencionado.

—Tienes razón, quizás debiera haber escrito esas palabras saliendo de mi boca —dijo con una risita, pero había una mirada en sus ojos oscuros que me hacía agachar la cabeza y hundir la cara en su cuello para no tener que pensar en la ineluctabilidad de su dolor.

Me acarició la cabeza y respiré contra su piel.

—¿Estamos conectando a través del arte?

—No. Conectemos con algo que se te dé bien a ti —murmuré y sentí su pecho vibrar mientras se reía.

—Quería conectar conmigo a través del arte —le dije a Tag sonriendo un poco.

Tag se rio por lo bajo y cruzó hasta el dibujo de los muñecos. Recorrió con el dedo el corazón que Georgia había dibujado sobre los muñecos que se estaban besando.

—Me cae bien, Mo.

—Siempre me hacía reír y siempre tenía razón —confesé.

—¿Sobre qué?

—Siempre actuaba como si no me gustara a pesar de que sí lo hacía.

—No me digas —dijo en voz baja. Me echó una mirada, se dio media vuelta y salió de la habitación.

—Mo —gritó Tag mientras bajaba las escaleras.

—¿Sí? —Me di cuenta de que no estaba preparado para separarme de ese mural todavía y me quedé ahí empapándome de

él como si hubiera descubierto un Picasso pintado en mi habitación.

—Tienes compañía, tío, pero tómate tu tiempo, no es del tipo femenino.

Cuando volví a salir, Tag estaba apoyado en un todoterreno blanco que tenía «Departamento del *sheriff* del condado de Juab» escrito en uno de los lados y hablaba con el *sheriff* Dawson como si fueran dos vaqueros hablando después de un largo día en la silla de montar. El *sheriff* no había cambiado demasiado, quizás tenía unas cuantas arrugas más alrededor de los ojos azules. Me echó una mirada totalmente fría, eso tampoco había cambiado.

—¿No hiciste algún negocio de caballos con mi padre hace unos años? —continuó hablando Tag, tranquilo y fingiendo no darse cuenta del cambio de tensión o el hecho de que en realidad el *sheriff* ya no lo estaba escuchando.

Le echó una mirada a Tag.

—Eh, sí, sí. Pero hace bastantes años ya. Le puse unas herraduras a sus caballos y le vendí un par de apalusas que quería.

—Es verdad, estuvimos hablando un poco sobre el rodeo. Solía jugar a derribar novillos cuando no estaba criando a *Caín*. Tú participabas en las competiciones de lazos por parejas, ¿no?

—A veces, pero se me daba mejor lanzar la cuerda al becerro.

La voz del *sheriff* era suave, pero no le había distraído la habilidad conversacional de buen chico de Tag y, en cuanto me acerqué, lo ignoró por completo.

—¿Vas a vender la casa? —preguntó sin rodeos. No extendió la mano y yo no le ofrecí la mía.

Me encogí de hombros, no tenía por qué darle ninguna explicación.

—Tag dice que habéis estado pintando. Eso está bien, la gente podría llevarse una opinión equivocada si vieran lo que pintaste por toda la casa.

Tag se movió un poco y se le cruzó en la cara una mirada que ya había visto unas cuantas veces antes.

—¿Ha venido por algún motivo, *sheriff?* —le pregunté tranquilamente. Me pregunté si sabría que Georgia estaba embarazada cuando vino a interrogarme sobre Molly a Montlake. Fue en febrero y Georgia ya tendría la tripa lo suficientemente grande para que alguien se diera cuenta. Eso explicaría los comentarios sarcásticos que había hecho aparte con el ayudante gordo. El *sheriff* Dawson era un amigo íntimo de la familia de

Georgia, no tenía duda de que sabía lo de Eli y, por ende, lo sabría todo el pueblo. De repente me pregunté si habrían tratado a mi hijo con desprecio o miedo por mi culpa, por las cosas que había hecho. O a Georgia. Solo de pensarlo se me pusieron las manos heladas y se me revolvía la tripa de forma desagradable.

—Solo estoy aquí para averiguar cuáles son tus planes

—dijo directamente. La cara de Tag volvió a contorsionarse.

—Ah, ¿sí? —Metí las manos en los bolsillos e intenté no pensar en si la gente había tratado mal a Georgia cuando descubrieron que llevaba a mi hijo en la tripa. Intenté no pensar en cómo los habría mirado la gente cuando iban por el pueblo. Intenté no pensar en si habrían cotilleado sobre si Eli se acabaría pareciendo a mí.

—Georgia ha sufrido mucho. Su familia ha sufrido. No necesitan que tú les añadas más dolor, acarreándoles más problemas y cosas de las que hablar.

No podía discutir nada de eso, pero me fastidiaba que, de repente, se hubiera en el portavoz de la familia.

—Georgia es una chica guapísima, ¿eh? —soltó Tag—. ¿Se está viendo con alguien? Venga, *sheriff*, no veo que lleve anillo, ¿nunca ha pensado en ofrecerse para que llorara sobre su hombro durante los momentos difíciles? Le saca veinte años, pero a algunas chicas les gustan los hombres mayores, ¿no?

Nunca había tenido tantas ganas de pegarle en la cara a mi amigo como en ese momento y eso que había habido bastantes veces durante los viajes en las que habíamos llegado a los puños. Quería quitarle de una torta la sonrisa burlona que tenía en la cara y yo no era el único. El *sheriff* tenía las orejas rojas y la cara que tenía de servicio al público se había convertido en otra.

—Me parece un poco raro, *sheriff*, pero he visto cosas más extrañas. Las relaciones en los pueblos pequeños son así. Joder, todo el mundo es familia. Todo el mundo conoce a todo el mundo. Yo ni siquiera soy de aquí y ya sé muchas cosas.

Los ojos azules del *sheriff* se entrecerraron mirando a Tag, pero, a pesar de que siguió manteniendo la sonrisa bondadosa en la cara, podía verse que no le agradaba lo que acababa de pasar. Tag estaba apoyado cómodamente en el todoterreno, totalmente relajado y sin importarle en absoluto el enemigo que acababa de ganarse.

Nos dimos todos la vuelta cuando un camión de reparto dobló la esquina rebotando por los baches. La moqueta había llegado. El *sheriff* Dawson se metió en el todoterreno y cerró la puerta mientras llegaba el camión a trompicones.

—Si prestara la mitad de atención a esos baches de la que le

presta a Moses, todo el pueblo estaría más contento, creo yo —continuó hablando Tag que solo se apartó cuando el *sheriff* encendió el motor, puso la marcha atrás y empezó a salir.

—Tiene razón en una cosa, señor Taggert —gritó por la ventana—. Todo el mundo conoce a todo el mundo, y todo el mundo sabe lo de Georgia y Eli. Georgia merece algo infinitamente mejor.

Me miró a través del parabrisas, sacudió la cabeza como si no pudiera creer que hubiera tenido agallas para volver y se marchó.

Capítulo 21

Moses

La mujer de la limpieza, que al final resultó ser una chiquilla, no podía venir hasta el día siguiente a pesar de que intenté sobornarla con más dinero. Tenía diecisiete años y su novio jugaba un partido que no quería perderse. La había encontrado en un folleto que colgaba del tablón de anuncios de una pequeña gasolinera en la intersección donde la vieja carretera se bifurcaba en dos: un ramal en dirección sur hacia Gunnison y el otro al oeste hacia la antigua mina de carbón y una docena de pequeños puntos en el mapa que difícilmente se podían considerar pueblos.

Tiramos los sacos de dormir encima de la moqueta nueva para pasar nuestra primera noche y, si las cosas iban según lo planeado, también la última, en la casa. Habíamos dormido en el jardín las tres primeras noches y había hecho algo más de frío de lo que nos hubiera gustado. Tag había dicho en broma algo sobre dormir en el granero de Georgia para mantenernos calientes, pero la mirada que le eché le hizo callarse de inmediato. Le conté a Tag lo de la mañana en la que mi abuela murió. Sabía que había pasado con Georgia esa última noche. Sabía que cuando llegué a casa me había encontrado a mi abuela muerta en el suelo de la cocina. La noche en el granero habían sido los últimos momentos del antes. Habían sido mis últimos momentos con Georgia. Dormir en el granero no era algo con lo que bromear.

Cuando nos habíamos comido un par de latas de sopa y casi una hogaza de pan entre los dos, sonó el timbre de la puerta, resonando con estruendo por la casa vacía y sacudiéndonos a los dos. Casi esperaba que fuera el *sheriff* Dawson y gente del pueblo con antorchas, pero la que estaba fuera en la puerta era Georgia con cara de indecisión y un libro enorme contra su pecho.

—Pensé… Pensé… —tartamudeó y se detuvo. Luego tomó aire

y me miró a los ojos. Pronunció cada palabra secamente sin permitirse trabarse otra vez—. Tengo fotos de Eli. Pensé que quizás te gustaría verlas.

Me tendió el libro y me di cuenta de que era un álbum de fotos. Tenía como doce centímetros de grosor, páginas que sobresalían y las tapas algo abolladas. Me quedé mirándolo sin cogerlo y lentamente bajó los brazos. Georgia tenía la mandíbula tensa y la mirada firme cuando al final levanté los ojos. Creía que la estaba rechazando, otra vez.

—Sí, me gustaría verlas, pero ¿te importa verlas conmigo? —pregunté con suavidad—. Quiero que me hables de él. Quiero que me cuentes las historias, quiero detalles.

Asintió y, titubeante, entró en la casa cuando le abrí la puerta un poco más y la hice pasar. Se fijó en las paredes vacías y en la moqueta nueva y se relajó bastante.

—Quería su reloj —dijo.

—¿Qué? —Me quedé mirando su largo y liso pelo y la forma en la que caía sobre sus hombros hasta su espalda acabando un par de centímetros por encima de la cintura.

—Ese reloj de pared que siempre tenía por ahí. Me encantaba —explicó.

—A mí también. —Me pregunté dónde habría acabado, esperaba que no estuviera en algún sitio metido en una caja.

—¿Quedaba algo en la casa?

Negué con la cabeza.

—Solo la pintura. —En cuanto salieron de mi boca las palabras deseé no haberlas dicho. No sé qué tenía Georgia, pero siempre me provocaba ese efecto. Hacía que bajara las defensas y que la verdad empezara a asomarse con todas sus imperfecciones y colores chillones.

Georgia me miró de la misma forma directa, como si intentara quitarme las capas, pero luego se encogió de hombros y lo dejó correr. Paseó por la cocina y me disculpé por no tener muebles. Acabamos sentados con la espalda contra la pared de la sala de estar y el libro en el regazo. Tag se entretuvo en la cocina y saludó a Georgia con una sonrisa y le preguntó sobre *Maldición*.

—¿Te han tirado hoy, Georgia?

—No, ya casi nunca me tiran. He mejorado a la hora de darles su tiempo.

—No tardará en ofrecerte la cabeza —murmuré. Georgia me miró con brusquedad y una vez más, me maldije en silencio.

—En algún momento me gustaría ir a verte. Moses y yo hemos viajado por todo el mundo, pero hace mucho que no paso tiempo con caballos. Quizás me podrías dejar dar una vuelta antes de irnos. —Tag sonrió y le guiñó un ojo antes de excusarse e irse hacia la puerta. Me había dado cuenta de que Georgia se había estremecido cuando Tag dijo lo de irnos.

—Voy a Nephi para cambiar de aires y quizás jugar al billar. Sigue habiendo un salón en la calle principal, ¿no?

—Sí, pero no lo llamamos así, Texas. Aquí lo llamamos bar. Hay una mesa de billar en la parte de atrás y, si tienes suerte, habrá alguien todavía en pie con el que puedas jugar —dijo Georgia secamente.

—¿Has oído eso Moses? Georgia me ha puesto un mote. Tag uno, Moses cero. —Se rio a carcajadas y antes de que pudiera contestarle ya había salido por la puerta delantera.

Georgia se echó a reír, pero yo quería seguirlo y tirarlo al suelo. A veces Tag no sabía cuándo tenía que cerrar la boca.

Pero, en cuanto se marchó, ya le echaba de menos.

La casa estaba muy silenciosa sin él y Georgia y yo nos habíamos quedado en una habitación vacía teniendo mucho y nada qué decir. Me sentía extrañamente bien y, a la vez, terriblemente mal al estar sentado a su lado, hombro con hombro y con las piernas estiradas, unas al lado de las otras. Con un suspiro profundo y la mano temblorosa, Georgia abrió el álbum y el silencio se llenó de fotografías.

Había fotos de una Georgia de aspecto cansado, con la trenza despeinada y ojeras que miraba a la cámara con una pequeña sonrisa y un niño de ojos oscuros, con la cara hinchada y un gorrito azul entre sus brazos. Había unos primeros planos de unos pies arrugados, unos puños en miniatura y una masa de pelo negro. Todo estaba documentado, como si se hubiera notificado y celebrado hasta el más mínimo detalle.

El tiempo iba pasando según pasábamos las páginas. El bebé llorón con la cara arrugada se convirtió en un bebé sonriente con dos dientes y baba en la barbilla. Los dos dientes se convirtieron en cuatro y los cuatro en seis y Eli celebró su primer cumpleaños con una tarta más grande que él. En la siguiente foto, tenía dos puñados de azúcar glasé en las manos y un lazo en la cabeza. En la siguiente foto el lazo había desaparecido y en su lugar había pegotes de azúcar.

—Era el niño más revoltoso. No podía mantenerlo limpio. Al final me rendí y dejé que simplemente disfrutara —susurró Georgia

mirando al niño sonriente—. En ese cumpleaños le dimos su primer par de botas. No se las quitaba, gritaba cuando intentaba quitárselas. —Pasó la página y señaló una foto. Eli estaba dormido en su cuna, tumbado bocabajo en pañales y las manos metidas bajo el pecho y llevaba puestas sus botas. Me reí, pero la risa se me quedó en el pecho y miré deprisa a otro lado. Georgia me miró, pero pasó la página y continuó.

Navidades, Pascuas, Cuatros de Julio. También había fotos de Halloween, en las que Eli llevaba una bolsa de chucherías y solo una capa y un calzoncillo que me recordó al pijama de Batman que llevaba cuando se me aparecía.

—¿Le gustaba Batman?

Me miró fijamente.

—¿Tenía un pijama de Batman?

—Sí —asintió con la cabeza. Se le puso la cara tan blanca como las paredes que habíamos pintado, pero pasó la página sin decir nada. Había fotos de acampadas, cabalgatas y alguna de Eli con el pelo peinado y la camisa limpia, cosa que rara vez pasaba en las fotos más espontáneas. Se le veía a gusto delante de la cámara, su sonrisa llenaba las páginas del álbum.

—Parece feliz, Georgia. —Era una afirmación más que una pregunta, pero Georgia asintió con la cabeza a modo de respuesta.

—Era un niño feliz. No sé cuánto tuve que ver con eso. Estaba lleno de picardía, de risa, de las mejores cosas a pesar de que yo no siempre lo apreciara. A veces solo quería que se quedara quieto, ¿sabes? —Su voz se elevó como un lamento e intentó sonreír, pero la sonrisa se le tambaleó y se escurrió y ella sacudió la cabeza como para subrayar su confesión—. Te dije que no te iba a mentir, Moses, y la verdad es que no fui la mejor madre del mundo. Deseé tantas veces tener un segundo para respirar. Estaba muy cansada. Intentaba trabajar, ir a la universidad y encargarme de Eli y solo deseaba algo de silencio. Muchas veces solo quería dormir, estar sola. Ya sabes lo que dicen: ten cuidado con lo que deseas.

—Georgia, para. —No entendía por qué insistía tanto en asegurarse de que conociera la verdad. Era como si sintiera que no tenía ningún mérito—. A mí me parece que lo hiciste bien —dije con suavidad.

Tragó saliva y cerró el álbum de golpe. Entonces, lo apartó de su regazo y se levantó.

—Georgia —protesté y la seguí.

—No puedo seguir mirándolo. Creía que podría. Tendrás que acabar tú solo.

No me miraba y sabía que apenas podía guardar la compostura. Tenía la boca tensa y las manos tan apretadas como la mandíbula, así que asentí y no la seguí cuando salió corriendo por la puerta. Luego volví a dejarme caer en el suelo, agarré el álbum con fuerza, pero sin ser capaz de abrirlo. Yo tampoco podía seguir mirándolo.

Moses

Una imagen de Georgia con una sonrisa en la boca, ojos marrones y el pelo rubio al aire como si estuviera cabalgando un caballo que yo no podía ver apareció y creció en mi cabeza. Pero no estaba cabalgando un caballo, estaba saltando en una cama. La cama estaba cubierta por una colcha de tela vaquera hecha con tiras recortadas y lazos. La veía saltar una y otra vez a través de los ojos de Eli y luego se desplomaba encima de él. Las risas de Eli hicieron que me doliera el estómago como si fuera yo el que estaba riendo, como si fuera yo el que no pudiera coger aire. Georgia me sonrió como si me fuera a dar el beso de buenas noches, como si estuviera mirándola desde la almohada que se amontonaba en mi visión periférica. Luego se inclinó y me dio un beso. Le dio un beso a Eli.

—¡Buenas noches, Stewy Stinker! —dijo acariciándole con la nariz la curva entre los hombros y el cuello.

—¡Buenas noches, Buzzard Bates! —respondió él alegremente.

—¡Buenas noches, Diehard Dan! —le contestó de inmediato.

—¡Buenas noches, Butch Bones! —se rio Eli.

Me desperté temblando con el cuello rígido y las mejillas húmedas de las babas que había dejado en el álbum de Georgia. Me había quedado dormido aferrado a él y había acabado debajo de mi cabeza en el suelo. Me pregunté si me había despertado por lo incómodo que estaba o por el sueño en el que Georgia le daba un beso de buenas noches a Eli. Me recompuse y me puse de pie. Sentí la vieja sensación de compañía no deseada. Los dedos se me doblaron y empezaron a enfriarse y rechacé las enormes ganas que tenía de rellenar la recién pintada pared con otra cosa. Con algo que estuviera vivo o que alguna vez lo había estado.

Comprobé las aguas con cuidado, resistiéndome al deseo de pintar, y eché una ojeada entre las brillantes cascadas, intentando

ver quién estaba esperando en el otro lado. Quería ver a Eli otra vez; tenía miedo de que no volviera.

Al principio pensé que era Molly. Tenía el pelo similar, pero, cuando dejé que las aguas se apartaran, vi que no. La dejé cruzar, manteniendo la espalda en la pared, mirándola con curiosidad. No me había mostrado nada; no me había mandado imágenes de la gente a la que quería o trozos de su vida, simplemente caminó hacia la pared más grande de la sala de estar, que Tag y yo habíamos cubierto con pintura blanca. Habíamos pintado todas las paredes borrándolo todo. Puso su mano contra la pared casi como si fuera un monumento. Me recordó a la forma en la que la gente recorre con el dedo los nombres de los soldados del muro de Vietnam que Tag y yo habíamos visitado en Washington D. C. Ese muro resonaba con el dolor y la memoria y atraía a la muerte cuando sus seres queridos iban a visitarlo.

La chica dobló un poco los dedos contra la pintura fresca y luego me miró. Eso fue todo, después ya no estaba.

Mi teléfono sonó una y otra vez y me estuve trastabillando por ahí hasta que lo encontré. Miré la hora antes de contestar la llamada y supe rápidamente que no podían ser buenas noticias.

—¿Moses? —Su voz hizo eco como si estuviera en un pasillo vacío.

—Tag, son las tres de la mañana, ¿dónde estás?

—Detenido.

—Joder, Tag —gruñí, y me llevé una mano a la cara. No debí haberle dejado ir… pero Tag se las había estado arreglando muy bien solo durante mucho tiempo y hace años que una cerveza no le hacía descarrilar.

—En Nephi. La he cagado, Mo. Estaba jugando al billar, tomándome una cerveza tranquilamente, hablando de chorradas con los chicos de por ahí. Georgia tenía razón, todo el mundo estaba bastante borracho y eso hacía más fácil que ganara. Todo iba bien, pero entonces unos tíos empezaron a hablar de las chicas desaparecidas y me llamó la atención. Les pregunté: «¿Qué chicas desaparecidas?». Uno de ellos me dio un folleto que estaba pegado en la pared. La chica que ha desaparecido es una chiquilla de pelo rubio que tendría diecisiete años quizás. La vieron por última vez el cuatro de julio en Fountain Green, al otro lado de la colina. Eso me recordó a Molly, Mo. Estaban diciendo que la chica era un poco suelta. La gente dijo lo mismo de Molly, como si se hubiera buscado ella su propia muerte. —La voz de Tag se elevó y noté cómo volvía a aparecer en su cabeza el antiguo dolor—. Luego un

viejo del bar se levanta y dice que tú estás de vuelta por la zona y todos empezaron a especular acerca de que tú eras el que se había estado llevando a todas esas chicas estos años. Dijeron que habían sido unas cuantas y todos recordaban el dibujo del pasadizo. Uno de ellos incluso sabía que fuiste tú el que dijo a la policía dónde buscar a Molly. No debí haber dicho nada, Mo, pero yo no soy así, ya me conoces.

Sí, lo conocía y gruñí al saber lo que venía ahora. Sentía calor en la cara y respiraba entrecortadamente. Sabía que me odiaban, pero no sabía del todo por qué lo hacían.

—Lo siguiente que recuerdo es que el viejo me estaba dando con el taco del billar en la cabeza.

Volví a gruñir. A Tag le encantaba pelearse, estaba bastante seguro de cómo había acabado todo.

—Así que ahora estoy aquí, en la cárcel del condado. El *sheriff* Dawson se ha alegrado mucho de verme. Me ha interrogado él en persona. De hecho, me he pasado las últimas dos horas contestando preguntas sobre dónde había pasado yo el cuatro de julio, como si tuviera algo que ver con la desaparición de la chica. Luego me han empezado a preguntar cosas sobre ti; si sabía dónde habías estado tú el cuatro de julio. Joder. —Tag escupió con repugnancia—. Esa noche tuve una pelea, ¿recuerdas? Es una suerte que tuviera una coartada tan clara para los dos. Tengo que pagar una multa y estoy seguro de que el propietario del bar Se Lía Buena querrá que pague los daños, cosa que haré, pero tu camioneta aún está allí, en la calle principal, así que vas a tener que venir a recogerme por la mañana.

—¿El bar Se Lía Buena? —Estaba empezando a dolerme la cabeza.

—O como se llame, puede que fuera La Tía Buena, aunque eso suena un poco despectivo. —Tag reflexionó antes de continuar con la historia—. Es todo una patraña y me van a dejar salir, pero no hasta mañana por la mañana. Me van a decir que he bebido mucho y que tendré que dormir en una celda esta noche. También me han dicho que no puedo abandonar la zona en las próximas cuarenta y ocho horas.

Estaba seguro de que Tag no estaba borracho. Lo había visto borracho, lo había sacado de bares, balanceándose y maldiciendo, con solo un par de cervezas, y esta vez no había llegado a eso.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté—. Si mi coche está en Nephi, ¿cómo voy a ir a por ti?

—No lo sé, tío. Mira a ver si Georgia puede echarte una mano. Espero que siga ahí. El *sheriff* dijo algo de incautarlo alegando una

búsqueda o algo así.

—Ni siquiera tenía ese camión el cuatro de julio. Lo compré en agosto, ¿te acuerdas? ¿Qué demonios creen que van a encontrar ahí?

—Es verdad, ¡me había olvidado de eso! —Tag soltó un taco y yo escuché una voz que le decía que se le acababa el tiempo.

Le dije unas palabras a Tag para que las repitiera con fuerza y que ya me las arreglaría para estar ahí por la mañana.

Sin embargo, a la mañana siguiente no había hallado la solución. Podía ir a casa de Georgia, pero decidí que preferiría robar una bici y pedalear con Tag en el manillar de vuelta a casa que pedirle a Georgia que me ayudara a sacar a mi amigo de la cárcel.

Para cuando llegó la chica de la limpieza en una vieja furgoneta blanca y con una sonrisa nerviosa, yo ya estaba al borde de la locura. Eché un vistazo al vehículo y le ofrecí quinientos dólares para que me dejara conducir hasta Nephi. Se le agrandaron los ojos azules y accedió de buena gana, asintiendo con la cabeza de pelo rubio teñido tan vigorosamente que se le cayó el lazo rosa a los ojos. Le prometí que se la traería de vuelta para cuando hubiera terminado con la casa y salí por la puerta.

Capítulo 22

Georgia

Me pareció ver a Moses alejándose en la furgoneta blanca de Lisa Kendrick. Pasó por delante de mi casa con la cabeza agachada como si no quisiera que le viera. Acababa de llegar de la oficina de correos y estaba saliendo del Ford cuando pasó la furgoneta. Después de que Eli muriera, no había vuelto a coger a *Myrtle*. Mi padre se la había vendido a un amigo de Fountain Green para que no la tuviera que volver a ver más. Puede que fuera melodramático, pero, como me dijo mi padre cariñosamente: «Hay batallas que tienes que luchar para estar bien, pero esta no es una de ellas. Vende la camioneta, George». Así que lo hice.

Vi la furgoneta pasar por la esquina, girar y dirigirse a la carretera. Se estaba dirigiendo al norte, hacia Nephi. Podría ser cualquier lugar, pero considerando que Tag se había ido allí la noche anterior con la furgoneta de Moses, parecía bastante razonable que fuera ahí a donde se dirigiera, pero ¿en la furgoneta de Lisa?

Cerré de un golpe la puerta y me dirigí a casa de Moses sin importarme si estaba siendo una vecina cotilla. Quería coger el álbum, así no tendría que volver a verle. Me había preguntado sobre el pijama de Eli, sobre el pijama de Batman. Por un momento pensé que estaba intentando hacerme daño, pero no podía saber que cuando murió Eli llevaba ese pijama. No podía. Sin embargo, me había afectado y no había aguantado mucho más después de eso. Me pregunté si Moses habría seguido mirando las fotos cuando me fui.

La puerta delantera no estaba cerrada con llave y subí por las escaleras nada más entrar.

—Hola. —Me pareció escuchar agua corriendo—. Hola.

Se dejó de oír el agua y se escuchó una voz femenina gritando

desde arriba.

—¡Un momento!

—Lisa. ¿Eres tú?

Lisa Kendrick apareció al final de las escaleras limpiándose las manos con un trapo y con el pelo alborotado.

—¡Ay, Dios! ¡Georgia me has asustado! —Se abanicó la cara con el trapo mojado—. Toda esta casa me pone los pelos de punta.

—¿Has dejado que Moses coja tu furgoneta? —le pregunté ignorando los comentarios sobre la casa. El pueblo tenía que superarlo ya.

—Sí… ¿Debería haberle dicho que no? —La adolescente empezó a preocuparse—. Creo que su amigo cogió su camioneta y necesitaba ir a Nephi y me ha dado quinientos pavos, pero mi madre me va a partir la cara si le pasa algo a la furgoneta. Ma ha dicho que me la devolvería enseguida. No debería habérsela dejado. De hecho, él también me pone los pelos de punta. Está bueno, pero me da miedo, es como Johnny Depp en *Piratas del Caribe.* Está muy bueno pero pirado.

Estaba divagando y yo ya estaba aburrida.

—Estoy segura de que está bien. No te distraeré más, solo me he pasado para coger algo que me dejé anoche.

Los ojos de Lisa se abrieron y pude ver lo mucho que quería saber qué me podría haber dejado en la espeluznante casa de un chiflado que estaba bueno, pero se contuvo y se dio la vuelta hacia el baño, aunque lentamente.

—No me importa que te quedes. No me gusta estar sola aquí —añadió—. Mi madre me dijo que no hiciera este trabajo, pero cuando le dije todo lo que me iba a pagar, cedió. Tengo que llamarla cada media hora. ¿Y si se pasa por aquí y no está la furgoneta? —levantó la voz alarmada—. Me voy a meter en un buen lío.

—Estoy segura de que todo irá bien —repetí despidiéndome con la mano mientras me alejaba de la chica. Me sorprendía que la gente siguiera hablando de Moses Wright. Estaba claro que la madre de Lisa no le había comentado a su hija que en algún momento Moses y yo habíamos estado juntos. Cuando Eli nació, me tocó soportar el cotilleo, la gente rápidamente empezó a compartir sus conclusiones sobre el padre de mi hijo, pero quizás por el hecho de que nunca hubiera dicho nada, de que hubiera mantenido la cabeza gacha y hubiera seguido con mi vida, el cotilleo cesó y la gente dejó de quedarse mirando a Eli cada vez que salíamos por ahí. Como una tonta pensé que nunca tendría que hablar sobre

Moses, pero, cuando Eli tenía tres años e iba a parvulitos, de repente un día le empezaron a surgir sus propias preguntas y mi hijo era tan cabezota como yo.

—¿El abuelo es mi padre? —preguntó Eli en una ocasión, intentando llevarse a la boca una cucharada de macarrones con queso antes de que se le escaparan. Había rechazado mi ayuda, pero, al ritmo que iba, se moriría de hambre.

—No, el abuelo es mi padre. Es tu abuelo.

—Entonces, ¿quién es mi padre?

Y ahí estaba, la pregunta que no había hecho en aquellos tres años. Se quedó suspendida en el aire, esperando mi respuesta. Y, por mucho que me hiciera la tonta o me mordiera la lengua, no iba a desaparecer.

Cerré el frigorífico con calma y le serví un vaso de leche, demorando el momento.

—¡Mami! ¿Quién es mi padre? —Eli se había dado por vencido con la cuchara y había pasado a coger los macarrones con la mano. Se le salían tantos por los lados de las manitas que no llegaba ninguno a la boca.

—Tu padre es Moses —contesté finalmente.

—¡Mo-ses! —Se rio, pronunciado las dos sílabas con el mismo énfasis—. Es un nombre gracioso. ¿Dónde está Mo-ses?

—No lo sé.

Eli dejó de reírse.

—¿Por qué? ¿Se ha perdido?

—Sí. —Y eso todavía me hacía daño.

Eli se quedó callado durante unos segundos cogiendo más pasta con las manos. Creí que había perdido interés en la conversación. Lo observé hasta que finalmente consiguió meterse en la boca unos cuantos macarrones de color naranja. Sonrió complacido consigo mismo, masticó alegremente tragando ruidosamente y volvió a hablar.

—Quizás pueda encontrarlo. Quizás pueda encontrar a Mo-ses. Soy un buen buscador.

«Él me ha hecho volver», había dicho Moses. Quizás, al final, Eli lo había encontrado. Solo pensarlo hizo que me tambaleara. Me deshice del pensamiento mientras entraba en la cocina y cogí el álbum de la encimera. Me detuve un momento pensando si debería dejarle algo. Sabía que había duplicados o varias fotos que eran

muy parecidas, pero no quería empezar a deshacer mi álbum y tampoco dejar las preciadas fotografías apiladas en la encimera para que Lisa las vieras o Tag las hojeara. No podía hacer eso. Se me ocurrió qué podía hacer: un álbum para Moses. Le haría copias de las fotografías de las que no tuviera duplicados, escribiría descripciones y fechas y las pegaría al lado de las fotos para que tuviera los detalles que quería saber.

Habiendo llegado a una decisión, me puse el álbum contra el pecho y me di la vuelta hacia la puerta delantera. Al salir, mis ojos se desviaron hacia las paredes de la sala de estar y mi mirada parpadeó y se quedó fija. En el centro de la pared trasera, a unos tres cuartos de pared del suelo, la pintura se estaba pelando y no era solo una burbuja pequeña, era un círculo del tamaño de mi mano y los bordes blancos se estaban levantando dejando ver remolinos negros por debajo.

Me acerqué a la mancha e intente alisarla, preguntándome qué habría pasado. Me recordó a la época en la que mi madre había pintado la cocina cuando yo tenía diez años. La pintura original llevaba ahí desde los setenta y, cuando intentó poner una nueva capa de pintura azul claro encima, la pintura se había despegado como esa. Tenía algo que ver con la base aceitosa y acuosa de las pinturas, aunque, cuando era niña me dio igual. Me dediqué a disfrutar despegando las largas tiras de pintura de la pared mientras mi madre se quejaba por todo el tiempo que había perdido. Al final, habían tenido que tratar las paredes con algún tipo de decapante e incluso habían lijado las paredes para asegurarse de que no volvía a pasar.

Tiré de uno de los bordes, incapaz de resistirme, y otro trozo me cayó en la mano.

Ahí había una cara.

El trozo que había quitado de la pared mostraba un ojo, un poco de nariz y la mitad de una boca sonriente. Seguí despegando un poco más hasta liberar toda la cara. Recordaba esta imagen. Solo la había visto una vez, aquella mañana horrible. Nunca había vuelto a entrar en la casa, no hasta la noche anterior, y entonces la pared estaba perfecta, impoluta.

No era Molly. Por algún motivo, eso me alivió.

La gente había hablado, sobre todo cuando encontraron los restos de Molly Taggert cerca del paso inferior. Decían que Moses estaba involucrado, que había tenido algo que ver con alguna banda, que Moses había traído a sus compañeros pandilleros con él. Yo me limité a bajar la cabeza, a quedarme en silencio y a intentar

no creerme las cosas que decían. Intenté centrarme en la vida que crecía dentro de mí y en los días que estaban por venir, pero, en el fondo, mantuve una puerta abierta esperando a que volviera.

La noche anterior la pared estaba perfecta, impoluta, y ahora había una cara en medio de un mar blanco. Di la espalda a la pared, cogí el álbum y salí de la casa.

Moses

La chiquilla de la limpieza estaba sentada en las escaleras de la puerta delantera cuando finalmente llegamos a Levan. Tag llevaba mi camioneta detrás de mí. Por suerte, no se la habían llevado y a Tag lo habían dejado salir con una fianza no muy alta y una firma. La chica se levantó cuando salí de la furgoneta y se apresuró hacia mí.

—¿Me puedo ir ya, señor Wright? Ya he acabado.

Asentí y cogí la cartera. Le di siete billetes de cien dólares. Tenía las manos temblorosas. Con un saludo y apretando fuerte sus inesperadas ganancias en la mano y el cubo con sus cosas, Lisa Kendrick echó a correr hacia la furgoneta como si la estuvieran persiguiendo unos perros. Se metió dentro y arrancó mientras que Tag y yo nos quedamos mirándola algo sorprendidos ante su asustadizo comportamiento. Bajó unos centímetros la ventanilla y las palabras salieron precipitadas y desordenadas.

—Su nombre es Sylvie. Sylvie Kendrick. Es mi prima, solía hacerme de canguro cuando era pequeña. Vivía en Gunniso. Desapareció hace ocho años —dijo Lisa Kendrick—. Fue hace mucho tiempo y yo solo tenía nueve años, pero estoy bastante segura de que es ella.

No tenía ni idea de qué estaba hablando y empecé a preguntárselo, pero puso marcha atrás y salió del camino de entrada a mi casa como si finalmente hubiera perdido los nervios.

Moses

—Vamos a tener que lijar.

Tag y yo estábamos mirando la cara que había aparecido en la pared blanca, una cara que el día anterior no estaba ahí. Imaginaba que, por lo que había dicho Lisa Kendrick antes de salir corriendo, esa cara pertenecía a Sylvie Kendrick.

—Algo pasa en esta casa, Moses.

—No es la casa, Tag. Soy yo.

Me dirigió una mirada y negó con la cabeza.

—Que veas cosas que otras personas no pueden ver no significa que seas tú el problema, Mo. Solo significa que hay menos secretos y eso puede ser peligroso.

Caminé hacia la pared y puse la mano sobre la cara de la misma forma que la chica había hecho la noche anterior. Había tocado la pared exigiéndome que la mirara.

—Creo que tenemos que irnos de aquí, Moses. Lo lijamos, ponemos otra capa de pintura y nos vamos. Tengo un mal presentimiento con todo esto —insistió Tag.

Sacudí la cabeza.

—No me puedo ir todavía, Tag. —Me di la vuelta y miré a mi amigo.

—Ayer querías irte, estabas decidido, preparado para irte —argumentó Tag.

—Esa chica la conocía. Lisa, la chica que ha venido a limpiar, vio la cara y la reconoció y se asustó. Dijo que era su prima, pero desapareció hace ocho años. ¿Qué tiene que ver eso conmigo? ¿Qué tiene que ver eso con nada? Estoy seguro de que la vi anoche por la conexión con Lisa, así es como funciona.

—Pero la pintaste antes de esta noche —contestó Tag.

—También pinté a Molly antes de conocerte a ti —respondí volviendo a fijar mis ojos en la pared.

Tag esperó a que dijera algo más y, como no lo hice, soltó un suspiro.

—Molly y esa chica… —Señaló la pared—… y ahora otra. Tres chicas muertas en diez años no es algo extraordinario, incluso en Utah. Y ambos sabemos que no tiene nada que ver contigo. Tú eres simplemente el desafortunado hijo de puta que ve a gente muerta, pero la gente aquí ha decidido que sí que tienes algo que ver. Escuché a esos tíos anoche y tú has visto cómo esa chica se ha ido de aquí como si fueras Jack el Destripador. No necesitas esta mierda en tu vida, Mo. No te la mereces y no la necesitas —repitió

Tag.

—Pero necesito a Georgia.

Ahí estaba, lo había dicho. Lo había sabido desde que apareció con el álbum pegado al pecho la noche anterior. Había abierto un poco la puerta y ella había entrado con el álbum como ofrenda de paz.

Tag no habría parecido tan sorprendido si lo hubiera abofeteado con ese mismo álbum. Sentí como si me hubieran golpeado a mí también y me faltara el aire, estaba jadeando.

—Parece como si el muñeco de palitos que te pegaba en la cabeza te hubiera hecho entrar en razón —susurró Tag—. Solo que siete años tarde.

—Esta vez no puedo salir corriendo, Tag. Tengo que ver qué pasa, sea lo que sea. Quizás termine haciendo las paces con mis fantasmas, haciendo las paces con Georgia o conociendo a mi hijo de la única forma que me queda. —No podía pensar en Eli sin sentir que estaba bajo un chaparrón, pero el agua siempre había sido mi compañera y decidí que quizás fuera el momento de dejar que lloviera.

—No me puedo quedar, Mo. Me gustaría hacerlo, pero tengo la sensación de que, si me quedo por aquí, voy a resultar una carga. Hay algo en este lugar que no va conmigo.

—Lo entiendo y no pretendo que lo hagas. Puede que me quede un tiempo. Puede que la casa necesite algo más que un poco de pintura y la moqueta nueva. Ha estado vacía durante mucho tiempo. El baño es viejo, necesita un suelo nuevo, el patio está hecho mierda… Voy a arreglarlo todo y luego se lo voy a ofrecer a Georgia por los gastos del parto, los cuatro años cuidando de nuestro hijo, los costes del funeral, el dolor y el sufrimiento. Mierda, seguramente la casa no es suficiente.

—Salt Lake está a dos horas en coche o menos, si conduzco yo. Me llamarás si me necesitas, ¿no?

Asentí.

—Te conozco, Mo, sé que no. —Tag se pasó la mano por la pelambrera y echó un suspiro.

—Te llamaré —le prometí, pero en el fondo sabía que Tag tenía razón. Era difícil necesitar a alguien.

—¿Quieres un consejo? —preguntó Tag.

—No —le respondí y puso los ojos en blanco.

—Bien, aquí va: no vayas despacio, no seas blando, ve con todo y deprisa. Las mujeres como Georgia están acostumbradas a llevar

las riendas, pero la destrozaste, Mo, y luego la abandonaste. Sé que tenías tus motivos, sabes que lo entiendo, pero no va a dejar que la vuelvas a destrozar, así que te lo vas a tener que trabajar. No esperes que te lo pida por favor, porque no va a pasar.

—No estamos hablando de un caballo, Tag.

—Pues claro que no. Es el lenguaje que usa ella, así que más te vale aprenderlo.

Capítulo 23

Moses

Esa noche Georgia volvió a venir, golpeó en la puerta y otra vez traía algo, pero esta vez no era un álbum. Intenté no decepcionarme. Quería más, pero, cuando había vuelto a casa aquella tarde, el álbum ya no estaba en la encimera de la cocina y no tenía ninguna duda de que Georgia había venido y se lo había llevado.

Me tiró al pecho una bandeja de bizcocho de chocolate y me dijo rápidamente:

—He cogido el álbum.

Asentí con el bizcocho en las manos.

—Ya lo he visto.

—Solo quería que supieras que voy a hacer un álbum para ti. Tengo muchas fotos.

—Eso me gustaría, incluso más que el bizcocho casero.

—Intenté sonreír, pero me pareció forzado, así que le dije que esperara mientras dejaba el bizcocho en la encimera de la cocina y volvía con ella a las escaleras de la puerta delantera, deseando saber qué decir para que se quedara.

—No lo he hecho yo. Me refiero al bizcocho, soy muy mala cocinera. La única vez que intenté hacer bizcocho Eli cogió un trozo y lo escupió. Y eso que él se comía los bichos. Estaba segura de que no podía estar tan malo hasta que le di un bocado. Estaba asqueroso. Acabamos llamándolo «cacocho» en lugar de «bizcocho» y se lo dimos a las cabras. Fue un milagro que Eli sobreviviera.

Se calló violentamente con la cara afligida. Quería rodearla entre mis brazos y decirle que no pasaba nada, pero sí que pasaba, porque Eli no había sobrevivido.

Georgia bajó los escalones y trató de sobreponerse de nuevo,

sonriendo con intensidad.

—Pero no te preocupes, he comprado el bizcocho en la panadería Sweaty Betty. Hacen los mejores pasteles de todo el condado de Utah.

No recordaba a nadie que se llamara Betty y, con ese nombre, tenía mis dudas de que supiera mejor que el «cacocho» de Georgia. De hecho, estaba seguro de que lo dejaría para que se lo comiese Tag.

—Algún día tendrás que volver a intentarlo —le sugerí cuando se estaba dando la vuelta para irse. Estaba hablando sobre su bizcocho, pero no del todo, y quizás se diera cuenta, porque se despidió con un gesto sin detenerse.

—Buenas noches, Stewy Stinker —le grité.

—¿Qué has dicho? —Su voz sonó ácida y se detuvo, pero no se dio la vuelta.

—He dicho buenas noches, Stewy Stinker. Ahora tú tienes que decir «Buenas noches, Buzzard Bates».

La escuché carraspear y luego se dio la vuelta con los dedos contra los labios para disimular el temblor.

—No hace más que mostrarme imágenes en las que le das el beso de buenas noches y siempre es lo mismo. —Esperé.

—¿Es eso lo que te muestra? —susurró totalmente conmovida.

Asentí.

—Era de su libro. Le… Le gustaba muchísimo. Seguramente se lo leí unas mil veces. Era un libro que me encantaba cuando era pequeña y se llamaba *Cálico, el caballo maravilla.*

—A su caballo lo llamó…

—*Cálico*. Lo llamó así por el caballo del libro —acabó la frase Georgia. Parecía que estuviera a punto de caerse. Caminé hacia ella, la cogí de la mano y, con cuidado, la conduje hacia las escaleras. Se dejó y no se apartó cuando me senté junto a ella.

—Entonces, ¿quién es Stewy Stinker? —insistí suavemente.

—Stewy Stinker, Buzzard Bates, Skunk Skeeter, Butch Bones, Snakeyes Pyezon… Eran los Hombres Malos del libro.

—Georgia sonrió, pero obviamente sentía demasiado dolor y la sonrisa desapareció como la marea.

—Y, si esos eran los hombres malos, ¿quiénes eran los buenos? —pregunté, tratando de sacarle la sonrisa otra vez.

—No es que fueran hombres malos, sino que la banda se llamaba así, los Hombres Malos. Stewy Stinker y los Hombres Malos.

—Sin publicidad engañosa.

Georgia se rio y la expresión de aturdida que había tenido desde que le había sacado lo de Stewy Stinker se desvaneció un poco.

—No, simple y directa. Sabes exactamente lo que te están dando.

Me pregunté si había un doble sentido escondido y esperé a que me lo dijera.

—Estás distinto, Moses —susurró.

—Y tú.

Se encogió y luego asintió.

—Sí. A veces echo de menos a la antigua Georgia, pero para que volviera tendría que borrar a Eli y no intercambiaría a Eli por la antigua Georgia.

No podía hacer nada más que asentir. No quería pensar en la antigua Georgia y el antiguo Moses y el intenso camino que habíamos recorrido juntos. Había quemado esos recuerdos en mi cabeza, pero, al volver a Levan, me habían entrado ganas de volverlos a visitar. Quería besar a Georgia hasta que le dolieran los labios, quería hacerle el amor en el granero y bañarme con ella en la torre del agua y, sobre todo, quería quitarle ese dolor que no hacía más que destrozarla.

—Georgia.

Había apartado los ojos.

—¿Sí?

—¿Quieres que me vaya? Dijiste que no me ibas a mentir. ¿Quieres que me vaya?

—Sí . —No había duda en su voz.

Sentí la palabra retumbar en mi pecho y me sorprendió el dolor que resonaba dentro de mí. Sí. Sí. Sí. El eco se burlaba de mí. Me recordó a cuando la rechacé la última noche en el establo. «¿Tú me quieres, Moses?», me había preguntado. «No», le había dicho. No. No. No.

—Sí, quiero que te vayas y no, no quiero que te vayas —se corrigió con una ráfaga de aliento frustrado y reprimido. Se puso de pie bruscamente, levantó los brazos en el aire y luego los cruzó sobre su pecho a la defensiva—. Si te digo la verdad, ambas cosas son ciertas —añadió despacio.

Yo también me levanté, reprimiendo el impulso de huir, correr y pintar como siempre había hecho, pero Tag había dicho que tenía que currármelo y que no fuera despacio e iba a seguir su consejo.

—Esta vez no sé cuál es la verdad, Moses, no lo sé —dijo

Georgia y supe que esta vez no podía salir corriendo y no lo haría.

—Sabes la verdad, pero no te gusta. —Nunca creí que podría llegar a ver a Georgia teniendo miedo de algo. Yo también tenía miedo, miedo de que realmente quisiera que me fuera. No sabía si podría irme. Otra vez no.

—¿Y tú qué, Moses? ¿Te quieres ir? —Georgia me devolvió las palabras. No respondí, me limité a mirarle primero los labios que le temblaban y luego a los ojos llenos de preocupación. Levanté la mano hacia la gran trenza que le caía por el hombro derecho. La sentí cálida y gruesa en mi mano y cerré con fuerza los dedos en torno a ella, necesitaba agarrarme a algo. Me gustaba que no se hubiera cortado la trenza. Había cambiado, pero su pelo no.

Con la mano izquierda le agarré la trenza y con la derecha la cogí de la cintura y la acerqué a mí. Sentí la antigua química que había estado ahí desde el principio. La misma llamada que había causado tanto caos en nuestras vidas… Más en la suya que en la mía. Ahí estaba y sabía que ella también lo sentía.

Se le ensancharon las fosas nasales y se le detuvo la respiración. Tenía la espalda tensa contra mis dedos y los separé todo lo que pude, intentando sentir su cuerpo tanto como pudiera sin mover la mano. Tenía los ojos fijos en mí, feroces y sin pestañear, pero no se resistió.

Entonces incliné la cabeza y, antes de que ella pudiera hablar, antes de que yo pudiera pensar, antes de que ella pudiera salir corriendo, antes de que yo pudiera ver, la besé en la boca. No quería ver nada, quería sentir, escuchar y saborear, y su boca me llenó la mente de colores, como siempre había hecho. Rosa. Sus besos eran rosas. Rosa claro, del color del atardecer con manchas doradas. El rubor sonrosado se arremolinaba debajo de mis ojos y presioné mis labios contra los suyos con más fuerza soltándole el pelo y el cuerpo para sostener su cara entre las manos, para conservar los colores y que no se desvanecieran y entonces sus labios se abrieron bajo los míos y los colores se convirtieron en corrientes de rojo y dorado que palpitaban contra mis ojos como si el movimiento suave de su lengua dejara fuego a su paso.

El color desapareció como cuando pinchas un globo cuando, de repente, Georgia se apartó, casi violentamente y sin decir palabra, se dio la vuelta y salió corriendo con todos los colores, dejándome solo empapado en color negro.

—Ten cuidado, Moses —me dije en alto a mí mismo—. Te van a tirar del caballo.

Moses

Como solo teníamos un vehículo para los dos, tuve que llevar a Tag a Salt Lake la mañana siguiente. Pasé dos días fuera, uno anulando las citas de mi agenda del mes siguiente y arreglándolo para que aquellos que insistían en mantener sus citas vinieran a Levan. Si la gente no había empezado a hablar todavía, estaba seguro de que lo harían cuando empezara a ofrecer sesiones de espiritismo y pintura en la sala de estar de mi abuela.

Pasé el siguiente día comprando en una tienda de muebles para equipar la casa con las necesidades básicas. No iba a dormir en el suelo y a sentarme apoyado en las paredes para siempre, así que compré una cama, un sofá, una mesa y cuatro sillas, una lavadora, una secadora y una cómoda. Me gasté el dinero suficiente como para que la tienda me enviara los muebles de forma gratuita a Levan y acepté complacido. Además de los muebles, también cogí algo de ropa, pintura y lienzos en blanco y el cuadro que pinté para Eli sin saber quién era. Se lo daría a Georgia. Ella había compartido sus fotos conmigo, así que yo iba a hacer lo mismo si me dejaba.

El viaje de vuelta a Salt Lake también había sido productivo en otros sentidos. Eli había vuelto. Le había visto en el retrovisor durante un segundo cuando me alejaba de la casa de B. A. Me había dado la vuelta inmediatamente frenando en seco y aferrándome al volante. Di la vuelta a la camioneta e ignoré las preguntas sin respuesta que Tag me hacía. Pero Eli no había vuelto a aparecer, así que, al final, me di por vencido y volví a darme la vuelta camino a la ciudad una vez más, esperando que no fuera la última vez que lo viera. Me pareció verle a la mañana siguiente por el rabillo del ojo cuando cargaba algunos cuadros en la camioneta. Y luego, la última noche, apareció a los pies de mi cama, igual que la primera vez, como si el haberme ido de Levan lo hubiera obligado a aparecer.

Me mostró a *Cálico* corriendo por los campos y a Georgia leyéndole y arropándolo, igual que las otras veces, pero también me enseñó cosas nuevas. Me mostró una sopa de pollo con fideos, los fideos eran tan gruesos que casi no había caldo. Me mostró los dedos de sus pies jugando con la tierra como si le gustara esa

sensación. Sabía que eran sus dedos porque eran cortos y de niño. Escribió cuidadosamente con una de sus manitas su nombre en la tierra. Luego vi cómo construía una torre de colores intentando poner las piezas de Lego una encima de la otra.

Era muy extraño, pequeños fragmentos y capturas de la vida de un niño, pero las observé con los ojos cerrados dejando que Eli me llenara la cabeza con las imágenes. Buceé por ellas intentando entenderlo mejor. No quería perderme nada importante, aunque todo parecía importante. Todo parecía ser absolutamente vital, cada mínimo detalle. Me quedé dormido soñando que le ayudaba a levantar un muro con bloques de plástico de millones de colores. Un muro que evitaría que se fuera como se había ido B. A.

Georgia

Después de perder a Eli, salía a trabajar con los caballos y, sin excepción, el caballo con el que estuviera trabajando acababa tumbándose en el medio del picadero. *Sackett, Lucky* o cualquiera de ellos. No importaba, fuera cual fuera el caballo con el que estuviera trabajando o interactuando, se tumbaba como si estuviera demasiado cansado como para hacer otra cosa que no fuera dormir. Sabía que estaban proyectando lo que yo sentía. Las primeras veces que pasó, yo también acababa tumbada, no podía cambiar la forma en la que me sentía. Ser consciente de lo que me pasaba no era suficiente. El dolor pesaba demasiado, pero, cuando me forzaba a levantarme, el caballo también se levantaba.

Durante el primer año, había días en los que era incapaz de hacer que *Cálico* se moviera. Se quedaba parada, totalmente quieta con la espalda al viento. Pensaba que estaba deprimida porque echaba de menos a Eli, pero, con el tiempo, me di cuenta de que estaba reflejando mis sentimientos. Ya no me tumbaba en el suelo, pero tampoco seguía adelante, así que empecé a trabajar en un par de cosas más, a cuidarme un poco mejor y a intentar dar algunos pasos, aunque fueran pequeños. Aunque solo fueran para que *Cálico* volviera a correr.

En los últimos meses, los caballos habían estado pendientes de mí, dándome mordisquitos y acariciándome con el hocico. Supongo

que sintieron que necesitaba tocar y que me tocaran. Cualquier madre puede decir que un niño invade su espacio desde el momento de la concepción. Durante años, el espacio no existe. Tener mi espacio era una de las cosas que había echado de menos e incluso lo había deseado. Luego Eli murió y tuve todo el espacio que había creído querer. No algo de espacio, que es lo que había querido, sino todo el espacio exterior, galaxias de espacio, y con agonía me había sumergido en él, anhelando los días en los que no lo había tenido.

Ahora los caballos me acosaban, ocupando ese espacio, y yo agradecía tener cerca sus cuerpos pesados, sus empujoncitos con la nariz y la forma en la que me levantaban y me seguían de muy cerca. Me hacía bien incluso cuando les empujaba y les rogaba que me dejaran espacio, ellos sabían lo que era mejor. Al parecer, mi cuerpo pedía una cosa distinta a la que pedía mi boca.

Había dejado que Moses me besara y suponía que, en ese momento, mi cuerpo y mis labios habían pedido lo mismo. Seguro. Sí que me había apartado, pero no enseguida. Lo había dejado besarme primero y había abierto la boca para besarlo a él y al día siguiente los caballos me estaban rodeando como si estuviera repartiendo panceta. Se estaban arremolinando a mi alrededor, inquietos, imitando la agitación que sentía bajo la piel, reflejando mi energía nerviosa. *Sackett* no me miraba y tenía la cabeza agachada como si se sintiera culpable por algo. Al mirarle me di cuenta de que me avergonzaba de mí misma.

Había dejado que Moses me besara y no tenía derecho a hacerlo. Me había preguntado si quería que se fuera. No debería haber dudado, debería haberle dicho que se fuera. En lugar de eso, lo había dejado acercarse a mí y me había besado como si siguiera siendo la chica que no tenía ni orgullo ni reglas en lo que se refería a él. Ahora se había ido y la casa de Kathleen Wright estaba cerrada. Llevaba dos días fuera, sin explicaciones, sin despedirse. Por lo que sabía, podría no volver a verle durante siete años más. Me di cuenta de que me temblaban los labios y de que estaba llorando y, de repente, *Sackett* apoyó su cabeza en mi hombro.

—Maldita sea, *Sackett*. Maldita sea. Es hora de hacer algunas leyes nuevas y más estrictas en Georgia. A partir de ahora, nadie que se llame Moses podrá entrar. Ni hacer visitas ni cruzar las fronteras. Nada. Nadie que se llame Moses podrá entrar.

Había pasado toda la noche anterior en el ordenador intentando recopilar toda la información posible sobre Moses Wright. No estaba en Facebook ni en Twitter. Pero yo tampoco. Habíamos

creado una página web, un Facebook y un Twitter para organizar las sesiones de terapia equina y me metía en las redes sociales con ese perfil. Cuando busqué en Google «Moses Wright», me quedé sorprendida con lo que encontré. La BBC había emitido un especial sobre él y había un montón de vídeos en Youtube sobre sus sesiones con clientes, aunque la cámara casi siempre enfocaba los lienzos, como si Moses no quisiera salir en la pantalla. Había un artículo del *Times* sobre su habilidad para «pintar para los muertos» y la revista *People* había sacado un artículo sobre «la genialidad de otro mundo de Moses Wright».

Entonces me di cuenta de que se había forjado una reputación y que era como una estrella, a pesar de que parecía que hiciera lo posible por mantenerse en el anonimato. ¿Qué era lo que había dicho de pasada Tag sobre que habían estado viajando por el mundo? A juzgar por el volumen de información que venía de todos los rincones del planeta, no me cabía la menor duda de que era verdad. Había cientos de fotos de sus cuadros, pero muy pocas de él, aunque sí que encontré un par de ellas en una gala para un hospital. Estaba de pie entre Tag y otro hombre cuya bata decía que se llamaba doctor Noah Andelin. Me volví a preguntar cómo habrían acabado juntos Tag y Moses. Tenían una conexión profunda, eso estaba claro, y me di cuenta de otra cosa, no solo estaba avergonzada sino también celosa.

—Todavía les hablas a los caballos.

Me sobresalté y *Sackett* se apartó, no le gustó el pico de energía que se había suscitado en mí ni que le hubiera tirado de la crin.

La silueta de Moses se vislumbraba en la puerta del establo y en las manos llevaba lo que parecía ser un gran lienzo.

No me había dado cuenta de que aún le estaba hablando a *Sackett* e hice un rápido análisis de lo que acababa de decir. Creo que acababa de despotricar contra Moses diciendo que no se le permitiría entrar en Georgia. «Ay, Dios», recé con fervor, «puedes hacer que el ciego vea y que el sordo oiga, así que no debe de ser demasiado pedirte que hagas que este hombre olvide lo que acaba de ver y oír».

—¿Qué opina *Sackett* sobre estas nuevas leyes estrictas de Georgia?

Miré hacia las vigas. «Gracias por venir a socorrerme.»

Aflojé el seguro de la montura del caballo y se la quité del lomo, poniéndosela al caballo de silla y quitando la manta que había debajo sin mirar a Moses. Estaba sorprendida de que se acordara de su nombre.

Moses dio unos pasos entrando en el establo y pude ver una sonrisilla en sus labios. Le di una palmadita fuerte a *Sackett* en el culo para indicarle que ya había acabado y se marchó trotando, claramente ansioso por irse.

—Has vuelto —dije, descartando enfadarme para rebajarme más.

—Llevé a Tag a casa. Tenía grandes planes de entrenarse para su próxima pelea a la vieja usanza, como Rocky, pero ha descubierto que es un poco menos apetecible que en las películas. Además, no se me da muy bien el papel de Apollo Creed.

—¿Tag pelea?

—Sí, hace artes marciales mixtas. Es bastante bueno.

—Ah. —No sabía qué más decir, no tenía ni idea sobre ese deporte—. ¿Apollo Creed no muere en una de las películas?

—Sí, el tío negro siempre muere a manos del blanco.

Puse los ojos en blanco y él sonrió, haciendo que yo también sonriera antes de acordarme de que estaba avergonzada y enfadada con él por haberme besado y haberse ido después del pueblo. Me recordaba demasiado al pasado. La sonrisa desapareció de mi cara y me di la vuelta, manteniéndome ocupada sacudiendo las mantas.

—¿Por qué has vuelto? —Desvié la mirada. Durante un minuto se quedó callado y me mordí el labio para evitar decir nada ante el incómodo silencio.

—La casa necesita más trabajo —contestó finalmente—. Y estoy pensando en cambiarme el nombre.

Levanté la cabeza y, confusa, vi como hacía una mueca burlona.

—¿Eh?

—He oído que hay una nueva ley en Georgia. Nadie que se llame Moses puede siquiera ir de visita, así que lo suyo sería cambiarme de nombre.

No pude más que negar con la cabeza y echarme a reír, tanto avergonzada como complacida por lo que aquello significaba.

—Cállate, Apollo —dije. Ahora le tocó a él echarse a reír.

—Buena elección, Apollo pues. No hay ninguna ley sobre gente que se llame Apollo, ¿verdad?

—No —dije tranquilamente, aún sonriendo. Me gustaba este Moses, era un Moses que ya me había gustado antes, el Moses que me vacilaba, me provocaba, me empujaba y me picaba haciéndome rechinar los dientes y a la vez quererle.

—Te he traído algo —dijo dando la vuelta al lienzo y sosteniéndolo para que lo pudiera ver.

Me quedé mirándolo.

—Eli me ayudó —dije en voz baja.

No podía mirar para otro lado a pesar de que sus palabras me crearan rechazo. No quería a ese Moses, quería al Moses que sonreía y me fastidiaba. No quería al Moses que hablaba de los muertos como si estuviera ligado a ellos íntimamente.

—Empecé a verlo por primera vez después de haberte visto a ti en el ascensor del hospital. No sabía quién era. No lo relacioné contigo hasta que me separé del cuadro y te vi a ti cabalgando con un caballo, sujetando a Eli y, aun así… no lo entendía. Solo sabía que tenía que venir aquí y encontrarte.

—Se detuvo. Los dos sabíamos lo que había pasado después—. Quiero que lo tengas —insistió con delicadeza.

Como no me moví para cogerlo, lo colocó con cuidado contra una valla y me dejó a solas con el regalo de mi hijo.

Capítulo 24

Georgia

Cada día había un cuadro nuevo. Uno apareció en el asiento delantero de mi camioneta, otro apoyado en una de las estanterías del establo, y todos eran de Eli. Eli sentado en la valla, con una cara tan dulce y seria a la vez que se me hacía difícil recordar un momento así, como si Moses hubiera cogido una foto y la hubiera convertido en arte. Pero no tenía fotos, me las había llevado, y no había fotos que se acercaran siquiera a lo que Moses había creado: el detalle de los rizos de Eli con la cabeza agachada leyendo el desgastado libro de cuentos amarillo a la hora de dormir, la profundidad de sus ojos marrones fijos en su caballo, los pequeños pies de Eli en la tierra y su dedo dibujando su nombre en el barro. Las pinceladas arremolinadas y los colores intensos eran de la marca Moses, incluso el barro parecía precioso, y no podía decidir si me encantaban los cuadros o los detestaba.

Había uno de mí. Salía sonriendo a Eli, aunque a él no se lo veía, y era precioso, irreconociblemente precioso. Era *La piedad* protagonizada por Georgia Shepherd y yo era la madre llena de amor contemplando a su hijo. Mi madre se encontró con esa pintura cuando salió a barrer las hojas. Moses lo había dejado en el umbral de la puerta. Yo iba dos pasos por detrás, pero lo encontró primero. Lo sostuvo durante cinco minutos, mirándolo con agonía y maravilla a la vez, y con lágrimas cayéndole por la cara. Cuando intenté consolarla, negó suavemente con la cabeza y se metió en casa, incapaz de hablar.

La vuelta de Moses había sido increíblemente difícil para mis padres y no tenía ni idea de qué hacer para que lo llevaran mejor. Tampoco tenía ni idea de si podría hacer algo o si debería. Y tampoco sabía si sus obras estaban siendo de ayuda. Los cuadros de Moses eran así, gloriosos y terribles a la vez. Gloriosos porque

daban vida a los recuerdos y terribles por la misma razón. El tiempo mitiga los recuerdos y lija el filo punzante de la muerte, pero los dibujos de Moses rebosaban vida y nos recordaban nuestra pérdida.

Recordé que Moses había hablado sobre el arte, sobre la angustia, y entonces comprendí lo que quería decir. Sus cuadros me llenaban de una angustia dulce, una angustia tan madura y roja que amenazaba con ponerse mala si miraba para otro lado. Así que me quedaba mirando los cuadros constantemente.

A parte de los cuadros, que dejaba a la vista, Moses se mantenía alejado y me observaba desde la distancia. Lo veía al otro lado del prado, en la valla que separaba el patio trasero de Kathleen de nuestra propiedad. Siempre levantaba la mano saludándome. No le devolvía el saludo, no éramos vecinos amigables, pero de todas formas apreciaba el gesto. Pensaba en el beso atrevido con su mano en mi trenza y en las bromas que había hecho en el establo y me obligué a mí misma a no tener más contacto con él, aunque él se aseguraba de que lo viera todos los días.

La mayoría de las veces, cuando dirigía una sesión de terapia, mi padre o mi madre se unían, observando al caballo mientras yo miraba a los muchachos o al revés, pero aquella vez, mi padre tenía una sesión de quimio y mi madre lo acompañaría. Se iban a quedar en Salt Lake durante unos días con mi hermana mayor y sus hijos antes de volver. Mi madre no se quería ir ahora que Moses había vuelto al vecindario y yo me tuve que morder la lengua porque quien mala cama hace, en ella yace. Literalmente. Había vivido en casa durante mucho tiempo, había dependido de mis padres durante la vida y la muerte de Eli y a los veinticuatro años era solo culpa mía que me siguieran tratando como si tuviera diecisiete.

Sorprendentemente, fue mi padre quien la convenció de que, si había sobrevivido a Moses una vez, lo volvería a hacer una vez más. No me gustó especialmente su elección de palabras, pero me contuve la lengua. Mi padre había estado terriblemente callado desde nuestra conversación la mañana siguiente a mi primer encuentro con Moses. La muerte de Eli volvía a estar en el aire, el aniversario estaba al caer y nos hacía encoger de miedo y contener la respiración deseando solo que pasara. Que Moses, de entre todos los meses, hubiera aparecido aquel parecía ser un presagio y no uno bueno, precisamente. Mi madre estaba nerviosa, mi padre meditabundo y yo, si era honesta conmigo misma, estaba destrozada.

Seguramente me vendría bien pasar algunos días sola, ser yo la

única que estuviera en el picadero. Los caballos se habían sintonizado conmigo y no les gustaba para nada mi estado de ánimo. Me llevó una buena hora cepillarlos, limpiarles los cascos, aclararme yo un poco y rebajar mis niveles de estrés antes de llevar a cabo una sesión que solía tener una vez a la semana con un grupo pequeño.

Pero la angustia apareció de nuevo cuando Moses se pasó por allí al final de la clase. No quería que la atención se centrara en él ni en mí y, cuando vi que no iba a hablar ni a interrumpir, acabé la sesión y me despedí del grupo. Se subieron a la furgoneta del centro de tratamiento y se alejaron. Volví al picadero esperando que Moses se hubiera ido, pero no, se había quedado ahí como si estuviera esperándome. Cuando vio que volvía, se bajó de la valla y caminó hacia mí. Tenía el ceño fruncido e intenté no darle importancia al hecho de que, al verlo venir, se me había detenido la respiración y las manos se me habían puesto a temblar. Aún me seguía atrayendo en un sentido muy primitivo. Y no quería eso. Me daba miedo y me despreciaba por ello.

—Me sigue mostrando cosas aleatorias —dijo sacudiendo la cabeza, sin detenerse si quiera para saludarme o para una pequeña charla. Eso era muy del Moses antiguo y no quería preguntarle. No quería saber de qué estaba hablando.

—Eli me sigue mostrando cosas aleatorias —repitió y sentí que me ablandaba a pesar de que el corazón me latía con fuerza. No podía resistirme a la tentación de Eli, de saber de él, incluso si se trataba de un cuento de hadas que me contaba un hombre al que quería odiar.

—¿Cómo qué? —susurré, incapaz de evitarlo.

—Sus pies en el barro, sopa de pollo con fideos, los bloques de construcción, piñas y a *Cálico*. Siempre a *Cálico*. —Se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos—. ¿Qué crees que me está intentando decir?

De repente me di cuenta de que estaba sonriendo, era muy raro. Rarísimo y maravilloso y horrible. Estaba sonriendo, pero los ojos se me llenaron de lágrimas. Me di la vuelta; necesitaba un momento para decidir si iba a aceptar otra verdad.

—Georgia.

Moses esperó a que cogiera unas cuantas bocanadas de aire y recuperara la voz.

—Esas eran sus cinco cosas favoritas. Te está enseñando las cinco cosas por las que estaba agradecido. —Se me quebró la voz y mi mirada buscó la suya.

Se quedó en blanco durante un momento y luego se le soltó un poco la mandíbula como si un gong le hubiera sonado en la mente. Parecía estar sorprendido, atónito.

—Sus cosas favoritas. Me está mostrando sus cinco cosas

—repitió casi para sí mismo—. Creía que intentaba decirme algo, quizás enseñarme algo.

Entonces Moses empezó a reír.

—¿Qué pasa? ¿Qué es tan divertido? —Era difícil resistirse a su carcajada confusa y sonreí a pesar de que me estaba secando los ojos.

—Eso es lo que todos me intentan decir, no lo había entendido hasta ahora. Las cosas aleatorias, cosas del día a día… Siempre me había vuelto loco intentando comprenderlo. —Casi no pudo pronunciar aquellas palabras, intentando hablar mientras se reía y la verdad es que no era tan gracioso. Puede que no lo fuera en absoluto.

Sacudí la cabeza, aún sonriendo ante la ruidosa risa.

—No lo entiendo.

—¿Sabes cuántas veces he pintado naturaleza muerta a partir de cosas mundanas? Cosas mundanas que nunca tenían sentido, pero que, para la gente, para los muertos, eran importantes. Botones, cerezas, rosas rojas, sábanas de algodón en el tendedero… Una vez pinté un cuadro de una zapatilla de deporte toda raída. —Se llevó las manos a la cabeza y la risa se iba calmando a medida que iba comprendiendo la verdad—. Y siempre suponía que había un significado importante que no era capaz de comprender. A las familias les encanta ese tipo de cosas, vienen a verme y yo pinto lo que me muestran sus seres queridos. Se van contentos y yo gano dinero, pero nunca lo había entendido. Siempre me había parecido que había algo que me estaba perdiendo.

Ya no estaba sonriendo. Me dolía el pecho y no podía saber si era de la alegría o del dolor.

—Y, de hecho, sí que me estaba perdiendo algo, ¿no? —Moses negó con la cabeza. Dio una vuelta sobre sí mismo como si no pudiera creer que acabara de resolver un rompecabezas que nunca había tenido demasiado misterio—. Me dicen lo que echan de menos. Me están contando sus cinco cosas… Justo como Eli, ¿no, Georgia?

Moses

El dolor que sentía era como una ola que arrasaba todo a su paso. Había empezado siendo pequeña, una molestia en la espalda y debilidad en las piernas. Lo ignoré, haciendo como si aún tuviera tiempo. Todavía era pronto, pero, según pasaban las horas y la oscuridad iba cerniéndose, el calor de la calle se las arregló para llegar hasta mi tripa y yo me quité la ropa intentando escapar del dolor abrasador. Me estaba quemando vivo. Intentaba escapar cuando se detuvo a coger aire y amainó, como si me hubiera perdido el rastro durante unos minutos, pero siempre me volvía a encontrar y la ola de presión y dolor me volvía a tirar al suelo.

Pero peor que el dolor era el miedo constante que sentía en la parte de atrás de la cabeza, hecha un lío. Había rezado, como me habían enseñado, había rezado buscando el perdón y la redención, había pedido ser fuerte y tener la oportunidad de empezar de nuevo. Pero, sobre todo, había pedido protección. Y, sin embargo, tenía la sensación de que mis oraciones no llegaban mucho más arriba del aire latente encima de mi cabeza.

Dolía. Dolía mucho. Solo quería que dejara de doler.

Así que imploré perdón, algo que se me llevara, aunque fuera por un minuto, algo que me ayudara a esconderme, solo durante un minuto. Algo que me diera un momento de paz, algo que me ayudara a enfrentarme a lo que estaba por llegar.

Pero no había ningún escondite y, cuando se disipó la niebla y cesó la fiebre, miré hacia abajo, lo miré a la cara y supe que mi reputación no volvería a ser blanca y no podría redimir mis pecados.

Me desperté sobresaltado, jadeando, con el dolor del sueño todavía apretándome la tripa y me llevé las piernas y los brazos al pecho.

—¿Qué cojones ha sido eso? —gemí levantándome de la cama y secándome el sudor de la frente. Era como el sueño que había tenido de Eli y Stewy Stinker, el sueño que no había sido un sueño. Después de aquello me había despertado y había visto a la chica que Lisa Kendrick dijo que era su prima. La chica había caminado por mi casa y había tocado la pared y pude entender qué pasaba.

Pero esta vez no podía. Me levanté de la cama y fui a trompicones al baño, me lavé la cara y la garganta con agua fría, intentando calmar el calor de mi piel que siempre aparecía cuando

pasaban cosas así.

Ese dolor, el del sueño, no era mío. Había sido una mujer, una chica… y estaba dando a luz. Sus pensamientos, su agonía y luego la cara llorosa de su hijo, que tenía en brazos, todo indicaba un nacimiento. ¿Su hijo? Supuse que era un niño, ella pensaba en su bebé en masculino.

Quizás fuera Eli mostrándome su nacimiento de la misma forma que me había mostrado su ritual de irse a la cama, pero tampoco parecía eso. No había visto a través de los ojos de Eli y no eran sus pensamientos. Aunque, con Eli, nada había sido igual que con otras personas. La conexión era diferente, más intensa, más detallada, más de todo, así que podía ser.

Y, sin embargo, no me lo parecía. Eli me mostraba imágenes y perspectivas relacionadas e importantes a su entendimiento. Siendo un niño, no podía tener la perspectiva de su nacimiento. Era la perspectiva de Georgia. Había sido como si lo hubiera sentido desde su perspectiva, sintiendo sus emociones, su dolor. Estaba llena de desesperanza y miedo. Me ponía enfermo. Detestaba que se hubiera sentido tan sola. El nacimiento de Eli era algo que se debería de haber celebrado, pero en el sueño no había ni alegría ni celebración. Solo miedo y dolor.

Quizás solo fuera un sueño.

Eso también era posible. Quizás deseara tanto reescribir la historia que mi subconsciente había recreado un momento para alimentar mi culpa y arrepentimiento llevándome a aquella habitación con Georgia mientras Eli venía al mundo. Me sequé el agua del cuello y bajé las escaleras sin encender las luces. Necesitaba un vaso de agua o quizás algo más fuerte.

Había dejado encendida la lámpara del cuarto de estar. Había lijado toda la pared donde había aparecido la cara de la chica. La noche anterior la había vuelto a pintar cubriendo a Molly y a Sylvie y a las otras chicas que había detrás de ellas, sin nombre y, en cierto modo, sin cara, con una capa gruesa de pintura amarilla. Quería amarillo en la habitación, ya estaba bien de blanco. Estaba cansado del blanco. Cogí una cerveza del frigorífico y sujeté la lata contra mi cara mirando la alegre y mantecosa pared que, por suerte, estaba libre de caras de gente muerta. De momento. Pintaría las otras paredes por la mañana

Mientras estaba pensando en la siguiente sección de pared que necesitaba una pintura, se me fueron los ojos hacia un lado de la habitación. La pintura de la pared más alejada estaba hinchándose.

—Mierda.

Había tenido miedo de eso, de tener que lijar las otras paredes también, pero había pasado más de una semana desde que la pintura de la pared de atrás había empezado a pelarse. Las otras paredes no habían mostrado ningún indicio de burbujas ni de pelarse. Caminé hacia la pared adyacente y pasé la mano por las arrugas y solo con eso la pintura se despegó como si fuera un pañuelo de papel.

La cara de mi madre me miró con los ojos tristes y una sonrisa algo melancólica. Entonces supe quién me había mandado el sueño. No era la perspectiva de Georgia, no era un recuerdo de Georgia, era de mi madre.

Moses

Era extraño. Había estado pintando frenéticamente desde que había llegado a Levan, pero me había controlado y había resistido la tentación de pintar en edificios abandonados, establos y acantilados, limitándome solo al lienzo. Cada día pintaba un cuadro de Eli, no podía parar. Algunos se los daba a Georgia, queriendo compartirlos con ella de la misma forma que ella había compartido sus fotos conmigo. Casi tenía miedo de que apareciera hecha una furia y me los tirara todos a la cara acusándome de mofarme de su dolor, pero no lo hizo. Casi deseaba que lo hiciera para así tener una excusa para pelearme con ella y verla.

La había besado y, después de eso, había dudado de si había hecho bien. Ese beso había sido como un pulso de fucsia vivo y palpitante en mi cabeza. Quizá fuera por eso por lo que me veía obligado a pintar. Eli iba y venía, mostrándome las mismas imágenes fugaces y pedazos de su vida con Georgia. Por primera vez, mis dibujos no eran para los muertos. Los cuadros no eran siquiera para Eli, eran para mí. Quería hacerlo inmortal y quería ofrecerle permanencia a Georgia.

Pero el sueño de mi madre me había afectado, así como el hecho de que la pintura no se quedara en las paredes. Durante muchos días solo trabajé en la casa y dejé un poco de lado la pintura. No quería canalizar a mi madre a través de mis cuadros. Lijé toda la sala de estar una vez más, tratando las paredes con

todo lo que tenían en la ferretería de Nephi para las paredes viejas. Las nuevas capas de pintura amarilla parecían aguantar bien, así que pasé a otros proyectos, manteniéndome ocupado con trabajo físico, haciendo lo que estaba en mi mano y contratando a alguien para las cosas que no podía hacer yo, observando a Georgia en silencio, preguntándome cómo iba a reducir el abismo que había entre nosotros.

Había dejado de pintar temporalmente a pesar de que Eli no había parado de enviarme imágenes y había empezado a enviarme cosas nuevas: flores, nubes, magdalenas, corazones, dibujos pegados en el frigorífico con grandes letras magnéticas. Seguían siendo cosas que le gustaban, hasta donde podía entender. Las imágenes eran breves y confusas, enormes corazones rojos, magdalenas con glaseado por encima y un tipo de flores que no sabía si existían realmente más allá de la imaginación de un niño. Estaban revueltas y tenían muchos colores, como un jardín de flores del Dr. Seuss. No creía que fueran las cinco cosas por las que estaba agradecido. Esta vez estaba bastante seguro de que trataba de decirme algo. Intenté hablar con él, con el niño que entraba y salía de mi visión, que nunca se quedaba demasiado, que me enseñaba cosas que no tenían mucho sentido. Yo hablaba con él de todas formas, con la esperanza de que mis limitaciones no fueran las suyas.

Me pasé el sábado quitando la bañera, el váter y el lavabo del antiguo baño de B. A. mientras le contaba a Eli cómo fue la primera vez que vi a Georgia. Era pequeño, no tan pequeño como Eli, pero muy joven. Puede que tuviera nueve o diez años la primera vez que me acordaba de haberla visto. Se había quedado mirándome, igual que los otros niños de la iglesia, pero su mirada había sido diferente. Me había mirado como si estuviera deseando hablar conmigo y me había sonreído. No le devolví la sonrisa, pero recordaba esa sonrisa.

Eli me contestó con una imagen de Georgia sonriendo y llevándole en brazos girando y girando hasta que los dos caían al césped y dejaban que el mundo diera vueltas encima de sus cabezas. Interpreté ese recuerdo como que él tampoco había olvidado su sonrisa.

Después, le conté a Eli cuál fue la primera vez que Georgia me habló, cómo *Sackett* se había levantado sobre las patas traseras en el establo y la había tirado al suelo. Cómo había sido todo culpa mía. Le dije a Eli que ahí ya sabía que Georgia no iba a estar segura conmigo.

La respuesta de Eli me desconcertó. Me mostró a Georgia llorando y gritando su nombre, con la cara desfigurada por el horror mientras miraba debajo de la camioneta el día que murió. Era el último recuerdo que tenía Eli de su madre antes de dejar este mundo.

—Eli, ¡no hagas eso!

Me llevé los puños a los ojos y empecé a llorar y me di en la cabeza contra el recién lavabo instalado. Me había echado hacia atrás tanto en lo físico como en lo mental sin entender por qué Eli querría que viera eso.

Se detuvo de inmediato, pero yo estaba conmovido. Maldije y anduve de un lado a otro frotándome la cabeza intentando relajarme y borrar esa imagen horrible de la cabeza. Luego volví a recuperar el habla.

Le había dicho que Georgia no estaba segura conmigo.

Eli tampoco lo había estado, ni siquiera con la persona que gustosamente hubiera muerto en su lugar, y lo habría hecho, sin pensar, de eso no tenía dudas y pensé que Eli también lo sabía. Me froté la nuca mirando al niño que llevaba un pijama negro y azul que tenía tan cerca que casi podía tocar, pero sin poder tocarlo. Me miró, guardándose las imágenes para sí mismo mientras yo reflexionaba sobre que quizás nadie estaba a salvo, no realmente. Ni siquiera de la gente que queremos. Ni de la gente que nos quiere.

—Así que magdalenas, corazones, flores… ¿De qué se trata?

Vi a Eli. Con las manos sucias cogía dientes de león medio deshechos y se los daba a su madre. Georgia los alababa como si fueran rosas. Luego vi que le regalaba una pequeña lata plateada de tarta rellena de barro y de nuevo, Georgia admiraba el regalo, fingiendo que se tomaba un enorme mordisco de barro.

La lata de tarta se disolvió ante un nuevo recuerdo y se veía a Eli pintando unos corazones deformes que más que corazones parecían triángulos bocabajo con tetas. Los estaba dibujando en todos los colores en una hoja en blanco, firmando con su nombre en letras torcidas. Se lo ofreció a Georgia como muestra de su devoción.

Las imágenes desaparecieron bruscamente y me quedé mirando a Eli, con la llave inglesa en la mano y aún frotándome la nuca. Me estaba saliendo un chichón.

—Ah, ya veo. —Hice una mueca y me reí entre dientes—. Flores, pasteles, corazones… Me estás dando consejos. Muy bonito. —Volví a reírme—. Le he dado varios cuadros, pero imagino que

crees que debería hacer algo más.

Me vi a mí mismo con los brazos alrededor de Georgia, besándola. Se me paró la respiración y miré la escena como si alguien nos hubiera grabado en vídeo. Sus manos me agarraban los brazos mientras yo la besaba. Miré cómo mis manos iban desde su espalda hasta su cara. Ella no se apartó y, durante unos segundos eternos, no se movió. De hecho, me devolvió el beso con los ojos cerrados y dobló su cabeza bajo la mía.

—Eli…

Respiré y me pregunté cómo demonios iba a volver a besar a Georgia si Eli había presenciado todo, cada detalle sin siquiera yo saber que estaba allí. Cuando besé a Georgia tuve miedo de que Eli no volviera a aparecer, pero definitivamente me había visto besarla. Y también me había visto salir corriendo después de eso y yo me había quedado mirando cómo se iba, aturdido.

—Vale, colega, ya basta.

Dejé caer las aguas y las imágenes de Eli desaparecieron. No me estaba gustando su contribución romántica. Y, mientras los muros de mi mente se erigían, lo perdí, volviendo a estar solo en la vieja casa, murmurando para mí mismo, pensando cómo iba a llevar a cabo las ideas de Eli… sin que él estuviera mirando.

Capítulo 25

Moses

No había mucho que hacer en Levan a no ser que montaras a caballo. O en *quad*. O te gustara el aire libre. O tuvieras amigos. Como no hacía nada de eso, acabé observando a Georgia más tiempo del que no lo hacía. A veces la observaba desde una ventana del piso de arriba con la esperanza de que ella no me viera. Otras desde la antigua habitación de B. A. mientras la lijaba, lo que me servía de excusa para observarla a escondidas mientras ella trabajaba con caballos y con gente, normalmente en el picadero grande, un día sí y otro también. Parecía que había continuado el trabajo que sus padres habían dejado, haciendo lo mismo que habían hecho ellos anteriormente. Y le quedaba bien.

Tenía la piel morena y el pelo se le había aclarado aún más por el sol. Tenía el cuerpo esbelto y delgado, unos brazos y piernas fuertes y sus manos agarraban con firmeza las riendas. Todo en ella era de grandes longitudes, su pelo, sus piernas… incluso su paciencia. Parecía que nunca perdía la concentración o la paciencia con los caballos con los que trabajaba. Los presionaba, los azuzaba, los coaccionaba y los agotaba, igual que estaba haciendo conmigo. No podía dejar de mirarla. No era el tipo de chica que me atraía, no era mi tipo. Eso era lo que me repetía a mí mismo cuando llegué a Levan hacía casi siete años y la había visto, ya mayor, riéndose, cabalgando, tomándome el pelo hasta que tuve que estar cerca de ella. Ese verano se había centrado en mí como si yo fuera todo lo que siempre había querido. Y esa extraña intensidad había sido mi rendición.

Nuestro hijo tenía esa misma intensidad. Solía sentarse cerca, en la valla, como si su espíritu recordara la postura a pesar de que no tenía forma física que hiciera necesario sentarse. Miraba a su madre, al caballo que estaba entrenando y yo me preguntaba si Eli

había estado visitando a su madre a menudo. Me pregunté si la relación entre el animal y la mujer, la mujer y el niño se habían fusionado en el picadero y habían dado lugar a un oasis de consuelo y paz que amansaba a todo el que entrara.

Era raro observar a la mujer y a su hijo y saber que ella ignoraba completamente que él estaba allí con ella, mirándola, rondándola como un pequeño ángel de la guarda. Dejé mis herramientas y me acerqué para verla trabajar, deseando estar más cerca de ella, de ellos, aunque ella prefería que me mantuviera alejado.

Cuando me subí a la valla junto a Eli, parecía que no se daba cuenta de que yo estaba ahí, como si estuviera atrapado entre los mundos. Sin embargo, Georgia sí que se dio cuenta y se puso un poco tensa, como si estuviera considerando salir corriendo. Luego se recompuso y me imaginé que se estaba diciendo a sí misma que era «su maldita propiedad y que Moses se podía ir al infierno». Lo podía ver porque había levantado la barbilla y había sacudido la cuerda que tenía entre las manos. Hizo que sonriera. Por suerte, no me mandó al infierno, ni siquiera me dijo que me fuera.

Así que me senté con los ojos puestos en ella y en el caballo que estaba cortejando. Sin embargo, después de un rato, los recuerdos de Eli resonaban tan fuerte en mi cabeza que tuve que escucharlos.

«¿Cómo hablan los caballos, mami?».

«No hablan, cariño».

«¿Entonces cómo sabes qué quiere?».

«Quiere las mismas cosas que quieres tú. Quiere jugar, quiere querer, quiere comer, dormir y correr».

«¿Y no quiere hacer sus tareas?».

«No, no quiere hacer sus tareas».

Veía su cara como si estuviera mirándola subido a un caballo y me devolvía la mirada con dulzura, riéndose y con la mano en mi pierna. No en la mía, la pierna era de Eli: me estaba mostrando el recuerdo. Habría estado cabalgando y Georgia lo habría estado guiando. La luz era la misma, los colores del atardecer en las colinas del oeste, y en el picadero había una especie de niebla dorada y, en el suelo, sombras y rayos de sol. Sacudí la cabeza intentando separar la escena de mi cabeza de la que estaba ocurriendo enfrente de mí, pero Eli no había acabado:

«¿*Cálico* me quiere?».

«¡Claro!». Georgia se reía, pero Eli estaba muy serio.

«Yo también la quiero, pero ¿cómo se lo digo si no habla?».

«Demuéstraselo».

«¿Cómo? ¿Hago un corazón enorme con mis brazos?».

Eli dobló sus pequeños bracitos en forma de lo que vagamente parecía un corazón aplastado. Se balanceó un poco en la silla de montar y Georgia lo riñó con suavidad.

«Estate quieto, hijo. Y no, no creo que *Cálico* te entienda si le haces un corazón. Le demuestras que la quieres por la forma en que la tratas. La cuidas y pasas tiempo con ella».

«¿Debería acariciarla mucho?».

«Eso estaría bien».

«¿Y traerle manzanas para que se las coma? También le gustan las zanahorias».

«Tampoco muchas, no querrás que se enamore».

—¡Moses!

Georgia estaba debajo de mí con las manos sobre mis piernas, como para que no me cayera de la valla. Me estaba tambaleando de la misma forma que Eli cuando levantó sus brazos para hacer un corazón. Me sujeté al poste que había cerca y me deslicé dentro del picadero rozándome con Georgia. Ambos dimos un respingo. *Maldición*, el caballo con el que estaba trabajando, se había ido al otro lado del recinto y estábamos solos. A solas con el atardecer, los caballos y los recuerdos de Eli.

—¡Maldita sea! ¡No hagas eso! Creí que te estabas cayendo. —Tenía la cara tan cerca que veía las motas doradas en sus ojos marrones y el pequeño surco entre las cejas que reflejaba su preocupación. Me quedé mirándola y esperé a que el surco se convirtiera en un ceño fruncido.

—Moses —me llamó, dubitativa.

Elevé los ojos y vi a Eli, aún en la valla, con los rizos moviéndose con la suave brisa como si el viento supiera que estaba allí y le diera la bienvenida a casa.

—Está aquí, Georgia. Y cuando está cerca es como si me perdiera en él.

Georgia pegó un salto hacia atrás como si le hubiera enseñado una serpiente y se la hubiera ofrecido, pero miró alrededor sin poder evitarlo.

—Gracias por no dejarme caer —añadí suavemente.

Me sentía desorientado, aún bajo los efectos aturdidores de estar entre dos mundos. Los recuerdos de Eli me absorbían

completamente y volver al presente era desagradable. No era como nada que hubiera sentido antes, era como una pequeña ventana a su vida, algo completo y, a la vez, insuficiente. Quería quedarme en su cabeza todo el día. Me pregunté si los caballos y las chicas hablaban el mismo lenguaje del amor e instintivamente supe que Eli quería ayudarme con Georgia, diciéndome cómo podía enamorarla.

—¿Todavía está aquí? —preguntó Georgia interrumpiendo mis pensamientos.

No hacía falta que me especificara de quién estaba hablando, pero la pregunta me cogió por sorpresa. No sabía cuándo había empezado a creerme, pero no me iba a poner a discutir sobre eso. Miré el lugar donde había estado sentado Eli y descubrí que se había ido. Seguramente tenía la capacidad de concentración típica de un niño de cuatro años y se había ido precipitadamente sin avisar. Negué con la cabeza.

—No.

Georgia parecía casi decepcionada. Miró detrás de mí, más allá de las vallas, hacia las colinas que estaban al oeste de Levan y luego me dijo algo que me sorprendió muchísimo.

—Ojalá tuviera tu don. Aunque fuera por un día —susurró—. Tú puedes verlo y yo no lo volveré a ver nunca.

—¿Mi don? —Me atraganté—. Nunca he creído que fuera un don. Nunca —protesté—. Ni una vez.

Georgia asintió y supe que ella tampoco. Hasta ese momento. De hecho, nunca había sabido qué pensar. Yo me había guardado el secreto y le había dejado creer que estaba loco, perturbado. El hecho de que ahora pareciera que me creía, al menos hasta cierto punto, me hizo sentir mareos y nauseas a la vez. Le debía toda la honestidad que le pudiera ofrecer.

—Por primera vez en mi vida me alegro de poder abrir las aguas. Así es como lo llamaba B. A.: abrir las aguas. Y me siento agradecido porque es todo lo que voy a conseguir; es todo lo que voy a tener de Eli. Tú tuviste cuatro años, Georgia, y yo tengo esto —no lo dije enfadado. No estaba enfadado, pero ella no era la única que estaba sufriendo y a veces hay algo de consuelo si sabes que no eres el único que sufre, por muy triste que parezca.

Georgia se mordió el labio con una mueca, me di cuenta de que lo que estaba diciendo no era fácil de escuchar.

—¿Te acuerdas de la chica que pinté cerca de la carretera? —dije con todo el cuidado que supe intentando, a la vez, ser claro.

—Sí —dijo Georgia—. Molly Taggert. Era unos años mayor que

yo. La encontraron, ya sabes, poco después de que te fueras del pueblo. Alguien la mató.

Asentí también.

—Lo sé, era la hermana de Tag.

Los ojos de Georgia se abrieron y de repente se puso tensa, como si de golpe lo entendiera todo, pero no quería hablar de Molly, en ese momento no. Necesitaba que me escuchara. Me acerqué y le cogí la barbilla para que me mirara, asegurándome de que me estaba escuchando.

—Pero ¿sabes qué? Ya no veo a Molly. Vino… y se marchó. Siempre es así. Nadie se queda demasiado tiempo y algún día, Eli también se irá.

Georgia volvió a hacer otra mueca de dolor con los ojos llenos de lágrimas e intentando mantenerse entera con valentía. Nos quedamos los dos en silencio luchando contra la emoción que nos había asolado desde el momento en el que se cruzaron nuestras miradas en el ascensor hacía ya casi un mes. La primera en ceder fue Georgia y le temblaba la voz al sincerarse conmigo.

—¿Sabes que lloro todos los días? Lloro cada maldito día, y yo nunca lloraba. Ahora no pasa ni un solo día en el que no me ponga a llorar. A veces me escondo en el armario para poder hacer como si no estuviera pasando otra vez. Llegará el día en el que no llore y una parte de mí cree que ese será el peor día de todos, porque significará que de verdad se está desvaneciendo.

—Yo tampoco lloraba nunca.

Esperó.

—De hecho, el otro día fue la primera vez.

—¿La primera vez?

—Ahí afuera, en el campo, es la primera vez que recuerdo haber llorado en mi vida.

Había forzado las aguas para detener las imágenes de la cara de Georgia horrorizada gritando el nombre de Eli y, por primera vez, las aguas me habían salido por los ojos.

Georgia suspiró y aparté la mirada de su cara de incredulidad sintiendo que dentro de mí las aguas empezaban a temblar, a moverse y a elevarse de nuevo. ¿Qué me estaba pasando?

—¿Crees que al llorar lo sientes más cerca? —susurré.

—Mis lágrimas significan que me acuerdo de él —susurró también, estando aún tan cerca de mí que podía inclinarme y besarla sin dar si quiera un paso adelante.

—Pero es imposible que todos tus recuerdos sean tristes.

Ninguno de los suyos lo son y tú eres la única cosa en la que piensa.

—¿Sí?

—Bueno, en ti y en *Cálico* y en Stewy Stinker.

Se echó a reír y le dio un ataque de hipo. Dio un paso atrás bruscamente y supe que quería irse.

—Pues haz lo que hacías. Cuando necesites llorar, haz lo que solías hacer —se escuchaba un tono desesperado en mi voz.

—¿Qué? —contestó Georgia.

—Dime tus cinco cosas, Georgia.

Vaciló.

—Maldito seas, Moses.

—Lo he estado pensando desde que me dijiste que Eli me estaba mostrando las cinco cosas por las que estaba agradecido. Te sorprendería la de veces que me he sorprendido a mí mismo haciendo listas con las cosas que me hacían feliz estos últimos siete años y tú tienes la culpa de eso.

—Era muy pesada, ¿ no? —Se volvió a reír, aunque no había demasiada alegría en la risa—. Te volvía loco, revoloteando a tu alrededor como si lo tuviera todo clarísimo. No tenía ni idea de nada y tú lo sabías, pero te gustaba de todas formas.

—¿Quién dice que me gustaras?

Se rio entre dientes recordando aquella conversación que tuvimos hace tanto tiempo en la valla.

—Tus ojos —contestó sin rodeos, como solía hacer. Y luego, nerviosa, se colocó un mechón suelto detrás de la oreja como si no pudiera creerse que estuviera tonteando conmigo.

—Vamos, las cinco cosas.

—Vale. Uf, tío, hace mucho de eso.

Se quedó en silencio durante un minuto, pensando. Se frotó las manos contra los vaqueros como si estuviera intentando limpiar la incomodidad que se le reflejaba en la cara, en todo el cuerpo.

—Sopa.

—Bien. —Intenté no sonreír. Era tan aleatorio—. Sopa, ¿qué más?

—Un refresco con hielo y pajita.

—Eso es patético —me burlé con suavidad intentando provocarle una sonrisa.

Y sonrió un poco, torció un poco los labios y paró de restregarse las manos.

—Calcetines. Las botas de vaquero sin calcetines serían

insoportables —dijo con algo más de confianza.

—No te sabría decir, pero vale, lo veo —accedí asintiendo con la cabeza.

—Eso hacen cinco —dijo.

—El hielo y la pajita no cuentan, van con el refresco. Venga, dos más.

No discutió sobre la descalificación de dos de las cinco cosas por las que estaba agradecida, pero se quedó en silencio durante bastante tiempo. Esperé, preguntándome si ya habría acabado el juego y entonces cogió aire, se miró las manos y susurró:

—El perdón.

Un dolor abrasador me subió por la garganta, me resultaba extraño y familiar a la vez.

—¿Para ti… o para mí? —le pregunté. Necesitaba saberlo. Contuve la respiración intentando contener así mis emociones y la observé mientras se metía las manos en los bolsillos mientras parecía reunir coraje.

—Ambos —contestó. Con un gran suspiro me miró a los ojos—. ¿Podrás perdonarme, Moses?

Quizás estuviera buscando el perdón por lo de Eli porque aún no se lo había perdonado a sí misma, pero yo no la culpaba por ello, yo la quería por Eli y quería decirle que no había nada que perdonar, pero eso tampoco era la verdad porque tenía otras cosas que perdonar. Nadie me había querido nunca, desde el día en que nací, pero Georgia sí. Y como ella sí que me había querido cuando nadie más lo había hecho, me había parecido raro. Inmediatamente había desconfiado de ella y siempre se lo había reprochado.

—Te perdono Georgia, ¿me perdonas tú a mí?

Antes de que acabara de hablar, Georgia ya había asentido.

—Ya lo había hecho. No me había dado cuenta, pero he pensado mucho en ello estas dos últimas semanas. Creo que te perdoné en el momento en el que vi a Eli por primera vez, cuando nació. Era una obra de arte y tú lo habías creado. Nosotros lo habíamos creado. ¿Cómo podía no quererte, aunque fuera un poco, cuando lo vi?

No me atreví a hablar, así que asentí aceptando su perdón. Y sonrió. Me sentía tan expuesto emocionalmente que no le pude devolver la sonrisa, por miedo a que, si abría los labios, aunque fuera un poco, se reabrirían las viejas grietas. Así que le toqué la mejilla, suavemente, agradecido, y volví a bajar la mano.

—Entonces eso hace las cinco cosas, Moses —dijo—. Tu perdón

y el mío.

Moses

No desperdicié ese perdón. Traje flores, preparé la cena, compré magdalenas y seguí pintando cuadros. Corazones no, pero sí cuadros. No consideraba que los corazones fueran lo suficientemente sutiles. Los padres de Georgia se habían ido y eso hacía las cosas más fáciles y, durante tres noches seguidas, me presenté en la puerta de Georgia y siempre me dejaba entrar. No me quedaba tanto como me hubiera gustado. No la besé. Pero me dejaba entrar y eso era todo lo que podía pedir.

Me había dado permiso para pintar un mural en el ruedo interior que habían añadido al establo. En invierno, todas las clases y sesiones de terapia se llevarían a cabo ahí y quería hacerlo antes de que el tiempo cambiara. El mural era parecido al de su habitación. Georgia había dicho que su trabajo era sobre transformación y creyó que la historia del hombre ciego que se liberaba de sí mismo a través del caballo era perfecta para representar lo que ella y sus padres hacían.

Estaba agachado mezclando la pintura cuando apareció Georgia detrás de mí. Me dio un golpe fuerte en el culo que me hizo tambalearme e hizo que se me derramara pintura en el zapato.

—¿Me acabas de dar una palmada en el culo? —dije molesto, completamente ofendido, más que sorprendido.

—Estaba en mi camino y es bastante difícil no mirarlo.

—¿Sí? ¿Por qué? —La incredulidad en mi voz chirrió en un tono muy poco varonil.

Eli nos estaba mirando con sus pequeños hombros encorvados y las manos sobre la boca como si estuviera riendo. Ojalá pudiera escucharlo. Quería devolverle la cachetada a Georgia, pero pensé que quizás toda aquella interacción no era apropiada para que la viera mi hijo y solo de pensarlo me dio un brinco el corazón.

—Porque es un buen culo, por eso. —La verdad es que Georgia no lo decía especialmente feliz, pero era muy suyo, como la Georgia que era un poco salvaje, más que directa y llena de vida.

—¿Sí?

—No lo digas tan sorprendido. Me encanta tu cuerpo. Nunca me podría resistir. Eres como el *crack*.

—¿Tu pequeño bebé adicto? —sonreí encantado de que no pudiera resistirse a mí y de que lo admitiera.

De repente vi una imagen de Georgia haciéndole cosquillas a Eli mientras este chillaba de la risa intentando escapar. Se las arregló para liberarse, pero volvió y contraatacó concentrando la ofensiva de sus deditos en el trasero redondo de ella, que huía. Georgia gritaba tan alto como lo había hecho él antes, cayendo ante sus pellizcos.

«¡Para ya, mocosillo! ¡Me estás haciendo cosquillas en el culo!».

Eli rodeó con los abrazos la cintura de su madre y hundió los dientes en el glúteo izquierdo que justo le quedaba a la altura de los ojos y Georgia gritó y se rio, desplomándose en la cama y cogiéndolo de las axilas hasta que lo tuvo bien sujeto entre los brazos. Eli tenía la cara roja de tanto reírse, los rizos le flotaban con la electricidad estática y ambos se reían y se hacían cosquillas intentando ganar ventaja. Hubo un momento en el que Georgia intentó ponerse seria y dijo con voz severa:

«No puedes morderme el culo, Eli, no es apropiado».

Pero inmediatamente los dos volvieron a echarse a reír.

—¡Moses! Lo estás volviendo a hacer —dijo Georgia suavemente.

La miré. El recuerdo de Eli me había dejado con una sonrisa en la cara.

—Te has ido a otro lado. Estás volviendo a soñar despierto.

—Estaba pensando en tu culo —respondí sinceramente. Caminé hacia ella ignorando al ángel de la guardia que trotaba a mi lado.

Se echó a reír a carcajadas, la cogí por la cintura con una mano y empecé a hacerle cosquillas de manera concienzuda.

Eli tenía muy buenas ideas.

Caímos sobre la paja apilada contra la pared que separaba el establo del ruedo, Georgia luchó, gritando y tratando de hacerme cosquillas a mí también, pero yo no tenía demasiadas cosquillas y, al rato, Georgia estaba sin respiración, rogándome y gritando mi nombre. Era el mejor sonido del mundo y, definitivamente, no era risa lo que me provocaba.

—Por favor, ¡para! —gritó agarrándome de las manos.

Tenía paja en el pelo y yo también, estábamos ruborizados y con las camisas per fuera del pantalón. Cuando entró su padre al establo parecía que habíamos estado haciendo algo más que

cosquillas.

Mierda.

Ante su mirada, bajé las manos y di un paso atrás, reconociendo la furia en todos los rasgos de su cara. Me había metido en un problema, incluso Eli había salido huyendo horrorizado. Estaba ahí y un segundo después había desaparecido, el flujo que nos conectaba se había desvanecido de repente. Georgia estaba de espaldas a su padre y cuando bajé las manos se tambaleó un poco, agarrándome. La coloqué suavemente a un lado y sin protestar dejé que su padre se acercara.

Ni siquiera levanté las manos. Podía haberlo hecho. Podía haber esquivado fácilmente el torpe puño que se estampó contra mi mandíbula, pero lo recibí porque me lo merecía.

—¡Papá! —Georgia se puso en medio de los dos—. ¡Papá! ¡No!

La ignoró y me miró fijamente a los ojos, el pecho se le movía deprisa, tenía la boca apretada y le temblaba la mano con la que me estaba señalando.

—Otra vez no, Moses. Te dejamos entrar y lo saqueaste todo y, peor aún, hubo pérdidas. Esto no va a volver a pasar.

Volvió a mirar a Georgia y la mirada de decepción que le dirigió fue mucho peor que el enfado que tenía conmigo.

—Ya eres una mujer, Georgia. No eres una niña, así que deja de actuar como si lo fueras.

Vi cómo se vino abajo.

—Pégueme todo lo que quiera, señor Shepherd, me lo merezco, pero no le hable así a Georgia o se lo devolveré.

—¡Moses! —Los ojos de Georgia se encendieron y se le volvió a tensar la espalda. Bien. Podía estar enfadada conmigo, el enfado era mejor que la decepción.

—¿Te crees que puedes venir aquí y salir impune otra vez? ¿Crees que simplemente puedes eludir las consecuencias? —dijo Martin Shepherd con la voz ronca por la ira.

—Ninguno de nosotros somos los mismos que antes, señor Shepherd. Yo también fui una de esas pérdidas y no salí impune de nada. Ni Georgia ni yo nos quedamos sin secuelas. Hemos pagado el precio, igual que usted, y lo seguiremos haciendo.

Se dio la vuelta indignado, pero vi cómo le temblaban los labios y me sentí mal por él. No me gustaría verme así si fuera él, pero era mejor que corriera el aire.

—Señor Shepherd —dije suavemente. No se detuvo. Pensé en lo que me había dado Georgia, en las cinco cosas, en el perdón, y

decidí seguir con ello—. Lo siento, señor Shepherd, de verdad. Espero que algún día pueda perdonarme.

El padre de Georgia no vio un escalón, se tambaleó y se paró. Había algo poderoso en esa palabra.

—Espero que pueda perdonarme porque va en serio. Lo mío con Georgia va en serio.

Capítulo 26

Georgia

Me pasé toda la tarde en el ruedo pequeño que habíamos construido dentro, dando una clase de terapia equina a un grupo de niños con problemas de comportamiento que traían de Provo, que estaba más o menos a una hora al norte de Levan. Era un grupo más pequeño de lo normal, de seis personas como máximo, y los conocía a todos. Cuando acabé, el sol ya se estaba poniendo y Moses estaba acabando el mural. Después de que mi padre estallara de aquella forma aquella mañana, lo había seguido fuera del establo. Necesitaba asegurarme de que estaba bien y, a la vez, necesitaba coger aire.

«Va en serio. Lo mío con Georgia va en serio», había dicho. Y mi corazón había dado un salto mortal y había aterrizado haciendo «plof» en mi estómago revuelto. Iba en serio. Lo creía, pero, de repente, me asusté un poco, así que dejé a Moses ahí y seguí a mi pobre padre fuera del establo. Quería ayudarlo a comprender aquella escena de su hija inmersa en un juego de cosquillas y el hecho de que Moses hubiera vuelto a mi vida. Pero eso había ocurrido el día anterior y en ese momento estábamos allí, solos ante el silencio del ruedo. Acababa de finalizar la clase y Moses estaba pintando la gran pared que conectaba el ruedo con el establo y no estaba segura de qué decir.

—Se te da bien esto, ¿eh? Te he oído un poco, eres increíble —dijo con facilidad y me quedé en blanco, mirándolo, sin saber a qué se refería. Todavía tenía la cabeza en las cosquillas y la conversación sentimental con mi padre.

—La terapia, los niños. Todo. Eres buena —explicó Moses con una pequeña sonrisa.

Me gustó el elogio y me di la vuelta para esconder mi regocijo. Era muy fácil, estaba muy necesitada y eso no me gustaba de mí

misma, pero Moses parecía estar realmente interesado y me preguntaba sobre esto y aquello y llegué a hablar de lo que hacía sin ningún tapujo mientras les quitaba las sillas a los caballos y los cepillaba.

—Los caballos reflejan la energía de las personas durante las sesiones. ¿Has visto lo apagado que estaba Joseph? ¿Tan silencioso? ¿Has visto cómo *Sackett* le ha puesto la cabeza sobre el hombro? ¿Y has visto lo agresiva que está Lori? Le dio un golpe a *Lucky* y este se lo devolvió. No muy fuerte, pero así se quedó cerca de ella. ¿Lo viste? Es subjetivo, eso lo entiendo, pero hay algo en estar cara a cara con un animal de 500 kilos, moviéndolo, guiándole, montándolo. Es increíblemente fortalecedor para la gente que había sucumbido a las drogas, el alcohol, el sexo, la enfermedad o la depresión. O, en el caso de los niños, a aquellos que tenían poder sobre ellos, a los que les controlaban sus vidas. Trabajamos mucho con niños autistas. Los caballos los desbloquean, todo lo que parece estar acumulándose se libera. Incluso el movimiento, el suave balanceo conecta con la gente a nivel primitivo. Es el mismo movimiento que sentimos cuando andamos. Es como convertirse en uno solo con algo tan poderoso, tan grande que, por un momento, hacemos nuestro ese sentido de supremacía.

—Pensaba que querías ser veterinaria. ¿No era ese el plan? —preguntó en bajo Moses limpiando los pinceles mientras yo acababa con los caballos.

—Crecí observando el trabajo que mis padres hacían con los animales y las personas. Y después de que muriera Kathleen y de que tú te fueras, ya no quería participar en los rodeos. Ni siquiera quería ser veterinaria. Solo quería averiguar cómo podría desbloquearte, de la misma forma que había visto hacer con otros que necesitaban ayuda.

—¿Desbloquearme? —Moses me miró estupefacto.

—Sí. —Lo miré a los ojos con franqueza, pero no conseguí aguantar la mirada. La honestidad era difícil e increíblemente íntima—. Así que eso hice: me saqué la carrera de psicología y después un máster. —Me encogí de hombros—. Quizás algún día tengas que llamarme doctora Georgia, pero, si te soy sincera, no estoy interesada en ir dando recetas. Prefiero entrenar a los caballos y ayudar a la gente. No sé cómo habría podido sobrevivir estos dos últimos años sin mi trabajo.

Se quedó callado durante un minuto. No me atreví a mirarlo.

—¿Realmente son tan inteligentes los caballos? —preguntó.

Agradecí que cambiara de tema, no me apetecía especialmente hablar sobre mí.

—Creo que la palabra «inteligente» no es la adecuada, pero sí que lo son. Se dan cuenta de las cosas, imitan y reaccionan. Solo tenemos que observarlos para darnos cuenta de lo que nos pasa y, por eso, los caballos pueden llegar a ser herramientas muy poderosas. Un caballo puede correr un kilómetro movido por el miedo y nada más. No están pensando cuando corren, simplemente reaccionan. Los perros, los gatos, la gente, todos somos depredadores, pero los caballos son la presa, no el depredador. Y como son presas, se basan en instintos, en emociones, en el miedo. Están muy conectados con la sensibilidad extrema, venga de donde venga, y reaccionan ante ella.

Moses asintió como si le convenciera lo que le estaba contando. Caminó hacia mí y los caballos no reaccionaron. Estaba tranquilo y los caballos también.

—Ven aquí —insistí haciéndole señas para que se acercara. De repente quería demostrárselo.

—Georgia, recuerda lo que pasó la última vez —protestó Moses hablando bajo todavía.

—Dame la mano.

La levantó y entrelazó los dedos con los míos, palma con palma y di un paso hacia los caballos.

—¿Tienes miedo, Moses? —Me recordó a aquella primera vez que le había vacilado para que acariciara a *Sackett*. Pero en esa ocasión no lo estaba vacilando, para nada, solo quería saber cómo se sentía.

—No, pero no quiero que me tengan miedo. —Me miró—. No quiero que tengas miedo.

—No lo tengo —respondí inmediatamente. Oí relinchar a *Lucky* detrás de mí y *Sackett* resopló como si dudara de la veracidad de lo que acababa de decir.

—Sí que lo tienes —dijo.

—Sí —admití con un suspiro—. Esto es importante para mí, así que estoy nerviosa.

En cuanto lo entendí, el miedo desapareció. Le cogí la otra mano y nos quedamos el uno frente al otro con las manos agarradas.

—Nos vamos a quedar aquí cogidos de las manos —dije.

Moses bajó la barbilla hacia el pecho y respiró hondo.

—¿Qué? —contesté con suavidad.

—Me siento como un niño y no quiero sentirme como un niño contigo.

—Yo no te veo así. —Nunca se habían dicho palabras más ciertas que esas. Sus manos envolvieron las mías y el contacto era excitante casi hasta el punto de querer cerrar los ojos para que la habitación dejara de darme vueltas.

—Vale, entonces no quiero que me veas como alguien que necesita ayuda.

Sacudí la cabeza, pero sentí cómo crecía en mi pecho el dolor quemándome los ojos y agradecí la sombra que había en el ruedo. El sol casi había desaparecido y la luz moteaba el perímetro con manchas del color dorado del atardecer, pero donde estábamos, en el centro del ruedo, estaba oscuro y yo podía sentir a los caballos detrás de mí esperando, esperando pacientemente, siempre esperando. Sus resoplidos y patadas eran como un consuelo para mí.

—Nunca he querido arreglarte. Nunca. No en el sentido al que te refieres.

—¿Entonces cómo?

—Solo quería que pudieras quererme.

—¿Roto y todo?

—No digas eso —protesté, estremeciéndome como siempre que pensaba en cómo había empezado su vida.

—Es la verdad, Georgia. Tienes que aceptar quién soy, como he hecho yo. —Estaba hablando tan bajo que tenía que leer los labios para no perderme nada.

De nuevo, sentí la presencia de los caballos detrás de mí, los sentía moverse y luego sentí un pequeño golpe en la espalda y luego otra vez, más fuerte.

—*Cálico* quiere que te acerques. —suspiró Moses.

Di un paso adelante. *Cálico* volvió a darme un golpe hasta que solo unos centímetros separaban mi cuerpo del de Moses. El caballo puso la cabeza sobre mi hombro y resopló suavemente levantando los pelos sueltos que tenía alrededor de la cara. Los ojos de Moses estaban muy abiertos, pero su respiración era regular y sus manos permanecieron quietas y no muy apretadas alrededor de las mías. Luego *Cálico* nos rodeó y puso el cuerpo contra Moses. Se quedó ahí quieta, con la cabeza agachada y los ojos entrecerrados. Moses la podía sentir, pero no la podía ver. Sentí su temblor en las manos y vi cómo tragaba con los ojos puestos en mí y luego en *Sackett*. Luego *Sackett* se puso detrás de mí, haciéndome presión con el

costado, sirviéndome de apoyo como si se hubiera aliado con *Cálico* para mantener a raya a las moscas. Moses y yo estábamos en medio, protegidos con sus cuerpos enormes entre las silenciosas sombras del crepúsculo.

—¿Te puedo preguntar algo? —susurré con el corazón palpitándome tan fuerte que me pregunté si Moses podría sentir los latidos en mis manos.

—Claro. —Su voz era más débil que la mía.

—¿Alguna vez me has querido? —Puede que no fuera justo preguntárselo con quinientos kilos de detectores de mentiras alrededor nuestro, pero no podía aguantármelo más—. Te quería. Sé que en el fondo nunca te lo llegaste a creer, que piensas que realmente no podía quererte, pero lo hacía.

—Georgia

Mi nombre entre sus labios sonó casi como un gemido y sentí que las lágrimas me recorrían la cara, bajando por las mejillas, deseando liberarse de la tensión que había en mi cabeza. Entonces me rodeó con los brazos, atrayéndome hacia él como si estuviera sacando la fuerza del caballo que tenía a su espalda.

—¿Por qué no te mantuviste alejada de mí? —dijo casi sin poder respirar—. Te dije muchas veces que te fueras, pero no lo hiciste. No me dejabas tranquilo y te hice daño. Provoqué esta situación. Lo hice. ¿Sabes que he perdido a cada persona que he querido? A todo el mundo. Y justo cuando empecé a pensar que las cosas podían ser diferentes contigo, B. A. murió. Y me dio la razón al no volver. Así que no iba a dejar que te acercaras a mí. ¡Estuve en un hospital psiquiátrico, Georgia! ¡En un hospital psiquiátrico! Durante tres meses y no iba a dejar que eso también te afectara a ti. Estaba intentando salvarte. No volví porque estaba intentando salvarte… ¡de mí! ¿No lo entiendes?

Negué con fuerza con la cabeza, escondí la cara en su pecho y dejé que el suave algodón de su camiseta me secara las lágrimas. Lo había entendido. Pensaba que me había rechazado, que me estaba alejando de él como había hecho siempre. No lo había entendido, pero por fin lo hice. Y, al entenderlo, todos los fragmentos rotos se volvieron a juntar y se repararon. Escuchar aquello me estaba curando y lo rodeé con los brazos sujetándolo como él lo hacía conmigo, abandonando toda resistencia. Su cuerpo estaba rígido contra el mío, firme, solido, dispuesto y me apoyé en él de una forma que nunca había hecho, a gusto y con la certeza de que nunca me dejaría caer. Los caballos se movieron y sentí que *Sackett* se estremecía como si hubiera sentido mi alivio. *Cálico* relinchó y

restregó su suave hocico contra el hombro de Moses y entonces me di cuenta de que no era la única que estaba temblando.

—Pintarás. Te alejarás y nunca mirarás atrás. No amarás

—dijo mi Moses contra mi pelo—. Esas eran mis leyes. En cuanto fui libre, fuera de la escuela, fuera del sistema, desaparecí. No quería nada más que pintar y correr. Pintar y correr porque esas eran las únicas dos cosas que me hacían llevar mejor la vida. Y luego apareciste tú, tú y B. A., y empecé a pensar en desobedecer una o dos leyes.

Me retumbaba el corazón en el pecho mientras hablaba y cerré los labios para que el gemido que se estaba formando en mi garganta no saliera en el momento equivocado y reprimiera las palabras que quería escuchar tan desesperadamente

—Al final, Georgia, solo había desobedecido una: había amado —lo dijo directamente, sin rodeos, sin confusiones.

Había querido.

Y simplemente así, *Cálico* se movió y se dirigió pesadamente hacia los últimos rayos de sol que se metían por la puerta que llevaba al corral. *Sackett* la siguió, moviéndose despacio y con la nariz pegada al suelo, dejándonos a Moses y a mí a solas, envueltos en los brazos del otro como si su trabajo ya estuviera hecho.

—¿Quién eres, Moses? No eres el mismo. No creía que pudiera volver a quererte. —Las lágrimas me recorrían la cara, pero no las sequé—. No sabías cómo amar y no sé qué pensar, Moses.

—Sabía amar. Te quise entonces, pero no sabía cómo demostrártelo.

—¿Entonces qué ha pasado? —pregunté.

—Eli. Eli me está enseñando a demostrarlo —contestó suavemente.

No levantó la cabeza de mi cabello y lo agradecí. Necesitaba un momento para encontrar la respuesta. Sabía que, si lo miraba con pena o miedo, o incluso con incredulidad, lo que estábamos construyendo se derrumbaría. Y entonces supe que, si iba a quererlo, a quererlo de verdad y no solo necesitarle, iba a tener que aceptar quién era.

Presioné los labios contra su cuello y susurré:

—Gracias, Eli.

Escuché cómo Moses tomaba aire y me abrazaba más fuerte.

—Te quería entonces, Georgia, y todavía te quiero.

Sentí sus palabras retumbar en su garganta y luego acerqué su boca a la mía para poder saborearlas. Nunca nada me había sabido

tan dulce. Me levantó en brazos y lo abracé , rodeándolo con las piernas, la antigua Georgia y la nueva Georgia y con una mano sujetándome la cintura y la otra la espalda, me besó como si tuviera todo el tiempo del mundo y no hubiera otro lugar ni en el cielo ni en el infierno donde prefiriera estar. Cuando al final levantó la cabeza y apartó los labios de mi boca para llevarlos hasta mi cuello escuché que susurraba:

—Los ojos de Georgia, el pelo de Georgia, la boca de Georgia, el amor de Georgia y las larguísimas piernas de Georgia.

Capítulo 27

Georgia

Quemaba la energía corriendo por las noches. Cuando iba a correr no quería pararme para charlar ni quería que la gente mirara cómo me botaban los pechos o chismorrearan de mi moreno de granja con la ropa de deporte. Tenía la cara y los brazos morenos de trabajar al aire libre casi todos los días, pero, como llevaba vaqueros, tenía las piernas blancas. Quizás todos los pueblos pequeños eran como Levan, donde la gente se daba cuenta de los más mínimos detalles, comentaba, hablaba y cotilleaba… así que evitaba el pueblo y corría por los campos, pasaba por la torre del agua y llegaba hasta el viejo molino cuando no podía dormir. Y esa noche no podía dormir.

Al tener a mis padres de nuevo en casa y con las cosas entre Moses y yo cambiando rápidamente, me sentía ansiosa y agitada. Quería estar con Moses, era así de sencillo, y estaba bastante segura de que él quería lo mismo, pero igual que aquel verano hacía siete años, Moses y yo íbamos a la velocidad de la luz, pasando del perdón al para siempre en cuestión de días y eso no podía ser. Mi padre tenía razón, ya era una mujer, una madre, o lo había sido, y no podía seguir actuando así. De modo que le di las buenas noches a Moses y me fui a casa pronto como una niña buena, aunque no me apetecía. Definitivamente era el momento de irme de casa.

Corrí mucho y rápido con unas linternitas en cada mano que se movían adelante y atrás al ritmo constante de mis brazos. A mis padres no les gustaba que corriera sola, pero ya era lo suficientemente mayor para estar pidiéndoles permiso para hacer ejercicio y el único peligro que había en el campo eran las mofetas y los coyotes y alguna que otra serpiente de cascabel. Una vez tuve que saltar una. Estaba muerta, pero no lo supe hasta que la volví a ver en el mismo lugar la noche siguiente. Las mofetas no eran

mortales y los coyotes me tenían miedo, así que solo me preocupaban las serpientes.

Había luna llena, así que no necesitaba las linternas. Cuando me acerqué al viejo molino y llevaba cinco kilómetros de los ocho que iba a hacer, la luna iluminó aquel viejo lugar y lo observé con otros ojos. El viejo molino estaba exactamente igual. Me pregunté por qué Jeremiah Anderson había contratado a Moses para limpiarlo, tirar los tabiques y demoler las paredes del interior si nunca iba a hacer nada con él. Las ventanas aún estaban cerradas con maderas y la hierba estaba más crecida, pero no había signos de que hubiera estado los siete años abandonado, alguien le estaba echando un ojo.

Siempre que pasaba por allí corriendo, recordaba la desesperación que había sentido la víspera de Acción de Gracias siete años atrás, la noche que había esperado a Moses ahí fuera antes de acobardarme y dejarle una nota. Pero siempre seguía corriendo, ignorando el sentimiento de pérdida y de antiguo deseo. Sin embargo, ahora que Moses había vuelto y que había esperanza en mi horizonte, me detuve un momento a coger aire en lugar de seguir corriendo. Desde que había visto esa cara saliendo de la pared de la casa de Kathleen hacía semanas, había estado pensando en las paredes del antiguo molino, en los dibujos de Moses. Algo me daba vueltas en la cabeza. No sabía si seguirían ahí; la genialidad escondida en un edificio oscuro, polvoriento y viejo, encerrado donde nadie más pudiera verlo. Algún día, alguien querrá verlos y, para mí, ese día había llegado. Caminé por el antiguo aparcamiento hasta la puerta de atrás que Moses siempre usaba, segura de que iba a estar cerrada.

Comprobé la puerta de servicio de atrás y estaba cerrada, justo como había pensado, justo como lo había estado cuando lo comprobé aquella noche, pero cuando comprobé el marco de la puerta, la llave estaba exactamente donde la dejaba Moses cada día después de acabar de trabajar. Incrédula, la cogí y luego la introduje en la cerradura que había encima del pomo y la giré, sin creerme aún que realmente fuera a abrir la puerta, pero esta se abrió con un chirrido de las desgastadas bisagras y entré sin dudarlo. No sabía por qué no podía dejarlo correr, pero no podía. Estaba ahí, tenía las linternas y había algo que quería ver.

Pasando la puerta trasera había unas cuantas oficinas pequeñas y, luego, una habitación más grande que seguramente fuera la sala de descanso. Sin la luz de la luna, dentro estaba todo mucho más oscuro y sujeté las linternas como si fueran dos sables de luz, preparada para matar cualquier cosa que apareciera. Cuanto más

me adentraba, más cambios veía. El interior era diferente. Moses había derribado las oficinas más pequeñas cerca del almacén. Me detuve, haciendo círculos con las linternas para intentar orientarme. Las pinturas estaban en la pared del fondo, en la esquina más alejada de la puerta principal, como si Moses hubiera tratado de ser discreto.

Me entró una risita al pensarlo. Moses nunca había sido discreto. Esos seis meses de Moses en Levan habían sido el equivalente a un despliegue de pirotecnia sin fin: mucho color, estallidos, pequeños fuegos ocasionales y un montón de restos humeantes.

Continué moviendo las linternas, hacia delante y hacia atrás asegurándome de no perderme nada. La luz de la linterna que llevaba en la mano derecha reflejó algo amontonado contra la pared más alejada y di un salto. Dejé caer la linterna y luego le di una patada hacia la figura oscura. Me agaché para recogerla. Rodó en círculos, con la parte más pesada dando vueltas alrededor de la que menos y, cuando paró, mandó un flujo de luz en la dirección hacia la que había andado, iluminando el suelo y un par de piernas.

Pegué un grito, agarrando la otra linterna y enfocándola para poder ver a qué me enfrentaba. O a quién. La luz enfocó una cara y volví a gritar, haciendo que la luz se moviera y enfocara otra cabeza inclinada y una barbilla respingona. El miedo se convirtió en un alivio confuso al ver que las caras no tenían movimiento y darme cuenta de que había encontrado las pinturas de Moses junto con unas formas danzantes y cuerpos entrelazados que se extendían a lo largo de casi un metro de pared. Me paré y agarré la linterna, agradecida de que, a pesar de mi torpeza, no me hubiera caído la otra linterna.

El dibujo era casi extravagante y más coherente que las confusas y terroríficas pinturas de las paredes de la casa de Kathleen Wright. Lo terrorífico respondía a las manos de Moses, no a los sujetos, si acaso eso tiene sentido. Había estado alterado y lo había reflejado en cada pincelada. Esto era diferente. Era una cornucopia de placeres, llena de rarezas y maravillas y pequeños rompecabezas, todo intercalado a lo largo del disparatado despliegue. Y vaya si era disparatado. Me recordó a nuestra conversación sobre cosas favoritas y recuerdos preferidos y me pregunté si estaba ante las cinco cosas por las que estaba agradecido Moses multiplicadas por una docena de factores que también aparecían en la pared. Apunté con la linterna a cada parte, intentando conectarla con la siguiente, preguntándome si se trataba solo de la oscuridad y la dificultad de

iluminar toda la pared a la vez lo que lo hacía parecer tan nuevo. Recordaba algunos fragmentos, pero estaba claro que Moses había añadido cosas después. Yo lo había visto en octubre y él se había ido a finales de noviembre. En ese tiempo lo había ampliado.

Y de repente la encontré, la cara que había estado dándome vueltas en la cabeza las últimas dos semanas.

Apunté con las dos linternas para poder verla mejor y me devolvió la mirada reprobatoria. Con el halo de luz parecía que llevaba una aureola. Cuando me di cuenta de que la conocía, me mareé un poco y me quedé afectada. Era la misma cara que había visto en la pared recién pintada el día que fui a recoger el álbum. Puede que fuera el ángulo o la expresión de su cara, pero la cara que simplemente me había sonado de algo en la pared de Kathleen Wright me resultó, en aquel momento, totalmente conocida. De hecho, la había conocido en vida.

El sonido de las viejas bisagras resonó por todo el espacio vacío y, durante un instante, no supe de dónde venía. Luego me di cuenta de que alguien estaba abriendo la puerta trasera, la puerta por la que había entrado unos minutos antes. Me había dejado las llaves puestas.

Moses

La iglesia de Levan era un edificio nuevo con ladrillos de colores claros, torres elevadas y unas amplias puertas de roble de 1904. En el transcurso de los años, se habían realizado renovaciones y pensé que podrían haber usado algo de vitral, aunque estaba bien así. Cuando escuchaba el órgano, siempre me acordaba de los veranos que pasaba con B. A. cuando era más pequeño y de como ignoraba a los feligreses y atravesaba corriendo las puertas dobles para llegar a casa, deseando moverme y desesperado por librarme de la corbata y de los zapatos de ir a la iglesia, negros y lustrosos.

Estaba inquieto, ansioso. No había visto a Georgia desde el día anterior y, a parte de un mensaje rápido con mis cinco cosas favoritas del día y un emoticono sonriente a modo de respuesta por su parte, no habíamos interactuado.

Tenía un cliente que había venido hasta Levan para una sesión y

me pasé todo el día pintando una mujer dormida en su escritorio con unas gafas en la mano y una pila de libros desordenada al lado. Tenía la boca un poco abierta, el pelo algo rizado contra la mejilla y su preciosa cara apoyada en el brazo. El hombre que me había contratado me había dicho que siempre se quedaba así dormida, entre los libros, antes de llegar a la cama. Su mujer había muerto de repente la primavera anterior y se sentía muy solo. Rico y solo. Mis mejores clientes eran los ricos que se sentían solos, pero, cuando hablamos me dio pena, así que no había sido tan borde y cortante como solía ser cuando tenía que contar las cosas que veía.

«No vi las señales. Todas las señales de aviso estaban ahí… pero simplemente no quise verlas», había dicho.

La mujer había muerto de una insuficiencia cardíaca y estaba seguro de que lo podía haber evitado si hubiera sido más precavido.

Se había ido sin el cuadro, que era lo normal. Tenía que darle unos toques finales y tenían que pasar unos cuantos días para que se secara y pudiera mandárselo, pero se había ido feliz. Incluso satisfecho. Yo no estaba ni feliz ni satisfecho y, aunque no me apetecía, me fui a dar un paseo con la esperanza de liberar el exceso de energía que me hervía bajo la piel. Además, quería averiguar si Georgia estaba en su casa. Le mandé un mensaje al que no respondió y acabé deambulando por la iglesia, con hojas secas alrededor de los pies como si fueran un batallón de ratones cruzando la calle cuando el viento las levantaba.

Mi cliente me había dicho que se acercaba una tormenta de nieve, pero la noche no era especialmente fresca y aún estábamos en octubre. Sin embargo, Utah era así, un día podía nevar y al día siguiente hacer sol. Las casas que estaban alrededor de la iglesia estaban decoradas para Halloween, con fantasmas girando con el viento, grandes calabazas en los porches, arañas y murciélagos trepando por las ventanas y colgando de árboles y, cuando empezó a sonar el órgano, sonó una melodía tan de tétrica que me sobresalté y maldije cuando me di cuenta de qué era.

En la iglesia, las luces estaban dadas y había una camioneta de color oscuro aparcada a las puertas de la capilla. Me detuve a escuchar y, tras oír unas notas, sabía exactamente quién estaba tocando. Subí las grandes escaleras y empujé la puerta de roble con la esperanza de que estuviera abierta y de colarme en la parte de atrás, sentarme y escuchar a Josie tocar durante un rato. La puerta se abrió con un susurro de bisagras bien engrasadas y entré en el vestíbulo. Inmediatamente fijé los ojos en la rubia que estaba

sentada delante del órgano y en el hombre de la última fila, la más cercana al vestíbulo, escuchándola tocar algo tan bello que se me pusieron de punta los pelos del brazo y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

Vi que era el hombre del cementerio, el marido de Josie, y me deslicé hasta el final del banco en el que estaba sentado. Él estaba justo en el centro, con los brazos estirados a cada lado, con los pies y las botas cruzados por los tobillos y con los ojos oscuros puestos en su mujer. Cuando me senté, esos ojos me miraron e inclinó ligeramente la cabeza con un movimiento casi imperceptible y, en ese momento, decidí que me caía bien. Yo tampoco quería hablar, solo quería escuchar.

La música era tan bella, tan dulce, que deseé que Eli estuviera allí solo para poder mirarlo mientras la escuchaba, pero había mantenido las distancias durante todo el día y me di cuenta de que lo echaba de menos y de que la música me hacía echarlo de menos aún más. Cuando Josie acabó con la pieza, levantó la mirada de las teclas y levantó la mano para protegerse los ojos. Solo estaba iluminado el estrado, mientras que el resto de la capilla estaba sumido en las sombras. Me llamó alegremente.

—Moses, ¿eres tú? ¡Bienvenido! Samuel, este es Moses Wright, el artista del que te he hablado. Moses, este es mi marido, Samuel Yates. No te preocupes, Moses, Samuel no muerde.

Samuel se inclinó hacia mí, ofreciéndome la mano y caminé hacia él hasta que se la pude agarrar. Me volví a sentar a unos centímetros de él y Josie inmediatamente empezó a tocar otra cosa como para dejarnos a Samuel y a mí hablar un rato. Ninguno de los parecía estar muy interesado en ello, pero él me intrigaba, quizás fuera porque parecía cómodo consigo mismo y muy enamorado de su mujer y también porque parecía que ninguno de los dos encajaba en aquel pueblo. Agradecí que él empezara a hablar.

—¿Has venido a pintar? —preguntó directamente. Tenía un pequeño deje exótico al hablar, una cadencia o un ritmo que me hacían pensar que su lengua materna era el navajo. O quizás fuera su presencia. Definitivamente el tío tenía mucho rollo. Imaginé que podía llegar a intimidar muchísimo, pero la gente también decía eso de mí.

—No, solo a escuchar.

—Bien, me gustan las paredes tal y como están. —Había humor en sus palabras y sonreí.

—¿Hace esto a menudo? —Señalé con la cabeza el órgano.

—No. No vivimos aquí, mi abuelo murió hace un par de

semanas y vinimos para el funeral y para ayudar a mi abuela Nettie con un par de cosas. Nos vamos a San Diego mañana. Josie hace esto por mí, me enamoré de ella en este edificio, sentado aquí mismo, en este mismo banco.

Me sorprendió su franqueza.

—Yo también me enamoré de ella aquí —dije en voz baja y sus ojos me miraron de golpe—. Tenía diez años, no te preocupes. Su música hacía que tolerara mejor la misa. Incluso entonces tenía el ojo puesto en otra rubia.

—Georgia Shepherd es una vaquera de cuidado —dijo. Josie también le había contado lo mío con Georgia.

—Sí.

—Mi abuelo era un viejo chapado a la antigua, del tipo de rodeo y rancho y de las mujeres a la cocina, pero incluso él tuvo que admitir que Georgia tenía algo especial. Montaba como mi abuela navaja: sin miedo, elegante, como si fuera música.

Inclinó la cabeza hacia Josie y hacia la música que sacaba de las teclas.

—Siento lo de tu chaval. —Su tono era simple, con la voz sosegada e hice todo lo posible para no agachar la cabeza y ponerme a llorar. En lugar de eso, lo miré a los ojos y asentí.

—Gracias.

Las condolencias de Samuel me parecieron arrolladoras, pero las agradecía. Eli era mi hijo y lo había perdido. Acababa de perderlo. Su pérdida era reciente porque para mí no había muerto hacía dos años. Para mí había muerto hacía tres semanas. Para mí había muerto en el campo, detrás de casa de Georgia, cuando me contó lo de aquel horrible día y vi todo lo que había pasado. De alguna forma, este hombre me había dado la validación que no sabía que necesitaba.

—Has vuelto para hacer las cosas bien. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Sí.

—Has vuelto para reclamar lo que es tuyo.

—Sí —volví a coincidir en voz baja.

—Yo tuve que hacer lo mismo. Casi pierdo mi oportunidad con Josie. Casi la pierdo, pensaba que tenía tiempo. No cometas el mismo error, Moses.

Asentí, sin conocer su historia, pero deseando hacerlo. Escuché la música un rato más y luego, incapaz de mantenerme quieto más tiempo e incluso a pesar de la preciosa música y la calidad de la

compañía, me levanté. Le ofrecí la mano a Samuel y él se levantó también antes de estrechármela con solemnidad. Era tan alto como yo y teníamos los ojos a la misma altura. También le ofrecí mis condolencias.

—Siento lo de tu abuelo. Lo echarás de menos, pero él está bien. Lo sabes, ¿no?

Samuel inclinó la cabeza, mirándome. Deseé no haber dicho eso último, pero podía sentir la presencia de su abuelo como una manta cálida y quería darle las gracias a Samuel de la única forma que sabía.

—Sí, eso creo. Estamos contentos de que haya dejado de sufrir. Sabíamos que iba a faltar así que pudimos prepararnos.

Me empezó a latir el corazón y me sudaban las manos. Empecé a sentir en las piernas y brazos la ansiedad que me había acosado todo el día con las palabras que Samuel y mi cliente habían dicho resonando en mi cabeza: «Casi la pierdo, creía que tenía tiempo. Sabíamos que iba a pasar. No quise ver las señales. Todas las señales de aviso estaban ahí.»

Salí corriendo de la iglesia y bajé las escaleras sin importarme si Samuel y Josie pensaban que estaba loco, como aseguraban todos los rumores. Corrí por la hierba y fui hacia casa, intentando no pensar en lo que querían decir las señales.

Creía que Eli estaba ahí por mí, creía que estaba ahí para hacerme volver con Georgia, pero había vuelto y Eli no se había ido, aún seguía deambulando, aún seguía rondando a Georgia igual que mi bisabuelo lo había hecho con B. A. los días antes de que muriera, igual que la muerte había rondado a los niños con cáncer de la unidad de oncología. Igual.

¿Y si Eli había venido a por Georgia?

Y luego estaba la chica, la rubia. Todas las chicas rubias. Todas las chicas rubias muertas. Georgia era rubia. Incluso mi madre, mi madre había intentado advertirme. Todas las señales estaban ahí, pero no las había querido ver. ¡Debería haberme dado cuenta! Así era mi vida, siempre había sido así.

Corrí regañándome a mí mismo, horrorizado, hasta llegar a casa de Georgia. Pasé al lado de su camioneta, subí el caminito y llamé a la puerta como el loco que era. Como nadie apareció en la puerta de inmediato, corrí hacia el lado de la casa donde estaban las ventanas que daban a su habitación. Por lo que sabía, podían haber remodelado el interior y quizás viera algo inoportuno, pero estaba desesperado. Pegué mi cara a la ventana y llamé con la esperanza de que alguien, cualquiera, me escuchara. Podía ver a través de las

tablillas de las persianas. Con todos los colores vertiginosos, apareció ante mí el mural que había pintado hacía tanto tiempo y me pregunté cómo podía haber tenido Georgia una noche en calma en aquella habitación.

—¡Georgia! —grité, frenético. Había una pequeña lámpara encendida encima de la mesita de noche, pero en la habitación no había nadie.

Volví corriendo al patio delantero, decidido a entrar tanto si la puerta estaba abierta como si no.

Georgia estaba atónita al final del caminito con unos pantalones cortos, un suéter, y el pelo recogido en una coleta despeinada.

—¿Moses? —El alivio que se escuchó en su voz era el mismo que sentía yo en las extremidades. Crucé el jardín en tres pasos, la agarré y la abracé, apoyando la cara en su cabello despeinado sin importarme si mi reacción era exagerada. Nunca había estado tan contento de haberme equivocado.

—He pasado mucho miedo —dijimos a la vez. La aparté un poco y me quedé mirándola.

—He pasado mucho miedo —volvió a comenzar y quité una mano de su espalda para retirarle el pelo de la cara. Tenía una mancha en la mejilla, los ojos muy abiertos y le castañeteaban los dientes. Me di cuenta de que estaba temblando y me abrazaba como si intentara no caerse.

—¿Georgia? —Mauna Shepherd estaba en la puerta de su casa con un rodillo de amasar en la mano. Durante un momento me pregunté si estaría cocinando o la habría cogido para defenderse de quien estuviera en la puerta.

—¿Estás bien, Georgia? —preguntó mirándonos a los dos.

—Sí, mamá, pero me voy a ir un rato con Moses. No me esperes. —La voz de Georgia parecía firme, pero aún le temblaba el cuerpo y yo estaba muerto de miedo otra vez. Había pasado algo, no me había equivocado por completo.

Mauna Shepherd dudó durante un segundo y luego asintió.

—Vale, tú sabrás lo que haces, mujercita. —Dirigió su atención hacia mí—. Moses.

—¿Sí, señora?

—He sufrido todo lo que podía y más. Hazme feliz o vete. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. Y también nos vendría bien algo de tiempo. Danos un poco de tiempo a todos, sobre todo a Martin.

Asentí, pero no dije nada. El tiempo no era algo que podía ir dando. El tiempo nunca había sido mi amigo y no me fiaba.

Capítulo 28

Georgia

Mantuve los brazos alrededor de Moses y él no me presionó para que hablara, dejó su mano firme sobre mis hombros e iba besándome la cabeza cuando dábamos unos pasos. Algo había pasado, no solo a mí sino también a Moses y no podía detener los temblores que me recorrían la espalda. Llegamos al porche delantero y, de repente, no era capaz de entrar en la casa. Sabía que Moses la había pintado, estaba segura de que había arreglado lo de la pared. Había estado trabajando en la casa desde que había llegado hacía semanas, pero tenía miedo de la cara de la pared.

—Hace frío, cariño —dijo dulcemente Moses cuando me quedé ahí quieta, insistiéndome para que entrara con palabras cariñosas.

—Vamos a sentarnos un rato, ¿vale? —susurré, y me senté en un escalón. El viento no era constante, de repente soplaba una ráfaga de aire y después se calmaba. Me recordó a cuando le hacía a Eli irse a dormir cuando era muy pequeño. Nunca se rendía e intentaba desesperadamente seguir en pie, quedarse despierto hasta el último momento y luego se echaba una siestecita para volverse a levantar y tratar de jugar una vez más. El día siguiente haría dos años desde que lo perdí y su recuerdo tendría que dolerme, pero me di cuenta de que me gustaba el pequeño consuelo que daban esas cosas que, de repente, me recordaban a él.

—Todavía no he llorado hoy. —Me di cuenta de repente.

Moses se rindió y se sentó a mi lado. Con lo grande que era y el calor que desprendía me dieron ganas de inclinarme sobre él y apoyé la cabeza sobre su hombro. Me puso su enorme mano sobre la cabeza, acunándome. Giré la cara, le di un beso en la palma y sentí cómo se estremecía. Luego me abrazó con los dos brazos para que pudiera enterrar mi cabeza en su pecho y él apoyar su cabeza en mi pelo.

—Si sigues siendo así de dulce batiré mi propio récord y volveré a llorar otra vez —susurró.

—Si lloras por ese motivo, no cuenta —me susurró y, como había predicho, sentí los ojos llorosos—. B. A. decía que las lágrimas de felicidad regaban nuestra gratitud. Tenía incluso un punto de cruz con esa frase. Yo pensaba que era estúpido. —Sabía que sonreía por su voz.

—Ah… Conque B. A. era una creyente de las cinco cosas… —Presioné mis labios contra su garganta, quería estar lo más cerca de él posible.

—Ella creía en todas las cosas buenas. —Restregó suavemente su mejilla contra mi pelo acariciándome con la nariz.

—Sobre todo en ti.

—Incluso en mí —dijo Moses llevando su mano hasta mi barbilla—. ¿Qué ha pasado, Georgia? ¿Por qué estabas tan asustada?

—Hice algo ridículo y me asusté. Corrí hacia casa como una niña muerta de miedo.

—Cuéntamelo.

—No, no es nada, pero tú también estabas asustado, ¿por qué?

Moses negó con la cabeza como si no supiera bien por dónde empezar.

—Siento como si me estuviera perdiendo algo, como si faltara algo o quizás sea el miedo de nunca haberlo tenido. Perdí a Eli antes siquiera de saber que era mío. Una parte de mí está segura de que se va a repetir la misma historia. Hay patrones, Georgia, y… —Se detuvo como si no supiera explicarse y me percaté de la desesperación en su voz.

—Va en serio, Moses. —Suspiré, y repetí lo que había dicho él —: Lo nuestro va en serio.

Sonrió un poco y colocó su frente contra la mía.

—Hace frío, entremos. Quédate conmigo un rato —susurró con una nota de urgencia que me hizo estremecer y no precisamente por el frío que hacía.

Quería hacerlo, lo necesitaba, pero no podía sacarme de la cabeza su cara.

—La chica… La chica que pintaste en la pared —susurré como había hecho él. Giré la cabeza y miré la puerta delantera pensando en las paredes que había dentro—, sé quién es.

—¿Molly? —preguntó sorprendido, incluso desconcertado.

—No, Molly no. La chica que había detrás de Molly.

Moses se quedó en silencio durante un minuto y luego se puso en pie y me levantó con él. Sostuvo con fuerza mi mano y entró en casa llevándome detrás. Me dejé llevar, pero me temblaban las piernas y tenía el corazón a cien. Me llevó dentro de la casa hasta el centro del salón. Miramos las diferentes paredes en sus diferentes etapas de lija y pintura. Aún se podía ver algo de su cara. Moses se quedó mirando sobriamente y luego inclinó la barbilla para mirarme a mí. Tenía los párpados caídos sobre los ojos verdes, preocupado. Y me quedé mirándolo fijamente sin poder volver a mirar a la chica que salía de la pared.

—Lisa Kendrick, la chica que me ha limpiado la casa me dijo que se llamaba Sylvie y que era su prima —dijo—. Al parecer, desapareció el verano anterior al que vine a vivir con B. A. Aunque no era de por aquí. Creo que Lisa me dijo que vivía en Gunnison.

Asentí con el corazón en un puño.

—No sabía su nombre, pero me acuerdo de ella. Hacía terapia con mis padres y de repente dejó de venir. Escuché a mis padres hablar sobre ello, pero no caí en que fuera porque le había pasado algo. Hay un programa de rehabilitación de noventa días en Richfield para jóvenes con problemas de drogadicción. Ella estaba en ese programa. Su cara me resultó familiar el día que la vi cuando vine a recoger el álbum de fotos y no he dejado de darle vueltas.

Moses se puso tenso como si supiera que estaba allanando el camino para decir otra cosa.

—Me he acordado de tu mural del viejo molino. Paso por allí mucho cuando salgo a correr. También la pintaste a ella, Moses. Los dibujos siguen estando todos allí —acabé apresuradamente, y lo observé mientras se le abrían los ojos. Me miró con la mirada perdida como si estuviera intentando sacar viejos detalles de la cabeza.

—Ni siquiera conocía al propietario del molino. B. A. me consiguió el trabajo y yo solo aparecí y me pagaron, aunque, ahora que lo pienso, no me llegaron a pagar. —Se encogió—. Quería pintar para borrar el mural, me dije a mí mismo que lo haría, pero… se me acabó el tiempo, supongo. —Al decirlo, se puso ansioso y frunció el ceño—. No me puedo creer que sigan ahí y tampoco que hayas entrado sola, en la oscuridad.

—No lo pensé bien. Y no hacía más que darle vueltas, ¿sabes? Creía que la chica me sonaba, pero no sabía si era porque también era una chica mona y rubia como todas las demás.

—¿ Eran todas rubias? —preguntó Moses, pero, por el tono de

voz, parecía que buscara más una confirmación que información.

—Que yo sepa, sí.

—¿Cuántas ha habido? —Moses respiró, aturdido—. Yo solo he pintado tres.

Había pintado más que esas, pero las otras chicas no tenían cara.

—Mis padres estuvieron hablando de eso con el *sheriff* Dawson el pasado julio, cuando desapareció la chica de Payson. Todo lo que les dijo fue que eran unas cuantas, ocho o nueve. Y eso en los últimos diez o doce años. No sé si hubo alguna antes. Y el *sheriff* creía que podría haber más fuera de Utah.

—¿Y creen que están relacionadas? —Moses parecía resignado, como si supiera lo que iba a decir.

—Todas son rubias, de la misma edad, de pequeñas ciudades de Utah y todas desaparecidas durante el mes de julio.

—Tú eres rubia —dijo con tristeza y en voz baja.

Esperé a que continuara, tenía los labios tensos y los ojos fijos en los míos.

—Alguien intentó cogerte, Georgia. Ese verano, en julio, alguien intentó cogerte. Creo que esa persona pasó corriendo al lado mío, se chocó conmigo, Georgia. Tu abuelo fue el motivo por el que volví a buscarte. Lo vi junto a la carretera y me mostró una imagen tuya cayendo así que volví. También lo vi en la feria, en el establo y en la esquina de tu habitación mientras pintaba.

—¿Estaba en la esquina de mi habitación? —chillé, alarmada.

—Me mostró lo que tenía que pintar. Las imágenes de tu habitación reflejan cómo veía tu abuelo la historia. ¿Nunca te has dado cuenta de cuánto se parece a tu abuelo el hombre que se convierte en caballo? Él se veía reflejado en la historia de la misma forma en que todos nosotros nos vemos en los personajes que nos gustan. Era su manera de cuidarte y me gustó la idea. Ya te había cuidado antes.

Me quedé mirándolo, extrañamente emocionada y bastante asustada. No sabía con qué emoción quedarme. De repente, recordé lo que Moses había dicho de que Tag era el hermano de Molly. Era una conexión tan extraña que no me podía creer que la hubiera olvidado.

—¿Y Molly Taggert? —solté de repente.

—¡Molly, la chica que se llamaba Sylvie y tú! Todas encajáis en el perfil, Georgia. —Moses se quedó quieto de golpe y luego empezó a dar vueltas—. Hoy me he asustado. Todas las piezas

están empezando a encajar. La estoy viendo a ella, a Sylvie. Ya la he visto dos veces. ¡No me dejaba tapar su maldita cara! E imagino que es por Lisa. La cuestión es… que Lisa no vivía aquí cuando vine hace años, yo no conocía a Lisa, así que no tenía ningún motivo para pintar a Sylvie. Tampoco para pintar a Molly por el mismo razonamiento, ¡no conocía a Tag antes de irme de Levan! ¡Y no tengo ni idea de quién es la otra chica, o era! —Moses estaba dando voces mientras andaba y a mí me estaba dando vueltas la cabeza.

—¿Entonces qué crees que significa? —cuestioné. Paró de andar y se restregó las manos por la cabeza. Imaginé que hacer eso lo calmaba y deseé acercarlo a mí y tranquilizarlo, pero no se quedaría quieto.

—La única cosa que se me viene a la cabeza es que en algún momento he tenido contacto con la persona que las ha matado. La conexión es con el asesino, no con miembros de sus familias. Los miembros de la familia las hacen volver… por decirlo de algún modo —musitó Moses y me miró con desesperación—. Pero esa persona te quería a ti.

—Puede …

Moses negó con la cabeza obstinadamente.

—No, es lo único que tiene sentido.

—O puede que solo fuera Terrence Anderson —finalicé rotundamente. Fin de la historia.

Moses dejó de andar y me miró con recelo.

—Esta noche estaba en el molino, en la esquina, mirando tus pinturas, totalmente asustada cuando me di cuenta de que la conocía. De repente escuché la puerta abrirse. La puerta por la que acababa de entrar. Me agaché, apagué las linternas y gateé pegada a la pared hacia la entrada pensando que podría dar la vuelta. —Me miré las manos y me di cuenta de lo sucias que las tenía, también las rodillas. A la luz de la tenue lámpara mis piernas se parecían a las de Eli todas las noches cuando lo iba a bañar.

—¿Quién era? —Moses ya no estaba dando vueltas.

—Terrence. —Me estremecí. Aquello me había asustado hasta que me puse a analizarlo—. El molino es de su familia, de hecho, desde hace casi cien años. Terrence lo heredó de su padre cuando murió hace un par de años. Por lo que sé, lo están usando para almacenaje. Tenían un generador y cuando Terrence encendió una luz, uno de esos focos enormes que se ponen de pie en las construcciones, me quedé totalmente expuesta, pero él estaba mirando en otra dirección y colocando cosas en la esquina opuesta así que gateé y pude salir mientras estaba de espaldas a mí. Había

dejado abierta la puerta y su camioneta con el motor encendido afuera. Es una de esas grandes de motor diésel y hacía ruido. Entre eso y la puerta abierta me fue fácil salir de allí sin que se diera cuenta, si no la puerta me hubiera delatado, porque chirriaba muchísimo.

Moses soltó unas palabrotas por lo bajo y se agachó delante de mis rodillas sucias como para comprobar si me había hecho daño. Seguramente daba un poco de miedo ahora que estábamos dentro de la casa sin la luz de la luna que suavizara mis facciones.

—¿Crees que Terrence te habría hecho daño si te hubiera visto?

—No, no creo. Simplemente no quería que me viera allanando su propiedad. Además, me sigue poniendo los pelos de punta. Siempre lo ha hecho.

De repente Moses se levantó y me alzó en brazos haciéndome gritar y agarrarle por el cuello mientras pasaba por la cocina y subía las escaleras conmigo encima de la misma forma que John Wayne llevaba en brazos a Maureen O'Hara en

El hombre tranquilo, mi película favorita de todos los tiempos, y yo protesté tan alto como ella.

—¡Moses! —grité— ¿Qué haces?

—Te voy a preparar un baño —dijo como si nada, y me metió en el baño como si no fuera una mujer hecha y derecha totalmente capaz de bañarse solita. En mi propia casa. Se inclinó sobre mí y abrió el grifo de agua de lo que parecía ser una bañera nueva. Era profunda y no estaba unida al suelo ni a la pared, tenía los lados curvados y grandes patas de latón. Todo el baño era nuevo y, sin duda, tenía un aire femenino. No parecía que las cosas las hubiera escogido Moses.

—Es una bañera genial —solté con los ojos puestos en el vapor y en las burbujas que salían de debajo de la corriente mientras Moses vertía algo en el agua.

—Pensé que te gustaría —me contestó simplemente—. Es tuya, ya lo sabes.

—¿Qué?

—Toda la casa. Es tuya, si la quieres. Si no la quieres, la venderé y podrás usar el dinero para construir algo que te guste más.

Me quedé mirándolo aturdida. Me devolvió la mirada y luego se apartó de la bañera, sacudiéndose el agua de sus manos y secándoselas en los bolsillos. Con cuidado, empezó a quitarme la goma que evitaba que se me cayera el pelo en la cara a pesar de

que ya se me salían bastantes greñas. Tenía mucho pelo y la coleta estaba apretada así que, cuando la soltó, y pasó sus dedos por el pelo, deshaciendo los nudos y alisándome el cabello, suspiré agradecida y cerré los ojos.

—Quiero cuidar de ti, Georgia. No pude hacerlo con Eli, pero sí contigo.

—No necesito eso, Moses. No necesito a alguien que me prepare los baños o que me suba en brazos por las escaleras, aunque no me quejo. —No me quejaba para nada. Entre las manos en mi pelo y que estaba llenándose todo de vapor me dieron ganas de meterlo conmigo en la bañera completamente vestidos (o desnudos) y quedarme dormida rápidamente, calentita, a salvo y tranquila como nunca lo había estado—. No quiero tu casa, Moses —dije suavemente.

Aún tenía las manos en mi pelo.

—Pensaba que sí.

Dije que no con la cabeza y sus manos se pusieron tensas. Se quedó callado durante unos minutos, pero no se movió y sus dedos continuaron deslizándose por el pelo arriba y abajo.

—No le pasa nada a la casa, Georgia —contestó finalmente—. ¿Es eso? No está embrujada. Los fantasmas no rondan lugares, rondan a personas. Me rondan a mí. —Su tono era de resignación y lo miré con la misma aceptación.

—No, no es eso, Moses. No quiero tu casa, simplemente te quiero a ti.

Capítulo 29

Moses

La dejé en el baño, con el calor y los vapores filtrándose por debajo de la puerta cerrada. Podía escuchar el suave roce y el chapoteo del agua al moverse Georgia y, de repente, me di cuenta de que tenía un pincel en la mano y de que estaba mirando la oscuridad desde la ventana de mi antigua habitación del segundo piso, tomando nota de la luz que quedaba en la ventana de la casa de Georgia esperando que sus padres no estuvieran en un estado de pánico porque ella hubiera venido conmigo. Había una camioneta en la esquina de entre nuestras casas, una camioneta diésel grande como la que Georgia había dicho que tenía Terrence Anderson. Ese pensamiento me mandó el mismo terror doloroso al estómago que había tenido cuando Georgia me había contado que había salido gateando por el suelo sucio para que Terrence no la viera.

Mientras miraba, la camioneta arrancó, recorrió sin prisa la calle y dobló la esquina de la casa siguiente, después de lo cual no pude seguirla con la mirada. Incluso con la intrusión de Terrence Anderson, mi mente estaba pendiente de todo lo que hacía Georgia al otro lado de la pared. Podía imaginarme su pelo y sus largas piernas sobresaliendo de la blanca porcelana de la bañera, sus oscuras pestañas sobre las mejillas húmedas, con los labios medio abiertos y me resistí a pintar todos los pequeños detalles que mi mente ya me había proporcionado. Si Vermeer podía encontrar la belleza en las grietas y en las manchas, yo solo podía imaginar lo que sería capaz de hacer a partir de los poros de su piel.

Si supiera cómo pintar a Georgia en mi vida o cómo pintarme a mí en la suya sin agobiarla, esa ansiedad que sentía se desvanecería. Siempre sería difícil amarme. Hay colores que se sobreponen a otros, colores que no se mezclan.

Pero quería probar, quería intentarlo tanto que me temblaron

las manos y se me cayó el pincel. Lo recogí y me dirigí al caballete que estaba en la esquina; el lienzo me llamaba y empecé a mezclar un poquito de esto, un poquito de aquello. ¿Qué le había dicho a Georgia hace ya tanto tiempo? ¿Qué colores usaría para pintarla? Melocotón, dorado, rosa, blanco… Había nombres elegantes escritos en los pequeños tubos que había comprado al por mayor, pero en mi cabeza eran muy simples.

Un extenso brochazo dio vida al cuello de Georgia en el lienzo que tenía frente a mí. Luego vinieron los pequeños surcos que tenía en la columna y los rizos claros sobre la piel dorada. Pero también le di color a ella, un poco aquí y un poco allá, rosa, azul, coral, como si hubiera pétalos en su cabello.

La sentí acercarse y me detuve, respirando su aroma antes de darme la vuelta y mirarla. Se había vuelto a poner los pantalones de ir a correr, pero había dejado la sudadera sucia y llevaba solo una apretada camiseta blanca sin mangas e iba descalza.

—Quería pintarte —le dije a modo de explicación.

—¿Por qué?

—Porque… Porque… —Busqué un motivo que no fuera el de tenerla para poder quedarme mirándola durante largos periodos de tiempo—. Eli quería que te pintara—. No era exactamente mentira.

—¿De verdad? —Su voz era débil y me miró rápidamente como con vergüenza. Era raro verla así, avergonzada de una manera que nunca había visto.

—Creo recordar que querías que te pintara. Hace siete años.

—Quería muchas cosas, Moses.

—Lo sé. —Y estaba decidido a dárselas, todo lo que estuviera en mi mano.

—¿A Eli le gustaba pintar? —Nunca le había preguntado si se parecía en algo a mí. Esperaba que no.

Empezó a negar con la cabeza y luego se detuvo y se echó a reír. Y, así como así, pude ver el recuerdo de un momento olvidado, justo un vistazo, como si hubiera mirado dentro de su cabeza, pero no venía de la de ella. Eli estaba sentado con las piernas cruzadas en la ventana y sonreía como si me hubiera echado de menos. A los dos. A Georgia se le ablandaron los ojos mientras contaba la escena sin que se diera cuenta de que yo la veía a todo color justo delante de mis ojos.

—Era tarde. Había estado en pie desde el amanecer y no había parado en todo el día. Eli estaba llorando, mis padres estaban fuera y ya se había pasado la hora de acostarse. Aún tenía que cenar y

darse un baño y yo quería llorar con él. Calenté unos espaguetis que habían sobrado y abrí una lata de melocotones intentando calmar a Eli, que quería sopa de pollo con fideos para cenar.

»Quería sopa casera con los fideos gruesos, pero le dije que ya no nos quedaban y que haría sopa el fin de semana o, si no, la abuela, que la hacía mucho mejor que yo, e intenté hacerle feliz con los espaguetis que habían sobrado.

»Pero no los quería y a mí no me quedaba mucha paciencia. Lo senté a la mesa y le puse un plato intentando convencerlo de que era eso lo que había querido desde el principio. Le puse un vaso de leche enfrente y rellené su plato favorito de tractores con espaguetis y salsa en un lado y trozos de melocotón en otro.

Se detuvo y le temblaron los labios un poco pero no lloró. Y Eli retomó la historia donde la había dejado ella. Eli me mostró el momento en el que había cogido su plato y se lo había echado por la cabeza. La salsa y los melocotones se le habían quedado en el pelo y le caían por las mejillas regordetas y por el cuello. Georgia simplemente se había quedado mirándolo, estupefacta. Estaba tan indignada que su cara parecía cómica. Se dejó caer en el suelo de la cocina y empezó a nombrar las cosas por las que estaba agradecida de la misma forma que otras personas contaban hasta diez para intentar calmarse. Eli sabía que se había metido en un lío. Su preocupación tiñó el recuerdo con una neblina borrosa, como si su ritmo cardíaco se hubiera acelerado mientras veía cómo su madre intentaba no ponerse histérica.

La visión cambió cuando se bajó de la silla y fue trotando hasta Georgia. Se agachó enfrente de ella y sin perder el tiempo, restregó su mano en la salsa de espaguetis de su pelo y la restregó por la mejilla de Georgia con mucho pero que mucho cuidado.

Se echó para atrás balbuceando y él la siguió, restregándole la mano por la otra mejilla.

«Quédate quieta mami, te estoy pintando», le exigió. «Como mi papá».

Georgia se quedó congelada y Eli continuó restregando la cena que había arruinado por toda su cara y brazos, como si de verdad supiera lo que estaba haciendo. Georgia lo observó en silencio y, poco a poco, los ojos se le llenaron de lágrimas que cayeron por su cara y por los pegotes de la salsa de espagueti y los melocotones hechos puré.

—Quería pintarme —dijo Georgia y me desconecté del recuerdo de Eli para poder estar con Georgia en ese momento—. Quería pintarme como tú. Sabía cómo te llamabas, sabía que pintaste

aquella historia en mi pared, sabía que pintaste el dibujo que enmarqué y colgué en su habitación, el dibujo que me mandaste… cuando te fuiste. Pero esa fue la primera vez que hizo o dijo algo así.

No sabía qué decir, saber que Georgia no le había ocultado a Eli quién era me había dejado sin palabras.

—Eso fue justo antes de morir, justo antes. Un día o dos antes. Qué raro, me había olvidado por completo. Nunca había mostrado ninguna inclinación por pintar, salió de la nada. Pero no creo que quieras pintarme, Moses —susurró Georgia con los ojos en el elegante cuello y la cabeza inclinada que acababa de hacer—. ¿No? No creo que sea merecedora de tal honor.

Teniéndola tan cerca lo único que quería era recorrer las líneas de su figura y perderme en sus colores.

—No. —Mantuvo los ojos fijos en la pintura—. No quiero estar sola, prefiero que nos pintes a los dos, a ti y a mí. —Elevó la mirada hacia a mí—. Juntos.

La coloqué delante de mí con la espalda contra mi pecho para que pudiera ver el lienzo y empecé a pintar con su cabeza apoyada entre mi hombro y la barbilla, mi mejilla en su frente, mi brazo izquierdo alrededor de su pecho y el derecho alzado para pintar. En unos minutos, ya había plasmado mi perfil en el dibujo, solo mi cara y mi cuello inclinados hacia ella. Era algo rudimentario, solo líneas e indicios, pero, aun así, éramos nosotros y mi mano empezó a volar rellenando detalles de los dos juntos.

Me olvidé de Eli, sentado en mi nueva cama, la cama que había comprado para reemplazar la estrecha cama de noventa en la que dormía cada vez que iba a visitar a B. A., y me perdí en la sensación de tener a Georgia cerca de mí y en el lienzo que tenía enfrente. Y, cuando Georgia se dio la vuelta y me miró con los ojos brillantes, también me olvide del dibujo.

No recuerdo dejar el pincel ni si volví a tapar los óleos de pintura. No recuerdo exactamente cómo cruzamos la habitación o cómo la medianoche se convirtió en la mañana. Solo recuerdo cómo era sentir que no había distancia entre nosotros dos y llevar mi boca a la de ella.

El beso no fue intenso ni rápido, no implicó juegos de manos o prácticas de seducción, pero estaba cargado de promesas, fue sincero y no hice nada para convertirlo en más.

Podía haberlo hecho.

Centelleó entre nosotros el recuerdo de caer precipitadamente en el calor, pero yo no quería más recuerdos, quería futuro, así que

dejé que el color suave de la esperanza nos envolviera y me deleité en la sensación de las bocas moviéndose, las lenguas enredándose, la sensación de las manos de Georgia sobre mi pecho, los colores fluyendo por mis párpados según el beso iba cambiando del lavanda al morado y al azul de medianoche. Y, cuando ocurrió, levanté la cabeza para no olvidarme por completo. La boca de Georgia aún estaba abierta como si no hubiera acabado todavía y tenía los ojos del color del chocolate y los párpados medio abiertos. Quería bucear en esas piscinas oscuras y cubrirnos con las sábanas, pero no estábamos solos.

Y, al mirar por encima del pelo despeinado de Georgia y su dulce boca al niño que observaba en silencio, suspiré y me despedí de él con cariño. Era hora de que los niños se fueran a la cama y dejé caer las aguas al tiempo que le susurraba:

—Buenas noches Stewy Stinker.

Georgia se tensó entre mis brazos.

—Buenas noches, Buzzard Bates —añadí con suavidad.

—Buenas noches, Diehard Dan —dijo Georgia en bajo con los labios temblando mientras se aferraba con los dedos a mi camiseta, intentando desesperadamente mantenerse entera. La abracé fuerte agradeciéndole su fe y esfuerzo.

—Buenas noches, Eli —dije, y sentí como se desvanecía.

Moses

Me tumbé en la oscuridad, escuchando respirar a Georgia a mi lado y esperando que Mauna y Martin Shepherd no estuvieran despiertos, preocupados por la hija que había amado y había perdido. «Hazme feliz o vete», había dicho Mauna. Y yo no quería irme.

Georgia y yo habíamos hablado durante muchas horas, tumbados en la oscuridad de mi habitación, mirando cómo la luz de la luna iluminaba la historia con figuras de palitos que Georgia había pintado en la pared. A Georgia parecía agradarle que no la hubiera cubierto y me prometió que pintaría el otro capítulo al día siguiente. Tenía la cabeza apoyada en mi hombro, tocando pero sin incitar, besando pero sin saborear, sosteniendo pero sin agarrar,

pasamos nuestra primera noche juntos en siete años y estaba siendo bastante diferente a la última. Quizás fuera el deseo de hacerlo bien o de no repetir los errores del pasado o quizás fuera que, aunque no lo podíamos ver, sabíamos que Eli estaba allí. Yo siempre lo sentía a mi lado. Por el momento, era me bastaba tener a Georgia cerca, así que dejé a un lado la pasión.

La medianoche se había convertido en la una y después en las dos de la madrugada cuando le dije que la acompañaría a casa. Me rodeó la cintura con los brazos, apoyó la cabeza en mi pecho y con un tono desafiante me dijo que no y yo tampoco discutí mucho. En lugar de eso, le acaricié el pelo y dejé que se durmiera encima de mí, dejándome solo con mis pensamientos y con los miedos que se habían acentuado según iban pasando las horas. Me pregunté si eso que sentía sería producto del amor. Ahora que lo tenía, ahora que lo conocía, lo necesitaba y tenía mucho miedo de perderlo.

Al alba, salí de la cama y me arrastré por la habitación y me puse la chaqueta y las botas, aunque no tenía pensado ir más allá del porche trasero. Tenía que acabarla y, si la nieve estaba a punto de llegar, tenía que hacerlo ya. Cuando salía de la habitación, eché un vistazo a la pintura que había empezado la noche anterior, la pintura de la elegante espalda de Georgia y de mi cabeza inclinada sobre ella. Haría más, llenaría las paredes con dibujos de los dos, aunque fuera solo para convencerme de que era mía y yo suyo. Quizás así perdería esta sensación de miedo.

La mañana era fría, más fría que la anterior, y consideré volver dentro a por guantes. Lo consideré durante demasiado tiempo y mis manos ya iban dos pasos por delante de mi cerebro. Me puse manos a la obra, trabajando rápido para escapar del frío, con el aliento rodeándome. Alisar los trozos más ásperos me estaba resultando extrañamente terapéutico. El sol apareció por encima de las colinas del este sin destilar mucho calor, escabulléndose por el valle ensombrecido. Aparté la mirada del porche para ver cómo amanecía lentamente. Un gallo cacareó tardíamente y me reí ante el lamentable esfuerzo. Escuché un relincho de caballo como respuesta al cacareo y miré hacia el pasto donde estaban los caballos de Georgia a lo lejos. *Cálico* se había separado un poco de los demás y volvió a relinchar, sacudiéndose el pelo y estirando las piernas como si supiera que la estaba observando. Galopó por el prado y luego volvió donde estaba, agitando su crin y levantando los talones como si estuviera agradecida por el amanecer. Se le unió *Sackett*, que la mordisqueaba y le daba empujones de forma cariñosa y volví a sonreír al recordar que una vez había comparado

al caballo palomino con Georgia. Les observé brincar y jugar durante unos cuantos minutos hasta que me llamó la atención algo de lo que no me había percatado antes. Puede que fuera porque siempre tenía la atención puesta en Georgia cuando trabaja con los caballos o porque la única vez que estuve lo suficientemente cerca de *Cálico* la yegua había estado a mis espaldas, pero tenía una marca en sus patas traseras que era diferente a la de *Sackett*.

Dejé el cubo de barniz y la brocha y caminé por el patio trasero de B. A. para tener mejor vista. *Sackett* y *Cálico* me vieron acercarme y aunque *Cálico* sacudió la cabeza y trotó en círculos, ninguno de los dos huyó de mí. Era un avance. Pero cuando *Cálico* corrió hacia la valla que había entre nosotros yo me detuve manteniendo la distancia, vi que tenía en su flanco izquierdo la letra A en mayúscula dentro de un círculo. Era igual que a la A con círculo que había en el examen de matemáticas de Molly, como la A con círculo de la parada de camiones que había cerca de la zona en la que encontraron los restos de Molly. Noté el aire subirme por el cuello y el nudo que tenía en el estómago hacerse más grande. Eli no hacía más que enseñarme a *Cálico* desde el principio y no podía hacer otra cosa que preguntarme si realmente había algo más a parte de su cariño por el animal.

Consideré entrar a la casa y despertar a Georgia, pero en lugar de eso saqué el móvil del bolsillo y llamé a Tag, esperando que lo cogiera a las siete de la mañana de un martes. Y lo cogió y eso que no era de los que siempre madrugaban.

—Mo —contestó al tercer tono y por su voz llevaba un tiempo despierto. Tenía un tono de voz más alto de lo normal y solía tener la voz así después de haber pasado un par de horas golpeando a alguien en su gimnasio.

—Tag.

—Ahora que sabemos cómo nos llamamos, ¿qué pasa?

—*Cálico*, el caballo de Eli, tiene una marca en el lomo diferente al resto de los caballos de Georgia. ¿Por qué crees que será?

—La comprarían después de que la marcaran en otro lado —contestó Tag con simpleza y asentí a pesar de que no me podía ver hacerlo.

—La marca de *Cálico* es la A dentro del círculo, Tag. Un círculo con una gran A dentro —esperé confiando en que comprendería la importancia de lo que le estaba diciendo.

Tag se quedó en silencio durante bastante tiempo y yo dejé que continuara así, consciente de que estaba reflexionando.

—Podría tratarse solo de una coincidencia —dijo finalmente,

pero sabía que no se lo creía. Según mi experiencia, no existían las coincidencias y Tag había pasado el suficiente tiempo conmigo para saberlo.

Maldije, usando una de las palabras favoritas de Tag, y escuché el miedo y la frustración resonar en la exclamación.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó.

—No lo sé, Tag. Tengo a mi madre muerta mandándome sueños raros, más chicas muertas apareciendo en mis paredes, un hijo que trata de decirme algo que claramente no estoy entendiendo y una mujer en mi cama a la que tengo miedo de perder. —Me rasqué la cara, cansado de repente, deseando simplemente haberme quedado en la cama con Georgia. No podía perderla si nunca la dejaba sola.

—¿Qué te está mostrando Eli? Además del caballo. —Agradecí que Tag no comentara nada de lo de la mujer en mi cama. Prácticamente podía escuchar el crujido de su autocontrol a través de la línea.

—Todo —suspiré—. Me lo está mostrando todo.

—Pero ¿qué es lo que más te sigue enseñando?

—*Cálico*, Georgia… Stewy Stinker y los Hombres Malos.

—¿Quiénes son esos Hombres Malos? —contestó con ferocidad.

—No, no es eso. Es un libro que Georgia siempre le leía. —Pero al decirlo ya no estaba tan seguro. Caminé mientras hablaba hacia el porche. Georgia estaba apoyada en la puerta corredera de cristal con una taza de café en una mano e intentando mantener el edredón de mi cama alrededor de ella con la otra. Le caía el cabello sobre los hombros y aún tenía cara de dormida. Fue suficiente para olvidarme del tema y sacar de mi cabeza a los Hombres Malos.

—Tengo que colgar, Tag. La mujer que había en mi cama se ha despertado.

—Eres un cabrón con suerte. Hasta luego, Mo, y no te olvides de preguntarle de dónde sacó el caballo.

Capítulo 30

Georgia

Eli nunca tuvo un color favorito. Nunca se podía decidir. Cada día era uno nuevo: naranja, rojo manzana, azul cielo, verde tractor. Durante una semana entera se quedó con el amarillo porque era el color del sol y luego cambió de opinión y era el marrón porque *Cálico*, Eli y yo teníamos los ojos marrones, como el barro, y a él le encantaba el barro. Cada vez que alguien se lo preguntaba, respondía algo diferente hasta que un día contestó que el color arco iris.

El año anterior, en el aniversario de su muerte, había comprado cincuenta globos grandes de todos los colores que pude encontrar, había alquilado un tanque de helio para no tener que transportarlos y los había soltado en el picadero a modo de ceremonia privada. Creía que me haría sentir mejor, pero, cuando estaba soltando los globos y los veía irse flotando hacia arriba, me vino la pena al ver esos globos pequeños y frágiles, todos esos colores alegres, volando más allá de mi alcance, para nunca volver.

No sabía qué iba a hacer ese año. Me gustaba la idea de plantar árboles, pero no era la época del año adecuada. También me gustaba la idea de donar dinero a una organización benéfica en su nombre, pero no tenía demasiado dinero extra. Moses había añadido a Eli al mural del establo. Eli cabalgaba al caballo blanco que se dirigía hacia las nubes, con la cabeza hacia atrás, los bracitos hacia arriba y los pies descalzos contra los cuartos traseros de la magnífica criatura. Moses casi había acabado y era espectacular. Mis padres no habían pronunciado palabra al respecto, pero pillé a mi padre mirándolo maravillado y con lágrimas en las mejillas. Mi padre aún se culpaba de la muerte de Eli, nos sobraba la culpa, pero la forma en la que miraba la pintura, sonriendo a través de las lágrimas, me hizo pensar que estaba

dejando la culpa a un lado. Y quizás eso fuera suficiente. Quizás la razón de que todos estuviéramos siguiendo adelante era que Moses hubiera vuelto, quizás eso fuera suficiente. Quizás no necesitáramos exagerar tanto para conmemorar su muerte.

Cuando dejé esa mañana a Moses después de insistir con que no necesitaba escolta para llegar a la esquina, me atrajo hacia él y me besó suavemente diciendo que me iba a echar de menos. Luego me vio marchar como si yo fuera uno de esos globos y fuera él el que deseaba no haberlo soltado.

—¡Georgia! —me llamó de repente y me volví con una sonrisa.

—¿Sí?

—¿De dónde sacaste a *Cálico?*

Fue una pregunta inesperada, no se correspondía con su cara de anhelo para nada, así que me quedé mirándolo durante unos segundos con los pensamientos totalmente revueltos.

—Nos la dio el *sheriff* Dawson, ¿por?

Georgia

La casa estaba extrañamente en silencio cuando entré por la puerta. Caminé sin hacer ruido hasta mi habitación y me preparé para el día. La puerta de la habitación de mis padres estaba cerrada y, a las ocho y media de un martes, eso era bastante raro, pero no puse a prueba mi buena suerte no fuera a ser que tuviera que dar explicaciones por no haber vuelto a casa la noche anterior.

La conversación llegaría y habría que tomar decisiones, pero todavía era demasiado pronto.

Tenía una mañana bastante ocupada: una sesión de dos horas con los niños autistas desde las diez hasta el mediodía y, después de eso, una entrevista prospectiva con algunos de los superiores de la base de las Fuerzas Aéreas de Hill. Estaban interesados en utilizar la terapia equina con los pilotos y los familiares que estuvieran luchando contra el trastorno de estrés postraumático. La base de las Fuerzas Aéreas de Hill estaba en Ogden, a dos horas y media al norte de Levan y aún no sabía cómo iba a hacer ese trabajo si me querían en la base varios días a la semana, pero estaba dispuesta a explorar las opciones y estaba empezando a

creer que podía ser un regalo del cielo. Además, Moses tenía un apartamento en Salt Lake, que solo estaba a media hora de Ogden, lo que haría el viaje mucho más llevadero, así como más fácil la vida de Moses si queríamos estar juntos. Levan era un gran sitio para vivir, pero no para Moses. No podía imaginármelo mudándose a la antigua casa de Kathleen y pasando el resto de su vida allí pintando cuadros y viéndome entrenar a caballos y dar clases a gente, pero quizás hubiera un camino alternativo para los dos.

A las tres en punto, Dale Garrett iba a venir a por *Maldición*. El malhumorado caballo estaba mucho más amansado y tenía muchas ganas de enseñarle a Dale lo que había mejorado, pero cuando llegaron las tres y yo hube acabado con las clases y reuniones del día, Dale no quiso hablar sobre el caballo. De hecho, llegó en su camioneta con el remolque puesto, preparado para llevárselo a a casa. Se quedó sentado dentro, hablando por teléfono durante veinte minutos enteros, haciéndome esperar y cavilar. Cuando finalmente me acerqué a la camioneta me levantó un dedo para que esperara, estaba bastante irritado. Cuando se bajó y lo saludé, le dio la espalda al establo donde estaba *Maldición* esperando para su demostración y no se demoró en decirme qué le pasaba por la cabeza.

—¿Te has enterado de lo de la chica de Kendrick?

Me puse tensa, pero seguí caminando, con la conversación que había tenido con Moses la última noche en la cabeza. Hablamos sobre una Kendrick, pero, de alguna forma, supe que no era a quien se estaba refiriendo Dale.

—¿Lisa?

—Sí, la chiquilla rubia. Tiene diecisiete o así, ¿no?

Tuve un escalofrío, pero mantuve la cara neutral.

—Sí. Y no, no me he enterado.

—Han encontrado la furgoneta que conducía apartada a un lado de la carretera con las puertas abiertas, justo al norte del pueblo. Se fue de casa de su novio en Nephi la última noche y nunca llegó a casa. Sus padres se han dado cuenta esta mañana, han llamado a su novio, a sus amigas, a todos los vecinos y al final a la policía. Todo el pueblo está alborotado.

—Oh, no —exhalé.

—Sí, increíble. —Me miró fijamente—. La gente está volviendo a hablar de ti, Georgia, y es una pena, pero tu nombre va a estar relacionado con esto para siempre.

Levanté las cejas y curvé los labios.

—¿De qué hablas, Dale?

—Esta vez nadie se va a quedar esperando. Se ha corrido la voz de que ya han sacado las huellas de la furgoneta, una investigación preliminar. Y alguien ha filtrado que las huellas de Moses Wright están por toda la furgoneta.

Moses

Me quedé dormido. Eso fue todo. Había acabado de lijar todo el porche y no había apartado la mirada del picadero y los anexos de la casa de Georgia en toda la mañana, viéndola de vez en cuando. Eso me ayudaba a relajarme y a tranquilizar la persistente preocupación que sentía. Cuando me empezó a doler la espalda y se me empezaron a cansar los brazos, me di un descanso, me preparé algo de comer y subí a la gran bañera de latón que había ocupado Georgia la noche anterior, lo que me hizo echarla de menos y pensar en cómo iba a volver a traerla ahí lo antes posible. El calor y el agua cayendo me tranquilizaron, además no había dormido la noche anterior. Se me cerraban los ojos y la cabeza se me quedó en blanco. Acabé el baño en un estado de estupor húmedo. Me puse los pantalones lentamente y me eché bocabajo en la cama con la cara en la almohada sobre la que Georgia había dormido la noche anterior.

Me quedé dormido al instante.

Me desperté con una pistola en la cabeza.

—Ha sido demasiado fácil. No sabía cómo se iba a desarrollar la cosa. Tenía que haberte disparado en cuanto entré por la puerta.

Me pregunté por qué no lo había hecho, pero luego pensé que si me disparaba en la espalda mientras dormía hubiera sido más difícil de explicar y quería tener una explicación, de eso estaba seguro. Llevaba el uniforme, unos pantalones marrones oscuros y la camisa de vestir bien planchada y lisa, muy oficial. Tuve la sensación de que estaba oficialmente muerto.

—*Sheriff*, ¿está aquí para detenerme o para matarme? —le pregunté dialogante con las manos en alto mientras me obligaba a bajar las estrechas escaleras con la pistola a mis espaldas. No sabía a dónde íbamos, pero tenía los pies descalzos y no llevaba ropa en

la parte de arriba del cuerpo; no estaba vestido para salir de casa. No estaba vestido para la historia que el *sheriff* podría tener en mente.

Caminamos hasta la cocina y nos detuvimos.

—Coge uno de esos cuchillos. De hecho, coge todo el bloque —me ordenó señalando con la cabeza el nuevo juego de cuchillos que había comprado para la casa.

Me quedé mirándolo inmóvil. No iba a ayudarlo a matarme.

Disparó la pistola y le dio a un armario al lado de mi cabeza. Tenía la mirada fría y no le temblaba el pulso.

—¡Coge el cuchillo! —repitió alzando la voz y con el dedo en el gatillo esperando a que obedeciera.

Consideré la situación un momento. Me iba a estallar el corazón, tenía el pulso a cien y la adrenalina me incitaba a coger los cuchillos, justo como él había dicho, y empezar a arrojárselos. Alcancé el bloque y cogí el más grande y el más afilado de todos sujetándolo en la mano sin fuerza. Estaba claro que el *sheriff* no había hablado con su sobrino de lo mucho que me gustaban los cuchillos.

—¿Quiere que se lo lance? ¿Quizás cortarle un poco para que parezca que lo tuvo que hacer? Ha venido aquí para detenerme, aún no estoy seguro de con qué motivo, y yo me enfrento a usted con un cuchillo y me tiene que disparar. ¿Es ese su plan? ¿No debería leerme mis derechos o decirme por qué estoy detenido?

—Estoy aquí para interrogarte por la desaparición de Lisa Kendrick —dijo, todavía con el dedo en el gatillo, los ojos fijos en el cuchillo, esperando a que hiciera mi movimiento para poder hacer el suyo—. Cuando estés muerto, la voy a encontrar aquí. Atada en algún sitio, drogada, y nadie podrá cuestionarme, a nadie le importará si estás muerto.

No sabía si simplemente estaba loco o yo me estaba volviendo a perder algo.

—¿Se refiere a Sylvie Kendrick? —pregunté. La cabeza me daba vueltas.

—Me refiero a Lisa. Fue un golpe de suerte encontrármela ayer andando sola por la calle y sabía que habías cogido su furgoneta para venir a la cárcel a recoger a David Taggert. Era como un pequeño milagro, solo para mí.

—¿Mató a mi madre, *sheriff?* ¿Fue así cómo empezó todo? —pregunté suavemente tratando de unir las piezas lo más rápido que podía.

—Yo no la maté, la amaba. La quería muchísimo y ella era una puta. ¿Sabes lo que es estar enamorado de una zorra?

Se rio, pero sonó más a un llanto que a otra cosa y se detuvo de inmediato. Le rechinaron los dientes y mantuvo firme la mano, pero había dado con algo. Le había dado donde le dolía.

—No te pareces a mí en nada. Cuando te vi, no me lo podía creer. Una cosita conectada a un montón de máquinas. Creí que se habrían equivocado, creí que eras mío —dijo y se golpeó el pecho con la mano izquierda—. Pensaba que eras mío, pero soy del color equivocado, ¿no?

Echó una carcajada que me hizo estremecer. Me acerqué un poco a la puerta y sujeté el cuchillo en la mano. Dio un gran paso hacia mí, no había acabado de hablar.

—¡Está clarísimo que no eres mío! Fui tan estúpido. Estaba claro que Jenny se estaba acostando con cualquiera. Yo le habría dado cualquier cosa que hubiera querido. No le encontraba el sentido. ¿Tú se lo encuentras? —Jacob Dawson me miró desconcertado, queriendo claramente que le dijera algo que le hiciera llegar a una conclusión después de veinticinco años—. Tenía problemas y pensé que podría arreglarla, pero no podía hacer que dejara de consumir esa mierda. Igual que Molly Taggert y Sylvie Kendrick. Me recordaban a ella: chicas guapas pero echadas a perder que hacían daño a sus familias. Les hice un favor. Iban en la misma dirección que Jenny; tomando drogas, yéndose de casa… Zorras egoístas. Les hice un favor. Las salvé de sí mismas, les ahorré a sus familias más dolor.

—¿Cuántas más ha habido? ¿A cuántas chicas más ha salvado? —pregunté, intentando evitar el sarcasmo—. ¿Y qué pasa con Georgia? Fue usted, ¿no? La noche aquella del rodeo, intentó llevársela. No encaja en su perfil, *sheriff*, y Lisa Kendrick tampoco.

—No quería hacerle eso a Georgia. Estaba de espaldas a mí y creía que era otra persona, pero entonces apareciste tú y tuve que soltarla. En realidad, me hiciste un favor. No me habría gustado hacer daño a Georgia, y Lisa estará bien, no recordará nada. Le he metido tanta mierda que tendrá suerte si recuerda su propio nombre.

No dije nada. No era muy alto, ni fuerte ni esbelto. Era bastante más pequeño que yo: le sacaba una cabeza y seguramente pesaría 3 kilos más que él, pero él tenía una pistola y estaba totalmente fuera de sus cabales.

La pena, la culpa, la lógica tergiversada y los años intentando mantener alejados sus pecados, de esconder su verdadera cara a la

gente que lo quería y que confiaba en él, le habían ido carcomiendo la humanidad, la razón y la luz que lo separaba de la oscuridad que le deparaba. Y ahí estaba, de pie en la cocina de mi abuela, en el mismo lugar donde B. A. dejó esta vida. Debía de ser un alivio, pero no lo hacía por absolución, ni para regodearse ni para explicarse. Lo hacía porque me iba a matar, me lo decía la mancha oscura que me nublaba los ojos. Siempre era una señal clara. Los acechadores conocían sus intenciones y estaban ahí a la espera de que las llevara a cabo.

—Sabía que habías estado jugando conmigo todo este tiempo. Pintaste la cara de Molly Taggert en el pasadizo y sabía que, de alguna manera, de alguna forma, tú lo sabías. Sabía que me habías visto esa noche en el rodeo, pero nunca dijiste nada. Actuabas como si no lo supieras. Pero luego vi las paredes, después de que Kathleen muriera. —Sus ojos se movieron hacia la sala de estar, hacia la pared que, desde donde estábamos, ninguno de los dos veía—. Todas esas pinturas en las paredes. Las chicas. ¡Pintaste a las chicas! Y, aun así… ¡seguías sin decir nada! No sabía qué querías. Intenté parar. Quería que la gente creyera que eras tú y entonces la vi a ella. El día 4, el mismo día que Jenny murió. Se parecía mucho a ella. Me sonrió igual que lo hacía Jenny. Iba colocada, puesta hasta arriba. Esa noche la seguí a casa y me la llevé.

No sabía de quién estaba hablando, pero me imaginé que era la chica que llevaba desaparecida desde julio, la chica que había visto Tag en el folleto en aquel bar de Nephi.

—Y, ayer por la noche, estaba en el viejo molino con mi sobrino, que había ido a dejar ahí un par de cosas. Estaba esperando en el coche y vi a Georgia Shepherd salir de allí y echar a correr como si hubiera visto un fantasma. Le dije a Terrence que pasáramos por su casa y la vi venir hacia tu casa, toda abrazada a ti. ¿Lo sabe? ¿Le has dicho algo sobre mí?

Esperé sin saber bien qué quería, sin saber si acaso importaba, pero no me apetecía una charlita de antes de acostarse.

—¿Y por qué las chicas siempre prefieren la basura? Jennifer lo prefirió, Georgia también. No lo entiendo.

Esperé de nuevo. No es que fuera a perder los nervios ante la ironía de que el asesino de incontables mujeres me estuviera llamando basura.

—Quería saber qué le pasaba a Georgia, en qué andabais metidos los dos, así que volví al molino después de que Terrence me dejara. No había vuelto a entrar desde que lo cerraron hace

treinta años. Nunca había tenido que hacerlo. Imagínate mi sorpresa cuando vi tu mural en la pared. Molly, Sylvie, Jenny y también otras, muchas otras. No sé cómo lo has averiguado o qué es lo que quieres, pero has vuelto a Levan y te dije que te mantuvieras alejado. Te di todas las oportunidades para que te fueras y ahora estás aquí otra vez, volviendo a pintar. —Elevó el tono de voz en la última palabra, desesperado, como si de verdad pensara que había estado jugando con él todo este tiempo, el juego del gato y el ratón que al final lo había hecho explotar. Creía que había vuelto a Levan por él, que el dibujo del granero era nuevo, un nuevo intento de delatarlo, y eso le había hecho perder los estribos.

No tenía miedo. Era rarísimo. Me latía el corazón muy rápido y me costaba respirar, pero eso eran respuestas físicas. En mi cabeza, en esa parte de mí que había visto cosas que nadie más había visto, estaba bien. Estaba tranquilo. La gente tiene miedo de lo que no conoce, pero para mí no era desconocido. La muerte no me asustaba, pero sí dejar a Georgia a merced de Jacob Dawson. Si pensaba que ella sabía lo que había hecho, la mataría.

Quizás muriera, pero Jacob Dawson moriría también. No podía dejarlo con vida, aunque Eli me viera matarlo.

Y Eli lo vería.

Estaba a mi izquierda, detrás de la mano que tenía extendida, con su pijama de Batman al completo, con la capucha y la capa. Me sonrió un poco. Era una sonrisa triste que me hizo preguntarme cuánto de niño le quedaba. Ya no tenía un cuerpo, un cuerpo que creciera, que reflejara el paso de los años y la experiencia ganada, pero no era un niño de cuatro años que esperaba que alguien le explicara lo que estaba pasando. Lo sabía y había intentado decírmelo todo el tiempo.

Se había quedado conmigo para llevarme con él.

Capítulo 31

Georgia

Sonó como si un motor hubiera explotado a lo lejos, tenue, inofensivo, pero Dale Garrett y yo nos dimos la vuelta escuchando atentos y con las cejas fruncidas.

—Eso ha sido un disparo —dijo pensativo y con los ojos puestos en la parte trasera de la casa de Kathleen Wright al otro lado del campo.

Empecé a correr.

—¡Para, Georgia! —gritó—. ¡No seas imbécil, niña!

No sabía si venía detrás de mí o si estaba sacando su teléfono móvil. Esperaba que fuera lo segundo. Era mayor y gordo y no quería que le diera algo corriendo detrás de mí a través del campo.

No sé cuánto tiempo me llevó atravesar el picadero, cruzar el campo y saltar la valla del patio trasero de Kathleen, pero me parecieron años. Décadas. Cuando llegué al porche trasero, me abalancé sobre la puerta corredera de cristal, pero estaba cerrada desde dentro y grité con frustración y miedo. Moses se había pasado casi todo el día en el porche, pero había cerrado la maldita puerta al acabar. Corrí alrededor de la casa mientras en mi cabeza explotaban los pensamientos como petardos, retumbando y sin control.

Un Chevy Tahoe blanco con «Departamento del *sheriff* del condado de Juab» en letras doradas estaba aparcado al lado de la camioneta negra de Moses y, cuando doblé la esquina y corrí hacia la puerta delantera, un Hummer negro se detuvo con un derrape. David Taggert, Tag, salió del vehículo con una pistola en la mano y cara de asesino y casi me caigo del alivio.

Pero eso fue antes de que escuchara el segundo disparo.

—¡Quédate aquí! —gritó Tag corriendo hacia la puerta. Lo

seguí, tenía que hacerlo. Cuando irrumpió en la casa sin detenerse lo primero que noté fue el olor. Pero esta vez no olía a pintura. Tampoco olía a pastel. Olía a pólvora y a sangre. Luego Tag volvió a gritar y vi cómo su brazo sufría una sacudida al disparar la pistola. Volvió a disparar. Sonó otro disparo y una bala se estampó contra la ventana de la sala de estar. El cristal se hizo añicos, Tag pasó sobre encima de algo y luego cayó sobre sus rodillas. Al principio pensé que le habían dado y fui hacia donde estaba. No podía ver nada del resto de la habitación porque lo tapaba su enorme espalda. Luego me di cuenta de que Tag había pasado por encima del *sheriff* Dawson, que estaba tumbado con la mirada en el techo, con un enorme cuchillo saliéndole del pecho y una herida de bala en la cabeza.

Y entonces vi a Moses.

Estaba tumbado de lado en el suelo de la cocina en una piscina de sangre cada vez más grande y Tag le estaba dando la vuelta intentando contener el flujo de sangre, maldiciendo a Moses, maldiciendo a Dios y maldiciéndose a sí mismo.

E, igual que cuando había muerto B. A. hacía tantos años, cuando Moses estaba cubierto de pintura en lugar de sangre, cuando la muerte estaba en las paredes en lugar de en sus ojos, corrí hacia él. Y, como aquella vez, no fui capaz de hacer nada por él.

Moses

Había luz, me sentía a salvo y era perfectamente consciente de quién era y de dónde estaba. Eli estaba a mi lado, me cogía de la mano y, de lejos, vi que había otros que se acercaban a mí. Si tuviera que pintarlo todo, dudo que fuera capaz. Pero quizás una pintura podría transmitir mejor que las palabras todo aquello. Aun así, a pesar de esa agradable efervescencia y de la luz persistente, era Eli quien tenía mi atención. Elevó la barbilla y me miró, buscando mi cara, y luego sonrió.

—Tú eres mi padre. —Su voz era clara y dulce y la reconocí de los recuerdos que había compartido conmigo, aunque la escuchaba más fácilmente, sin filtros, casi cristalina.

—Sí. —Asentí con la mirada puesta en él—. Soy tu padre, y tú eres mi hijo.

—Soy Eli, y tú me quieres.

—Sí.

—Yo también te quiero y tú quieres a mi madre.

—Sí —susurré deseando con todo mi corazón que Georgia estuviera allí—. Detesto que ahora esté sola.

—No lo estará para siempre. Pasa muy rápido —dijo Eli sabiamente, casi con dulzura.

—¿Crees que sabe todo lo que la quiero?

—Le llevaste flores y le pediste perdón.

—Sí.

—La besaste.

Solo podía asentir.

—Le hiciste dibujos y la abrazaste cuando lloraba.

—Sí —susurré.

—También la hiciste reír.

Volví a asentir.

—Esas son todas las formas de decir te quiero.

—¿Sí?

Eli asintió enfáticamente. Se quedó callado durante un momento como si estuviera meditando algo y luego volvió a hablar.

—A veces puedes elegir, ¿sabes?

—¿Qué? —pregunté.

—A veces puedes elegir, la mayoría decide quedarse, esto es muy bonito.

—¿Tú elegiste quedarte?

Eli negó con la cabeza.

—A veces puedes elegir, otras no.

Esperé con los ojos inmersos en él. Era tan nítido, tan definido, tan presente y perfecto que quería abrazarlo y no soltarlo nunca.

—¿Vino alguien a por ti cuando moriste, Eli? —dije casi suplicando, necesitaba saber que alguien lo había esperado.

—Sí, B. A. Y también la abuela.

—¿La abuela?

—Tu madre, tonto.

Le sonreí. Me recordaba a Georgia. De repente se desvaneció la sonrisa.

—No sabía si mi madre estaría aquí. No era una muy buena

persona —contesté despacio. Me había sorprendido que la llamara abuela como si hubiera cumplido ese papel tan bien como lo había hecho B. A.

—Hay gente que quiere ser mala, otra gente no. La abuela no quería ser mala. —Era un concepto tan básico, dicho con una sabiduría tan infantil y con una aceptación tan simple de lo bueno contra lo malo que no tenía otra respuesta que esta:

—¿Te puedo abrazar, Eli?

Sonrió e inmediatamente estaba entre mis brazos, con los suyos alrededor de mi cuello. Enterré mi cara en sus rizos y sentí la suavidad de los mechones haciéndome cosquillas en la nariz. Olía a talco, a paja limpia y a calcetines recién lavados. Percibí también un toque del perfume de Georgia como si lo hubiera abrazado fuertemente como lo estaba haciendo yo en ese momento, justo antes de que él la dejara, y lo hubiera llevado con él desde entonces. Estaba caliente y se movía y noté su mejilla suave contra la mía.

Cuando soñamos, no sabemos que estamos soñando. En nuestros sueños, los cuerpos son sólidos, podemos tocar, besar, correr, sentir. Nuestros pensamientos de alguna manera crean una realidad. Allí era parecido. Sabía que no tenía cuerpo y Eli tampoco pero no importaba. Eli era algo sólido y completo entre mis brazos, estaba abrazando a mi hijo y no quería dejarlo ir nunca.

Eli se echó un poco para atrás y me miró con seriedad, tenía los ojos tan parecidos a los de su madre que quería sumergirme en ellos. Quitó sus brazos de mi cuello y agarró mi cara entre sus manos.

—Papá, tienes que elegir.

Georgia

Moses murió de camino al hospital. Eso fue lo que me dijeron después. No nos dejaron ir con él, así que Tag y yo nos montamos en su Hummer y seguimos a la ambulancia, saltándonos el límite de velocidad y entrando a tropezones en la sala de urgencias cuando finalmente llegamos a Nephi.

Luego esperamos abrazados el uno al otro mientras trataban de

reanimar a Moses. Tag tenía la cara blanca y le temblaban las manos de miedo mientras me contaba que creía que Jacob Dawson había matado a su hermana y seguramente a las otras chicas.

—Moses me llamó esta mañana, Georgia. Me preguntó por la marca de *Cálico*, la A con un círculo. No paraba de darle vueltas y acabé llamando a mi padre para preguntárselo, solo por si él sabía algo, y me dijo que la A con un círculo era la marca de Jacob Dawson. Le compramos un par de caballos el verano que Molly desapareció y esos caballos llevaban la marca. Mi padre incluso dio uno de ellos a Molly.

—La hacienda de los Anderson —aporté, aturdida—. La madre de Jacob Dawson era una Anderson. Ella heredó el rancho y su hermano el molino cuando murió su padre. Cuando Jacob Dawson cumplió veintiuno, su padre le dio el rancho y todo el ganado.

Un montón de policías llegaron al hospital —algunos de los agentes eran del departamento del *sheriff*, otros de la comisaría de Nephi— y se llevaron a Tag para interrogarlo. A mí también me interrogaron en el hospital y me dejaron quedarme ahí. Habían asesinado al *sheriff* y era la bala de Tag la que lo había matado, eso y el cuchillo que Moses le había clavado en el pecho. Tenía miedo por Tag y por Moses, y me preocupaba que la verdad nunca saliera a la luz.

Entonces llegaron mis padres y, en un tono muy bajo e incrédulo, me dijeron que habían encontrado a Lisa Kendrick atada y drogada en el todoterreno de Jacob Dawson y, de repente, nadie estaba ya tan seguro de nada. Irónicamente, había sido Jacob Dawson el que me dijo una vez: «Nunca te puedes relajar demasiado cerca de los animales. Justo cuando crees que los tienes controlados, hacen algo completamente inesperado». Él lo sabía bien.

Cuando ya no podía aguantar más siendo valiente, fui a la pequeña capilla, hundí la cara entre las manos manchadas de sangre y le hablé a Eli en susurros, contándole lo de Moses, nuestra historia, cómo había nacido él, que él era lo mejor que habíamos hecho y, luego, entre lágrimas, le dije que si podía necesitaba que me devolviera a Moses una vez más.

—Mándamelo de vuelta, Eli —supliqué—. Si tienes algún poder en ese lugar, mándamelo de vuelta.

Moses

Desde el principio os conté directamente que lo había perdido. El día que conocí a Eli ya se había ido. Sabía que estaba muerto. Lo sabía, pero, aun así, todavía dolía. Mucho. No lo perdí de la misma forma que Georgia, pero yo también lo perdí. Lo perdí antes de conocerlo y no estaba preparado.

Cada día que pasaba lo quería más, lo observaba y él me mostraba su corta vida y el gran amor que tenía y se hacía más duro, no más fácil. En verdad —ya que he decidido que la verdad es lo único que tengo—, habría preferido pasar por cualquier otra cosa, pero eso era lo que me había tocado. Y no estaba preparado.

No os puedo contar cómo me sentí al despedirme, lo que se siente al elegir, pero, al final, por suerte, no fui yo el que tomó la decisión, sino que se tomó sola. Tenía a mi pequeño entre los brazos y escuché la voz de su madre desde algún lugar muy lejano, contándole nuestra historia. La historia de cómo había nacido Eli, cómo había muerto y cómo, desde la tumba, nos había curado. Eli y yo la escuchamos juntos.

Las primeras palabras de una historia son siempre las más difíciles de escribir. Es como si, al sacarlas, al traerlas al mundo, te obligaran a verlo todo de principio a fin. Como si, una vez que empiezas, estuvieras obligado a acabar.

Y no habíamos acabado. Georgia y yo no habíamos acabado y yo lo sabía. Eli también.

—Tienes que irte ahora, papá —susurró.

—Lo sé.

Sentí que me resbalaba, casi como si me cayera, algo muy parecido a cerrar las aguas.

—Buenas noches Stewy Stinker —le escuché decir con una sonrisa en la boca.

—Buenas noches Buzzard Bates —dije con la lengua tan rígida que casi arrastraba las palabras.

—Nos vemos pronto, papá poderoso.

—Nos vemos pronto hombrecillo —susurré, y entonces se fue.

Georgia

Dieron la noticia en el telediario de las diez, la del bebé que habían dejado en una cesta en una lavandería sucia de un barrio problemático al oeste de Valley City. Había sido abandonado por una drogadicta y se esperaba que tuviera todo tipo de problemas. Volvieron a dar su historia de nuevo, veinticinco años después, la historia de Moses Wright, el artista que se comunicaba con la muerte y que había abatido a un asesino.

Tanto Tag como Moses fueron absueltos de cualquier cargo relacionado con la muerte del *sheriff* Jacob Dawson. Los absolvieron rápidamente cuando encontraron los restos de Sylvie Kendrick en su propiedad junto con los restos de otras chicas, aún sin identificar. Lisa Kendrick se recuperó completamente y, aunque no se acordaba de que el *sheriff* Dawson la hubiera secuestrado, sí que recordaba caminar por la carretera y que un vehículo se parara detrás de ella con las luces encendidas.

Se creía que Jacob Dawson era responsable de haber matado a más de una docena de chicas en Utah en un periodo de veinticinco años y se sospechaba que podía ser responsable de desapariciones similares de otras chicas con el mismo perfil en estados colindantes. Teniendo en cuenta que había heredado cuatro mil metros cuadrados de tierra, incluyendo la que rodeaba el área de servicio y el paso inferior de la carretera donde se encontró a Molly Taggert, aún había mucho terreno por inspeccionar y, tristemente, muchos cuerpos que descubrir.

Todo el pueblo de Levan estuvo pendiente de la historia, viendo las noticias, fingiendo que tenían información exclusiva e inventándose lo que no sabían solo para sentirse importantes, igual que la primera vez que Levan salió en las noticias. Era una gran historia y a la gente le encantan las historias, igual que les encantan los bebés.

Y, aunque a la gente le encantaba la historia del pequeño Moses que se había convertido en un vidente, cuando se fueron las cámaras y la vida volvió a la normalidad, era una historia que a la gente le costaba creer y asimilar. Como dijo Moses, si tienes miedo a la verdad, nunca serás capaz de averiguarla. Pero eso no nos importaba.

Dejamos que la gente creyera lo que quisiera y que aceptara lo que pudiera. Dejamos que los colores se hicieran borrosos y que los detalles se desvanecieran y, al final, la gente contaría la historia y fingiría que era simplemente eso, una historia. Al fin y al cabo, era una gran historia.

Una historia de un antes y un después, de nuevos comienzos y para toda la eternidad. Una historia con defectos, con fracturas, loca y llena de grietas, pero, sobre todo, una historia de amor.

Nuestra historia.

Epílogo

Georgia

—No te muevas, estoy terminando —insistió Moses. Suspiré y apoyé la cabeza debajo del brazo.

Estaba obsesionado con pintarme. Con el cuerpo de una embarazada no es que estuviera especialmente bonita, pero Moses, que había incluido mi tripa redonda entre sus cinco cosas junto con mis piernas, mis ojos, mi pelo rubio y el hecho que mis pechos fueran una talla más grande, no estaba de acuerdo.

¿Quién necesita un fotógrafo cuando tu marido era un artista de fama mundial? Solo esperaba que no llegara el día en el que los retratos de Georgia Wright desnuda estuvieran en la habitación de algún hombre rico, o peor, en un museo donde a diario cientos de ojos examinaran con detenimiento mis maravillas.

—Moses —lo llamé tiernamente.

—¿Sí? —Sus ojos se levantaron del lienzo un momento.

—Hay una nueva ley en Georgia.

—¿Contradice directamente alguna de las leyes de Moses?

—Pues sí —confesé.

—Mmm, a ver. —Dejó el pincel, se secó las manos con un trapo y se acercó a la cama donde yo estaba colocada y cubierta con una sábana como una virgen rubeniana. Había aprendido ese término de él y Moses creía que era una buena descripción.

—No pintarás —dije firmemente. Se inclinó hacia mí con una rodilla encima de la cama y con sus enormes brazos a ambos lados de mi cabeza y yo me giré un poco y levanté la barbilla para mirarlo.

—¿Nunca? —Sonrió. Vi cómo inclinaba la cabeza y sus labios se posaban en los míos. Mantuvo sus ojos verdes y dorados abiertos, mirándome mientras me besaba. Apreté los dedos de los pies,

parpadeé. La sensación de sus labios sobre los míos podía conmigo.

—No, no, nunca no, solo algunas veces —suspiré.

—¿Solo cuando esté en el estado de Georgia? —susurró mientras su boca recorría la mía.

—Sí. Y necesito que vengas bastante a menudo; todo el tiempo.

Moses me besó con fuerza acariciándome la tripa curvada. El bebé dio una patada fuerte, lo que nos hizo apartarnos bruscamente y reírnos maravillados.

—Creo que hay ya mucha gente —dijo seriamente, pero le temblaban los ojos. Era feliz y yo me sentía tan plena que casi no podía respirar.

—Aquí también hay mucha gente. —Me coloqué la mano sobre el corazón. Había intentado no ser una embarazada ñoña, pero había fallado por completo—. Te quiero, Moses

—dije sosteniéndole la cara.

—Yo también te quiero, Georgia —contestó él—. Antes, después, siempre.

Moses

Intentaba no tener demasiadas expectativas. La vida después de la muerte era una cosa y el principio de una vida era otra. Georgia estaba tranquila, preciosa y hecha una profesional, como decía ella, pero me había perdido la primera vez y tenía miedo hasta de pestañear y perderme algo. No estaba tranquilo.

Tag tampoco lo estaba , tuvo que esperar fuera. Era mi mejor amigo, pero hay cosas que no se comparten. Además, no creía que Georgia pudiera dar a la luz y, a la vez, evitar que nos desmayáramos los dos.

Todo lo que podía hacer era agarrarla de la mano y quedarme a su lado rezándole a Dios, a B. A., a Eli, a cualquiera que estuviera escuchando para que me diera fuerza y autocontrol. Fuerza para ser el hombre que Georgia necesitaba y autocontrol para resistirme a pintar un mural frenético en las paredes de la habitación del hospital.

Cuando nació nuestra hija, llorando como si se estuviera acabando el mundo, no pude hacer otra cosa que llorar con ella.

Me había vuelto un llorica. Tras años controlando las aguas ahora parecía que me controlaban ellas a mí. Pero ¿cómo no iba llorar? Era preciosa, perfecta, sana. Y, cuando la colocaron en el pecho de Georgia y Georgia me sonrió como si hubiéramos creado un milagro, no podía estar más de acuerdo. Habíamos creado dos milagros.

—Kathleen —dijo.

—Kathleen —acordé.

—Creo que tiene tus ojos y tu nariz —dijo Georgia confortando a nuestra hija, que definitivamente no tenía mi nariz o, por lo menos, todavía no. Pero sí que tenía mis ojos, los de mi madre. En eso tenía razón.

—¿A que tienes los ojos de tu padre? —dijo embobada.

—Va a tener tu color, tu pelo —contribuí observando la pelusilla clara que tenía en la cabecita y la tonalidad rosada de su piel. Ya me estaba preguntando con qué colores la podría combinar.

—Tiene la boca de Eli, Moses. Puede que tenga su sonrisa.

La sonrisa de Georgia hizo mella en mí y se me estremeció un poco el corazón. Lo echábamos de menos. Echábamos de menos a Eli y su ausencia era lo único que podía ensombrecer ese momento.

—Espero que sí, tenía una gran sonrisa. La sonrisa de Eli, el nombre de su tatarabuela…

—Y el encanto de Tag. Esperemos que tenga el encanto de Tag. —Nos echamos a reír.

Luego Georgia le habló en bajito a nuestra hijita acariciándole la suave mejilla y meciéndola entre los brazos.

—Estas son las cinco cosas para ti, Kathleen. Cinco cosas por las que estar agradecida hoy y siempre.

Georgia y yo nos quedamos en silencio un momento, observando a nuestro bebé. Había parado de llorar y, con los ojos abiertos, miraba algo más allá de nosotros y con su pequeña mano me agarraba del dedo.

Me di la vuelta preguntándome qué podría estar mirando.

Y por el rabillo del ojo yo también lo vi. Fue un segundo, un momento, pero vislumbré una sonrisa.

Agradecimientos

Con cada libro hay que dar las gracias a tantas personas que me da miedo escribir los agradecimientos por si me olvido de alguien.

Primero, a mis hijos, que pueden disfrutar de las ventajas de que yo sea escritora, pero también sufrirlas porque su madre a veces trabaja demasiado. Estoy agradecida por su amor, su buen humor y su paciencia. A mi marido, Travis, por su entusiasmo y su comprensivo apoyo. Volveremos a ir al gimnasio juntos, te lo prometo.

A mis padres y a mis suegros, familiares y amigos, gracias por creer que soy genial o, por lo menos, decirme que lo soy. Os quiero a todos y aprecio de verdad todo lo que hacéis por mí, por Travis y por mis hijos.

A mi ayudante, Tamara Debbaut, que Dios te bendiga, de verdad. Me has hecho mantener la cabeza cuerda. No sé cómo he podido tener tanta suerte contigo, pero lo agradezco cada día.

A Dystel y Goderich, a todo el equipo, gracias por guardarme las espaldas y hacerme creer que soy una escritora de verdad.

A Mandy Lawler y a los servicios de Alpha Literary, gracias por vuestra amistad y por todo el trabajo detrás de este proyecto. Me siento afortunada de haberte pillado antes de que tu vida se vuelva muy ajetreada.

A Karey White por sus inestimables servicios editoriales, gracias.

A Cassy Roop de Pink Ink Designs, gracias por el formato y por ayudarme a salir adelante cuando estoy los apuros. Es maravilloso hacer nuevas amistades. También a Hang Lee por la increíble cubierta de *La ley del corazón,* la gente se ha quedado impresionada con tu trabajo.

A EAGALA Equine Therapy y Allison y McKenna por dejarme observar las sesiones de terapia y contestarme a tantas preguntas. Fue muy revelador y emotivo. Si estás interesado en conocer más

acerca de este fascinante enfoque terapéutico, visita la página http://www.eagala.org/.

A mis compañeros escritores, que han sido de gran apoyo y muy amables, a las blogueras que son tan amablemente entusiastas con mi trabajo y, sobre todo, a los lectores y amigos, a todos los que me hacéis llorar de agradecimiento a diario. Gracias desde el fondo de mi corazón.

Besos y abrazos.

Nota especial

Calico the Wonder Horse or The Saga of Stewy Stinker [Cálico, el caballo maravilla en esta versión en español] es un cuento real escrito por Virginia Lee Button (1909-1968), autora de muchos cuentos clásicos para niños, incluidos *Mike Mulligan and his Steam Shovel* y *Katy and the Big Snow*. *Calico the Wonder Horse* fue publicado por HMH Books, en la colección infantil, y no se ha querido cometer aquí ninguna violación de los derechos de autor.

Sobre la autora

Amy Harmon es una célebre autora *best seller* estadounidense. Desde una temprana edad, Amy supo que quería dedicarse a escribir y, gracias a su pasión por los libros, desarrolló una increíble habilidad que la ha colocado en las listas de los libros más vendidos

del *Wall Street Journal,* el *USA Today* y el *New York Times.*

La ley del corazón es el tercer título de la autora en castellano, cuyos libros se han publicado en quince idiomas y cuentan con millones de seguidores en todo el mundo.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Oz Editorial. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

BEST SELLER INTERNACIONAL
AMY HARMON
Siempre
Blue
OZ
EDITORIAL

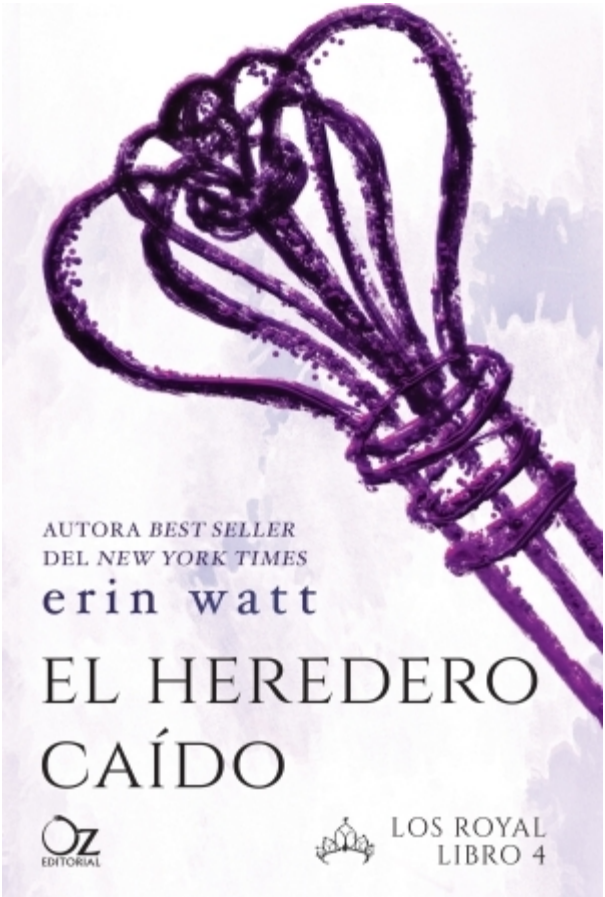
Siempre Blue

Harmon, Amy
9788416224005
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Es posible enamorarse cuando no sabes quién eres en realidad? Blue Echohawk ignora su nombre real y cuándo nació. Fue abandonada a los dos años y criada por un desconocido, y no fue al colegio hasta los diez. Sin padres y sin futuro, Blue es una estudiante difícil en el instituto: dura, malhablada y llena de rabia. Todo lo contrario de Darcy Wilson, el joven profesor británico que asume el reto de acoger a la chica bajo su ala y ayudarle a escribir el relato de su vida. Esta es la historia de una joven perdida que se encuentra a sí misma, de una amistad improbable y plagada de obstáculos que dará paso al amor. Pero enamorarse de alguien puede ser difícil cuando no sabes quién eres… "¡Una historia brillante! Nunca había estado tan cautivada y encariñada con un personaje hasta ahora. Advertencia: este libro dará un tirón muy fuerte a las cuerdas de tu corazón. Coge una caja de pañuelos, bebe un chupito de vodka y disponte a estar sentada un buen rato, porque no querrás dejar de leer este libro hasta que lo hayas terminado." READ THIS ~ HEAR THAT.COM "La ferocidad emocional de Siempre Blue irá directa al corazón del lector. Amy Harmon ha escrito una historia fascinante y relevante, y ha vuelto a demostrar que crea historias que van más allá de las palabras." ROMANTIC READING ESCAPES "Adoro la escritura de Amy Harmon. Algunas de las escenas de este libro son de las más bonitas que he leído jamás. Las tramas y los personajes que crea consiguen de algún modo entrar en mí y romperme el corazón. Estos personajes en concreto están tan bien desarrollados que he llorado, he reído y he sentido una punzada de dolor en el corazón con cada uno de ellos." BRITTANY AND BIANCA BLAB BOOKS

Cómpralo y empieza a leer



AUTORA *BEST SELLER*
DEL *NEW YORK TIMES*

erin watt

EL HEREDERO CAÍDO

OZ EDITORIAL

LOS ROYAL
LIBRO 4

El heredero caído

Watt, Erin
9788416224876
280 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Rivales. Reglas. Remordimientos. Los Royal acabarán contigo.Easton Royal es un triunfador: es guapo, rico e inteligente. Su meta en la vida es divertirse tanto como pueda y nunca piensa en las consecuencias de sus actos. No necesita hacerlo. Pero un día aparece en su vida Hartley Wright, una joven que pondrá su mundo patas arriba. A pesar de sentirse atraída por él, Hartley lo rechaza. Easton no entiende por qué, y eso la hace aún más irresistible. Hartley le dice que tiene que madurar. Y puede que tenga razón. Por primera vez en su vida, la riqueza y la popularidad de los Royal no será suficiente para Easton."Me muero de ganas de hacerme con la segunda entrega de la historia de Easton. El corazón me va a mil solo con pensar en lo que ocurrirá."Hypable"El heredero caído es una novela preciosa, y la saga de Los Royal, una serie increíble."BJ's Book Blog"Cinco estrellas. Este libro lo tiene TODO. Deja lo que estés haciendo y ve a por él. En mi top ten de libros del año sin ninguna duda."Book Starlets

Cómpralo y empieza a leer

AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

erin watt

CUANDO ES REAL

OZ EDITORIAL

Cuando es real

Watt, Erin
9788417525057
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Fiestas, riqueza, fama y una historia de amor digna de HollywoodEl cantante Oakley Ford lo tiene todo: éxito, fama, premios, dinero, millones de seguidores… y una asombrosa habilidad para meterse en problemas. Ahora mismo su carrera está estancada y necesita desprenderse de la imagen de chico malo para que Donovan King, el mejor productor musical del país, acceda a trabajar con él.Oakley se propone demostrar al mundo que ha madurado y la solución pasa por mantener una relación estable con una chica "normal y corriente". ¿Y quién mejor para ayudarlo que Vaughn, una camarera de lo más normal? Vaughn y Oakley fingirán ser pareja para que todos crean que el cantante ha sentado la cabeza, pero ninguno de los dos esperaba enamorarse de verdad.Cuando la realidad supera la ficción, debes escuchar tu corazón"¡Una novela divertidísima y adictiva!"Katie Mcgarry, autora de Say You'll Remember Me"Una historia llena de acción y muy ágil, de esas que te obligan a no cerrar el libro."School Library Journal"En cuanto comencé a leer las primeras páginas, me enamoré del libro. Erin Watt tiene una voz fresca y adictiva que te obliga a seguir leyendo."Aestas Book Blog

Cómpralo y empieza a leer

Monica Murphy
Segundas oportunidades
SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2
OZ
EDITORIAL

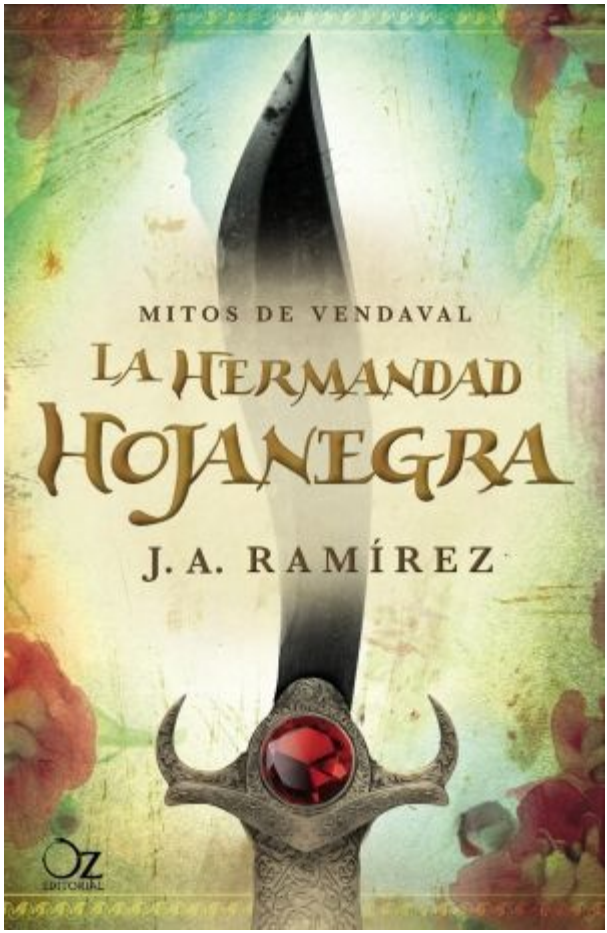
Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica
9788416224364
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla. Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin. Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo… Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

Cómpralo y empieza a leer


MITOS DE VENDAVAL
LA HERMANDAD
HOJANEGRA
J. A. RAMÍREZ
OZ
EDITORIAL

La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio
9788416224050
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar. ¿Dónde estás, Noah Evans? Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

Cómpralo y empieza a leer